



**COLECCIÓN
DE
ESCRITORES
Y TEMAS
LUCENTINOS**

MIGUEL MOLINA RABASCO

***ENSAYOS DRAMÁTICOS
Y OTROS ESCRITOS***

Excmo. Ayuntamiento. Delegación de Publicaciones
LUCENA, 1.994

Miguel Molina Rabasco

*ENSAYOS DRAMÁTICOS
Y
OTROS ESCRITOS*

Ilustraciones originales de
Cinta Roca
Víctor Manjón- Cabeza

Prólogo de
Mari Carmen, Alberto Jesús, Francisco Javier
y José Miguel Molina Cantero

Introducción de
Antonio Cruz Casado

I.S.B.N. : 84-920117-0-X

Depósito Legal: CO - 95 - 1.995

Imprime: Imprenta Caballero, S.L.

C/. Cabrillana, 11 - LUCENA (Córdoba)

A mi esposa

PRÓLOGO

*«... que en nuestro cotidiano quehacer seamos
honestos, generosos, comprensivos ...»*

*Miguel Molina
En «Juicio contra un hombre»*

Para profanos en temas literarios, escribir el prólogo de un libro es una tarea difícil; más aún cuando la obra pertenece al que le debemos, no sólo el simple hecho de la existencia, si no gran parte de nuestra propia personalidad y, en gran medida, lo que somos en la vida.

Quizás seamos las personas menos indicadas para analizar, desde un punto de vista crítico, los trabajos que para este libro se han seleccionado -para ello, aunque con evidente ventaja, contamos con la ayuda del propio autor-, pero hemos tenido el privilegio, durante varias décadas, de ser espectadores excepcionales en la evolución de su pensamiento y de su quehacer literario. No obstante, debemos reconocer que ha sido a través de sus escritos, cuando mejor hemos comprendido y descubierto, en ocasiones con sorpresa, casi todas las facetas de sus ideas y personalidad. Como sucede con la mayoría de los hijos, el contacto habitual nos hace no valorar lo que tenemos más cerca, y sólo en la lejanía, cuando ya no estamos juntos, adquirimos la perspectiva suficiente para verlo en su dimensión real.

Para aquellos lectores que no le conocen, y sobre todo para poder

comprender mejor el significado y la motivación de estos escritos, creemos necesario hacer algunas referencias respecto a los principales rasgos de la personalidad del autor. Para este propósito, si no se ponen en duda valores personales como la honestidad y la autocrítica, tan precarios, por cierto, en el momento presente, preferimos transcribir literalmente, aparte de la cita que encabeza este prólogo, un párrafo extraído de un entrañable artículo publicado en la revista *Luceria* (11-6-67), en la que éste escribía: «Villa del Deseo es un pueblecito andaluz pequeño, tranquilo, perdido entre las montañas que lo ocultan celosas, a la contemplación curiosa.»

Este texto describe, aunque en evidente sentido metafórico, valores personales como la inquietud, la esperanza, la humildad, la sencillez, la timidez, la tendencia a la introversión y el desprecio a la ostentación, lo que condiciona, como el lector podrá comprobar a lo largo de la obra, un estilo literario sencillo y pulcro, con ráfagas de gran fluidez, sobre todo en la expresión de los sentimientos más profundos y en la descripción de los entornos, reales o virtuales, en los que éstos se desarrollan.

Aunque, según el autor, las obras incluidas en este libro «han cumplido sus objetivos con haberle tenido ocupado e inmerso en ellas durante su gestación», personalmente hemos de discrepar con esta idea, ya que la finalidad última, y la razón principal, de todo escrito no es otra que comunicar algo, lo cual, en sí mismo, lleva implícito la existencia de un receptor. El temor a escribir, o lo que es lo mismo, a comunicar, y aún más a la forma con la que se adorna a esta acción no puede ser, en modo alguno, el obstáculo para esta primordial actividad del ser humano. Si bien la retórica marca las diferencias entre escritores, y entre éstos y los demás (en este caso, humilde y sinceramente, creemos que el autor entra dentro de la primera distinción), debemos ser condescendientes con aquel que sintiendo el impulso de comunicar, no lo hace de una forma estéticamente agradable.

En la primera parte de este libro, se recogen unos «ensayos» teatrales que, por su temática, no han perdido actualidad. En *Juicio contra un hombre* se condena la búsqueda de riqueza y poder cuando se utilizan medios y procedimientos sin sujeción a ninguna norma o condicionamiento moral. Aunque la avaricia ha sido uno de los temas tratados con más asiduidad en anteriores publicaciones, en esta ocasión nos brinda un rico entramado psicológico en los personajes, donde pueden percibirse marcadas influencias cervantinas.

En *La furia de los dioses*, *El hidalgo*, *La conspiración* y *Lisi*, pretende reflejar unos momentos, reales o imaginarios, que en su brevedad nos muestren lo más significativo y auténtico del alma de personajes como Séneca, Cervantes, Cesar, Quevedo. De ahí la denominación de «bocetos de interiores». Son, efectivamente, trazos rápidos, proyectos apenas pergeñados, en los que se quiere recoger, como en una instantánea fotográfica, el acto y la reacción espontáneos que muestran las calidades ejemplares de cada uno de ellos.

No vamos a extendernos en un largo prólogo. Pluma más preparada y docta ha hecho una introducción acertada. Hemos pretendido, no sabemos si con fortuna, destacar el aspecto humano del escritor, precisamente por que nos es muy próximo y querido.

Diciembre 1994

María del Carmen
Alberto Jesús
Francisco Javier
y José Miguel Molina Cantero

INTRODUCCIÓN

NOTAS SOBRE EL UNIVERSO LITERARIO DE MIGUEL MOLINA

Los escritores son tesoro de cosas, testimonio de verdades, testigos del tiempo, escribanos públicos del mundo, lumbre de ingenios, memoria perpetua, doctrina de vivos, premio de buenos, castigo de malos, botica de ciencias, incentivo de bienes, freno de males, descanso de espíritus, ahuyentan el ocio, alivian cuidados...

Luis Zapata.

Hacia 1868 escribía Gustavo Adolfo Bécquer en referencia metafórica a sus creaciones literarias: «Por los tenebrosos rincones de mi cerebro acurrucados y desnudos duermen los extravagantes hijos de mi fantasía esperando en silencio que el Arte los vista de la palabra para poderse presentar decentes en la escena del mundo». El texto que se inicia con estas palabras, conservado en el manuscrito *Libro de los gorriones* y ampliamente difundido como prólogo a las *Rimas*, intenta expresar de forma correcta y comprensible para el profano el sugestivo misterio que suele envolver a la creación artística realizada mediante la palabra. Aquí se expresa la necesidad de dotar de voz y expresión artística a esos hijos de la fantasía del escritor para poder aparecer en el mundo; son muchas las ideas que pululan en la mente un tanto enfebrecida del creador, pero sólo algunas de ellas adquieren existencia objetiva cuando el Arte consigue darles la palabra adecuada mediante un proceso un tanto misterioso, casi mágico.

También Miguel Molina Rabasco, tal como el propio narrador indica en el epílogo, piensa que la lengua, de ser un medio primario de comunicación se transmuta por voluntad del escritor en arte, de una manera que podría denominarse mágica, puesto que no aparece sujeta forzosamente a unas reglas de creación incontrovertibles e inmutables, si eliminamos de este proceso lo propiamente sintáctico.

En este libro se encuentran, pues, muchos de los hijos de la fantasía de este escritor lucentino, revestidos adecuadamente del arte de la palabra, que se presentan decentes en la escena del mundo literario. Aquí están reunidos diversos textos que, en conjunto, resultan una buena muestra de su amplia creación, faceta artística de su personalidad que, por cuestiones que no vienen al caso, ha permanecido prácticamente inédita y desconocida para la mayoría de los lectores lucentinos. Se cierra con esta edición un circuito necesario en la transmisión literaria y que hace posible el acercamiento del lector a unos textos que, de otra manera y tal como ocurre en muchas ocasiones, hubieran mantenido intacta su presunta operatividad estética. A partir de este momento podemos sentirnos interesados con sus criaturas de ficción, inmersos en el mundo humanísimo de este escritor, y conmovernos con ellas, meditar sobre sus acciones o simplemente sonreír ante sus ocurrencias. Anejo llevan también sus páginas el deleite estético que puede producir una prosa correcta y limpia, directa y sencilla, destinada de manera primordial a la comunicación del mundo interno y que lleva consigo, como ocurre habitualmente en los clásicos, una gran experiencia de la vida. (Leer es, en cierta medida, volver a vivir tantas vidas, tantas sugerencias y fantasías, como haya conseguido transmitirnos el autor).

También Miguel Molina se nos manifiesta como un buen lector, que nos remite con cierta asiduidad a los escritores más relevantes de nuestra cultura. No en vano la creación se ha visto, en ocasiones, como el resultado de una lectura selectiva a la que se suman aspectos que proceden de la propia personalidad del creador y de su mundo. Fruto de todo ello son los textos aquí reunidos, que van, en cuanto a formas y temas se refiere, desde el teatro a la narrativa.

Se inscribe nuestro autor en la generación de escritores de la posguerra más tardía, la que está simbolizada en Lucena por narradores de la talla de Antonio Gómez Pulín, entre otros, la que se surte de temas que proceden de la vida inmediata lucentina y que siente predilección sobre todo por la prosa. No obstante, Molina Rabasco incluye aquí diversas piezas teatrales breves, ensayos

o bocetos dramáticos, como él prefiere llamarlos, y tampoco en este sentido se aleja mucho de su contexto humano y vital, puesto que esta ciudad ha sido durante mucho tiempo (y nos gustaría que, tanto en la actualidad como en el futuro, lo siguiese siendo) un foco permanente de atención hacia el mundo teatral, todo ello plasmado en conocidos concursos de ámbito nacional, como el premio Barahona de Soto, y numerosas representaciones que prolongan hasta nuestra época una fecunda y aún no bien conocida faceta de la vida cultural lucentina, de la que quedan diversos testimonios ya desde el Siglo de Oro, que se vieron intensificados en el período ilustrado. El teatro en Lucena es, en la actualidad, un fenómeno que goza de cierta revitalización, un poco a contrapelo de lo que ocurre en otros lugares, y que aquí, en las piezas de Miguel Molina, puede encontrar aportaciones singulares, si se quiere fomentar y reconocer lo autóctono.

Las obras de teatro incluidas en este volumen presenta una gran variedad temática y remiten, en ocasiones, a aspectos histórico-literarios del pasado, como puede ser la antigua Roma, con personajes como Séneca o Bruto, a relevantes escritores de nuestro período áureo, entre los que se encuentran Cervantes o Quevedo, acompañados de sus propios fantasmas o hijos de su fantasía, o a problemas actuales e intemporales, tal como puede verse en la pieza dedicada a la ambición descontrolada, que en nuestros días de hierro, tal como diría Quevedo, se manifiesta tan vigente.

Los cuentos ofrecen asimismo una tipología muy variada y un abanico temático representativo del amplio registro de la pluma del autor. No son relatos intrascendentes, sino que esconden bajo la aparente trivialidad de algunos una voluntad de transmitir vivencias y sugerencias humanas, y que se ocupan incluso de la reinención del mundo o del amor, en narraciones que tienen mucho de la moderna ciencia ficción.

Carácter distinto tiene la *Sonata del extraño vagabundo*, narración más extensa, de carácter costumbrista, organizada en torno a tres personajes, que resumen vivencias claramente perceptibles e interpretables para al círculo de sus más íntimos allegados. Es en esta obra donde el mundo cotidiano de Lucena está más claramente expresado, y es la que quizás llegue con más intensidad a todos aquellos que sienten la llamada de la hermosa tierra, de la hermosa ciudad, que nos alberga.

Démosle, pues, la bienvenida y acojamos con fruición este libro resumen de la callada labor literaria de Miguel Molina, cuya edición no hubiera debido demorarse tanto. Pero, nunca es tarde, si la dicha es buena, nos recuerda nuestro refranero popular. Además, su autor tiene ya contraído, con un público que espera aún nuevas muestras de su pluma, lo que pudiéramos llamar cierta obligación literaria; compromiso tácito que deseamos ver cumplido en una nueva y feliz ocasión.

Diciembre de 1994

ANTONIO CRUZ CASADO
Catedrático de Lengua y Literatura

ENSAYOS DRAMÁTICOS

JUICIO CONTRA UN HOMBRE

Personajes:

Presidente

Acusador

Defensor

Acusado

Empleado

Coro

CUADRO 1

Al fondo de la escena, y en el centro, la mesa del Presidente. A derecha e izquierda, en el mismo plano, dos mesitas pequeñas donde se sitúan el Acusador y el Defensor. A la derecha del espectador se colocará el Coro.

El centro de la escena permanece libre, con sólo el Acusado sentado en el suelo. Aquí se desarrollarán las escenas de su vida.

El Acusador y el Defensor tienen un sensible parecido con Don Quijote y Sancho, respectivamente. El Presidente bien podría ser Hamlet o el Príncipe Segismundo.

El Coro estará formado por el suficiente número de personas para que, de entre ellas, salgan los distintos personajes, excepto el Presidente, el Acusador, el Defensor, el Acusado y el Empleado.

Época y vestidos actuales. En el Coro debe haber gran variedad de vestuario: faldas largas, minifaldas, vaqueros, etc. Tiene que dar la sensación de un grupo desenfadado.

Cuando se hace el oscuro para las escenas retrospectivas, el Tribunal-Presidente, Acusador y Defensor -permanecerán inmóviles. Los mismos miembros del Coro colocarán el mobiliario indispensable.

Al levantarse el telón el Acusado se encuentra en el centro de la escena, sentado en el suelo. A la derecha, el Coro.

Entra el Presidente, seguido del Acusador y del Defensor. El Coro, que ha estado de pie, se sienta despreocupadamente.

PRESIDENTE.- Dé comienzo el juicio. Exponga el Acusador los hechos con brevedad y concisión.

ACUSADOR.- Este ministerio tiene el alto honor de velar por algo tan importante como es la dignidad humana. En cumplimiento, pues, de esta misión, me veo obligado a acusar a este hombre de continuados delitos contra aquélla, con tan pertinaz insistencia y reiteración que es imposible encontrar, en toda su vida, un sólo acto que no constituya un ultraje, un desprecio o un atentado a sus semejantes.

PRESIDENTE.- El Acusado ¿tiene algo que objetar?

(Éste permanece callado y con la cabeza baja)

CORO.- ¡Pobre hombre! Su mudez evidencia el peso de la culpa. No necesitará el Acusador de grandes esfuerzos.

PRESIDENTE.- La defensa puede plantear, también con brevedad, su interpretación de los hechos.

DEFENSOR.- Nihil novum sub sole. La defensa entiende, como el adagio latino reza, que nada hay nuevo bajo el sol.

CORO.- ¡ Ya salió la bachillera pedantería! ¡Jolín con el tío!

PRESIDENTE.- El Coro deberá evitar todo comentario indiscreto u ofensivo.

UNA DEL CORO.- *(en una postura coqueta y atrevida que muestra buena parte de sus encantos)* ¿Resultamos indiscretas?

PRESIDENTE.- ¡Ejem... ! No diría yo tanto... Pero lo clásico es que así sea. Prosiga el defensor.

DEFENSOR.- Entiendo, y para ello he preparado un vasto estudio, que no existen los delitos que el Acusador acaba de enunciar; por tanto, en principio, declaro su inocencia.

PRESIDENTE.- Acérquense Acusador y Defensor *(cuchichean entre ellos durante unos minutos)*

CORO.- ¡Oh formulismo leguleyo! ¡Oh misterio de los trámites! ¡Cuántas incertidumbres e inquietudes siembran!

PRESIDENTE.- Puesto que no existe avenencia entre ambas partes, continuaremos el juicio. El Acusador tiene la palabra.

ACUSADOR.- Con la venia. Aquí tenemos al hombre. No es un criminal, porque su mano jamás blandió el arma homicida; no es un ladrón, porque nunca forzó cerraduras de caudales ajenos; no es un maníaco sexual porque en ningún momento abordó con violencia a la beldad transeunte; no...

DEFENSOR.- Permítame hacerle observar, señor Presidente, que el Acusador adopta el papel de la defensa. Hasta ahora no ha relatado un solo delito

y sí muchos valores positivos estudiados por mí para demostrar su inocencia.

PRESIDENTE.- Realmente es extraña su acusación

ACUSADOR.- ¡No! ¡Mil veces no! Yo no acuso a este hombre de delitos comunes, de esos hechos que juzga un tribunal ordinario. Le acuso de algo más grave, más trascendente y más importante: de ser un hombre de vulgares miserias, basurero de detritus egoístas, delincuente de delitos no penalizados ...

DEFENSOR.- ¡Protesto! Los actos no penalizados no son delitos

ACUSADOR.- Yo demostraré que sí lo son. (*Breve pausa*) No puede conocerse a un hombre si se ignoran aspectos esenciales de su vida. Por eso vamos a indagar sobre ella. (*Consulta unas notas*) Usted, Acusado, una vez terminados los estudios, intentó conseguir un relevante puesto, ¿no es cierto?

ACUSADO.- Sí

ACUSADOR.- ¿Y qué ocurrió?

ACUSADO.- Cuando lo tenía casi conseguido, me fue arrebatado por un ignorante, pariente de un Ministro.

ACUSADOR.- A raíz de este hecho fue cuando cambió de táctica, ¿no?

ACUSADO.- Sí. Me hice el propósito de subir, subir, sin importarme el coste ni el medio.

ACUSADOR.- Veamos cómo.

(*Se hace el oscuro. El centro de la escena se va iluminando lentamente. Aparece el Empleado, sentado junto a una mesa. Sobre un montón de folios que pasa rápidamente, va firmando. Conviene exagerar humorísticamente la escena*)

EMPLEADO.- ¡Qué trabajo! ¡Firmar! ¡Firmar! ¡Firmar!

CORO.- ¡Oh, la firma! ¡Cumbre de la acción administrativa! ¡Fin último del cúmulo de sabiduría encerrada en montañas de folios! ¡Fruto del penoso parto de interminable expediente! ¡Sobre tí, ilegible firma, descansa nuestra civilización burocrática!

ACUSADO.- (*entrando*) ¿Se puede?

EMPLEADO.- (*Mirándole despectivamente*) Pase. ¿Qué desea?

ACUSADO.- Vengo a solicitar el puesto vacante.

EMPLEADO.- ¿Con esa facha? ¿Qué méritos alega?

ACUSADO.- Aquí tiene mi expediente

EMPLEADO.- (*Examina los papeles pausadamente, mientras comenta*)

No es usted un genio, amigo mío... Se necesita cara para venir, con este expediente, a solicitar la vacante.

ACUSADO.- Señor... Creo que no ha visto la carta del Gran Personaje que se encuentra al principio.

EMPLEADO.- ¿Eh? ... Es verdad... Sí... (*Pausa mientras lee*) Estupendo, amigo mío. Tiene usted un historial académico interesante... Se nota que es inteligente. Siempre lo he dicho: los más inteligentes fueron, generalmente, malos estudiantes. A Einstein le suspendieron en matemáticas y luego, fíjese, inventó aquello de la relatividad. Yo mismo, y observe donde he llegado, no podía digerir el Administrativo. Bueno... Bueno... No cabe duda de que es usted la persona idónea para el puesto. Necesitamos gente joven, preparada, con experiencia... ¿Ha trabajado usted antes?

ACUSADO.- No, señor.

EMPLEADO.- No importa. La inexperiencia es un defecto que se corrige con el tiempo, ¿no cree?

ACUSADO.- Sí, señor.

EMPLEADO.- En cambio, con su juventud, con sus relaciones... Usted llegará lejos. Me alegro de tenerle de compañero. Cuando quiera puede empezar. Con esa recomendación es usted el amo.

CORO.- La recomendación, ¡Qué invento!

Al torpe hace inteligente,

Al inútil, eficiente

y del tonto, un portento.

(*Se hace el oscuro. Se ilumina la zona del Tribunal*)

ACUSADOR.- El hecho contemplado es ilustrativo de los comienzos del Acusado.

PRESIDENTE.- Aleccionador

DEFENSOR.- Permítame, señor Presidente, disentir. ¿Vamos a rasgarnos las vestiduras por algo tan habitual, tan cotidiano, como la recomendación?

ACUSADOR.- El defensor tiene un sentido de la dignidad propio de un mulero.

DEFENSOR.- Recuerdo al Acusador que los muleros son tan dignos como cualquier otro profesional. Pongo un Acusador, por ejemplo.

PRESIDENTE.- ¡Basta! Recuerdo a ambos que deben respeto al Tribunal. Prosiga el Acusador.

ACUSADOR.- Pido disculpas al señor Presidente. Me interesa hacer resaltar los medios de que el acusado se valió para medrar. Examinemos su comportamiento.

(*Se hace el oscuro y vuelve a iluminarse el centro. La escena se desarrolla en el mismo sitio que la anterior. El Acusado está sentado firmando. A su lado, de pie, el Empleado*)

ACUSADO.- ¡Firmar! ¡Firmar! ¡Qué placer! Indica importancia, catego-

ría. ¡Qué delicia!

EMPLEADO.- ¡Qué inteligente es el señor! ¡ Con qué habilidad firma!

ACUSADO.- Por algo estoy en este puesto.. Otras personas solo sirven para menesteres subalternos.

EMPLEADO.- Sí , señor. Tiene usted razón.

ACUSADO.- Tráigame un vaso de agua, que tanta firma me da sed.

EMPLEADO.- Sí, señor.

ACUSADO.- He de terminar pronto este penoso trabajo de firmar. Estoy esperando al Gran Personaje.

(Una larga pausa durante la cual firma afanoso. Al rato entra el Gran Personaje. El Acusado se levanta servil. El Empleado se retira a un lado, discreto)

ACUSADO.- ¡ Cuánto honor, Gran personaje! Venir hasta esta humilde dependencia demuestra sus valores excelsos! Siéntese aquí, por favor.

GRAN PERSONAJE.- ¡Querido amigo! Veo que acerté al designarle para puesto de responsabilidad

ACUSADO.- Yo procuro servir a tan gran señor con todas mis facultades. Y siento en mi propia carne las críticas mentirosas., envidiosas, insidiosas, biliosas de sus enemigos.

GRAN PERSONAJE.- Gracias, gracias. No esperaba menos de usted. Por eso estoy aquí. Resulta que por mis muchas ocupaciones y trabajos... Ya sabe, banquetes, cacerías, cenas, etc, etc.; digo, pues, que no tengo tiempo ni humor para contestar las tales críticas. Por ello, con motivo del discurso que he de pronunciar en la inauguración de un centro benéfico, me he hecho el propósito de rebatir todas esas calumnias. Así que he pensado, para luego yo perfilarle, que haga usted un borradorcillo del discurso...

ACUSADO.- Inmediatamente, señor. Pondré toda mi inteligencia, toda mi sabiduría, toda mi astucia en él.

GRAN PERSONAJE.- Muy bien, muy bien. Que todo resulte ingenioso.

ACUSADO.- Señor... Yo me atrevería a pedirle algo, si me lo permite.

GRAN PERSONAJE.- Diga, diga.

ACUSADO.- La dirección ocupada por el señor Periañez, ¿sabe? No marcha bien. Es viejo y torpe. Además no es muy adicto a su persona, según me han dicho confidencialmente.

GRAN PERSONAJE.- ¿Es posible?

ACUSADO.- Sí.. Puede estar seguro... Pues yo... Quisiera, si le parece bien, ocupar aquel puesto.

GRAN PERSONAJE.- Está hecho. Recuérdemelo cuando me lleve el

discurso. Me marchó.

ACUSADO.- Sí, señor. Vaya el Gran Personaje con Dios. Como siempre, a su completa disposición.

(Sale el Gran Personaje y el Acusado, después de exageradas reverencias, se sienta)

ACUSADO.- (Al empleado). Ahora estése quieto y no me moleste. Tengo que escribir el discurso del Gran Personaje (Se inclina sobre el papel. Larga pausa pensando, sin que se le ocurra nada) ¿ Por qué será tan difícil que se le ocurra a uno algo? (Pausa) Señoras y señores. No. Ciudadanos y ciudadanas... No. Queridos compatriotas... No me suena. (Otra pausa. Se dirige al empleado) Oiga, mire. Voy a salir a despejarme un poco. Mientras tanto, usted que es algo poeta, que se le ocurren cosas de esas que no sirven para nada y hace frases ingeniosas, pero sin importancia, ¿me entiende? ... Entreténgase en hacer un borradorcillo del discurso que yo luego, claro está, perfilaré y corregiré, con todo lo que el Gran Personaje quiere... ¿Estamos?

EMPLEADO.- Si, señor, como quiera. Siempre a sus órdenes (Se hace el oscuro nuevamente)

DEFENSOR.- El hombre es un ser débil. La lucha por la vida obliga a veces...

ACUSADOR.- ¡Qué lucha ni puñetas! Lo que el Acusado hizo tiene un nombre muy popular: ¡asqueroso pelotas!

PRESIDENTE.- Sea correcto en sus expresiones.

DEFENSOR.- Señor presidente: Esta defensa se ha mantenido siempre dentro de la más exquisita cortesía.

ACUSADOR.- ¡ Oh Sancho!; Cuánto has cambiado desde aquellos tiempos!

DEFENSOR.- Señor Presidente: No veo la necesidad de reticencias.

PRESIDENTE.- Si sigue por ese camino, señor Acusador, le amonestaré severamente.

ACUSADOR.- Disculpe el honorable Tribunal. Continúo con el examen de los hechos. Veamos otra faceta de la vida de este hombre.

(Se ilumina el centro. La escena se desarrolla en un parque. ELLA pasea delante de un banco, mirando de vez en cuando el reloj. Al fin se sienta. Llega el Acusado)

ACUSADO.- ¡Hola!

ELLA.- ¡ Hola! ¡Cuánto has tardado!

ACUSADO.- No he podido venir antes. ¡ Tengo tantas ocupaciones!

ELLA.- Por fin eres hombre importante. Has luchado fuerte... Hemos

luchado, porque yo también te he ayudado cuanto podía. ¿ Te acuerdas como trabajaba para que tú pudieras estudiar?

ACUSADO.- Sí, sí. Pero...olvidemos el pasado.

ELLA.- El pasado, cuando es hermoso y limpio, no debe olvidarse. Hemos de hacer de él una antorcha, para que ilumine y enseñe el camino a otros. Y para que a nosotros nos recuerde de donde venimos.

ACUSADO.- Dejemos las filosofías

ELLA.- Bueno, las dejaremos. Vivamos la poesía. Mira esas golondrinas, con sus alas extendidas, inmóviles, como si flotaran en un mar de luz. Respira este aire purísimo...

ACUSADO.- Es un bien de los llamados libres; no tiene ningún valor.

ELLA.- ¡Por Dios! ¿Qué dices?

ACUSADO.- Que no tiene ningún valor económico. Solo la escasez da valor a las cosas. Tal vez si continua la contaminación, algún día...

ELLA.- Estás obsesionado. Despierta. Contempla ese soberbio paisaje: millares de flores, de colores vivos y perfume violento; aquellos niños que juegan a la rueda, entre risas; esas parejas que, cada día, reinventan el amor...

ACUSADO.- Lástima de espacio desaprovechado. Una urbanización, a la derecha, revalorizaría toda aquella zona. Allá un viaducto...

ELLA.- Pero, ¿estás loco? Sería destruir el encanto del parque. Mira el río. ¡Qué agua tan transparente! Da gloria verla correr.

ACUSADO.- Podría canalizarse y aprovecharlo para el vertido de los desagües.

ELLA.- ¡Qué horror! ¿ No comprendes que la gente tiene que vivir? Y vivir es respirar aire puro, contemplar la belleza de un paisaje, reír, amar...

ACUSADO.- La gente solo quiere cosas. Y hay que dárselas. Y obtener un beneficio.

ELLA.- No hablas en serio. Tu no puedes haber cambiado tanto. Lo dices por molestarme. Estás malhumorado: ¡trabajas tanto!

ACUSADO.- Siento lo que digo. No estoy cansado. Me gusta trabajar, trabajar mucho para lograr poder y posición. Es lo más importante, lo que el mundo quiere y exige.

ELLA.- No es verdad. El mundo exige unas ideas más humanas: ayudarse mutuamente, amarse, caminar juntos. ¿ Te acuerdas cuando dábamos clases desinteresadas, sacando tiempo del descanso, a los niños del barrio? La consigna era: abrir sus mentes a la cultura, abrir sus corazones a los demás. Buscábamos un mundo nuevo, donde no existiera otra ambición que la de hacer felices a las gentes. Un mundo donde el beso, la risa, la canción sustituyeran para siempre al

odio, a la envidia, al llanto.

ACUSADO.- Utopías tuyas. Yo nunca participé; te acompañaba y te oía, solamente. Si de verdad puede distinguirse un rasgo característico del mundo, es su maldad. Para no sucumbir hay que ser fuertes, y como la fuerza es el dinero, hay que tenerlo. Yo busco este poder desde siempre. Me extraña que no te hayas dado cuenta aún.

ELLA.- Por favor, no sigas por ese camino. Sé que lo que dices no es verdad.

ACUSADO.- Sí, lo es.

ELLA.- Queriéndome, como me quieres, no puedo creerte.

ACUSADO.- Es que ... sí debo decírtelo definitivamente: no me interesas.

ELLA.- ¿Qué? /

ACUSADO.- Es mejor dejar lo nuestro. En un momento del pasado tú pudiste ser un apoyo; en el presente eres una carga para mí. Lo nuestro, desde hace mucho tiempo, está roto... Mejor, no existió nunca por mi parte.

ELLA.- ¡No puede ser, Dios mío! No pueden ser mentira aquellas horas angustiosas vividas juntos, donde lo único bueno era el esfuerzo y la esperanza...

ACUSADO.- Eran tus esperanzas, no las mías.

ELLA.- ¿Y aquellos sueños nuestros de un mundo más bello, más justo?

ACUSADO.- Eran tus sueños, no los míos.

ELLA.- ¿Y aquellas nuestras lágrimas, derramadas al compartir dolores que no podíamos evitar?

ACUSADO.- Eran tus lágrimas, no las mías.

ELLA.- Pero... ¿ quién eres entonces? No te reconozco... ; eres una caricatura del hombre que quiero... Esto es una pesadilla horrible.

ACUSADO.- Es una realidad incuestionable y hay que admitirla. Dejemos ésto. Tengo mis horas llenas de ocupaciones importantes. No me queda ya ningún vacío para el juego.

ELLA.- ¿ Un juego? ¿ Solo he sido un juego? ... No puede ser... No puedo creerte... ; No te vayas!... Sé que es mentira lo que dices... ; No me abandones! ;Te quiero! ... Luchemos contra el mundo... ;Te quiero!...

(Él se ha ido alejando lentamente mientras Ella imploraba. La luz se apaga y el juicio recobra la acción)

ACUSADOR.- ¡Miserable! ¡Villano!

DEFENSOR.- ¡Protesto ! ¿ Dónde se ha visto tanta falta de respeto?

ACUSADOR.- ¿ Dónde se ha visto tanta maloliente basura al lado de la belleza? ¿Dónde tanta maldad al lado del bien? ¿ Dónde tanta bajeza al lado de la poesía? ¿ Dónde.. ?

PRESIDENTE.- ¡Orden! ¡Orden! Desapruebo la explosión del acusador. Necesitamos serenidad para juzgar con corrección. El acaloramiento nubla la razón.

ACUSADOR.- Perdóneme, señor Presidente. A veces siento aquellos viejos impulsos de otros tiempos, que movieron mi brazo para la lucha contra un mundo feo e injusto.

DEFENSOR.- Todos queremos la justicia, pero con orden. No pueden olvidarse las formas. Por otra parte, expresiones tan desafortunadas como las del Acusador, dan por supuesto ya el delito antes de demostrarlo.

ACUSADOR.- ¿ Más demostración necesitas, acémila enlevitada? ¿ Dónde está tu razón? ¿ Dónde tus ojos? ¿ Dónde tu sensibilidad? .. Ves prostituir el amor, sientes despreciar la poesía, notas el vil comercio con la belleza, transformando un mundo apto para la vida en inmunda cloaca y quieres más demostración...

(Mientras habla el Acusador va persiguiendo al Defensor amenazadoramente. El presidente da fuertes golpes llamando al orden)

PRESIDENTE.- ¡Orden! ¡Orden! *(Una vez restablecida la calma, después de una pausa)* Este tribunal ha de considerar seriamente la actitud del Acusador. Mientras decidimos lo procedente, se suspende por unos minutos el juicio.

(Se levanta y salen todos, excepto el Acusado)

TELÓN

CUADRO II

(Entran el Presidente, el Acusador y el Defensor y se acomodan. Breve pausa)

PRESIDENTE.- Este Tribunal, después de haber meditado serena y ampliamente sobre los hechos ocurridos en esta sala y considerando que nuestra justicia no es una justicia normal; considerando que las acciones sometidas a nuestro juicio no son las habituales; considerando, que tampoco tienen por que ser normales y ordinarios los cauces, los formulismos y las actitudes de cuantos colaboran con este Superior Tribunal, he resuelto que el señor Acusador prosiga su labor , al tiempo que le felicito por el calor que pone en la denuncia de la maldad...

DEFENSOR.- ¡Protesto!

PRESIDENTE.- ... y advierto al Defensor que no toleraré que trate de encauzar este juicio hacia las marrullerías típicas.

DEFENSOR.- ¡Protesto!

PRESIDENTE.- Protesta denegada. Continúa la vista.

(Se hace el oscuro y aparece la misma escenografía ya conocida. El Acusado, sentado en su despacho, piensa. A su lado, de pie, el empleado)

EMPLEADO.- ¿ Le ocurre algo , señor?

ACUSADO.- No. Pienso. Este despacho me parece una cárcel.

EMPLEADO.- ¿ Cómo dice, señor? ¿ Una cárcel el despacho del Subjefe Superior del Ente? ¡No es posible! ¿ Si ésta es la máxima aspiración de cualquier

hombre!

ACUSADO.- Usted lo ha dicho: de cualquier hombre, pero no la mía. Quiero subir más, más...; para ello he desprendido todo el lastre que tenía.

EMPLEADO.- Pero, señor, observe que no es posible elevarse más. En un tiempo meteórico ha recorrido toda la escala y está en lo más alto.

ACUSADO.- ¿ En lo más alto?

EMPLEADO.- Ya sólo queda, por encima, el Gran Personaje. ¿ Qué más pretende?

ACUSADO.- Yo bien sé lo que pretendo (*Pausa*) Usted que es un hombre inteligente, ¿Cómo no ha subido?

EMPLEADO.- Porque soy muy ambicioso

ACUSADO.- ¿Cómo?

EMPLEADO.- Sí, señor, soy muy ambicioso. Ambiciono que mi vida sea mía; ambiciono la paz, la tranquilidad de un hogar feliz; ambiciono no ser temido ni envidiado, que mi presencia no cause pavor, que se note apenas; que, si acaso, solo produzca ese comentario inocuo de " ahí está ese buenazo de Pérez" ... Tengo vocación de hombre gris.

CORO.- Curiosa vocación: la de hombre gris. Esa criatura que pasa, como sombra, sin dejar huellas ni recuerdos.

ACUSADO.- Mis ideales son otros. Necesito escalar las mayores alturas sociales. Nadie tiene por qué ser más que yo. No tengo por qué ser igual a nadie.

EMPLEADO.- Siempre estará ahí el Gran Personaje

ACUSADO.- ¿ Y qué ?

EMPLEADO.- ¿ Pretende desplazarlo?

ACUSADO.- Sería difícil , tal vez imposible. Mejor es apoyarse en él tomarlo como soporte.

EMPLEADO.- ¿ Eh?

ACUSADO.- Yo me entiendo. (*suenan el teléfono*) Dígame. ¡Hola, Lucita! Si. Es usted un encanto... De verdad, soy sincero... Me gusta la seriedad... Si no lo toma a mal, me atrevería, respetuosamente, a invitarla al concierto... Sí ... Sí... De acuerdo.

EMPLEADO.- ¿ La hija del Gran Personaje?

ACUSADO.- Sí

EMPLEADO.- ¿ Va a salir con ella?

ACUSADO.- Sí

EMPLEADO.- ¡Pero si es horrorosa... !

ACUSADO.- Es agradable su charla

EMPLEADO.- ¡Pero si es tonta!

ACUSADO.- ¡Más respeto!

EMPLEADO.- Perdona. Ya veo que es el trampolín.

(*Se oscurece la escena, Cuando se ilumina de nuevo se habrá transformado en banquete de boda. Todo el Coro tomará parte representando a los invitados*)

GRAN PERSONAJE.- (*De pie, en la presidencia de la mesa*) Queridos amigos, queridos hijos: No puedo menos que dirigiros unas palabras en este momento tan importante. Mi única hija ha contraído matrimonio. Estoy contento . Y mi contento es porque gano otro hijo. Un hijo ejemplar, trabajador, que yo he formado y elevado. Cuando por ahí se dice que soy un hombre sin escrúpulos, que soy un egoísta, que soy un aprovechado, que únicamente pienso en acumular y acumular riqueza; cuando se me pone como ejemplo de maldad, de avaricia, yo abro las puertas de mi casa y de mis bienes a un hombre que nada tiene, que nada posee; sólo su capacidad de trabajo. Y le abro las puertas con gusto y le entrego a mi querida hija...

HIJA.- ¡papaito!

GRAN PERSONAJE.- ¡Calla, nena! ... Doy, como digo, un ejemplo de generosidad y me someto, sin egoísmo, a los dictados del amor. He dicho.

(*Todos aplauden y gritan: ¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

ACUSADO. (*Se pone de pie*) Amigos: Permitidme que agradezca a este hombre incomprendido y maravilloso, que hoy puedo llamar padre, sus palabras y sus brazos abiertos. Yo, desde que entré a su servicio, he procurado seguir sus pasos, imitarle, porque él es el gran señor que debe servirnos de guía. Ha forjado riquezas, ha fundado empresas que hoy son modélicas. Yo sé bien que hay gente para quienes estas cosas no tienen importancia y las minimizan. Son esos que se llaman intelectuales porque dedican su tiempo a elucubraciones, tal vez ingeniosas, tal vez bonitas, pero sin ningún fin práctico. Y, sin embargo, son incapaces de comprender que todo el acontecer humano está determinado por la actividad económica: la ciencia progresa por el estímulo de hallar mayor utilidad a las cosas existentes, descubriendo aptitudes y aplicaciones ignoradas, que les imprimen más valor, e inventando procedimientos tecnológicos nuevos, que aumentan la producción y disminuyen el sacrificio; el derecho surge de la necesidad de defender la propiedad y, por tanto, el incentivo emprendedor, regulando al propio tiempo sus relaciones; la teoría económica, del estudio del comportamiento de la producción y el comercio; la matemática, por el afán de cuantificar y comparar la acumulación de bienes...; y, así, podría extenderme indefinidamente, porque todas las disciplinas del saber, si las analizamos en profundidad, veremos cómo se nutren, también, de idéntica fuente, a través de

soterradas raíces. Si esto es así, como todos sabemos, no podemos dejarnos influir por estúpidos esnobismos, por irresponsables y falsos filósofos, que pretenden cambiar el mundo sin darse cuenta que, de conseguirlo, sería el fin de su propio mundo. Por ello debéis tener consciencia de vuestra importancia y vuestra misión: la moral, como siempre ha ocurrido, debe estar a vuestro servicio; el derecho, defendiendo vuestros intereses; la ciencia, facilitando mejores medios y técnicas para aumentar el beneficio; las artes, ennobleciendo vuestras figuras para la historia...; y todo y todos deberán someterse a esta clase de hombres emprendedores y arriesgados que mueven todo el tinglado de nuestro planeta.

TODOS.- *(Aplaudiendo frenéticos)* ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Muy bien!

GRAN PERSONAJE.- Hijo, un abrazo. Me has emocionado. ¡ Y no haberme yo dado cuenta antes de lo trascendente que era mi persona!

(Se oscurece la escena, reanudándose el juicio)

ACUSADOR.- ¡Curiosa apología de la avaricia!

DEFENSOR.- Eso es una tendenciosa interpretación

ACUSADOR.- Pero, insensato, ¿cabe mayor aberración? Peregrina pretensión la de que todo, hasta las más nobles y limpias actividades del hombre, estén subordinadas a la acumulación de riquezas.

DEFENSOR.- No es exactamente así. La sociedad está organizada de forma que las apetencias negativas tengan un efecto positivo...

CORO.- ¡Oh insólitas deducciones de leguleyos!

DEFENSOR.- Ruego al señor Presidente que el Coro no interrumpa

ACUSADOR.- Pero es que nadie tiene obligación de soportar las sande-

ces.

PRESIDENTE.- ¡Silencio! Continúe.

DEFENSOR.- Digo, y repito, que nuestra perfecta organización social hace que de las apetencias negativas, surja un efecto positivo.

PRESIDENTE.- ¡También es manía la suya con las paradojas y las contradicciones!

ACUSADOR.- ¡Con las tonterías!

DEFENSOR.- Señor presidente: Estoy hablando y tengo derecho a ser oído. Creo que existe aquí cierta parcialidad.

PRESIDENTE.- Nada de eso; pero es que algunas afirmaciones, como esa de "nuestra perfecta organización social", no se la traga una ballena.

DEFENSOR.- ¡Por favor! Esto no es serio. *(Después de una pausa)* Digo, y repito, ...*(ante el significativo gesto del Presidente, del Acusador y del Coro)* ...lo dicho antes. Esta aparente contradicción se resuelve al considerar que si

todos somos movidos por el egoísmo, a todos, también por egoísmo nos interesa evitar colisiones destructivas y, de ahí, nace la armonía social. El egoísmo nos impulsa a todo género de actividades creadoras y civilizadoras, hasta el límite en que su descontrol pudiera ser pernicioso. Así se logran avances que de otra forma serían impensables.

ACUSADOR.- ¡Así se logra aplastar al débil ! ¡Así se logra sembrar odios! ¡Así se logra perpetuar la miseria en pueblos enteros! Pero tu buche crece y crece, hasta el límite de explosión.

DEFENSOR.- Señor Presidente, yo...

PRESIDENTE.- Creo que nos hemos desviado del juicio. Cíñanse al tema.

ACUSADOR.- El tema, señor presidente, es la forma de elevarse este hombre. Subrayo sus actos: bajeza en la forma de establecer relación con el Gran Personaje; vileza al contraer matrimonio con el guñapo físico y espiritual de la hija de aquél, repudiando la belleza y el amor; ruindad en la concepción de un mundo que, si vale algo, es por todo lo contrario de lo que él piensa.. Y, por si fuera poco, me permito rogarles que presten atención a esta escena, cuando ya estaba en la cumbre del poder y de la riqueza.

(Nuevamente, tras el juego de luces, aparece el despacho.)

EMPLEADO.- ¿Ha visto el proyecto de la urbanización?

ACUSADO.- Sí. Me parece demasiado lujoso.

EMPLEADO.- Hay que cubrir las apariencias.

ACUSADO.- Da igual. Una vez destruidos los edificios., nadie podrá averiguar nada. La verdad será la de los papeles, la del proyecto. Recuerde que la idea es que, una vez terminada la construcción, se hunda. Tenemos preparada la prueba de adulteración del cemento; con ella demandaremos al fabricante y, así, obtendremos los beneficios que hubiera producido la venta, amén del terreno sobre el que volveremos a construir. La empresa del cemento quebrará, nos quedaremos con ella y redondearemos el negocio.

EMPLEADO.- ¡Es usted un águila! Lo que no comprendo es su idea de construir una presa hidroeléctrica en Villa del Deseo. Allí no hay agua ni nada que lo parezca.

ACUSADO.- Es bien sencillo. He simulado empezar la obra cundiendo, al mismo tiempo, el rumor de la existencia de petróleo en el subsuelo. Los vecinos, cuando se han enterado, están deseosos de recuperar los terrenos que les expropiamos, por interés público, a precios de risa. Darán por ellos lo que les pidamos.

EMPLEADO.- ¡Genial!

ACUSADO.- Es lo corriente en mí. Recuerde cómo nos hicimos con todas las acciones de Banco de Negocios y Similares S.A. Puse en venta todo mi paquete y difundí supuestas y graves dificultades de la sociedad. Se produjo una caída vertical de las cotizaciones y pude quedarme con todas las participaciones a precio de saldo.

EMPLEADO.- Sí, recuerdo que mis pequeños ahorros volaron todos.

ACUSADO.- (*Se ríe*) ¡No me diga! Bueno, hombre, le compensaré con una paga extraordinaria.

EMPLEADO.- Gracias, señor. Tengo curiosidad por la compra del Hotel Vistamar. Es un sitio feo e incómodo.

ACUSADO.- Era la única forma de cobrar una deuda. Ahora lo promocionaremos eficazmente. Pondremos un gran Casino y casas de cita. Propagaremos noticias de violaciones, agresiones y suicidios. Se nos acabarán las plazas. Nada gusta tanto como las fuertes emociones del sexo, la violencia y el juego. La gente es fácilmente manipulable; se puede dirigir hacia donde nos interese, creándoles necesidades antes no sentidas, o dándoles satisfacciones falsas a sus apetitos. Los ejemplos que podría aducir son muchos. Nuestros negocios se extienden a todos los campos, dentro o fuera del país. Acuérdesse de la venta de armas, inservibles casi todas, a un país subdesarrollado, después de haberle convencido de hipotéticas intenciones agresivas de un vecino. Daba risa ver a los nativos, cubiertos de carroña, llevando, heroicos, un fusil inútil, cuyo peso apenas podían soportar.

EMPLEADO.- Desde que el señor se hizo cargo de los negocios del Gran Personaje, los ha multiplicado.

(*Se reanuda el juicio, tras el correspondiente juego de luces*)

ACUSADOR.- He aquí toda una lección de picaresca. Sólo que esta picaresca no es la burda y un tanto inocente de otros tiempos, cuando el truhán se conformaba con matar el hambre con mendrugos arrebatados, graciosamente, al cazarro pueblerino o con hurtar algunos reales al avaro miserable y harapiento, de tal forma que, muchas veces, tales acciones, mas que delitos, eran merecidos castigos. Pero ahora no; se trata de explotar ignorancias, promocionar vicios y perversiones, obtener beneficios del dolor y sufrimiento ajenos.

DEFENSOR.- Disiento del Acusador. Todo cuanto hemos visto y oído es práctica habitual y forma parte de la estrategia económica. La acusación, por tanto, si existiera falta, habría que dirigirla a los cuatro vientos, contra todo el mundo, no contra mi defendido, un hombre solo, singularizado.

ACUSADOR.- ¿Y qué hago ¿Cree, acaso, que estamos ante un Tribunal de rateros?

DEFENSOR.- ¡Contenga su mal genio y guarde las formas!

ACUSADOR.- ¡No me da la gana!

PRESIDENTE.- ¡Orden!

ACUSADOR.- Disculpe, señor Presidente. Pero es que no puedo soportar las cegueras voluntarias.

PRESIDENTE.- La justicia requiere pausa y serenidad. Continúe.

ACUSADOR.- Conviene a mi propósito proseguir con la siguiente escena.

(*Juego de luces y aparece el despacho del Acusado. Durante toda la escena sonaran, intermitentes, los teléfonos de la mesa.*)

ACUSADO.- Diga. Sí. Venda Petróleos.

EMPLEADO.- Señor, los resultados de los balances y los gráficos, están para que los examine.

ACUSADO.- Bien, que los traigan. Dígame... Compre Inmobiliarias.

EMPLEADO.- Doy las órdenes. (*Sale y a poco entra, acompañado de una señorita con enormes gráficos*) Aquí están. Urbanizadora del Sur, cien millones.

ACUSADO.- Bajo, bajo ese beneficio. Que cambien al director, ¿Si? ... Venda Metro y compre Aviación.

EMPLEADO.- Palillos y Cerillas. Ciento cincuenta millones.

ACUSADO.- Está mal, mal. Se necesita mayor productividad, - Adviértaselo así al Ingeniero Jefe...¿Si?... Venda Banca Perez. No interesa.

EMPLEADO.- Aguas del Riobó: quinientos millones.

ACUSADO.- Va mejorando, pero necesita agilidad... Bien. Bien. Compre Inmobiliaria.

EMPLEADO.- Minas de uranio: mil millones.

ACUSADO.- ¿Nada más?

EMPLEADO.- Tenga en cuenta, señor, que allí no hay uranio.

ACUSADO.- Pero eso, ¿quién lo sabe? Cámbieme el Consejo.

EMPLEADO.- Automotores silenciosos: setecientos millones.

ACUSADO.- Ha bajado. Esto no puede ser. ¡Tengo que estar en todo!

EMPLEADO.- Es la crisis de la energía.

ACUSADO.- ¡Pero si la crisis la hemos provocado nosotros!

EMPLEADO.- Por eso Petrolera del Mar ha multiplicado por mil las ganancias. Mírelo.

ACUSADO.- ¡Que hermosura! Esto es una curva.

EMPLEADO.- Es una vertical, señor.

ACUSADO.- Diga, diga. Venda Automotores. Todo.

EMPLEADO.- Alimenticias Reunidas: dos mil millones.

ACUSADO.- Este resultado está bien. ¿Cómo? No... No. Venda.

EMPLEADO.- Claro. Toda la producción se hace con excelentes y económicos sustitutivos. No podía fallar.

ACUSADO.- Bien, bien. Así me gusta *(al teléfono)* ¿Cómo? No es posible. Corra el rumor contrario y compre.

EMPLEADO.- Aquí tiene el resumen de todas las empresas. En conjunto es una auténtica danza de millones.

ACUSADO.- No está mal. Pero puede aumentarse. Quiero un informe sobre todo el personal directivo. Después me lo reúne.

EMPLEADO.- Se llevarán un susto.

ACUSADO.- Es lo que pretendo. La gente actúa bien a palos; si los elogiamos, se duermen y exigen. Y eso no puede ser.

CORO.- Millones, millones, millones... ¿Es posible que existan tantos? *(Juego de luces y reaparece el juicio)*

ACUSADOR.- ¿Han visto, alguna vez, una sed mas insaciable? Es como una espiral infinita que, nacida de un punto, cada vez abarca más y más.

DEFENSOR.- Esa es la grandeza humana: su capacidad de superar cualquier límite.

PRESIDENTE.- Señor defensor; nuestra capacidad de sorpresa sí que tiene un límite. No concibo qué grandeza puede existir en la ambición sin medida.

DEFENSOR.- Señor Presidente: ya está prejuzgando. Creo que este Tribunal no es imparcial.

ACUSADOR.- ¡Hombre! ¡Es que hace unas afirmaciones...! Suelta frases hechas y estereotipadas porque suenan bien y ¡hala!, a confundir. Esa táctica tal vez sirva para otra clase de Tribunal, pero no aquí. Infravalora usted nuestra inteligencia.

PRESIDENTE.- Es verdad. Se le nota el pelo de la dehesa.

DEFENSOR.- No entiendo lo que quiere decir.

ACUSADOR.- Quiere decir, querido e insoportable Defensor, que se le descubre fácilmente los vicios y estupideces de picapleitos.

PRESIDENTE.- Bien, bien. Olvidemos el incidente.

ACUSADOR.- No quisiera ahondar mucho más en las miserias de la vida de este hombre. Sin embargo, me es imprescindible dar a conocer, por último, unos hechos que en modo alguno deben quedar olvidados.

(Reaparece la escena del despacho)

EMPLEADO.- Señor, es muy tarde.

ACUSADO.- Márchese, yo espero una visita. ¡Ah!, diga a los guardas del

edificio que estén atentos a la alarma de mi despacho, por si los necesito.

EMPLEADO.- ¿Teme algo el señor?

ACUSADO.- Tal vez.

EMPLEADO.- Conviene avisar a la policía.

ACUSADO.- No, no; es una simple sospecha.

EMPLEADO.- Ordenaré que no dejen pasar a nadie.

ACUSADO.- Al contrario. Que dejen paso libre. Mire, es que tengo un presentimiento con esta visita que espero. Mas, por otra parte, como no hay evidencias, conviene no delatar temores. Basta con estar todos preparados por si ocurre algo.

EMPLEADO.- Puedo quedarme.

ACUSADO.- No, prefiero estar solo. No puedo arriesgar a un buen padre de familia. Váyase tranquilo.

EMPLEADO.- Sí, señor. Buenas noches.

(Se marcha, breve pausa)

ELLA.- ¿Se puede?

ACUSADO.- Adelante.

ELLA.- ¡Hola!

ACUSADO.- ¡Hola! ¿Cómo estás?

ELLA.- Bien.

ACUSADO.- No ha pasado el tiempo sobre tí. Está más guapa y hermosa que nunca.

ELLA.- Sí ha pasado el tiempo. Siglos enteros han pasado sobre mí.

ACUSADO.- Pues te favorecen. Yo, en cambio, con tanto trabajo, estoy envejecido.

ELLA.- Es lo que querías, ¿no?

ACUSADO.- Pues...sí. ¿Y tú? ¿Has conseguido tus propósitos?

ELLA.- Nunca alcanzamos plenamente nuestros deseos.

ACUSADO.- Siéntate aquí. Esto es verdad. Pero quizás sea mejor, ¿Te imaginas que hubiera sido tu vida conmigo, un hombre frustrado y amargado?

ELLA.- No era así el hombre que yo quería.

ACUSADO.- Sí era. ¡Si lo sabré yo!

ELLA.- Pues te comportabas como un artista del disimulo.

ACUSADO.- Era, simplemente, una estrategia.

ELLA.- Olvidemos todo eso.

ACUSADO.- Por el momento. Ya hablaremos más adelante. Ahora, dime, ¿qué quieres?

ELLA.- No es nada para mí. Vengo a pedirte que respetes la fundación.

De ella dependen muchos niños. Sé que la propiedad del edificio ha pasado a vosotros.

ACUSADO.- Está programada la construcción de un complejo industrial de interés público.

ELLA.- El mejor interés público es la formación de unos muchachos que, de otra forma, se convertirían en marginados y delincuentes.

ACUSADO.- ¡Pero si estáis llenos de deudas! De todas formas tendréis que cerrar.

ELLA.- Ya lo sacaremos adelante. Tú respeta la fundación.

ACUSADO.- Lo veo difícil. No depende exclusivamente de mí. Por otra parte, tengo en mi poder un documento, firmado por el director, que compromete toda vuestra organización. Más aún, os puede ocasionar problemas judiciales. Es prácticamente una estafa.

ELLA.- ¿Cómo ha llegado a tí?

ACUSADO.- No te he olvidado y me interesa todo lo tuyo. En otras manos os comprometería.

ELLA.- Entonces..., si queda algo en tí del cariño de otros tiempos, ayúdanos. Ya sabes que la fundación es toda mi vida.

ACUSADO.- El director ha sido imprudente.

ELLA.- Teníamos que salvarnos de la catástrofe inmediata.. Él ha asumido el riesgo. Es un hombre extraordinario.

ACUSADO.- ¿Le quieres?

ELLA.- Le quiero y le admiro. Pero mi cariño está por encima de la vulgar concepción de lo que es el amor.

ACUSADO.- ¿Estarías dispuesta a todo por salvarle y salvar la fundación?

ELLA.- Claro que sí.

ACUSADO.- ¿Estás segura?

ELLA.- Segura.

ACUSADO.- Entonces..., es posible que pueda hacer algo. De tí depende.

ELLA.- No te entiendo.

ACUSADO.- Te he dicho que nunca me olvidé de tí. En mi escalada hacia el poder, uno de mis objetivos eras tú.

ELLA.- Sigo sin comprender.

ACUSADO.- Está claro. Mi renuncia a tí fue sólo temporal. Esperaba un momento, como éste, para volver a tenerte junto a mí.

ELLA.- Eso es imposible.

ACUSADO.- Ahora estoy en condiciones de ofrecerte dinero, poder,

influencia, caprichos..., todo lo que hace agradable la vida.

ELLA.- Y lo que la hace indigna. Soy buena para querida, pero no para esposa.

ACUSADO.- El amor no entiende de distingos legales. Mi esposa es un medio; tú, un fin. (*Intenta abrazarla*)

ELLA.- ¡Déjame! El amor se conquista; tú únicamente sabes destruirlo.

ACUSADO.- Si eres sensata, aceptarás. Tendrás todo lo que quieras, todo lo que apetezcas. Tus deseos, tus caprichos, serán ordenes para mí; todo lo que poseo será tuyo. He luchado para dominar al mundo y ahora lo pongo a tus pies. ¿Qué más prueba quieres de mí?

ELLA.- Te has equivocado de época. Eso debiste decirlo en otro tiempo. El pasado nunca regresa.

ACUSADO.- Somos los mismos.

ELLA.- No. Somos unos extraños.

ACUSADO.- Pero, ¿vas a tener tantos escrúpulos morales?

ELLA.- Si no es eso. Es que tú no eres el hombre que amé, eres un desconocido. Si fueras aquél nada me detendría.

ACUSADO.- Soy el mismo.

ELLA.- No, nunca. Aquél no se convertiría en hombre poderoso. Iba contra su naturaleza.

ACUSADO.- En tu imaginación. Soy el que amabas. Esa es la verdad.

ELLA.- La verdad es la que cree nuestro corazón, nunca la que la falsa realidad muestra.

ACUSADO.- Eso es una tontería. Recuperaremos el tiempo perdido. ¡Te quiero!

ELLA.- ¡Suéltame!

ACUSADO.- Pero, ¿no comprendes? Durante años me he quemado en el deseo de abrazarte, de fundirme en tí. He sufrido noches de pesadilla, creyendo tener tu cuerpo junto al mío, sintiendo tu piel, rozándome tu aliento, besándome tus labios...

ELLA.- ¡Basta! He venido para otra cosa. Si sigues así, me marchó.

ACUSADO.- (*Recuperando su frialdad*) Bien, si no te rindes por este medio, haré uso de otros.

ELLA.- ¿Qué quieres decir?

ACUSADO.- Sabes que estáis en mis manos. Si no cedes, os destruiré a todos, a la fundación, a tí ... No sabes hasta donde llega mi poder.

ELLA.- No creo que seas tan miserable.

ACUSADO.- Te deseo.

ELLA.- ¿Solo mi cuerpo? Otra cosa no te daría.

ACUSADO.- ¿Hay algo más que el cuerpo?

ELLA.- Me das lástima.

ACUSADO.- No me importa, con tal de que seas mía.

ELLA.- Nunca.

ACUSADO.- Siempre. Ven acá (*Forcejean*) Serás mía.

ELLA.- ¡Miserable!

(*En este momento entra el Director*)

DIRECTOR.- ¿Qué ocurre? ¡Dios mío! (*Trata de sujetar al Acusado y se entabla entre ellos una lucha*)

ACUSADO.- ¡Os destruiré! ¡Os destruiré! (*Toca la alarma y aparecen los guardas que reducen al director y a Ella*).

ACUSADO.- Avisad a la policía. Han tratado de robarme unos documentos.

ELLA.- ¡Por favor! ¡No! Si aún queda en tu corazón algún sentimiento, no nos hundas. Te lo pido por lo que pudieron haber sido nuestras vidas. ¡No desfigures la imagen del hombre que quise! ¡Ten piedad! Si destruyes el recuerdo más hermoso de mi vida, ¿qué va a quedar de mí?

ACUSADO.- ¡Llevadlos fuera! Y llamad a mi abogado.

(*Se apaga la luz lentamente*)

ACUSADOR.- (*Dirigiéndose con violencia al acusado*) ¡Canalla vil! ¡Escoria de hombre! ¡Escarnio de la especie! ¡Yo te daré tu merecido!

PRESIDENTE.- ¡Orden! ¡Orden!

DEFENSOR.- (*Sujetando al Acusador con alguno del Coro*) Señor Presidente, éste es un desacato a su autoridad.

PRESIDENTE.- ¡Quietos todos!

ACUSADOR.- Perdone, señor Presidente. Mi exaltación...

DEFENSOR.- La pasión está reñida con la justicia, y usted debiera saberlo.

ACUSADOR.- Hay ocasiones en que es imposible evitarlo

PRESIDENTE.- Siempre debe evitarse la violencia. La justicia es equilibrio. Cualquier exceso o defecto, por mínimos que sean, desajustan su delicado mecanismo, transformando la más noble y excelsa función que existe, en remedo y parodia de justicia.

CORO.- Difícil, en verdad, es ser justo. ¿Quién será tan objetivo y sereno para conseguirlo?... Cuando las pasiones nos dominan, los apetitos nos tiran, los deseos nos embargan, el ambiente nos incita, ¿quién tendrá lucidez o fuerza para desprenderse de ellos?

PRESIDENTE.- Creo que todos necesitamos un descanso para reflexionar. Se suspende el juicio.

TELÓN

CUADRO III

(Al levantarse el telón el tribunal se halla constituido).

PRESIDENTE.- Antes de seguir adelante, permitídmeme unas palabras.

CORO.- ¡Vamos de rollo!

PRESIDENTE.- Nada de eso. Simplemente unas recomendaciones.- Al Coro, que limite sus intervenciones a subrayar algún hecho o idea importantes o para aclarar situaciones confusas; que sea un poco conciencia y ojos del espectador distraído; a los señores Acusador y Defensor, que sean objetivos. No se trata de ganar o perder un pleito. Los asuntos aquí ventilados los perdemos o ganamos todos cada día, a cada instante. Por eso es importante que la justicia resplandezca, aunque sea con dolor y amargura; así tendremos, por lo menos, la satisfacción de salvar un poco de dignidad y, basados en ella, si de verdad somos seres inteligentes, y por muy prostituida que esté nuestra vida, hallar un gesto elegante para aceptarla; porque en esta aceptación está nuestra superioridad y diferencia con los seres irracionales. Ahora, con serenidad, sin ánimo de emulación, sin otro objetivo que el conocimiento de la verdad, continuemos. El Acusador tiene la palabra.

ACUSADOR.- (Con *lentitud* y *como cansado*) La misión de denuncia es siempre ingrata. A quien os habla, cuando llega este momento final de sacar conclusiones, de interpretar hechos, le invade un temor enorme y una insólita perplejidad: Temor de dejarse llevar por la pasión o por las apariencias;

perplejidad, porque un mismo acto, incuestionable en sí mismo, puede juzgarse de distintas formas, según la intencionalidad de quien lo realizó. ¿Y quién es capaz de penetrar en lo más recóndito de la mente humana?. La sucesión de hechos, analizados con la lógica del resultado puede, ciertamente, desvelarnos en ocasiones la intención y, por consiguiente, la culpa. Pero también ocurre que no todos los seres actúan con sentido lógico y de ahí la tremenda posibilidad de errar. Sin embargo, como no existen otros medios, estamos obligados a correr el riesgo. Por ello, yo, en este momento, sin falsa humildad, pido siempre disculpas a mis acusados. (Pausa) El que hoy comparece es un hombre más. No existe especial intención en mis palabras. Es un hombre como muchos que, al enfrentarse con el mundo, reaccionan de forma agresiva, viendo en sus semejantes, no al compañero que nos puede ayudar, ni al interlocutor que enriquece nuestra personalidad con su experiencia, ni al otro ser que evita nuestra angustiada soledad; contrariamente, ven al enemigo, al competidor, al que hurta nuestro bien. Lógicamente, esta forma de mirar a los demás, implica la necesidad de destruirlos o someterlos. Y es lo que hizo. A lo largo del juicio ha podido observarse cómo encauzó sus acciones: primero, busca donde está el poder y, con falsa sumisión, se introduce en el grupo. Allí va subiendo escalones lentamente, con sucias argucias, zancadillas, denuncias e hipócritas adulaciones. Alcanzada cierta altitud, su egoísmo y ambición otean la posibilidad de encaramarse hasta la cumbre. Entonces no duda en renunciar a lo único noble y bello que, por azar no merecido, estaba junto a él. Todos recordamos aún la escena del parque. Allí se pisoteó, se cubrió de inmundicias, lo poco que existe con capacidad para reconciliarnos con este mundo: la belleza, la virtud, la inocencia, la bondad, la poesía, el amor... Fue como cambiar perlas o diamantes por boñigas pestilentes. Pero todo aquéllo suponía una rémora, un obstáculo, a sus deseos de riqueza y poder. Ya tenía el camino libre. El siguiente paso, como es natural - dentro de la retorcida lógica del ambicioso - era venderse él mismo, prostituir su propia persona. Recuerden, señores, que prostitución es vender el uso del cuerpo. Es lo que hizo. Vendió su cuerpo; su alma, claro está, llevaba tiempo enajenada... Ya lo tenemos formando parte de la familia del Gran Personaje; ya es, también, gran personaje. Mas, lejos de sentirse satisfecho, se le acrecienta la ambición. Hay que aumentar las ganancias, controlar más empresas, extender el dominio y la influencia... Ya no se busca el negocio, se provoca con maquinaciones. El santo beneficio es lo importante, sin que sean discutibles los medios para obtenerlo, sin tener en cuenta quienes caigan en la lucha innoble....Pero siendo todo ésto grave de por sí, hay algo que, además, le da un tinte demoníaco: la impersonalidad. El Acusador no aparece al frente de estas actuaciones como responsable exclusivo;

es una organización, cuyos tentáculos anónimos llegan por todos lados, succionando esfuerzos ajenos, cohechando conciencias y sembrando violencias y odios. Y sin posibilidad de rebelarse ni de personalizar al dominador... Hay suficiente materia, con cuanto se ha dicho, para calificar este delito continuado y multiforme. Sin embargo, al Acusado no le bastaba; tenía que superarse, invadir otros campos de la maldad; y, así, prepara su trampa para cazar a la pieza más codiciada: Ella. Solo que, al desconocer la existencia de alguien con ideas y motivaciones diametralmente opuestas, no acierta a prever su fracaso. Fracaso, por otra parte, que nos devuelve la fe y la confianza en este pobre y lacerado mundo, al constatar que aún pueden surgir de su matriz seres espléndidos, capaces de asumir misiones de ejemplaridad. A él no le quedaba ya otra arma que la venganza, y la usó... *(Pausa)* Yo, en este momento, dejándome llevar por mi temperamento, debiera cubrir de insultos al Acusado. Pero no puedo. La tristeza atenaza mi voz y mi ánimo. Y es que, después de ver un espectáculo de crueldad y egoísmo, metódica y matemáticamente desarrollados, uno se siente deprimido e impotente. *(Breve pausa)* Ahora es necesario hacer justicia... ¿Y qué es la justicia? Antiguamente se definía como dar a cada uno lo suyo. El Presidente ha dicho que es equilibrio. Yo creo que debe ser algo más: una aspiración ideal de que la vida de todo hombre se realice sin violencias. A nadie puede escapar que ésto es utópico y, como toda utopía, algo bello e irrealizable. A uno le invade la duda, pensando así, de si es correcto el castigo cuando comprobamos la imposibilidad de hacer justicia pura; porque lo real y palpable es ese castigo nacido de la condena, donde materializamos el materialista concepto nuestro de lo justo. Con ello nos sentimos tranquilos y satisfechos, olvidando que tal vez detrás de unos hechos evidentes, existan unos condicionamientos que llevaron, fatalmente, al delito. Nos detenemos en la superficie y abandonamos la búsqueda de subterráneas circunstancias, o fuerzas, que quizás fueron las impulsoras. *(Pausa)* "Dichosa edad y dichosos siglos aquéllos...", comenzaba un improvisado discurso que, en otra ocasión de mi vida, dirigí a unos asombrados y atónitos cabreros. Invocaba un estado mítico del mundo donde todo sería perfecto en orden y armonía. Pero ese mundo ni existió, ni existe, ni nunca llegará a existir. Debemos, con realismo, reconocer la distancia que nos separa de esa aspiración o deseo; una distancia astronómica. La vida está organizada de forma que todos somos enemigos de todos. Es una trágica competición donde vence el más fuerte, el más osado y astuto, el menos escrupuloso. Al contemplar este panorama, uno se estremece y siente miedo; un miedo brutal y absoluto, porque nada más que dos alternativas aparecen claras: someterse, dejarse arrastrar por el vértigo, o tratar de dominarlo y valerse de él. Por instinto lo que no se puede es desertar:

hay que sumergirse en el estrepitoso remolino. *(Pausa)* No cabe duda, pues, que las condiciones del medio social, duras, injustas, agresivas y opresoras, predeterminan el comportamiento de toda persona que no posea una calidad fuera de la común; sus acciones vienen inducidas por un entorno propicio a la egolatría, a la violencia, al engaño y a todo lo que significa explotación. Por tanto, mal podemos exigir a nadie una responsabilidad por sus actos, cuando éstos han sido hijos de un ambiente y de unas circunstancias ajenas a la voluntad del individuo. ¿No es una monstruosidad, acaso, juzgarle por no poseer un alma grande, un valor excepcional...? Mientras nuestro mundo no sea un lugar para que la vida se desarrolle, con todas sus espléndidas posibilidades, sin estar sometida a manipulación y a una terrible lucha competitiva, con su secuela de frustraciones, odios y resentimientos, este Acusador no tiene fuerza moral para pedir castigos por culpas cuya gestación no es, claramente, imputable al sujeto. Sujeto al que, tal vez, sería mejor considerar también víctima, por haber ensuciado su imagen de ser humano, racional e inteligente, con el oprobio de unas bajas y miserables acciones. Ruego, por consiguiente, al Tribunal, dé por terminado el juicio sin que haya lugar a ningún pronunciamiento; y, a todos, que meditemos - por algo que hay que empezar -, sobre la posibilidad de mejorar y perfeccionar nuestra convivencia, para que no vuelvan a repetirse hechos que nos hagan sonrojar e inclinar, como ahora, con vergüenza y tristeza infinitas, nuestra cabeza. He dicho.

CORO.- ¡Menuda sorpresa! ¿Era éste el terrible acusador?

PRESIDENTE.- Señor Defensor, su turno.

DEFENSOR.- Al comenzar mi intervención las primeras palabras han de ser para resaltar el hecho de que el Acusador ha asumido el papel de la defensa. Debiera mostrar extrañeza, pero no lo hago. Hace mucho tiempo que lo conozco y sé de sus rarezas y genialidades movidas, eso sí, por ideales que yo, con humildad, admiro y respeto. Pero como hombre que pisa firme sobre el suelo, siento también el deber de corregir, o mejor, contrapesar, el loco - con locura sublime - vuelo de sus ideas y acciones. Por ello, en este momento de las conclusiones, de la reflexión, por simple amor a la justicia, el alegato del Acusador me obliga a puntualizar y matizar sus planteamientos y afirmaciones, para que se perciban en su real y auténtica dimensión. No insistiré en el análisis de los hechos, ya de sobra conocidos; quiero tratar la consecuencia extraída de todos ellos: la irresponsabilidad del hombre. Al estar sometido, piensa mi colega, a múltiples presiones e incitado por causas muy variadas a comportarse de manera insolidaria, agresiva y egoísta, no puede imputársele culpa por su actuación; la perversidad, la maldad, están en el mundo y, como no podemos

cambiarlo ni modificarlo, hay que admitir aquellos hechos, sin que sea correcto castigar al autor. Mi admirado Acusador, como siempre, se pasa o no llega. Yo admito que nuestro contorno social e incluso físico, es imperfecto, violento, injusto. Pero el hombre, como ser inteligente, tiene la obligación de encararse con él y tratar de corregir sus defectos; de luchar contra unas estructuras heredadas e incómodas; de buscar equidad en sus relaciones; en suma, de dirigir sus actos de forma que tiendan al bien, aunque no puedan alcanzarlo. Quizás por mis andanzas de otros tiempos, yo tengo una enorme fe en la influencia civilizadora y perfeccionadora de los nobles ideales. Es cierto que rara vez se logran, pero su impulso nos imprime una dirección y nos hacen crear tramos de camino por los que, otros hombres, puedan andar sin destrozar ni herir sus pies para, a partir de éstos, ir haciendo mas camino. Con expresión escueta: hemos de promover y estimular una evolución que mejore la sociedad. No quiero decir que, abandonándolo todo, nos convirtamos en apóstoles o profetas; la pretensión es mas modesta y realista: que en nuestro cotidiano quehacer seamos honestos, generosos y comprensivos; que pensemos que los demás son tan importantes y necesarios como nosotros mismos; que, como la vida es bella y agradable, debemos respetarla y protegerla; que nuestro afán de sabiduría y conocimiento en todos los campos de la ciencia, es útil, pero sus logros y beneficios no nos pertenecen de forma particular, no son patrimonio privado o de grupo. (Pausa) Todo hombre tiene la misión de ser ejemplar. Y desde el destripaterrones al científico que quema sus cejas en el microscopio, quien deserta de esta misión, pierde su calidad humana, se transforma en una pieza desajustada del mecanismo social, provocando trastornos y roturas de la convivencia. Es necesario, entonces, volverlo a ajustar mediante la corrección que proceda, o eliminarlo. Se impone, por consiguiente, el castigo. El hombre, y esta es su mayor grandeza, es responsable de sus acciones. El acusado eligió, para subir, el camino más fácil pero no el único. Había otros de esfuerzos y trabajo. En sus relaciones actuó siempre con manipulación, engaño y desde posición de fuerza. Consideró que la riqueza y el poder eran lo más importante de la vida, con desprecio de valores trascendentes. Conscientemente abandonó sus deberes ineludibles de hombre, de persona... No podemos, si concebimos la justicia como la suprema aspiración al bien, si creemos que es necesario llevar el mundo hacia una organización mejor, dejar libre y sin castigo a quien atentó contra estos principios. Ésta es la causa por la que yo, el Defensor, en mi deseo de que el Acusado recobre su perdida dignidad, purgando los delitos cometidos, pido una condena clara y terminante. Nada más.

CORO.- ¿Quién entiende este galimatías? El Acusador y el Defensor

invierten sus funciones. ¡Curiosa manera de enredar el ya confuso desarrollo de este juicio! ¡Ya no estamos seguros de nada!

PRESIDENTE.- Antes de dictar el fallo, se impone la reflexión. (*Larga pausa*) El Acusador considera que no puede ser castigado este hombre por cuanto sus culpas fueron inducidas por la especial organización de nuestra sociedad. Tan alta es su concepción de la justicia que, ante la imposibilidad de castigarnos todos, prefiere escape el acusado. Yo respeto sus nobles pensamientos, pero con el realismo de que ha hecho gala el Defensor, creo que la justicia hemos de considerarla como una tendencia, una espiración ideal hacia el bien. Por tanto, todo lo que entorpezca esa tendencia, es malo y debe ser corregido. Tampoco podemos caer en un exagerado determinismo: el hombre tiene libertad, todo lo restringida que se quiera, pero goza de cierta libertad; su dignidad así lo exige. Puede rebelarse, debe rebelarse contra las influencias negativas; ha de pensar que su actuación tiene un límite: lo que perjudica a sus semejantes... Cuando se traspasa se comete una falta grave. Es lo ocurrido en este caso. Así, pues, considerando la reiterada pertinacia con que el Acusado obró aprovechándose de los demás, provocando miserias y sembrando violencias; considerando, también, su desprecio de los mejores valores humanos, no cuantificables en moneda, como la bondad, el amor, la belleza, la poesía...; considerando, finalmente, que todo lo expuesto implica un atentado continuado contra el ser humano, debo condenar y condeno a este hombre a vivir en la más estricta y absoluta soledad, sin más compañía que sus riquezas.

CORO.- ¡Qué horror! ¡Ninguna pena tan grande como la soledad! (*Todos los componentes del Coro se sitúan alrededor del Acusado, girando continuamente, mientras gritan: ¡Solo! ¡Solo! ¡Solo!*)

TELÓN LENTO

Septiembre 1.977

LA FURIA DE LOS DIOSES

LA FURIA DE LOS DIOSES

I

Casa en las afueras de Roma

POMPEYA.- Recoge esa ropa y limpia bien todo.

SIERVA.- Sí. ¿Preparo después la comida?

POMPEYA.- No, más tarde, cuando lleguen los amigos que esperamos.

SIERVA.- Siempre viene gente.

POMPEYA.- Ya sabes lo que dice mi esposo: no es sabrosa la posesión de ningún bien si no lo participamos. Por eso gusta de estar rodeado de amigos con quienes compartir los bienes, gozar las alegrías, diluir las tristezas.

SIERVA.- El amo es muy popular. Muchas veces, en el mercado, me han hablado de él.

POMPEYA.- ¿Bien o mal?

SIERVA.- (*Un poco cohibida*) Bien, claro. Dicen que es un sabio y repiten frases suyas que yo no entiendo.

POMPEYA.- Por el pueblo corren sus ideas hechas ya sabiduría común.

SIERVA.- También dicen que era muy poderoso, pero que ya...

POMPEYA.- Ya ¿qué?

SIERVA.- No sé...

POMPEYA.- No tengas miedo, habla.

SIERVA.- Que... que ahora está en desgracia. Antes gobernaba él por el César; ahora el César le odia y le envidia...

SÉNECA.- (*Entrando*) ¿quién puede envidiarme a mí?

SIERVA.- Mi amo, yo...

POMPEYA.- Ella repetía lo que se dice por ahí.

SÉNECA.- Cesar está muy alto para envidiar a un viejo filósofo.

POMPEYA.- Amado esposo, la inteligencia, como la belleza, son dones otorgados graciosamente por los dioses; hasta un emperador puede desearlos.

SÉNECA.- No es malo el deseo de poseer aquello de que se carece, lo grave es querer tenerlo en exclusividad y sufrir porque alguien nos supere. (*Se acerca hacia la terraza, desde la que se divisa Roma y la contempla en silencio. Larga pausa*)

POMPEYA.- ¿Estás triste?

SÉNECA.- No. Tal vez un poco nostálgico. La visión de la ciudad me trae recuerdos de otros días. ¡Oh Roma, Roma, mi querida patria! Los que, alguna vez, hemos sido desterrados, sabemos de ese insoportable dolor de estar ausentes de ella. Sobre todo cuando se es joven y se aspira a colaborar en sus destinos. Después, cuando ascendemos en experiencia, que es la forma más humilde de sabiduría, y descendemos en vigor, sentimos que nos alejamos de ella, que nos desterramos, nos expatriamos, en nosotros mismos. Y la contemplación de la patria, desde la solitaria isla de nuestra ya vieja vida produce, también, una sensación angustiosa y triste... Pero en el fondo todos somos unos desterrados... Desterrados de una patria ideal que nunca alcanzamos a vislumbrar... Me viene a la memoria aquéllas inhóspitas tierras de Córcega, donde pasé largos años. Su cielo azul y limpio, sus ásperas montañas, sus montaraces habitantes, hoy, con la distancia, me parecen atractivos, maravillosos... Invitaban a la meditación, al pensamiento.

POMPEYA.- Allí escribiste a Helvia, tu madre, una hermosa consolación.

SÉNECA.- (*Ausente*) Y recuerdo, también, aquélla lejana región donde nací y pasé mis primeros años. La campiña cubierta de rubio cereal, el caudaloso río arrastrando, sin esfuerzo, cientos de embarcaciones cargadas de trigo y minerales; el luminoso y cálido sol de los largos estíos...

(*Entran Lucilio y Marcelo*)

MARCELO.- Séneca... Querida Pompeya.

LUCILIO.- Queridos amigos. Me satisface veros bien.

SÉNECA.- Lucilio, Marcelo. Amigos de los buenos y de los malos tiempos, amigos de siempre.

MARCELO.- Amigos y algo discípulos del gran maestro.

SÉNECA.- ¡Por favor! Vosotros sois los que habéis enriquecido mi sabiduría y me hacéis feliz. Mis ideas son también vuestras, porque las habéis

suscitado. La amistad crea entre nosotros comunidad de bienes y de pensamientos.

POMPEYA.- Voy a ordenar la comida.

LUCILIO.- ¡Qué extraordinaria mujer tienes!

SÉNECA.- Soy hombre a quien los dioses han concedido excesivos beneficios; el mayor de todos esta esposa.

LUCILIO.- Tal vez, además, duras pruebas... *(Hay un largo silencio)*

SÉNECA.- Quien vivió con intensidad, saboreando cada instante, quiere morir. No puede, por tanto, tener miedo a la, para el vulgo, peor prueba: la muerte. Ha de mostrarse risueño y conservarse recio en su presencia. Mal filósofo será quien no ha pensado largamente en el fin. Pero acomodaos, que ya viene la comida.

(Entra Pompeya, seguida de varios sirvientes, portando la comida)

MARCELO.- Se habla, Séneca, de que tuviste algo que ver en la conspiración de Pisón. Muchos amigos no se atreven a venir por temor a Nerón.

SÉNECA.- Los momentos difíciles son el yunque donde se prueba la auténtica amistad. Pero estad tranquilos, no he participado en la conspiración.

LUCILIO.- Sabemos que has renunciado a tus riquezas en favor del César.

SÉNECA.- Soy hombre y he cometido muchos errores. Acumulé riquezas, poder y prestigio, es cierto; pero siempre viví en la pobreza. Soy frugal, de escasas necesidades. No preciso, pues, de riquezas. Ya solo aspiro, cada día, a mayor perfección, a consagrarme al espíritu y, para ello, es menester ser pobres o semejantes a pobres.

POMPEYA.- Bebed, bebed; es un buen vino.

MARCELO.- Muy bueno, ciertamente.

SÉNECA.- Esa es la causa de que devuelva mis bienes a quien me hizo conseguirlos.

LUCILIO.- Es sabia, como tuya, la decisión.

SÉNECA.- Vosotros me conocéis. En mi vida han habido muchos fallos, múltiples flaquezas. He podido ser avaro en algún momento; sensual y vicioso en noches de locura; ambicioso en horas de ímpetus y juventud; pero siempre he reconocido lo vano de tales afanes y comportamientos. He procurado vivir, con algún inevitable paréntesis, como si alguien me viese, como si alguien se asomara a mi interior.

(En este momento entra un siervo y se acerca a Séneca)

SIERVO.- El tribuno Marcio solicita verte.

SÉNECA.- Que pase *(Sale el siervo)* No os preocupéis...

TRIBUNO.- ¡Séneca!



SÉNECA.- ¡Marcio!

TRIBUNO.- *(Mirando al grupo y dudando)* ¿Puedo...?

SÉNECA.- Son mis mejores amigos; no tengo secretos para ellos. Puedes hablar.

TRIBUNO.- En el proceso abierto por la conspiración de Pisón, figura tu nombre. El Cesar quiere tu justificación.

SÉNECA.- Mis relaciones con Pisón han sido siempre distantes y de simple cortesía. Ultimamente intentó visitarme en varias ocasiones y nunca le recibí. Mi salud no es buena y necesitaba reposo y tranquilidad.

MARCELO.- Es cierto, nosotros podemos confirmarlo.

SÉNECA.- Por otra parte, Nerón conoce mi fidelidad. Jamás atentaría contra él. Intervine en su formación, fui su consejero durante años; puse mucho afecto y esperanzas en él...

TRIBUNO.- Te creo, Séneca, pero las circunstancias te acusan.

SÉNECA.- He puesto mis bienes y riquezas a su disposición; espero que no preste oídos a la maledicencia.

TRIBUNO.- Daré cuenta al Cesar de tus palabras. *(Sale)*

(Pompeya que ha contenido los sollozos, prorrumpe en llanto, abrazada a Séneca)

SÉNECA.- Por favor, querida, contén tus lágrimas. La entereza no debe abandonarnos en los momentos difíciles. Amigos, continuemos. Bebed. Bebed. Y recordad siempre nuestra amistad. Es un bien del que jamás podrán privarnos.

II

(La misma escenografía del cuadro anterior. Han pasado varias horas)

SÉNECA.- Muchas gracias, queridos amigos, por no abandonarnos en estas horas de incertidumbre.

MARCELO.- Tú nos decías que la amistad es compartir todo: los bienes, las horas de gozo, los momentos de inquietud...¿Cómo podíamos, pues, alejarnos en ocasión como ésta?

LUCILIO.- Estaremos, como siempre, a tu lado. No nos asustan ni importan las consecuencias.

MARCELO.- Además, ninguna prueba existe contra tí. No creo que el César se deje llevar por simples conjeturas o maliciosas murmuraciones.

SÉNECA.- Seamos sinceros con nosotros mismos. Ni la adversidad, ni la fortuna, deben nublar la inteligencia. Nerón no necesita de presiones ni excusas para realizar sus deseos o dar rienda suelta a sus crueldades. Tal vez nadie le conozca como yo; por eso no espero el más leve gesto de amistad ni de clemencia. Pero no desaprovechemos el tiempo en inútiles divagaciones. La vida es breve porque la malgastamos.

MARCELO.- ¿Y qué debemos hacer para aprovecharla?

SÉNECA.- Sencillamente, llenarla. Llenarla de saberes, de obras, de trabajos... La sensación de brevedad es la manifestación de un fracaso vital, de la pérdida de ricas posibilidades nunca aprovechadas. Quien pueda, mirando hacia atrás, contemplar su pasado pleno de acciones honrosas, de heroicos

esfuerzos, de continuadas obras bien hechas, no creará jamás que su vida fue breve.

LUCILIO.- Como siempre, lo que dices es hermoso. Pero cabe objetar que no todos los seres poseen suficiente capacidad para esas acciones extraordinarias.

SÉNECA.- Lo importante es la entrega continuada y el entusiasmo constante; la labor humilde, la tarea sencilla, hechas con amor e interés, tienen el mismo mérito que la obra grandiosa y espectacular.

LUCILIO.- ¿Qué cualidad más destacada exigirías al poderoso?

SÉNECA.- Sin duda la clemencia. Si la fuerza, al príncipe, le otorga poder, la inteligencia, brillo y la justicia respeto, es la clemencia, sin embargo, la que le granjea afecto o amor.

MARCELO.- Según eso, el amor es más importante que la justicia.

SÉNECA.- El amor es la superación de todas las virtudes, porque las resume y condensa en sí.

POMPEYA.- *(Entrando agitada)* ¡Soldados! ¡Los soldados rodean la casa!

SIERVA.- *(Con evidente pánico)* ¡Llega un centurión!

SÉNECA.- Calma, esposa mía. Veamos qué quiere.

MARCELO.- *(A Lucilio)* Es inquietante, a estas horas, una visita así.

SÉNECA.- *(A Marcelo y Lucilio)* No os vayáis; quiero teneros a mi lado *(Entra el Centurión y, por momentos, queda callado e indeciso ante Séneca)*

SÉNECA.- ¿Tienes algo que decirme?

CENTURION.- Sí... El Tribuno Marcio me encomendó te transmitiera un mensaje del César...*(todos le miran con ansiedad creciente)*

SÉNECA.- Dilo, pues.

CENTURION.- ...El César está pesaroso ante tan grave decisión... pero las circunstancias acaecidas..., razones de Estado... le obligan a ordenarte que...pongas fin a tu vida...Por afecto hacia tu persona deja que seas tu quien escoja el medio...

POMPEYA.- ¡OH, no! ¡No! *(Se abraza a Séneca llorando)*.

SÉNECA.- Cumpliré sus deseos...Pero antes redactaré mi testamento.

CENTURION.- No tienes tiempo: ha de ser ahora mismo.

SÉNECA.- ¿Por qué tanta impaciencia? ¿Qué temor puede infundir a Nerón un viejo enfermo?

CENTURION.- Esa es la orden. Y debo dar cuenta de que se ha cumplido.

SÉNECA.- Déjame, al menos, despedirme de la familia, de mis amigos...

CENTURION.- Puedes hacerlo.

SÉNECA.- Lucilio, Marcelo (*Se abrazan*) No estéis tristes... Cuando la vida ha sido larga e intensa, la muerte es necesaria e inevitable...; algo así como el paréntesis que cierra una hermosa frase..., o el toque final de una bella obra...

MARCELO.- ¡Nunca te olvidaremos!

LUCILIO.- ¡Estarás siempre en mi corazón!

SÉNECA.- Os lo agradezco, porque el recuerdo es una forma de seguir viviendo.

MARCELO.- Tus pensamientos, tus ideas, no morirán.

SÉNECA.- Es la pequeña gloria del filósofo: sus palabras, sus pensamientos, que son él mismo, su ser mas verdadero, permanecen inmutables, fuera del tiempo, sin desaparecer... Por ello no debéis preocuparos ni llorar... Séneca vivirá en vosotros, en la gente sencilla, que ha asumido y hecho propias sus palabras. Son ya vivo saber popular que se transmitirá interminablemente, a través de los siglos... (*Dirigiéndose a sus familiares*) Y vosotros, mis más íntimos, desechad la tristeza y el llanto. El hombre ha de comportarse, en todo momento, por difícil o atractivo, adverso o gozoso que sea, de forma tal que su dignidad de ser humano se mantenga enhiesta, alta, limpia... Podremos, a veces, tropezar y caer; eso es disculpable. Pero lo que nunca podemos dejar de hacer es intentar levantarnos, esforzarnos por superar nuestras deficiencias y debilidades... Con gesto elegante de insatisfacción..., como si alguien nos observara de forma continua o nos acompañara siempre con crítico afán... Así podremos decirle: sí, caí, pero he recompuesto la figura y he limpiado de lodo mi túnica... Sigo estando presentable... Sed humildes, sencillos, frugales... Ni os asuste la pobreza ni os seduzca la opulencia; lo que nos da la dimensión del hombre auténtico es su capacidad para ser ejemplar; ejemplar incluso en las debilidades, en los bajos momentos, en las miserias. Y tú, amada esposa, cesa en tus lágrimas. Piensa que la vida tiene un final; que cualquiera que sea la forma, la muerte es siempre la misma. Y más deseable que una muerte natural, con la razón perdida o turbia y desfigurado el rostro por el paso de los años o por la dolencia, es una muerte valiente, aceptada con entereza y sin miedo.

POMPEYA.- ¡Pero es injusta!

SÉNECA.- Las futuras generaciones juzgarán y la severidad de su juicio caerá, sin misericordia, sobre los culpables.

POMPEYA.- ¡No me consuela, esposo mío, que dentro de mil años reconozcan tu inocencia y condenen al culpable! ¡Te quiero aquí y ahora! ¡No quiero perderte ni separarme de tí! ¡Llévame contigo!

SÉNECA.- ¡Es una locura!

POMPEYA.- ¡Quiero morir yo también! ¡Que mi sangre sea también púrpura para el manto del furioso dios que te condena!

SÉNECA.- (*Conmovido*) ¡Por favor! No me hagas vacilar. Aprecio, en lo que valen, tus sentimientos, pero no puedo aceptar un sacrificio inútil.

POMPEYA.- ¡Inútil es mi vida sin tí! ¿No es, acaso, peor muerte dejar de ver tu rostro, no oír jamás tu voz ni escuchar tus palabras, rebosantes de belleza y sabiduría?

SÉNECA.- (*Visiblemente emocionado*) Sea. Cúmplase tu deseo. Dispongámonos para una muerte compartida, como compartida ha sido nuestra vida. ¡Amigos! Si la sangre que dentro de unos instantes brotará de nuestras venas no os asusta, sed testigos de este final... Y no seáis severos si en la agonía, algún gesto de dolor o miedo contradice nuestras afirmaciones... Después de todo, el filósofo también es un hombre...

(*Mientras dice la última frase se han recostado y van procediendo, con un cuchillo, a cortar las venas de los brazos y las piernas. El telón cae lentamente*)

Noviembre, 1.978

BOCETOS DE INTERIORES

FIN Y PRINCIPIO

I

El día ha amanecido gris, plomizo. Conforme avanza la mañana el calor húmedo, agobiante, aumenta y se hace espeso, insoportable, como en las narraciones de García Márquez. Y pese a que el clima invita al refugio y la inactividad, hasta la Residencia llegan, lejanos y difusos, ruidos de explosiones, intermitentes ráfagas de metralletas, apagados gritos...

El Ujier, después de arreglar la mesa del despacho y colocar en orden algunos libros de las estanterías, se acerca hasta el amplio ventanal, descubre un poco las pesadas cortinas y observa. El edificio está protegido por tanques y numerosos soldados, que forman una amplia barrera. Hace un gesto, entre dubitativo y preocupado, y se dirige hacia la puerta con paso lento. Se detiene y escucha con atención. Su pelo blanco y escaso, su rostro surcado de arrugas, sus movimientos poco ágiles, denotan avanzada edad. Pero nada destaca en él de forma especial. Es uno de esos seres difíciles de recordar, tal vez por su fisonomía vulgar o porque pasan sigilosos y anónimos, sin desear atraer la atención.

La puerta se abre con violencia y aparece el General Rodríguez, bigotudo, rechoncho, sudoroso, quizá agobiado por el peso de las condecoraciones. Pregunta con tronante voz:

GENERAL RODRÍGUEZ.- ¿Y el Presidente?

UJIER.- Está en sus habitaciones privadas.

GENERAL RODRÍGUEZ.- ¡Avísele!

El Ujier se inclina y sale. El General, en tanto se limpia el sudor con el pañuelo, pasea nervioso y agitado, dando grandes zancadas, por el despacho. De vez en cuando se asoma al ventanal y habla solo.

GENERAL.- ¡Maldita sea! ¡Si esto era de esperar!

Y vuelve a cruzar la sala, pisando fuerte con sus recias botas el blanco mármol de Carrara, como si quisiera pulverizarlo. Regresa el Ujier y anuncia:

UJIER.- El señor Presidente.

El General se detiene como un autómatas y se cuadra. El Presidente entra serio. Responde al saludo con un leve gesto. Es de baja estatura, grueso, de abundante bigote, ojos turbios, mirada esquiva y duras facciones.

PRESIDENTE.- ¿Qué ocurre?

GENERAL.- Todo se ha perdido. Es necesario que huya antes de que sea demasiado tarde.

PRESIDENTE.- Pero... ¿Y el General Buendía? Me aseguró que el foco rebelde lo sometería con rapidez.

GENERAL.- El General Buendía se ha unido a ellos.

PRESIDENTE.- ¡Traidor!

GENERAL.- Más bien práctico. Los Coroneles controlan ya todos los destacamentos. Era imposible hacer nada. Las fuerzas aéreas y las navales también se han sumado a los revoltosos. El pueblo, enloquecido y enfervorizado, se ha echado a la calle con el líder de la oposición.

PRESIDENTE.- Pero si el Ministro del Interior los había desarticulado...

GENERAL.- Pues mintió. Y si no mintió, es que yo tenía razón y es un imbécil.

PRESIDENTE.- ¿No estará exagerando la situación?

GENERAL.- La realidad escueta y contundente es ésta: Debe huir. Tengo preparado un avión, pronto a despegar, para salir del país. Recoja lo importante y le trasladaré al aeropuerto en helicóptero. Apenas tenemos unas cuatro horas. Más tiempo resulta imposible resistir.

PRESIDENTE.- ¡No puedo creerlo! ¿Dónde están mis seguidores, aquellas multitudes que me aplaudían y lloraban al escuchar mis discursos?

GENERAL.- La gente cambia. He ordenado que empaqueten la documentación reservada y sus objetos personales de valor.

PRESIDENTE.- Pero...

GENERAL.- No existe solución. Por cierto, lo que no he encontrado son las claves de las cuentas en Suiza.

PRESIDENTE.- Las guardo yo.

GENERAL.- Pues déme la mía.

PRESIDENTE.- No... cuando haya salido del país.

GENERAL.- ¿No se fía de mí? Soy el único que le defiende.

PRESIDENTE.- Porque le interesa. ¿Qué piensa hacer? ¿Cuál es su plan? Descubramos las jugadas.

GENERAL.- Está bien. Cuando usted haya escapado, yo fingiré perseguirle y unirme a la rebelión. Después, pasado un tiempo, pediré el retiro y a vivir tranquilo.

PRESIDENTE.- ¿De veras?

GENERAL.- Es lo más acertado. Si me voy con usted, es posible que nos persigan o pidan la extradición. Saldrían a la luz muchas cosas. De esta forma puedo evitarlo.

PRESIDENTE.- Lo que puede descubrirse es cuanto os habéis aprovechado todos. He sido tan ingenuo que os he dejado actuar sin control. ¡Y así me luce...!

GENERAL.- ¡Bien que le convenía a usted nuestras acciones!

PRESIDENTE.- Pero actuabais de forma insaciable. Y cuando me di cuenta, ¡que casualidad! se produce la rebelión. Volveréis, ahora, a ser los héroes liberadores, después de haberos beneficiado de la situación.

GENERAL.- No es hora de discutir, ni de imputar culpas. Actuemos.

PRESIDENTE.- De acuerdo. Prepárelo todo.

El general Rodríguez marcha apresurado. Los secos golpes de sus pisadas se van perdiendo por los pasillos. El Presidente permanece en pie, pensativo. Se siente cansado, deprimido. Abre algunos cajones y va colocando sobre la enorme y finamente tallada mesa del despacho, algunos documentos, tras examinarlos distraído. Pulsa un timbre y, poco después, aparece correcto, ceremonioso, el Ujier.

UJIER.- ¿Desea algo el señor Presidente?

PRESIDENTE.- Sí. Recoja y empaquete cuanto hay sobre la mesa.

UJIER.- Lo que ordene.

El Presidente mira con atención al Ujier, como si nunca lo hubiera visto.

PRESIDENTE.- ¡Resulta curioso! Lleva junto a mí quince años y hasta ahora no me he fijado en usted. Ni siquiera recuerdo como se llama.

UJIER.- No tiene importancia, señor.

PRESIDENTE.- Y, sin embargo, usted se encuentra ahí, como siempre, en su sitio...

Acodado sobre la mesa, apoya las mejillas en las manos. Sus ojos, fríos

y acerados, que a tantos habían hecho temblar, vagan sin ver por las lujosas paredes, decoradas con bellos cuadros y ricos tapices. El Ujier, como una pieza más, permanece inmóvil.

PRESIDENTE.- (Como para sí, aunque animado y, en cierta forma, estimulado por la presencia del servidor.) El tiempo nos reserva extrañas y desagradables sorpresas... Como la de ser traicionado, vendido y perseguido por quienes ayudé, elevé y enriquecí. Parece como si cada favor otorgado, en lugar de producir agradecimiento, fuera semilla de ponzoña y de odio... Apenas ayer, en mi derredor, había una multitud de adeptos incondicionales, de amigos "entrañables", dispuestos a todo sacrificio y deseosos de ver en mis labios una sonrisa amable o un gesto de agrado... Y muchos se sentían satisfechos y realizados - como se dice ahora - con solo figurar en lugar destacado y próximo al gran Presidente... ¡Que ironía! Hoy son feroces enemigos del vituperado tirano, defensores de la libertad, salvadores del pueblo explotado y oprimido... Y la cuestión es que esas palabras me suenan... (Sonríe enigmático) Me parece haber retrocedido en el tiempo, estar viviendo quince años atrás... Sólo que en el otro lado... Y ese pueblo, que todos pretendemos salvar, sin consultarle siquiera si desea ser salvado, a fuerza de tanto prometerle, acaba sugestionado, y se une a los gritos, y se lanza a la lucha, y muere despedazado por las bombas o agujereado por los disparos, contento de su heroísmo... ¿Entiende usted algo?.

El Ujier calla y mueve negativamente la cabeza.

PRESIDENTE.- Hace quince años yo estaba en la oposición, en contra del sistema. Y le confieso que tenía un honesto y sincero propósito de arreglar el país, de impartir justicia, de ayudar a los débiles. Mas algo demoníaco debe existir en el poder que tuerce las intenciones y desvía la acción. Primero fue compensar, de algún modo, a los que me ayudaron; después asegurar y afirmar las riendas y el control, sobornando y atrayendo con concesiones a posibles disidentes u opositores; más tarde organizar el aparato represivo que evitara un involución con lucha clandestina, tal como nosotros lo habíamos hecho, pues para algo sirve la experiencia... Y ahora que se daban las condiciones para realizar el programa, para levantar la patria, todo se viene abajo repentina y estrepitosamente...

El Ujier continúa firme, hierático, escuchando las palabras del Presidente. Este se levanta y pasea durante unos minutos. Desde el exterior llegan ruidos de disparos, zumbidos de aviones...

PRESIDENTE.- Cierto que, en ocasiones, he tenido que actuar con firmeza, quizá con crueldad, sin reparar sobre quien descargaba los golpes: es el precio de la revolución... También es verdad que he consentido algunos abusos: es el coste de una colaboración indiscutida y ciega, necesaria para conseguir los

fines políticos... Pero todo ello era preciso, indeclinable... ¿Dónde he fallado?...

Junto al ventanal se detiene y observa. En un silencio subrayado por los atenuados ruidos que se filtran de la calle, queda quieto, indeciso. En su rostro, enérgico y duro, se dibuja una expresión de impotencia, mezcla de tristeza y cólera. Volviéndose hacia el Ujier, continúa:

PRESIDENTE.- ¿Y qué me dice de ese pueblo que me adoraba? Las multitudes me seguían y vitoreaban, alargaban sus manos para tocarme, lloraban emocionadas, identificadas conmigo... Tú, que también eres pueblo, ¿entiendes este cambio?

UJIER.- La gente, señor, es veleidosa y siempre la arrastra el triunfador.

PRESIDENTE.- La gente es estúpida: se deja embaucar por bellas palabras y vanas promesas; le seducen los sueños y no las realidades.

UJIER.- Las realidades las sufre y se consuela con los sueños.

PRESIDENTE.- (Sin escucharlo) Yo estaba a punto de hacer de éste un país progresista, moderno y avanzado. Y no me han dado tiempo. Las cosas no son tan fáciles como creen los ignorantes; tienen que madurar con lentitud y requieren sacrificios... No me cabe en la cabeza cómo se puede variar de manera tan rápida y radical.

UJIER.- Tal vez, señor, no haya sido tan repentina.

PRESIDENTE.- ¡Imposible! Mis servicios de información nunca han denunciado ningún movimiento de oposición, ningún malestar... Salvo que lo hayan llamado o no se atrevieran... Posiblemente ha habido ineficacia e incompetencia en mis colaboradores, más preocupados por mantener sus posiciones que por solucionar los problemas. Sí..., eso ha ocurrido. Y yo sin enterarme, rodeado de hipócritas aduladores, de arribistas sin escrúpulos, sumido en una dorada e impenetrable soledad, mientras ellos medraban desprestigiando mi imagen. ¡Qué desengaño...! ¿Dónde están, ahora, mis amigos? Todos han desertado, todos me han vuelto las espaldas. Vale más un enemigo leal que mil amigos oportunistas.

UJIER.- El General Rodríguez...

PRESIDENTE.- El sólo busca salvar lo acumulado en tantos años de manipulación. Pero la culpa es mía. Yo, por precaución, tenía que considerar la posibilidad de una situación como ésta y asegurarme la salida... Parecía lógica alguna previsión económica... Pero ellos han sido rapaces e insaciables. Pero no es ocasión de lamentaciones. Recoja todo esto.

El Ujier amontona los documentos, hace un paquete y sale.

PRESIDENTE.- He cometido muchos errores, no cabe duda. No debí confiar en nadie. Entre todos me han hundido. Sus votos de adhesión, eran una

farsa; sus colaboraciones, un engaño; sus preocupaciones y esfuerzos, pura falacia... Nunca han buscado nada fuera del propio y ruin interés.

Con la cabeza baja, hundido por el peso de las tribulaciones, pasea desganado y vacilante. La luz mortecina del día, cálido y grisáceo, presta un tono fatalista al dramatismo de la situación. Se detiene, de nuevo, junto al ventanal y reanuda el monólogo.

PRESIDENTE.- ¡Malditos! ¡Taimados! Me distraían con agasajos y cacerías; me ofrecían bellas piezas femeninas; me deslumbraban con multitudinarias concentraciones organizadas...¿Y las mujeres? ¿Dónde se hallan, hoy, aquéllas que se me brindaban lujuriosas? ¿Las seducía yo o era el brillo del poder?... ¡Todo mentira! ¡Todo falsedad!...Me han abandonado para unirse al otro! Mi peor deseo, al odiado vencedor, es que proliferen junto a él tantos buenos y nuevos amigos como surgieron cuando yo triunfé. ¡Irás derecho al infierno!

En este momento llega, agitado y asmático, el General Rodríguez, que sin ningún anuncio ni cortesía, interrumpe su meditación.

GENERAL.- ¡Rápido! Las cosas se han precipitado. Debe salir inmediatamente. Un helicóptero aguarda en el jardín.

PRESIDENTE.- *(Entre dudoso y asustado)* Pero...

GENERAL.- El tiempo urge, si quiere escapar.

PRESIDENTE.- ¡Vamos!

II

El Ujier, que ha cambiado su lujosa librea roja, bordada en oro, por un sencillo uniforme gris, arregla la estantería y pone orden en la mesa del despacho. Inspecciona meticulosa y parsimoniosamente todo. Se fija en el retrato del Presidente -obra de un famoso pintor-, que continúa aún en una de las paredes. Lo descuelga y sale con él. En breves minutos regresa con otro del nuevo líder, que sitúa en el mismo lugar. Lo observa atento y hace un gesto indefinible.

De la calle llega tumultuoso clamor de multitud vitoreante. Suena, con desafinadas y discordantes notas, improvisada charanga. Aplausos y vivas estentóreos. Del pasillo, finalmente, se pueden escuchar los enérgicos pasos de un grupo numeroso que se acerca. El Ujier va hacia la puerta y abre. Entra el líder, seguido de una cohorte de Generales -Rodríguez entre ellos-, guerrilleros barbudos y comparsa variopinta y abigarrada.

GENERAL RODRÍGUEZ.- Señor: he aquí su despacho. El será cerebro, centro nervioso, desde el que vuestros leales colaboradores recibiremos las órdenes y consignas para cambiar el país, elevándolo a las más altas cotas de modernidad, libertad y bienestar, bajo su dirección.

El líder, -hombre de mediana edad-, curtido por el sol y el aire, de aspecto vulgar, aunque con la osadía del que se siente triunfador-, mira curioso la estancia.

LÍDER.- Compañeros: Aquí me tendréis siempre. Hay mucho que hacer y no podemos perder un segundo. Primero reconstruiremos lo destruido, orga-

nizaremos las instituciones, reconvertiremos a los enemigos y disidentes, si se prestan a abjurar de sus errores, o los neutralizaremos... Y, por fin, daremos una Constitución que garantice los derechos ciudadanos.

GENERAL RODRÍGUEZ.- Entre tanto, señor, las fuerzas armadas, junto con el partido, le elegimos Presidente de ésta gran nación.

Todos aplauden frenéticos y abrazan al nuevo Presidente. Luego, después de un informal cambio de impresiones, frases halagadoras y muestras de satisfacción, se despiden y estrechan su mano, con exagerado respeto y veneración.

Quedan solos el Líder y el Ujier, que se ha mantenido junto a la puerta, ajeno a la escena desarrollada. El Líder se sienta en el sillón, casi hipnotizado; pasa suavemente sus manos, como acariciándola, sobre la brillante superficie de la mesa. Siente como un estremecimiento agradable. Sonríe y, al levantar la cabeza, tropieza con la mirada del Ujier. Entonces se dirige a él.

LÍDER.- ¡Alégrate! ¡Ya estás liberado!

UJIER.- Gracias, señor.

LÍDER.- A tí, que eres pueblo, pueblo humilde y sencillo, te ha llegado la hora. Aquí está tu Presidente, el Presidente de todos, sin discriminaciones. Yo soy tu representación y la de cuantos han trabajado, sufrido y llorado bajo la bofa tirana del dictador derrocado. Yo te encarno a tí y a todos los ciudadanos de este esquilado país. Solo por eso, porque soy vuestra esencia -todos vosotros concentrados en mí-. me debes respeto y sumisión... Por lo demás somos compañeros.

UJIER.- Sí, señor.

LÍDER.- Voy a cambiarlo todo.

UJIER.- Sí, señor... He dispuesto el baño para el señor Presidente. Le relajará y tranquilizará.

LÍDER.- Muy acertado. Me gusta tu iniciativa. Tenía necesidad de descanso, después de tanta agitación.

UJIER.- Como siempre...

LÍDER.- *(Sin notar la ironía)* ¡Como siempre! También me agrada el detalle de colocar ahí mi retrato... Te recompensaré... Ya hablaremos.

Marcha el Líder, siguiendo al Ujier, que le va indicando el camino. Pasados unos minutos, regresa el Ujier, corre las cortinas, lo repasa todo y se detiene ante el retrato recién colocado. Lo mira con fijeza, mientras en sus labios se dibuja una imperceptible sonrisa, que bien puede ser de escepticismo, de socarronería o de aceptación de algo inevitable y sin remedio. Con voz apagada, comenta:

UJIER.- Por mi edad, no seré yo quien coloque el retrato del próximo liberador.

Suspira, se encoge de hombros y despacio, tranquilo, se retira, cerrando la puerta.

De la calle llegan, otra vez, vítores, aplausos, cánticos de un gentío tal vez ebrio de satisfacción y esperanza, complementadas con ginebra adulterada o de baja calidad.

LA CONSPIRACIÓN

I

Roma, foco civilizador, punto donde confluyen todos los caminos del mundo conquistado y expoliado; Roma, admirada y odiada, creadora genial y destructora implacable, cuna de ejemplares acciones y de corrupciones perversas; Roma, la ciudad intemporal, eterna, ha quedado sumida en la densa oscuridad de una noche sin luna ni estrellas.

Y al abrigo de esta impenetrable negrura nocturna, sombras más densas se mueven por este mar de tinieblas. Solo el sonido apagado de furtivos pasos delatan desconocidas presencias. Leves golpecitos. Se oye el chirrido de los goznes de una puerta al abrirse, y un haz breve de luz rasga, como un puñal, el velo de tupido luto que cubre las calles y los edificios de la gran urbe.

En el interior de la casa, un grupo de personas discuten a media voz. Algo importante se está gestando. Se refleja en la seriedad de los rostros, morenos y curtidos unos, blancos y carnosos otros.

CASIO.- No es posible dilatar más cualquier acción. Ya lo habéis visto hoy. ¡Y nosotros indecisos, dudosos! ¿Qué más pruebas queréis de sus intenciones?

CORNELIO.- ¿Pruebas? ¡Si rechazó las ofertas de Marco Antonio! Tres veces eludió colocar sobre su cabeza la corona que le ofrecía.

BRUTO.- ¡Farsa! ¡Pura y simple farsa!

CASIO.- Todo fue una maniobra, un acto meditado preparado para estudiar las reacciones del pueblo.

BRUTO.- Y la plebe, burda y estúpida, aplaudió. Aplaudió cuando ignoraba si aceptaría. Y aplaudió, también, el hipócrita gesto de renuncia. ¡El pueblo siempre aplaude a los triunfadores y los sigue! Tiene un instinto gregario de manada, dócil a la voz de mando.

Se produce un silencio largo y tenso. Crepita la leña húmeda lamida por las llamas, y la luz producida proyecta sobre la pared las sombras siniestras de los conspiradores, dibujando un confuso y amorfo conjunto fantasmal.

Bruto se levanta y pasea meditando. Los demás le siguen con la mirada en el recorrido, esperando de nuevo sus palabras. Hay en su rostro una expresión airada, una dura mueca de odio y de rencor, que resalta la oscilante luz desprendida del fuego de la chimenea.. Se detiene y extiende los brazos teatralmente.

BRUTO.- Nadie, como persona, le tiene más cariño que yo. Pruebas recibí de su afecto y amistad; mal podría yo desearle desgracia, ni gozarme en su hundimiento o destrucción. Mi corazón sangra con una doble y contradictoria herida: de un lado, la que provoca el hecho de mi entrañable sentimiento hacia el amigo; de otro, la que nace de mi amor a Roma, a la República, en trance de caer bajo los pies del tirano. ¿Y qué hacer cuando ambos amores no pueden coexistir? ¿Cómo obrar cuando es necesario e inevitable elegir?

La voz de Bruto retumba como martillazos en la pequeña estancia y golpea las mentes de los conspiradores, fascinados por el tono y energía de sus palabras.

BRUTO.- Mi alma se debate en dolorosas dudas, tratando de hallar soluciones a un conflicto para el que sólo existen dos salidas: Cesar o Roma.

CASIO.- ¡Primero Roma!

TODOS.- ¡Roma! ¡Roma!

BRUTO.- ¡Cierto! Esa es la elección correcta: La República en peligro. Pero permítidme expresaros lo difícil que para mí puede ser actuar de manera acertada. Mi vida daría para que Cesar renuncie a su ambición, para que respete las instituciones y no concentre el poder en sus manos. Yo admiro su inteligencia, su capacidad, su valentía; pero deploro que utilice estas facultades en destruir la tradición y en exaltar su persona.

CASIO.- Roma somos todos. César trata de erigirse en la única voluntad política y religiosa. Para ello eleva a gente sin nobleza, sitúa en puntos importantes a libertos y esclavos, mientras aparta a quienes representamos al auténtico pueblo romano. Hacemos antesala ante inferiores y no cuenta con

nosotros para ninguna decisión. El Senado se ha transformado en simple coro de aplausos y asentimientos. Ninguna voz es capaz de alzarse para defender nuestros intereses, ni para discutir las proposiciones de César, que siempre son aceptadas. No es posible continuar así... Terminaríamos siendo los esclavos incondicionales de un poder sin frenos, absoluto y despótico. Nuestras haciendas y nuestras vidas dependerán de su capricho y de su humor...

CORNELIO.- No creo que César llegue a tales extremos. Su discreción ha demostrado...

CASIO.- ¿Qué no...? Lo que ocurre es que posee una astuta habilidad para maniobrar: algo muy útil para un político ambicioso y sin escrúpulos. ¿Qué otros méritos tiene? Cualquiera de nosotros puede compararse a él y ninguno hemos tratado de apoderarnos del poder de manera personal. En el noble Bruto, que lucha internamente entre la amistad y el deber, concurren circunstancias y virtudes tan destacables como las tuyas; y, sin embargo, tan sólo piensa en el bien general, en salvar la República.

Con voz atiplada y una afectación que exteriorizan oscuros y desviados instintos, Casca trata de ofrecer nuevos argumentos a la conspiración.

CASCA.- Además, pretende moralizar hipócritamente. ¿Y cómo voy yo a cerrar mis prostíbulos ni a renunciar a mis efebos?

II

Las luces de la ciudad, multicolores, centelleantes, sin orden aparente, semejantes a cúmulos estelares o a una galaxia desorganizada, parecen que intentan ahuyentar la negra y fría noche y cortar, como brillantes espadas, la espesa niebla. Pero el empeño resulta vano. La oscuridad se hace cada vez más densa. Las farolas, los gigantescos anuncios, los rascacielos, pierden luminosidad, casi se apagan, abrazados por las impalpables gotitas de las nubes que se posan sobre el suelo.

Hace frío. Los ruidos de la gran urbe casi han desaparecido. De vez en cuando se escucha el chillido estridente, trágico, de alguna ambulancia, o el silbido de un expreso trasnochador que avisa su llegada. También se observan, con escasa frecuencia, los faros encendidos de automóviles que cruzan, veloces, las desiertas avenidas, como pequeños gusanos de luz.

Desde el ventanal del apartamento, en el piso 32 del recién construido edificio -acero, plástico, cristalinos módulos irrompibles-, Bruto mira sin ver. Su mente está ocupada con hondas preocupaciones. Fuma un pitillo sedante y estimulador -por fin se consiguieron variedades sin nicotina y con elementos fortalecedores de las células-, y consulta, impaciente, la hora. Son las cuatro de la madrugada. Y como obedeciendo a su gesto, suena el timbre de la puerta. Mira la pantallita del portero automático y, al reconocer a Casio, abre pulsando el mando a distancia de la cerradura electrónica.

Casio, elegante y refinado, se despoja de la capa y de la espada y estrecha, sonriente, la mano de Bruto. Sin tiempo para cruzar palabras, , suena de nuevo

el timbre y van entrando los demás conspiradores: Casca, con recogida túnica de seda, pelo teñido de rojo y verde y gestos amanerados; Cornelio, con aspecto de ejecutivo, traje negro y grueso portafolios; el General, de uniforme gris perla, sobrecargado de medallas y condecoraciones; el Astronauta, con su peculiar vestimenta, brillante y ceñida.

Forman un conjunto extraño y heterogéneo, anacrónico y futurista, con impensable mezcla de estilos y épocas. Igual sucede con el mobiliario del apartamento, donde coexisten el triclinio, la mesa barroca, el sofá de líneas dinámicas, el televisor, los vasos cerámicos y las estilizadas copas de cristal de Bohemia.

BRUTO.- Bienvenidos.

CORNELIO.- Espero que hoy quede todo bien concreto y claro.

Del enorme portafolios extrae documentos y planos que reparte a los demás. Estos los examinan en silencio durante largos minutos. Se miran unos a otros, entre confundidos e interrogantes.

BRUTO.- Encargué a Cornelio, como experto, una planificación bien estudiada de las acciones a realizar, por una razón obvia: no importa tanto la eliminación de César, como garantizar que los objetivos deseados se alcanzan con su muerte. De nada serviría liberarnos del tirano, si otro le sustituye. Hemos de asegurar que las instituciones en peligro continúen vigentes.

CASCA.- Y nuestro status. A mi no me seduce el poder; me interesan mis riquezas, mis modos de vida...

CASIO.- Ya lo sabemos, Casca. Pierde cuidado. Seguirás con tus salas de fiesta, tus drogas, tus prostíbulos y tus mancebos.

CASCA.- ¿Qué hay de malo en ello? La libertad tiene que ser para todo, puñeta. Cada cual debe sentirse dueño de sí, de su destino, de sus aficiones y de sus gustos.

BRUTO.- ¡Basta! No discutamos en vano.

CASIO.- Lo importante es que los acontecimientos no nos arrastren. César tiene evidente buena imagen entre la plebe y ello puede significar peligro de revolución. Hemos de actuar con rapidez, contrarrestar cualquier intento reaccionario. Y nada mejor, para conseguirlo, que una buena propaganda y el control, desde el principio, de la información.

GENERAL.- Puedo lograr, en pocos minutos, la ocupación de todas las emisoras y televisiones.

ASTRONAUTA.- Y yo evitar el funcionamiento de los satélites espaciales.

BRUTO.- ¡No! ¡No! No es buen sistema. Tales actuaciones desprenden

un tufillo repelente a golpismo, que puede tener éxito, pero será siempre pasajero. Se trata de algo más importante: conseguir que esa anónima masa que lo aclama, le vitupere de manera inmediata, y aplauda nuestra acción, y entienda la necesidad de su muerte; que nos agradezcan el dolor que padecemos al clavar el puñal en su corazón, siendo amigos y protegidos suyos...

CASCA.- ¡Complicado pones el asunto!

GENERAL.- Y difícil. ¿Cómo lo haremos?

BRUTO.- Ciertamente que es complicado y difícil. De ahí que Cornelio, experto en negocios, hábil y sutil para situaciones anómalas y equívocas, haya estudiado la forma de implicar a los más próximos al tirano, en especial a Marco Antonio, para que el pueblo no sospeche nunca que existen intereses ajenos al bien común.

GENERAL.- ¿Y cómo lo conseguiremos?

CORNELIO.- Es tema que explicaré después. Ahora lo importante es señalar la fecha, el lugar del atentado y la forma de distribuir el poder.

CASIO.- La mejor ocasión se presenta con la apertura del Senado. César, además, es confiado y va sin guardias.

CORNELIO.- Así lo había planteado yo. Y para que nadie pueda eludir hipotéticas responsabilidades, todos nosotros, en colaboración quizás única en la Historia, segaremos su vida con nuestras propias armas.

CASCA.- Está bien. Pero, ¿y después?

CORNELIO.- Formaremos un gobierno, presidido de forma rotatoria por cada uno de nosotros. Así se evitan tentaciones totalitarias.

BRUTO.- En cuanto a Marco Antonio...

CORNELIO.- Es joven y ambicioso. Una vez cometido el atentado, por propia conveniencia, se unirá a nosotros. Es cuestión de una buena oferta. Yo me encargo de convencerlo.

BRUTO.- ¿Entonces?

TODOS.- ¡De acuerdo! ¡El 15 de Marzo Roma será libre!

Se abrazan con entusiasmo. En todos los ojos se observa un brillo inusitado como el producido por la embriaguez. Y sienten, en verdad, un insólito placer, un gozo excitante con la esperada satisfacción de sus ruines apetencias y envidias, largamente fermentadas en la hipocresía.

Bruto, ya solo, pasea por la estancia y da largas chupadas al cigarrillo. Se detiene junto al ventanal. La ciudad duerme con un sueño entrecortado, inquieto, desasosegado, que nunca proporciona completo descanso. Tampoco hay tranquilidad en Bruto. En su cabeza bullen mil pensamientos y confusos deseos que no consigue, o no se atreve, a concretar. Si hasta el más noble y

valeroso espíritu, en momentos difíciles, siente el frío hálito del miedo o el incómodo escozor de la duda, ¿qué no le ocurrirá al de cobardes y sucios sentimientos?

BRUTO.- ¡Bah! No hay que ser pesimistas. La hora ha llegado y todo acabará bien... César, tú fin está próximo. No podía ser de otra manera. ¿Qué cualidad posees tú de la que yo carezca? Soy más fuerte que tú; soy, cuando menos, tan inteligente; mis dotes de organizador y guerrero, corren parejas a las tuyas... ¿Por qué, entonces, tú has conseguido elevarte por encima de los demás? ¿Qué suerte, qué apoyo de los dioses has tenido para alcanzarlo? ¿De qué trucos u oscuras maquinaciones te has valido para convertirte en semidiós por todos alabado? Nada existe en tí que descuelle por encima de mi y, si embargo, yo soy un simple ciudadano, tal vez algo distinguido, y tú, en cambio, concentras todo el poder y aspiras a perpetuarlo en tu persona y descendientes... Pero no sucederá. Ni los propios dioses, si te ayudaron en tus empresas, lograrán impedir ahora tu destrucción. Hay algo más poderoso que la suerte, que la astucia y que incluso el favor de las divinidades: el odio. Y tú, César, lo has sembrado con espléndida liberalidad, cuando otorgabas favores, perdonabas traiciones, ayudabas sin exigencias... ¿No comprendías, estúpido, que pueden perdonarse el castigo injusto, el abuso ruin, la maldad cruel, pero nunca las generosas dádivas o las acciones bondadosas? Los primeros pueden rebelarnos, incitarnos a la lucha y, al vencer, con el triunfo, caerán en el olvido; pero estas otras nos humillan y obligan a un continuo agradecimiento que nos convierten en esclavos, y acaban por hacer de nuestro corazón un pozo sin fondo de resentimientos...

III

15 de Marzo. Las tribunas del Senado se encuentran repletas de público expectante y curioso. Las cámaras de televisión ensayan los enfoques más adecuados. Periodistas de todo el mundo ajustan sus grabadoras y objetivos para recoger las palabras e imágenes del gran César.

Algunos senadores han ocupado ya sus asientos; otros pasean y fuman por los pasillos o forman corros. Cerca de la efigie de Pompeyo, próxima al lugar por donde ha de entrar la comitiva, se encuentran Casio, Bruto, Cornelio y el resto de los conspiradores. Aún cuando intentan disimular, sus rostros delatan íntimo nerviosismo. Las sonrisas que dibujan parecen muecas de contrahechas máscaras, y sus músculos están tensos como cuerdas de lira, a punto de romperse.

De la calle llega el sordo rumor de la multitud. De repente, como una oleada sonora, se escuchan vítores y aplausos que van aumentando en intensidad, hasta hacerse atronadores. Casio y sus amigos se miran. Seca la garganta, lívida la tez, amoratados los labios, apenas si pueden balbucir palabra. Se agrupan, como buscando mutuo apoyo y dejan espacio libre en el pasillo. Por el fondo la arrogante figura de César se vislumbra ya, saludando. La blanca túnica que viste, en un alarde de sencillez, se agita con su paso enérgico. Cuando se acerca hasta ellos, levanta los brazos efusivamente y los saluda. Sonriente, Casio se adelanta como para abrazarlo y le hunde un puñal en el vientre. Casi simultáneamente, Casca le asesta otro golpe, el General y el astronauta descargan sus automáticas y Bruto, por último, hunde su espada en el pecho del

dictador que, apoyado en el pedestal de la estatua de Pompeyo, cubre su faz descompuesta por el dolor y la agonía, acertando sólo a musitar:

CESAR.- ¿También tú, Bruto?

Y su cuerpo, convertido en fuente sangrante de rojos chorros, víctima de las mil heridas de la envidia, del odio, del resentimiento, de turbiosos intereses, de bajas ambiciones, se desploma sobre el suelo...

Gritos de terror. La gente huye despavorida. En la calle suenan sirenas, disparos, rugidos de pesados vehículos, voces estentóreas. Y por el cielo gris cruzan naves, sobrevolando la ciudad, como siniestras aves rapaces.

IV

La gran ciudad cosmopolita, universal, muestrario del arte y de la civilización de Occidente, se encuentra en calma; una calma extraña que lo mismo puede indicar aceptación de los hechos, con esa sabiduría, escéptica e indiferente, que otorga la memoria histórica, como presagio de tormentosa violencia, fruto del caliente temperamento latino.

Bruto, desde el ventanal de su lujoso apartamento, mira sin ver el paisaje urbano: calles casi vacías, cruzadas apenas por gente presurosa y por autos que se pierden veloces; vehículos policiales y militares, estacionados en diversos puntos estratégicos, que vigilan.

BRUTO.- ¡Consummátum est! ¡Adiós, César! Ya eres pasado irrecuperable, simple historia para eruditos. Tuviste aspiraciones de divinidad y te has convertido en despojos malolientes; deseaste la corona de rey y el dominio de la tierra y sólo tendrás un hueco bajo el frío suelo. Tus conquistas, tus habilidades políticas, tu discreción, tu brillantez, tu capacidad de seducción, ¿de que te han valido?... Mísero mortal con ambiciones semejantes a las de los dioses, has tropezado -como no podía ser menos- y caído con estrépito. Ya no existe en tí superioridad sobre los demás; ya no destacas entre tus semejante; ya el populacho no te aplaude ni te sigue...Ya eres materia inerte que se descompone y desaparece...¡Por fin ocurrió!

Un hondo suspiro escapa de su pecho, como si a su alma, a todo su cuerpo, largamente atormentados y tensos, hubiera llegado la calma, la paz. Una placentera sensación le invade, y aflora una sonrisa a sus labios.

En este momento entra Casio. Aunque con ciertas precipitación, que no oculta el gozo, se dirige a Bruto, que no se ha dado cuenta de la presencia del amigo.

CASIO.- ¡Bruto!

BRUTO.- ¡Casio!

Se abrazan efusivamente, como compañeros de una aventura felizmente resuelta.

CASIO.- Cornelio y yo hemos hablado con Marco Antonio. Todo lo ha comprendido.

BRUTO.- No podía ser de otro modo.

CASIO.- Cierto, tal como tú esperabas. Ha entendido la fuerza de nuestras razones y se une a la causa.. El General, por otra parte, lo tiene todo bajo control.

BRUTO.- Eso es bueno.

CASIO.- La ciudad se halla tranquila. A nadie le ha importado gran cosa la desaparición de César. Por ello, como querías, se está dando la explicación que preparaste por televisión. El propio Marco Antonio se ha ofrecido para hablar en el funeral.

BRUTO.- ¡Estupendo! ¡Es más de lo que esperaba!

CASIO.- Posiblemente ya se estén emitiendo sus palabras, después de las grabadas por ti.

BRUTO.- Vamos a escucharle.

Conecta el televisor y en la pantalla, a todo color, aparece Marco Antonio, grave el joven y curtido rostro, serena la mirada. A sus pies yace César, cubierto de algunas flores que no consiguen disimular las manchas de sangre.

Su voz, recia y firme, se difunde por todos los rincones, recitando las palabras que escribiera Shakespeare.

MARCO ANTONIO.- "¡Amigos romanos, compatriotas, prestadme atención! "¡Vengo a inhumar a César, no a ensalzarle! ¡El mal que hacen los hombres perdura sobre su memoria! ¡Frecuentemente el bien queda sepultado con sus huesos! ¡Sea así con César! El noble Bruto ha dicho que César era ambicioso. Si lo fue, era la suya una falta grave, y gravemente la ha pagado.

BRUTO.- ¡Bien dicho, Marco Antonio!

MARCO ANTONIO.- "Era mi amigo, para mi leal y sincero; pero Bruto dice que era ambicioso. Y Bruto es un hombre horado. Infinitos cautivos trajo a Roma, cuyos rescates llenaron el tesoro público. ¿Parece esto ambición en César? Siempre que los pobres dejaban oír su voz lastimera, César lloraba. ¡La ambición debería ser de una sustancia más

dura! No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y Bruto es un hombre honrado. Todos visteis que en las Lupercales le presenté por tres veces una corona real, y la rechazó tres veces. ¿Era esto ambición? No obstante, Bruto dice que era ambicioso, y, ciertamente, es un hombre honrado. ¡No hablo para desaprobar lo que Bruto habló! ¡Pero estoy aquí para decir todo lo que sé!

Bruto y Casio, perplejos y rojos de rabia, se miran

BRUTO.- ¡Traición! ¡Llama al general y que corten la emisión!

CASIO.- Es necesario actuar con rapidez. Marco Antonio es capaz de levantar al populacho. ¡Qué ingenuos hemos sido!

Mientras tratan de telefonar, sin conseguir durante largo rato comunicar, la voz de Marco Antonio, desde el televisor, va desgranando su discurso.

MARCO ANTONIO.- "Si estuviera dispuesto a excitar al motín y a la cólera a vuestras mentes y corazones, sería injusto con Bruto y con Casio, quienes, como todos sabéis, son hombres honrados. ¡No quiero ser injusto con ellos!"

BRUTO.- ¡Maldita sea! ¿Dónde está el General?

CASIO.- ¡Ya contesta!...General, ¿Qué ocurre? ¿Cómo...?...

BRUTO.- ¡Dame! ¡General, impida la emisión! ¿Qué no puede? ¿Qué la gente está amotinada? Haga uso de la fuerza y llame en cuanto esté todo controlado.

Descompuestos, continúan, como hipnotizados, frente a la pantalla. La luz cenicienta de la tarde imprime al ambiente un tono de tragedia. Suena el teléfono.

BRUTO.- ¿Si?

Palidece. Casio acerca el oído al auricular, deseoso de conocer las noticias que turban a Bruto. Este, despacio, cuelga.

CASIO.- ¿Qué ocurre?

BRUTO.- Prepárate para la huida. Las tropas se han unido a Marco Antonio y Octavio rodea la ciudad con sus legiones. El general ha sido detenido y Casca vuela, con sus efebos, hacia algún refugio...

CASIO.- ¡Pero si el General tenía bajo control la situación...!

BRUTO.- Eso creía el imbécil. Mas las masas, agitadas por Marco Antonio, han infundido pavor en los mandos militares, que han terminado por seguirle.

CASIO.- ¡Pero si no puede ser! ¡Si aún está hablando!

BRUTO.- Como mi intervención, la suya también está grabada. La alocución hace tiempo que la ha pronunciado ante el pueblo estúpido, que gusta

de las cadenas y desconoce la democracia...¡Todo se ha perdido! No debemos perder el tiempo.

CASIO.- ¿Y que hacemos para llevarnos nuestros bienes?

BRUTO.- Lo que importa ahora mismo es salvar la vida. Huyamos.

Salen apresurados y nerviosos. La tarde gris y fría de marzo, se hace cada vez más oscura. En la pantalla Marco Antonio está terminado su discurso.

MARCO ANTONIO.- ¡Así era César! En su pecho solo existía la ambición de engrandecer a Roma. No hubo en él afán de endiosamiento personal, ni jamás pensó convertirse en tirano. No estaban, con él, en peligro la República, ni la libertad, ni el pueblo al que amaba. Sus actos perseguían la eficacia y una organización racional de la sociedad, con eliminación de las influencias partidistas y de los turbios intereses de grupos. César no ha muerto víctima de sus ambiciones: le han matado quienes no querían perder sus privilegios o no podían soportar sus virtudes ejemplares. El noble corazón de César ha sido destrozado con saña por manos asesinas, unidas en conspiración, en sucio maridaje, para defender sus corrupciones y satisfacer sus odios. ¡Que nada hiere tanto a los espíritus ruines como saberse o sentirse inferiores ante hombres egregios! Este ha sido el delito de César: su grandeza. Y porque era grande, y porque era noble, y porque era valeroso, y porque era inteligente, unos seres con almas pequeñas, podridas y corroídas por los gusanos de la maldad, de la envidia y del resentimiento, no podían soportarlo. ¡Y nos lo arrebatan cobardemente, valiéndose de la generosa amistad que César prodigaba a su alrededor! ¡Llorad por la pérdida, romanos!

La noche ha caído sobre la ciudad como un negro manto de luto.

Enero 1.988

DIANA Y HÉCTOR

DIANA.- ¡Héctor! ¡Que casualidad!

HÉCTOR.- Dí más bien qué milagro, Diana.

DIANA.- Es verdad. Resulta increíble encontrarnos aquí. ¡Cuánto tiempo ha pasado!

HÉCTOR.- ¿Tiempo?... Acontecimientos extraños e imprevisibles.

DIANA.- ¿qué miras?

HÉCTOR.- Tus aspecto. Sigues siendo tan atractiva como siempre

DIANA.- Y tú tan adulator y amable. Tampoco has cambiado mucho.

Estás muy interesante.

HÉCTOR.- No pensabas así cuando ocurrió aquello...

DIANA.- Bueno, es que...

HÉCTOR.- Llegué a creer que me odiabas.

DIANA.- La vida nunca es como queremos o soñamos. Tu no tuviste la culpa.

HÉCTOR.- ¿Entonces?

DIANA.- Pues... Ahora sólo podemos ser sinceros, de nada sirve el disimulo. Te lo diré todo. Cuando nos conocimos yo era un a jovencita de locos sueños, de sugestivas esperanzas.

HÉCTOR.- La juventud colorea de rosa la realidad.

DIANA.- Sí y ...no. Cierto que la realidad objetiva, en un momento dado, es una e invariable. Pero a la persona lo que le importa es la realidad subjetiva.

Y ésta depende de los ojos con que la mires, de la situación anímica, del carácter, de la edad, de si estás alegre o triste, feliz o desgraciada. La juventud es época de explosión vital del espíritu y del cuerpo, y en ella todo aparece como futuro, en la lejanía, con un mágico fulgor de estrella prometedora. Y este hecho se vive como una realidad en nuestra mente.

HÉCTOR.- Pero con el transcurrir de los días...

DIANA.- No desaparece la realidad, sufre una metamorfosis desagradable y, a veces, repugnante, como en un relato kafkiano. Cuando llegaste a mí, tú eras verdadero príncipe azul en mis realidades. Mi cuerpo y mi alma vibraban en tu presencia y con tus besos. El mundo, mi mundo, -único que me importaba-, estaba lleno de maravillosos acontecimientos, de felicidad. Y tú eras el centro. En tí veía la perfección, la bondad, la belleza, la fortaleza, la seguridad. No han existido en mi vida momentos más hermosos e inolvidables. Y todo era real...Después..., no sé con certeza lo que ocurrió. Tal vez sea necesario, para mantener el encanto y sugestión de la vida, no llegar a poseer por completo lo que deseamos..., que haya en todo instante algún velo por destapar, algún misterio por descubrir, alguna ilusión por alcanzar. Se ha dicho que lo cotidiano destruye el encantamiento. Tal vez sea verdad. Ignoro como sucedió. Mas de repente, un día cualquiera, descubrí que no todo era tan hermoso como yo lo veía, ni tan perfecto, ni tan agradable. Surgieron las primeras desilusiones y, también, los primeros desacuerdos. La convivencia, la existencia en común, aumenta de relieve pequeños detalles, leves manías, mínimos defectos, hasta desorbitarlos; también va matando, o destruyendo, con la monotonía, esas atenciones, tal vez sin importancia, que tanto seducen a la mujer. La rutina resulta demoledora de la pasión y del amor. Si, como se dice, no hay gran hombre para su ayuda de cámara, para la esposa la afirmación tiene un contenido mucho mayor y más cierto. Cada día nos íbamos distanciando.

HÉCTOR.- Comprende que mis ocupaciones impedían dedicarte todo el tiempo.

DIANA.- Si no era culpa tuya, Héctor. Todo acontece así, por simple evolución. Conforme el tiempo pasa, van cayendo secas, como hojas en otoño, todas las ilusiones con que la vida, al principio, nos sugestionaba. Y, poco a poco, nos despoja de ellas, hasta dejamos desnudos, descarnados, ateridos sin su abrigo cálido y atractivo, que nos impulsaba a amar.

HÉCTOR.- Siento no haber sabido conservar el fuego de los primeros años.

DIANA.- Hubiera sido inútil. El problema estaba en mí. La visión del mundo que tenía, cambió sin transición. Tú eras ya un desconocido. Nada quedaba del Héctor que yo creí ver al principio. A mi lado estaba el hombre

vulgar, corriente, mediocre, incapaz de grandes virtudes y de grandes maldades; un hombre obsesionado con sus negocios y su trabajo, en los que buscaba, más que satisfacer necesidades familiares, descollar en la sociedad y suscitar la envidia de otros.

HÉCTOR.- ¡Diana!

DIANA.- La verdad. Te olvidabas de mí, quizás porque me considerabas un objeto de tu pertenencia, que nunca sospechaste podías perder. Por mi parte todo acabó al conocer este rostro oculto de la existencia. Vivir perdió sentido y justificación. El mundo, ante mis ojos, se había convertido en una ridícula mascarada que ni me divertía ni me interesaba.

HÉCTOR.- ¿Fue entonces...?

DIANA.- Si. Y a tí, ¿qué te ocurrió?

HÉCTOR.- Algo semejante a lo que has contado. Pasados los primeros tiempos, todo se cubrió de la herrumbre de lo rutinario. De una muchachita inocente, bellísima, agradable, te fuiste convirtiendo en una mujer desconocida, que discutía y gritaba por cualquier motivo y en toda ocasión. Eras absorbente, exigías una atención continuada, con olvido del mundo en torno y de que también existen otras cosas que reclaman parte de nuestro tiempo.

DIANA.- ¿Tan estúpida y egoísta me veías?

HÉCTOR.- No he pretendido decir eso. Si acaso, equivocada. Aún cuando en la pareja tiene que haber sinceridad y confianza, una especie de desnudez moral, ésta, sin embargo, como la física en el acto de amor, no puede ni debe ser permanente. Toda persona precisa de un espacio de intimidad, vedado incluso a la mirada del ser más querido... Y ésto hay que comprenderlo y respetarlo.

DIANA.- Ese espacio, ¿incluye la infidelidad?

HÉCTOR.- La infidelidad es tema distinto. Unas veces la provoca el otro, cuando ejerce una intromisión desmesurada en las vivencias del compañero o compañera; otras, con su descuido, le empuja a ello. Recuerdo aún tu desinterés por más problemas e inquietudes y por mí mismo, como hombre. Parece que no te importaba nada. Aquélla simpática y atractiva coquetería inicial, con la que me sorprendías y atraías a todas horas, fue desapareciendo. Surgió, para mal, el descuido, el desaliño, el mostrarte distante y hasta agresiva, como si pretendieras mi huida. Eso me empujó a conocer a otras mujeres, es verdad.

DIANA.- ¿La culpa fue de mi desvío? Parece que te olvidas de las primeras aventuras.

HÉCTOR.- Las hubo, sí. Pero tú misma, entonces, intuías su significado y hasta te agradaban. Eran como escapadas para comprobar que la realidad propia, la felicidad compartida con una mujer a la que adoraba, no podía

compararse con ningún otro placer o emoción. Siempre regresaba con redoblado cariño y seguro de mi suerte.

DIANA.- No te falta razón. Yo sabía de tus correrías y, aún cuando me irritaban y producían rabietas, al estrecharme entre tus brazos con mayor fuerza, pensaba: Engaña a las otras, sólo a mi me quiere. Y me sentía satisfecha, casi orgullosa, de que otras mujeres te desearan.

HÉCTOR.- Después...El tiempo destruye, con implacable automatismo, lo bello y agradable de la vida humana. Y nosotros no supimos contrarrestar su crueldad mecánica con la creación de nuevas ilusiones, con la fabricación de sueños, con la invención de ideales...No acertamos a llenar de contenido el futuro para que, como mágica fuente de energía, nos diera fuerzas para soportar el presente.

DIANA.- Cierto. Ahora pienso que nunca te conocí. Hemos tenido que encontrarnos en esta nueva dimensión para darnos cuenta de los errores. ¿Tuviste miedo cuando...?

HÉCTOR.- Sí. Pero todo fue rápido. Casi de improviso me encontré en este espacio...Bueno, en este otro lado.

DIANA.- Me alegro de que nos hayamos encontrado. Podremos estar juntos... Al comienzo ésto resulta extraño, incomprensible. Luego nos habituamos. Y hasta posee cierta comodidad la sensación de ingravidez.

HÉCTOR.- ¿Sabes una cosa? No creo en la casualidad. Me parece que ya estaba previsto nuestro encuentro.

DIANA.- Es posible. Y ahora que lo dices, hasta que has llegado apenas he podido hablar con nadie. Todos están abstraídos, inmersos en sí mismos, convertidos en puro pensamiento.

HÉCTOR.- Siempre te he querido, Diana. Y te quiero.

DIANA.- Y yo a tí. Fue una tontería lo ocurrido. ¡Si pudiéramos rectificar...!

HÉCTOR.- Nada lo impide

DIANA.- ¡Abrázame!

HÉCTOR.- Deseo unirme, fundirme en tí.

DIANA.- ¡Por toda la eternidad!

HÉCTOR.- Y no es una frase.

Enero 1.988

EL HIDALGO

VENTERO.- ¡Pase! ¡Pase! Mal día éste para viajar, señor. Aunque no quedan habitaciones, puede acomodarse junto al fuego y pasar ahí la noche. Siempre será mejor que el frío y la lluvia.

HIDALGO.- Gracias, Ventero.

VENTERO.- Lamento no tener nada mejor.

HIDALGO.- No importa. Estoy acostumbrado a las incomodidades.

VENTERO.- Tendrá que compartir el espacio con unos gitanos. No me he atrevido a negarles cobijo con este tiempo.

HIDALGO.- Está bien.

VENTERO.- Pronto anochecerá. Prepararé unos chorizos bien fritos para la cena y un buen vinillo para calentar el estómago.

HIDALGO.- Gracias.

El hidalgo se despoja de la mojada y raída capa, coloca en el suelo el ligero zurrón que lleva por equipaje y se aproxima al fuego de la chimenea para calentar el cuerpo.

Pese a su vestimenta gastada y vieja, de su persona se desprende una dignidad que impone respeto. La familia gitana se aprieta entre sí y le cede un lugar. El Hidalgo se sienta en una desvencijada silla de anea. Su rostro, de barba canosa, muestra cansancio.

Cae la tarde. El cielo, plomizo y bajo, se va oscureciendo. Desde la ventana se distinguen aún, casi perdidos en el horizonte de la inmensa llanura,

unos molinos que mueven sus aspas empujadas por el viento, como enormes brazos.

El Hidalgo observa. Los gitanos, frente a él, componen un grupo pintoresco: dos muchachos de siete y diez años, sucios, harapientos e inquietos; una jovencita de unos quince, morena, con cara tiznada y ropa mugrienta; y los que debieran ser los padres -ella gorda, con vestido chillón, y él renegrado, ojos vivaces y aspecto ruin-. La atención del Hidalgo se centra sobre la muchacha, en la que ni el descuido y suciedad, pueden ocultar una singular belleza y un fuerte atractivo. Algo más apartado, un fraile orondo lee, aprovechando la escasa luz del atardecer, un viejo libro.

Suenan golpes en la puerta y el ventero abre presuroso. Entra, maldiciendo del temporal, un soldado, todo mojado.

SOLDADO.- ¡Maldita sea! ¡Vaya día! El caballo ha perdido una herradura y he caminado tres leguas tirando de él. ¡Cochina suerte la mía!

VENTERO.- Acérquese al fuego.

SOLDADO.- ¿Yo entre gitanos? ¡Vive Dios, ventero, que me ofende!

VENTERO.- Perdone, mi señor capitán.

SOLDADO.- No soy capitán y no por falta de méritos, Ventero. Lo que ocurre es que en este miserable país solo medran los charlatanes, aduladores y demás hijos de...

FRAILE.- ¡Ave María Purísima! Modérese el señor Soldado en su lenguaje.

SOLDADO.- Perdona, padre, que no le había visto.

Los gitanos, entre tanto, se habían apiñado en un extremo de la chimenea y miraban, no sin temor, al nuevo huésped.

SOLDADO.- Dispóngame una habitación cómoda

VENTERO.- Lo siento, están todas ocupadas por unos señores que ha rato llegaron. Como este hidalgo, si quiere puede situarse junto al fuego y pasar ahí la noche.

SOLDADO.- ¿Esas tenemos? ¡Vive Dios, que tengo el santo de espaldas!

El fraile se santigua y mueve la cabeza en un gesto de censura. El soldado se quita los correaes y la espada y se acomoda cerca del Hidalgo. Este, por su parte, calla. Sus ojos profundos y algo tristes, no dejan de mirar a los distintos personajes, como si quisiera llegar al alma de cada uno.

SOLDADO.- ¡Que día de perros! ¡Ventero, traiga vino! Es el mejor remedio para el frío.

Se levanta, sin apenas calentarse, y pasea a grandes zancadas por la estancia, frotándose las manos. Se detiene junto al Fraile, que ha cerrado el

libro de lectura.

SOLDADO.- ¡Deje ya tanta lectura, que no se ve! Le invito a beber y usted me recomienda a San Pedro

Ríe escandalosamente y se sienta frente al Fraile bonachón. El Ventero llega con unas jarras de tinto. Ha oscurecido. Con parsimonia enciende unos candiles y el velón de aceite, situado en el centro de una mesa.

VENTERO.- Disculpadme, pero he de atender a los ilustres huéspedes que se alojan arriba. Después estaré con vosotros. Si necesitáis más vino, tomadlo de la bota que hay en la bodega.

SOLDADO.- ¡No se preocupe, buen hombre! Ya nos serviremos en abundancia, ¿verdad, padre?

Y suelta otra carcajada ruidosa y grosera. Luego charlotea, animado por el alcohol. El hidalgo hace un gesto a la Gitanilla, que se había apartado a un rincón, para que se acerque al fuego. La muchacha, algo cohibida, se aproxima.

HIDALGO.- ¿Cómo te llamas, hija?

PRECIOSA.- Preciosa.

HIDALGO.- Un nombre muy apropiado. Acomódate sin temor.

La voz grave y dulce del Hidalgo, le da confianza. La gitanilla, con sus enormes ojos claros, le mira entre curiosa y sorprendida. No tiene costumbre de que nadie la trate con afecto y respeto.

HIDALGO.- ¿Qué hacéis por aquí?

GITANO.- Soy el padre de la niña y de estos dos rapaces. Esta es mi mujer. Viajamos en un carro con nuestro teatro de títeres. Representábamos las aventuras de Amadís y de otros héroes de la caballería andante. Preciosa, al final, cantaba y bailaba. Un espectáculo muy bueno y moral...Pero en un pueblo, de cuyo nombre no quisiera acordarme, porque al pequeño se le ocurrió perseguir a un pollo, nos apedrearon y destrozaron carro y enseres. Mire el chichón que aún tengo aquí.

Y le mostró la cabeza. El Hidalgo sonrió.

HIDALGO.- Bebed, que yo invito. Y tú, Preciosa, ¿qué cantas?

La gitanilla levanta la cabeza. La suciedad y descuido no conseguían encubrir, ni disimular, la belleza de su rostro, que se iluminó con una amplia sonrisa.

PRECIOSA.- Romances de amores entre princesas y caballeros.

GITANILLO.- Luego yo toco el pandero y ella baila.

HIDALGO.- ¿Os gusta esa vida?

PRECISA.- Sí, señor. Aunque a veces resulta dura, como en estos días de invierno crudo, y en ocasiones hay gente que nos persigue y maltrata, nos gusta.

Somos libres, nada nos ata; ni provocamos envidia, ni somos envidiosos. No queremos más de lo que tenemos. Cuando llega la primavera nuestro hogar, -la tierra-, se alfombra de flores, y nuestro techo -el cielo- se ilumina con miles de estrellas...¿Se puede pedir algo mejor?

HIDALGO.- Eres discreta, Preciosa. Pero en la vida existen cosas que todos ambicionamos: poder, dinero, fama...

PRECIOSA.- ¿Y para que sirve todo eso? Si eres poderoso, te rodeará un enjambre de aduladores, advenedizos e hipócritas, que buscan el favor mientras te vituperan y maldicen en secreto; y si alguna vez tu poder disminuye o desaparece, se lanzarán sobre tí como aves carroñeras para destrozarte. Si eres rico, a tu alrededor surgirán parásitos y arribistas, buscando el modo de aprovecharse de tu riqueza o apropiársela; tendrás que estar siempre despierto, ojo avizor, para que no te roben o apuñalen. ¿La fama...? Nada es más inconsistente y vano... Apenas pasa algún tiempo, todo se olvida.

HIDALGO.- ¿Qué edad tienes?

PRECIOSA.- Quince años.

HIDALGO.- Pues parece como si hubieras vivido cien.

PRECIOSA.- Nuestra escuela, al aire libre, nos enseña con rapidez.

HIDALGO.- Sin embargo, Preciosa, en el mundo no todo es negativo y malo; también nos encontramos con algo tan bello como el amor, la bondad, el heroísmo; también tropezamos, en el instante más insospechado y extraño, con criaturas espléndidas como tú.

PRECIOSA.- Gracias, señor. Es verdad lo que dice. Pero todas esas virtudes, no se oponen a nuestra forma de vida. A nadie dañamos. Nuestro trabajo es divertir, distraer y nos sentimos felices cuando transformamos el llanto en carcajadas o conseguimos, de rostros adustos y graves, una sonrisa...¿El amor? ¿La bondad?...También para nosotros tienen un valor esencial; nos unen, nos protegen, nos invitan a darnos cada día y a toda hora, sin exigencias ni compensaciones: que en eso consisten el amor, la bondad y el heroísmo.

HIDALGO.- Ningún viejo sabio lo hubiera expresado mejor.

GITANO.- ¡Preciosa es un ejemplar único, señor!

PRECIOSA.- ¡Amor de padre, señor Hidalgo! Pero, dígame, ¿Adónde va usted? Parece haber corrido mucho mundo.

HIDALGO.- Voy a la Corte. Sí, ha viajado bastante y he pasado por múltiples avatares, no muy afortunados. Estuve en Italia, al servicio de un Cardenal..

PRECIOSA.- Aquello debe ser una maravilla.

HIDALGO.- No todo lo que reluce es oro, como enseña el saber del

pueblo. Bajo el boato, la púrpura y el rito fascinadores, se esconden con frecuencia inconfesables miserias y pasiones...Después fui soldado, un noble oficio que me deparó el orgullo de participar en la mayor gesta de este siglo...Allí perdí este brazo.

PRECIOSA.- ¡Qué lástima!

HIDALGO.- Con satisfacción lo muestro. Y mil brazos que tuviera, mil brazos de los que me desprendería en ocasión igual.. De regreso a España caí cautivo de unos piratas. ¡Que tristes, largos y pesados los años de prisión en Argel!

PRECIOSA.- ¡Pobrecito!

HIDALGO.- Y cuando, por fin, llego a la patria, esperando encontrar cálida acogida y reconocimiento a mis servicios, todas las puertas se cierran. Nadie recuerda nada. Mis memoriales, mis escritos, se cubren de polvo y olvido en los despachos de los secretarios. El reino se ha convertido en imponente máquina productora de legajos inútiles, que se amontonan en las estanterías...Por mi mala suerte, conseguí un cargo para allegar recursos con destino a la armada. Y digo por mi mala suerte porque fue la causa de que diera con mis huesos, ya duros y cansados, en la cárcel. ¡Lo que me faltaba! Más no me pesa. Allí aprendí algo importante: que no debemos juzgar a nadie por las apariencias. Entre ladrones, truhanes y asesinos, también puede encontrarse un cierto código moral; incluso hasta acciones ejemplares. Y desprendimiento y generosidad...

Bebe de la jarra de vino. Fija la mirada en las llamas, que parecen interpretar una exótica danza, al compás del crujido de los leños que se consumen. A su memoria llegan recuerdos de la lóbrega prisión, de las pobres gentes allí confinadas, cuyas culpas, en la mayoría de los casos, eran el hambre y la ignorancia.

PRECIOSA.- Le veo triste y pensativo. ¿Quiere que cante y baile?

HIDALGO.- ¿Por qué no? Contárganos de tu alegría;

Preciosa se pone de pie. Arquea con gracia los brazos y baila. Su hermano va marcando el ritmo con el pandero. Ella gira, dobla la fina cintura, taconeando, mueve cadenciosa las caderas y canta un romance antiguo que habla de ausencias, de esperas, de angustias, de felicidad.

El soldado y el Fraile, repletos de vino, miran, sorprendidos, con ojos lascivos, la grácil figura de la gitanilla, que se inclina, levanta, retuerce, revolotea y, en sus saltos, deja entrever unas piernas morenas y torneadas, apetecibles como pan recién cocido.

El soldado se levanta, baboso, y se acerca a la muchacha, intentando abrazarla.

SOLDADO.- Ven a mí, pichona. Voy a hacerte mujer aquí mismo.

Preciosa, asustada, le esquiva y él la persigue. Pero se interpone, enérgico, el Hidalgo, cuyos ojos, antes serenos como el mar en calma, centellean ahora con aire de tempestad.

HIDALGO.- ¡Quieto!

SOLDADO.- ¡Quítese de en medio, tullido!

HIDALGO.- Este brazo lo perdí en Lepanto, y estoy dispuesto a perder el otro, si es necesario, en la no menos gloriosa acción de defender a esta joven.

Su voz airada, su gesto arrogante, su mirada enérgica, hicieron que el bravucón, que no tenía a mano sus armas, dudara primero y retrocediera después, hasta volver a sentarse junto al Fraile.

SOLDADO.- Bueno, si también eres soldado, te la cedo por compañerismo.

FRAILE.- ¡La carne! ¡Oh la carne! No debemos dejarnos llevar por sus impulsos. ¡Bebamos para apagar su fuego!

SOLDADO.- ¡Eso! ¡Bebamos!

Y el Soldado y el Fraile, al unísono, rieron de forma estrepitosa, grosera. El Hidalgo, con Preciosa y su familia, se sientan de nuevo junto al fuego.

PRECIOSA.- ¡Gracias, señor! Nunca conocí hombre como usted.

HIDALGO.- Valgo bien poco, hija.

PRECIOSA.- ¿Tiene familia? ¿Hijos? Le han debido amar mucho.

HIDALGO.- Si, tengo familia. Y una hija.

A su memoria volvieron otra vez los recuerdos. ¿Le habían amado?... De la oscuridad del pasado, emergió la silueta de una mujer. No era su esposa, que sin duda lo amó como sabía, como solo era capaz, con amor pacífico, doméstico;...era, desdibujada por el tiempo, Ana Franca, el ensueño, el ideal, la ilusión...

HIDALGO.- Y creo, también, que me han amado. Pero, además, tengo otros hijos, nacidos de mí.

PRECIOSA.- ¡Que bromista es usted!

HIDALGO.- No, Preciosa, los creé yo. Bueno, tal vez, ellos a mí.

PRECIOSA.- No lo entiendo.

HIDALGO.- No importa. Quizás hayas oído hablar de alguno. Sobre todo de aquél pobre loco. ¡Mira que, ya viejo y decrepito, salir por esos caminos de Dios para luchar contra los malvados, defender a los débiles, impartir justicia y reformar el mundo! ¡Se necesita tener poco seso!

PRECIOSA.- ¿Y qué le ocurrió?

HIDALGO.- Lo previsible, lo lógico: Recibir vapuleos a diestro y

sinistro; provocar la risa de los necios y el desdén o menosprecio de los sensatos. Nadie admira a un idealista demente que abandona hogar y posición, comodidad y sosiego, para embarcarse en aventuras imposibles. El mundo está ahí, seguro, firme, como navío fuertemente amarrado con innumerables intereses, para que no zozobre, ni sea arrastrado por ninguna marea. Y, por si fuera poco, con celosos guardianes que impiden cualquier intento de romper sujeciones. ¿Puede, entonces, ninguna criatura, pensar siquiera en desatarlo, extender sus velas y hacerlo navegar hacia otros destinos...?

El Hidalgo calla y guarda largo silencio, sumido en quién sabe qué hondas meditaciones. Tal vez piensa que también él fue un loco, un aventurero fracasado, que quemó su vida en la búsqueda de sueños irrealizables. Ahora, próximo el final, descubre lo insensato de sus pretensiones. Pero...¿hubiera sido mejor actuar de otra manera, unirse a la sensatez general?

HIDALGO.- Más, después de todo, Preciosa, aquella locura fue admirable. Porque no importa tanto conseguir el ideal, como que éste nos impulse a una lucha heroica, sin dudas ni desmayos, con fe absoluta e insobornable. Podremos darnos de trompicones con la realidad, herirnos, dejarnos girones del cuerpo y del alma en el empeño, pero la energía desarrollada y el saber que nuestro esfuerzo nos eleva por encima de las materiales miserias de cada día, compensa con creces de cualquier sufrimiento.

Nuevamente hace una larga pausa. La familia gitana ha escuchando atenta. El Hidalgo habla de una manera afectuosa, amable, y dice cosas tan poco habituales, que despierta el interés de quienes le oyen. Respetan sus silencios, en los que parece rememorar sucesos lejanos en el tiempo. Y seguramente es así. Por su mente quizá cabalgue aquel loco manchego, cubierto de polvo y sudor, pero con el corazón henchido de nobles ideas e intenciones. Y sin duda envidia su bravura, coraje y fortaleza interior para no claudicar ante la cruel y enemiga realidad, ni caer en sus trucos y engaños, aunque disfrace de molinos a unos horribles y malvados gigantes, y transforme en manada de corderos a un imponente ejército...¿Quién no tuviera su fe! ¿Quién poseyera su valor, y su capacidad para hacer reales los deseos y sueños, y para ver únicamente aquello que le importa, aunque no exista para los demás!

Aquel hijo de su ingenio -¿o tal vez padre?- se le parecía demasiado; era trasunto, reflejo distorsionado, caricatura de sí mismo. Con él se burlaba y se vengaba de las propias desventuras, malandanzas y fracasos...Una forma noble y generosa de perdonar al mundo por las heridas que le había producido.

En esto aparecen como una docena de alguaciles, bien pertrechados, que ocupan con rapidez todas las salidas. Uno de ellos, el que dirigía la ronda,

después de observar con atención a los huéspedes, pregunta al Ventero.

ALGUACIL.- ¿Hay alguien más?

VENTERO.- Arriba están unos cortesanos, que han cenado en sus habitaciones.

ALGUACIL.- ¿Qué aspecto tienen?

VENTERO.- Pues...

ALGUACIL.- Mejor será verlos.

Sube y, a los pocos minutos, baja gritando enfurecido.

ALGUACIL.- ¡Arriba no hay nadie!

VENTERO.- Yo le aseguro, señor Alguacil, que no ha media hora subí la cena y estaban allí. Eran tres caballeros y una dama.

ALGUACIL.- ¡Maldita sea! ¡Los que buscamos!. Pero no deben estar muy lejos, ¡Vamos!

En su precipitación, tropieza con el Gitanillo pequeño y cae al suelo con estrépito. Al muchacho se le escapa una bolsa de dinero que llevaba escondida.

ALGUACIL.- ¡Voto a...! ¿Qué hacen aquí éstos gitanos?

VENTERO.- Les dí resguardo por el día tan malo que hacía

ALGUACIL.- Y tú, bribón, ¿de dónde has sacado esta bolsa?

GITANILLO.- Es mía

ALGUACIL.- ¿Tuya?

GITANILLO.- Me la dió el caballero...

Y señala, tembloroso, al Hidalgo. Este, de forma instintiva, se palpa el lugar de la ropa donde guardaba el dinero y nota su falta.

El soldado y el Fraile, que se han aproximado, tambaleantes, al grupo, ríen histéricos.

SOLDADO.- Mi... mientras la moza distrae y reverdece al viejo tullido, el hermanito lo despluma... ¡Genial!

FRAILE.- ¡LA carne! ¡La carne tiene la culpa!

Y repiten sus sonoras carcajadas, que el alguacil interrumpe.

ALGUACIL.- ¡Silencio! ¿Es suya la bolsa?

HIDALGO.- Si, es mía. Pero yo se la regalé al muchacho. Dice verdad. Le doy mi palabra.

ALGUACIL.- Tengo demasiado que hacer para ocuparme ahora de vosotros, sucios gitanos. Pero mañana no quiero veros por el pueblo ni sus alrededores. ¡Vamos!

Y con un gesto hace salir a toda su comparsa. El Soldado y el Fraile se sientan de nuevo, beben y cuchichean. Los demás vuelven a sus sitios, silenciosos. El Ventero regresa con dos fuentes de chorizos y morcilla fritos.

VENTERO.- ¡Ya podéis reponer fuerzas! Vuelvo ahora con unas hogazas de pan.

.....
Ya es de día. El Hidalgo ha dado unas cabezadas. Los gitanos, hechos un ovillo, duermen sosegados. El Soldado se ha desplomado sobre la mesa, junto al vino. El Fraile, recostado en la pared, ronca ruidoso, mientras su enorme tripa se eleva y desciende rítmicamente.

El Hidalgo se levanta, pasea un poco, como desentumeciéndose, y luego mira a través de la ventana. Las nubes han desaparecido. A contraluz del sol, se dibujan en el horizonte las siluetas de los molinos de viento. Permanece allí pensativo.

Alguien le toca, con suavidad, en el hombro. Se vuelve. Es Preciosa, que en su mano muestra la bolsa.

PRECIOSA.- Tenga, y perdone a mi hermano.

El Hidalgo la mira. Tiene unos bellos ojos claros, que brillan con la luz de la mañana. El rostro, tal vez descuidado adrede para ocultar su belleza, está compungido y triste, como quien ha cometido una mala acción y lo reconoce. El hombre sonríe con afecto.

HIDALGO.- Dí mi palabra de que se la había regalado a tu hermano; faltaría a ella si no fuera verdad. Es suya.

La Gitanilla, sorprendida, abre aún más sus enormes ojos de los que, impensadamente, se desprenden silenciosas lágrimas. Él, entonces, con dulzura, trata de limpiarlas con su mano útil, y acaricia, paternal, a la muchacha. Preciosa se abraza fuerte al Hidalgo y apoya la cabeza en el pecho de éste, en un impulso de agradecimiento y cariño. Después, sin dudarlo, lo besa en la barbuda mejilla.

HIDALGO.- ¡No valía tanto la bolsa!

.....
El trajín del nuevo día comienza. El Ventero va y viene en agitada actividad. Los gitanos se marchan por el camino, tras agradecer al Hidalgo sus atenciones. Preciosa vuelve, de vez en cuando, la cabeza y mueve su mano en un saludo de despedida.

Él ha quedado esperando a que algún carromato, o arriero, quieran llevarlo. Está ya demasiado viejo y cansado para una larga caminata. El problema ahora es que el poco dinero poseído voló con la bolsa. Habrá de ingeniárselas de alguna manera para llegar a Madrid.

HIDALGO.- De situaciones peores he salido. Nunca debemos arrepentirnos de nuestros impulsos, cuando son generosos y buenos. ¡Dios proveerá!

El Fraile se despierta sobresaltado, víctima de alguna pesadilla, y turbia aún la consciencia por el vino trasegado, exclama: ¡La carne! ¡La culpa es de la carne!

El soldado duerme todavía, hecho un pingajo. El Hidalgo otea el horizonte. Allá lejos se divisa una caravana que se acerca. Y sobre la extensa, monótona e interminable llanura, las aspas de los molinos comienzan a moverse, como bostezos de gigantes.

Febrero 1.988

LISI

Año de gracia de 1.644. En la Torre de Juan Abad, pese a la templada vecindad de Sierra Morena, Don Francisco confiesa que le duele el habla y le pesa la sombra. Y escribe, él que nunca tuvo miedo a la muerte:

*Ya formidable y espantoso suena
dentro del corazón el postrer del día;
y la última hora, negra y fría,
se acerca, de temor y sombras llena.*

Hace frío. Un frío intenso, cortante como puñal de hielo ártico. Arropado con mantas en su sillón, próximo al fuego, no consigue vencer el firitar de su maltrecho cuerpo. Ordena que aviven la lumbre, y las llamas se elevan y estiran inquietas, como queriendo escapar por el negro agujero de la chimenea. En el rostro siente el calor irradiado y tiene que cerrar los ojos miopes casi deslumbrados. Pero la frialdad interior no desaparece; es como si un río gélido corriera por sus venas.

Con estoicismo trata de dormir algo, para olvidar males, siquiera sea por breves momentos. Pero no lo consigue. La mente se encuentra ágil y clara, la memoria pronta, eficaz, y el espíritu todo, como en sus mejores tiempos, rebelde e indomable, se niega someterse a las limitaciones y miserias corporales; por ello tira de los recuerdos de pasados días, de instantes especialmente gratos, de aventuras vividas por a aquél que fue: Desfilan, así, el Colegio de Jesuitas, la Universidad de Alcalá, los primeros versos, la Corte, la época de esplendor con

el Virrey de Nápoles, la fracasada conspiración veneciana, que le obliga a escapar a base de ingenio y disfraces... Todo en tumulto, sin orden cronológico, pero vivo y fresco como si acabara de ocurrir. También las persecuciones, la difamación de los envidiosos, las diatribas de los resentidos, las puyas de los enemigos... Alarcón, Góngora, Niseno, El Conde-duque., el bravucón Pacheco, aparecen y se esfuman como fantasmas.

El ama le trae una taza de humeante caldo. Don Francisco, con desgana, lo toma, pero al poco rato se siente reconfortado y le embarga un agradable sopor. Cierra los ojos y escucha el adormecedor crepitar de los leños al quemarse. Así pasa el tiempo sin pensar en nada, como si la dolorida carne se hubiera desmaterializado y la mente quedado en blanco... Hasta que una voz extraña le vuelve a la realidad. Frente a él una figura borrosa se halla de pie observándole. Como no consigue identificar al visitante, se coloca los lentes, que tan característicos y conocidos ha hecho, como consecuencia de su miopía

No reconoce al individuo. Por su aspecto, lo mismo puede ser un pedigueño, un truhán o un hidalgo venido a menos. Lo que sí descubre en él, en su sonrisa, es una cierta desenvoltura y socarronería de hombre corrido y aventurero.

DON FRANCISCO.- ¿Qué desea? ¿Le conozco?

DON PABLOS.- ¿Tan cambiado estoy, don Francisco?

DON FRANCISCO.- La verdad es que no me siento bien y algo falla la memoria con la edad. Pero sí, le encuentro cierto aire familiar.

DON PABLOS.- ¡Y tanto...! Soy hijo suyo.

Don Francisco da un respingo en el sillón y mira perplejo al visitante.

DON FRANCISCO.- No seré yo quien dude de mi propia virilidad ni niegue haber tenido frecuentes contactos amorosos, pese a mi fama de misógino; pero estoy seguro, hasta donde puede estarse en asuntos de tal naturaleza, de que existe un error por su parte o es una broma de mis enemigos.

DON PABLOS.- Ni error, ni broma. Usted me engendró y, por tanto, es mi padre. Ahora bien, los seres no sólo se engendran, aunque sea lo habitual, por actividades de cintura para abajo, entre gemidos de placer.; también se gestan en el cerebro y su parto no es menos doloroso y gozoso.

DON FRANCISCO.- De mal cristiano es burlarse de un viejo, achacoso y enfermo, que en cualquier instante puede pasar a mejor vida. Yo, que me he reído de tantas cosas, nunca hubiera sido capaz de semejante acción.

DOS PABLOS.- No me burlo, Don Francisco. Soy obra y hechura suya. ¿No se acuerda de Don Pablos, el buscón? ¿Usted me dió a la luz y, desde entonces, vago por esos mundos.

El anciano se pasa la mano con torpeza por la frente, en un gesto de comprobación de su estado febril. Cree que delira, pese a la presencia indudable de aquel extraño.

DON FRANCISCO.- ¡No puede ser! O me estoy volviendo loco, o debo encontrarme muy grave.

DOS PABLOS.- ¿A dónde fue su espíritu valeroso y su capacidad retadora?

DON FRANCISCO.- Siempre he sido realista.

DON PABLOS.- Pero de un realismo que en el futuro calificarán de mágico o fantástico. ¿No lo son, acaso, aquellos sus Sueños? En ellos critica acciones y miserias existentes, verdaderas, pero en un ambiente o situación fuera de la realidad. Acepte, pues, el hecho de que me encuentre aquí, junto a usted, sin cuestionar si es cierto o no, y charlemos como viejos amigos.

D. Francisco se rasca la barbilla dubitativo. Mas a su inteligencia ágil, burlona, se le presenta el suceso, aunque insólito, como algo atractivo.

DON FRANCISCO.- ¿Qué importa la certeza o falsedad de lo que ocurre? Tiene razón, hablemos.

DON PABLOS.- Este es mi Don Francisco.

DON FRANCISCO.- Siéntate junto al fuego.

Don Pablos se acomoda en otro sillón, después de desprenderse de la raída capa. Tras unos minutos en que ambos se observan sin decidirse a iniciar el coloquio, el Buscón rompe el silencio.

DON PABLOS.- Pues comenzaré con un reproche. Usted conocía mi carácter -¡no iba a conocerlo!- y mis aspiraciones, que no se acomodaban a la condición en la que me situó.

DON FRANCISCO.- Las propias de un pícaro.

DON PABLOS.- ¡Por Dios!. Me hace hijo de una bruja y de un ladrón cornudo. Para mi el descubrimiento de ello, fue un golpe bajo traumatizante.

DON FRANCISCO.- No olvides que sus actividades eran artes liberales...

DON PABLOS.- Esa fue la justificación que usted puso en labios de mi padre, pero con sorna y excesiva guasa. Para colmo, la carta de mi tío, el verdugo, ponderando la hombría de mi progenitor en el patíbulo, es de antología. ¡Se pasó usted, Don Francisco!

DON FRANCISCO.- Solo pretendía hacer reír mediante la caricatura de un lado de la vida.

DON PABLOS.- Usted siempre tuvo una acusada inclinación a retratar y deformar aspectos poco ejemplares del mundo.

DON FRANCISCO.- En eso no te falta razón.

DOS PABLOS.- ¿Y obedecía a algún motivo especial?

DON FRANCISCO.- Porque existen muchas cosas que no me gustan; porque no puedo soportar la estupidez, la maldad, la avaricia, la hipocresía; porque me repugnan quienes se fijan como metas de sus vidas el medro ruin a cualquier precio; porque me asquean aquéllos que no respetan la dignidad ajena, ni valoran la propia; porque odio la crueldad inútil y me parece perverso el abuso de poder...

DON PABLOS.- Don Francisco, que usted también tropezó.

DON FRANCISCO.- Nunca he dicho ni me he vanagloriado de ser modelo a imitar. Soy hombre y tengo mis defectos. Pero procuro, en el zigzagueante caminar que es la vida, mantener una línea lo más recta posible, un cierto equilibrio, a pesar de las dificultades de mis piernas y limitaciones de mis vista. Practico un humano estoicismo senequista.

DOS PABLOS.- Por ahí no se habla muy bien de usted. Y las ideas que acaba de exponer, se contradicen con sus duras y crueles diatribas contra algunos personajes.

DON FRANCISCO.- Antes lo hicieron ellos conmigo. Además, no debe extrañarte ninguna contradicción, porque vivir es un suceso contradictorio en sí mismo. Pero si observas con detenimiento, en mis descripciones de pícaros y de sus aventuras, nunca hay acritud y sí conmiseración, y hasta cierta comprensión de sus acciones, las mas obligadas por las circunstancias. Les doy relieve y tal vez vivaz colorido para que resalten y, por contraste, puedan verse otras facetas de la realidad.

DON PABLOS.- No estoy muy seguro.

DON FRANCISCO.- Donde encontrarás dardos venenosos es cuando tropiezo con la maldad y la hipocresía; cuando descubro comportamientos injustificables de advenedizos o auténticos truhanes, sobre todo en la clase social que debiera ser ejemplar.

DON PABLOS.- ¿Y las mujeres? ¿Qué le hicieron para que las maltrate?

DON FRANCISCO.- No las distingo de forma singular respecto a los hombres.

DON PABLOS.- ¡Vamos!

DON FRANCISCO.- No lo dudes. Otra cosa es que, cuando me refiero a ellas, a algunas en especial, refleje también sus defectos.

DON PABLOS.- Demasiado.

DON FRANCISCO.- Mi espíritu es crítico. No puedo evitarlo.

DON PABLOS.- ¡Como que siempre subraya lo malo!

DON FRANCISCO.- Tampoco me duelen prendas para alabar a quien se

lo merece. No tengo culpa de que mi época y mis coetáneos no destaquen por sus virtudes. Quiero a mi país y a sus gentes y me hiere la cuesta abajo en que nos hemos precipitado como nación y como individuos singularizados. Parece como si hubiésemos perdido la capacidad para crear nobles ideales y realizar grandes acciones.

DON PABLOS.- Volvamos a las mujeres. ¿Cómo cayó, tan avanzada su vida, en el vituperado matrimonio?

DON FRANCISCO.- Todos cometemos errores.

DON PABLOS.- Pero la conspiración mujeril eran tan evidente...

DON FRANCISCO.- Rectifiqué a tiempo y volví a mis modos de vida. Apenas unos meses...

Don Francisco trata, sin disimulos, de desviar el tema. Nuevamente le invade un frío intenso e insoportable y, después, un sofoco que le hace sudar. Los lentes se le escapan y caen al suelo, pero no tiene fuerzas ni ánimo para recogerlos. Y es, entonces, cuando como una imprevista explosión, irrumpe en la breve estancia, sin orden ni respeto, una multitud heterogénea y abigarrada que lo llena todo y danza junto al enfermo. Con su visión turbia por la fiebre y corta por la miopía, intenta averiguar qué ocurre y qué clase de mascarada es aquélla.

La algarabía es atronadora y desconcertante. En torno al anciano giran, se empujan y gritan los mas extraños seres, increpándole y maldiciéndole.

-Yo soy el alguacil endemoniado, ¿me reconoces?

-De mi poesía te reíste porque, al escribir "escudos, hice sin más ni mas siete maridos, con honradas mujeres ser cornudos", por exigencia de la consonante. ¿Qué te hicimos los poetas?

- ¿Y los sastres, cojo loco?

- ¿Y los alquimistas?

- ¿Y los médicos?

- ¿Y los jueces?

- ¿Y los taberneros?

- ¿Y los escribanos?

- ¿Y los maestros de esgrima?

- ¿Y los boticarios?

- ¿Y los cocheros?

- ¿Y los zapateros?

- ¿Y los pasteleros?

- ¿Y los zurdos?

- ¿Y los barberos?

En la infernal letanía interminable, tipos de todas clases se encaran con él, casi agrediéndole, en tanto le disparan con desprecio y rencor, soeces insultos. Y no son pocas ni más amables las mujeres, representadas por un amplio muestrario que va desde la ramera callejera y harapienta hasta la dama remilgada, pasando por celestinas, remendadoras de virginidades, brujas, ladronas, adúlteras...Y todos dirigidos, como en un concierto, por sus mas enconados enemigos: Góngora, Alarcón, El Conde Duque...Mareado por aquel tumulto, -más bien rebelión-, de tanto personaje satirizado y ridiculizado en sus obras, Don Francisco cayó en un liberador desmayo.

Cuando volvió en sí, tal vez como consecuencia del húmedo y fresco paño que el ama había colocado sobre su frente, todo había pasado. La habitación estaba vacía. El silencio únicamente era roto por el chisporrotear de la leña mojada al ser lamida por el fuego.

AMA.- ¿Se encuentra mejor, señor?

DON FRANCISCO.- ¿Y Pablos?

AMA.- ¿Qué Pablos?

DON FRANCISCO.- Nada, nada. Sí, estoy mejor. He debido soñar.

AMA.- Menudo susto he pasado al verlo inconsciente.

DON FRANCISCO.- Gracias, ama. Ya ha pasado todo.

Sale el ama. Don Francisco queda pensativo. Recuerda la pesadilla como si hubiera sido un hecho real. Una tristeza infinita, una desgana casi suicida - a él, que tanto valor demostró al encararse con el mundo y con las gentes-, se apodera de su alma. No le importa morir. La muerte es el término natural de la vida. Sin embargo le molesta o, mejor, le duele que le conozcan y le juzguen tan mal.

DON FRANCISCO.- ¡Que lamentable incapacidad tenemos los hombres para conocer a los demás! Se me ve como empedernido burlón, como espíritu sarcástico, cuando en mis escritos sobresale un afán moralizador...No siempre el sermón pesado y aburrido es la mejor predicación; la caricatura, el ridículo, manejados con maestría, tienen mayor fuerza persuasora. La prueba se halla en mis obras serias, que nunca se han leído tanto como las satíricas...También me acusan de misógino...¡Que estupidez! ¡A mí, que he amado tanto y sin esperanzas!. Si sabré que el amor

"es hielo abrasador, es fuego helado
es herida que duele y no se siente",
cuando de manera tan constante e intensa ha desvelado mis noches y desasosegado mis días...

Enmudece. A su mente llega el recuerdo de aquella mujer, de "crespas

hebras, sin ley desenlazadas", adorada durante tantos años. Ni sus aventuras napolitanas, ni sus triunfos, acreditados por las envidias que provocaron, ni las persecuciones, ni los destierros, ni las cárceles, lograron cubrir de olvido aquel amor. Hubiera dado la vida por una sonrisa, por una mirada, por un gesto de correspondencia...Aún en estos momentos postreros, su atrayente figura, nítida en la memoria, le produce dulce e inquietante emoción. ¡Oh Lisi, Lisi! Y con un hondo suspiro, murmura apenas

"si mis párpados, Lisi, labios fueran,
besos fueran los rayos visuales
de mis ojos..."

Se estremece y no de frío. Una sonrisa, entre amarga, triste y resignada, se dibuja en sus labios.

Abril 1.988

CUENTOS

RUMBO A LAS ESTRELLAS

I

Para Eva, que llevaba poco tiempo en la base, observar aquella débil lucecita en la densa negrura del espacio, resultaba un espectáculo increíble. Y no porque tuviera nada de singular, entre las miríadas de puntitos rutilantes que los envolvían, sino porque conocía aquel mundo y lo recordaba lleno de seres agitados, de verdes campos, de azules mares, de montañas nevadas, de ciudades monstruosas de hierro y cemento... Parecía imposible que tantas cosas estuvieran contenidas en una pequeña cabecita de alfiler brillante.

- ¿Mirando otra vez el hogar? - preguntó Víctor.

Me seduce contemplar nuestro planeta- concedió Eva.

- ¿Añoranzas?

- No. Estoy encantada de encontrarme aquí. Pero es la primera vez que me alejo tanto. Desde el satélite lunar, la visión de la Tierra era magnífica: una enorme esfera azul, con blancos torbellinos nubosos; pero permitía adivinar, y casi ver, lo que ocurría o se hallaba en su superficie.

- Pero desde aquí. -dijo Víctor- no puede distinguirse de cualquier otro cuerpo celeste. A mí me sucede algo parecido, aunque es la segunda vez que estoy en la base.

- Tenías razón cuando, en el módulo de transporte, me explicabas esta sensación extraña.

Eva y Víctor (H-5016ATC y V-5002MMS en el censo oficial), habían llegado hacía tres meses. Para ella suponía la extraordinaria aventura de alcanzar

el lugar más lejano asequible, hasta ahora, para el ser humano: la base orbital instalada en torno a Marte. Casi cien años fueron precisos para construirla y ponerla en funcionamiento. En ella trabajaron los cerebros más distinguidos de los dos bloques, en una colaboración tal vez única. Sus dimensiones permitían albergar unas cincuenta personas, laboratorios, naves auxiliares, talleres e invernadero para cultivos. Su autonomía, gracias al aprovechamiento de cualquier fuente luminosa, era indefinida. También el abastecimiento estaba solucionado, aunque no pudieran llegar los habituales transportes de la Tierra: un sistema, para casos de emergencia, permitía la recuperación del oxígeno, del agua y de los alimentos consumidos, sin pérdidas sensibles en el ciclo. La supervivencia, pues, en la estación o base, estaba asegurada.

Comenzó a funcionar en el año 2.433 y fue un acontecimiento que unió, por unos días, a las dos grandes naciones en que se dividía la Tierra: Los Estados Unidos Occidentales y la Unión de Repúblicas Orientales. La dotación humana estaba compuesta por los más relevantes científicos y astronautas experimentados de ambos países: veinte de cada nacionalidad, con una dirección anual rotativa.

Con los años, sin embargo, los políticos se desinteresaron de la aventura y, de hecho, por decisión unánime de la dotación, que en su larga permanencia aislada había superado las ideologías y el espíritu patriótico, se hizo cargo de la dirección y jefatura, con carácter permanente, el Doctor Fausto, un eminente astrofísico y biólogo, respetado por todos.

Eva y Víctor habían terminado ya su tarea, cuando por los intercomunicadores se oyó la conocida voz de Tania, secretaria del Doctor Fausto, convocando para una reunión en el módulo de observación astronómica. Subieron al transportador y en pocos momentos estuvieron allí. Charlaron con los compañeros que se habían adelantado. Eran frecuentes estas asambleas donde, aparte de discutir sobre temas científicos, problemas surgidos y programación de estudios y trabajos, se pretendía mantener un clima de compañerismo, amistad y conocimiento mutuos, en la pequeña comunidad de la estación.

El doctor Fausto y los cinco Consejeros -una especie de Gobierno- fueron los últimos en llegar. Sin preámbulos acerca del motivo de la convocatoria, el Doctor Fausto, con voz grave, en la que se advertía preocupación, dijo:

-Algo ha ocurrido en la Tierra. Desde el satélite Z-15, en órbita sobre nuestro planeta, y a través del lunar X-26, únicos que funcionan, hemos recibido las imágenes y sonidos que veréis y escucharéis en esta grabación.

Introdujo un microdisco de platino en el video-amplificador, y la pantalla gigante se iluminó. Como siempre que cualquier satélite artificial empezaba a emitir, apareció primero su identificación y después la fecha: 15 de mayo del año

2.491. A continuación pudo verse la enorme esfera terrestre, tan conocida por todos. Sobre fondos azules podían observarse las masas blancas de las nubes. Nada anormal. Más, repentinamente, comenzaron a surgir como chispazos luminosos y unos ruidos no identificables, parecidos a explosiones. De forma simultánea, las masas nubosas perdieron su color y pasaron, de un gris tenue, a una negrura intensa. El suceso, que había empezado en el hemisferio norte, fue extendiéndose por toda la superficie a una velocidad increíble, hasta quedar el planeta envuelto por completo en una nube oscura, que impedía cualquier examen detallado. Aunque el Doctor Fausto amplió la imagen, como si estuvieran situados a unos diez mil metros, resultaba imposible penetrar la cortina de humo y gases que se expandía por toda la Tierra.

Los asistentes se miraron perplejos, sin musitar palabra, aunque adivinaban lo ocurrido. El Doctor Fausto rompió el silencio:

- Parece que, finalmente, se ha producido la catástrofe temida. Ha debido estallar la guerra entre los dos Gobiernos, o un accidente ha provocado el cataclismo.

- No creo que la locura política haya llegado a tal extremo - comentó alguien.

- Tal vez -prosiguió el doctor-; pero no dejaba de ser también locura el almacenamiento e instalación de tantos ingenios bélicos. Recordad cuántas veces lo hemos denunciado.

- Es posible que sea un fenómeno que no conocemos aún.

- No -afirmó el director-; los miembros del Consejo hemos tratado, mediante sondas magnéticas, de descubrir lo acontecido. Y podemos asegurar, con toda certeza, que la vida ha desaparecido de nuestra Tierra. La radiactividad es tan intensa y el calor tan elevado, que aquello se ha transformado en un infierno. Incluso el eje del planeta ha sufrido una desviación y los satélites de comunicaciones se han averiado, o escapado de órbita, a causa de las ondas producidas. Funcionan, únicamente, los que nos han enviado estas señales.

Un lúgubre silencio siguió a las últimas palabras del Doctor Fausto. Nadie se hacía a la idea terrible de que su mundo de origen se hubiera destruido. Ahora surgía la interrogación de qué hacer, cómo sobrevivir en el espacio indefinidamente. Porque estaba claro que el regreso era imposible.

La voz del Doctor Fausto sacó a todos de sus elucubraciones.

- El Consejo estudiará la situación. En reunión próxima, adoptaremos las decisiones convenientes.

II

El Consejo estaba formado por las más relevantes personalidades de la estación. Su autoridad nadie la discutió jamás. Se aceptaba como resultado lógico del prestigio de quienes lo componían, a los que se admiraba. Sus funciones eran la de órgano rector de los trabajos y de la organización de la pequeña comunidad.

Durante varios días estuvo reunido, comprobando datos y dando instrucciones a los técnicos, para la obtención de información sobre los acontecimientos terrestres. La actividad desarrollada por todo el personal, cosecuentemente, fue febril y agotadora.

Transcurrida una semana, con la amplia documentación conseguida, el Consejo convocó una asamblea general. La expectación era grande. Iba a conocerse el detalle de los trabajos llevados a cabo y las diversas opciones que podrían elegirse. La inquietud, durante los últimos días, había sido una constante en el personal; pero existía una ciega confianza en la inteligencia y capacidad del Doctor Fausto para afrontar los graves problemas. Por ello, cuando se dispuso a hablar, el silencio fue absoluto.

- Todos cuantos nos encontramos en esta base fueron escogidos por sus especiales condiciones y capacidades; somos, sin que esta calificación suponga ninguna autocomplacencia, un grupo selecto, cuya media intelectual sobrepasa a la común. Por ello no puedo ni debo ocultar la verdad.

Hizo una pausa y continuó:

- Desgraciadamente, se ha confirmado, hasta la saciedad, las primeras impresiones pesimistas: la Tierra se ha convertido en un planeta yermo y sin

ninguna forma de vida. Y lo aún más terrible: las posibilidades de regeneración, de volver a ser habitable, son nulas. La radiactividad no desaparecerá en millones de años; la atmósfera se ha transformado, y aún cuando el polvo que la contamina llegue a depositarse por la fuerza gravitatoria, dejándola limpia, ha quedado irrespirable para nuestro organismo. Por otra parte, han desaparecido los cinturones de Van Allen, el ozono y, por lo cálculos hechos, los bombardeos de rayos cósmicos y de partículas son mortales. No cabe, pues, pensar en el regreso.

Aquellos seres, avezados a la aventura y al riesgo, no pudieron evitar un estremecimiento. El Doctor siguió:

- Descartemos, en consecuencia, esa posibilidad. Nuestro sistema cercano, harto conocido por vosotros, tampoco reúne condiciones para acogernos y continuar en él la vida humana. Seguir aquí, de forma indefinida, no es buena solución. Aunque nuestra expectativa de vida, en comparación con pasadas épocas, se ha triplicado, dentro de breves años, no obstante, habríamos desaparecido; la base sería un enorme féretro girando alrededor de Marte. Tenemos, por consiguiente, que buscar un nuevo mundo.

- Pero, Doctor, -interrumpió uno-. La idea es utópica. Las distancias son tan enormes que ninguno de nosotros llegaría vivo.

- Ese problema lo analizaremos después -cortó el Doctor Fausto-. Ahora estudiemos, exclusivamente, que rumbo hemos de emprender y cómo. Nuestra estación puede convertirse, con poco esfuerzo, en una nave. No existen problemas de energía pues es fácil tomarla, con las sensibles células del sistema, de cualquier punto, por muy distante que se encuentre. La adaptación nos llevará sobre un año. El destino, para el Consejo, está claro. El cálculo de probabilidades, dada la inmensidad del universo, no nos ofrece ninguna ayuda. Si además tenemos en cuenta las distancias, nuestro rumbo debe enderezarse al lugar que se halle más próximo, por razones de economía de tiempo y, como resulta obvio, de riesgos. Me diréis que no existe seguridad de que encontremos planetas habitables. Cierto. Pero hemos de correr el albur; lo que no debemos es extinguirnos sin luchar por la supervivencia de la especie. Y ahora es cuando hablaremos de este tema, planteado antes. La estrella más cercana -Alfa Centauro-, por los estudios realizados, puede albergar ese mundo cuya búsqueda intentamos. -Pero, ésta cercanía, como sabéis, a nuestra velocidad, equivale a muchas generaciones. Nosotros nunca alcanzaremos ese nuevo hogar.

- Todos será inútil, entonces -comentó alguien.

- Pues...confirmó el doctor Fausto-, con nuestro actual modo de reproducción, sí.

Hubo un murmullo de sorpresa entre los reunidos.

- Permittedme -siguió el Doctor- que os revele algo que muchos no conocen y otros sólo saben parcialmente; pertenece a la historia de la biología y de la ingeniería genética. La formación o producción, como queráis, de seres humanos en laboratorio, es una técnica relativamente reciente. En el último tercio del Siglo XX se hicieron los primeros ensayos de fecundación "in vitro": el óvulo se implantaba después en la hembra.

- ¡Que horror! - exclamó una de las pocas mujeres que componían la tripulación.

- Los experimentos avanzaron- continuó el Doctor- con rapidez, pese a los obstáculos de las normas morales vigentes. En el siglo XXI se inventa una rudimentaria matriz, que sustituyó con éxito y sin complicaciones, a la humana. A partir de ahí, la técnica evolucionó y se perfeccionó rápidamente. Se había cumplido el vaticinio de un autor de la época: Huxley. El procedimiento primitivo de contacto entre parejas, se eliminó. Los gobiernos propiciaron esta nueva forma de reproducción por tres razones fundamentales: controlar el crecimiento de la población, seleccionar seres con capacidades concretas y sin taras, y desterrar para siempre -eso se pretendía, al menos- los instintos primarios, como el denominado amor, que era una sublimación del de la perpetuación de la especie. Se pensaba que de estos instintos primarios derivaban todos los males de humanidad: las luchas competitivas, los deseos de dominio y las guerras, que forman el entramado -desconocido por la mayor parte de vosotros, pues se prohibió su enseñanza- de toda la historia del hombre.

Tras breve pausa, continuó:

- Como apoyo de tal medida, se adicionaron, y se adicionan, a todo alimento o bebida, cierta droga que inhibe las tendencias instintivas, con objeto de que, al cabo del tiempo, se atrofien los órganos y se pierda, definitivamente, el modo natural o animal de procrear. Esto se completaba, como todos conocéis, con una educación psíquica apropiada. Al mismo tiempo, la investigación biológica pretendía producir, por síntesis, células genéticas. Las de algunos animales poco complicados se consiguieron, y el hecho hacía albergar esperanzas de que, no muy tarde, se lograra el objetivo. Desaparecerían, entonces, las reservas de personas primitivas en Africa y Sudamérica, de las que se abastecían los Centros de Reproducción. Pues bien, en nuestra base ni contamos con primitivos, ni con matrices, para producir hombres con el método hoy habitual y único permitido por la ley. Si queremos que nuestro viaje tenga sentido, es decir, descubra un mundo donde nuestra forma de vida continúe, hemos de retroceder, en el aspecto biológico, a épocas pasadas.

- Eso es denigrante -casi gritaron algunos.

- Ante situaciones límite -contradijo él-, los contenidos de la dignidad y de la moral son distintos. Existen unas prioridades que anulan las normas, costumbres y hábitos del momento. Y la prioridad hoy, crucial, desesperada, es que el hombre, como especie, se perpetúe. Se que esto va a comportar sacrificios, especialmente por la repulsión, la repugnancia, que pueda provocar. Pero ni el Consejo, ni yo, vemos otra salida..

Se hizo un silencio pesado, dramático. Unos a otros se miraban, sin acertar con otra solución. El Doctor Fausto, prosiguió:

- Hemos examinado, en la computadora, el historial y las condiciones de cuantos aquí nos encontramos. Por sexos, edad, nivel de adaptación, psicología y otros parámetros que sería prolijo enumerar, ha sido eliminada casi la totalidad de la dotación. Sólo existe una pareja óptima, y dos más con ciertas probabilidades.

La ansiedad y tensión fueron enormes. Ni la respiración se oía.

- La primera se trata de H-5016ATC y V-5002MMS; las otras dos H-50002-FGC, H-3001-HGF, V-5001TSF y V-4311KJH.

Los nombrados -Eva y Víctor, Tania y Adam y Lara y Ronald, en apelativo vulgar- se levantaron de sus asientos indignados.

- ¡Jamás! ¡No se nos puede exigir una indignidad como esa! - protestaron de forma unánime.

- Nadie os va a imponer nada. Tendréis tiempo ilimitado para reflexionar y decidir. Podéis marchar todos a vuestros puestos. La Asamblea ha terminado y el Consejo va a deliberar sobre el programa del viaje, que emprenderemos, sea cual fuere vuestra decisión; lo mismo da desaparecer aquí que en vuelo hacia otro lugar.

Una vez el doctor Fausto y los Consejeros solos, uno de ellos preguntó:

- ¿Cree que aceptarán?

- Espero que sí. Aunque tienen que vencer muchos convencionalismos e ideas. Biológicamente es posible; el problema estriba en el grado de evolución psíquica. Si ésta ha sido más intensa y eficaz que la física, fracasaremos; si no ha ocurrido así, cabe la esperanza. Ya he ordenado que la alimentación de los seis no contenga droga alguna inhibidora y que trabajen juntos siempre. Es necesario que los instintos primarios reaparezcan o despierten en ellos.

-Pero, ¿acertarán a descubrir el modo...?

-La propia naturaleza, si tenemos éxito, les hará descubrirlo.

III

En la redistribución de tareas efectuadas por el Consejo, a Víctor y Eva les había correspondido, en colaboración, el invernadero y el análisis de los programas de trabajo. Esta última misión implicaba realizar la crónica o relación de todos los incidentes, acontecimientos y objetivos propuestos, para que quedara constancia permanente.

El Doctor Fausto había insistido en la minuciosidad con que debería hacerse, sin olvidar ningún detalle; incluso les ordenó que buscaran y estudiaran, si fuera preciso, las causas de los sucesos, explicándolos con claridad y exactitud. Para facilitarles su labor, les autorizó a utilizar e investigar en la documentación microfilmada de la Biblioteca, que era un lugar a dónde solo tenían acceso los miembros del Consejo.

Eva y Víctor, desde el principio, estuvieron de acuerdo en una cosa: ellos no se prestarían al repulsivo y nauseabundo experimento. Existían unos principios éticos, inviolables para la dignidad de la persona, que no estaban dispuestos a olvidar. Si el viaje fracasaba por esta causa, -que fracasaría como era obvio- la culpa sería del destino, o de la locura de los terrestres, que se habían autoinmolado.

En las largas horas que pasaban juntos, Eva y Víctor, como los demás habitantes de la base, no dejaban de preguntarse sobre qué había ocurrido en la Tierra.

-¿Por qué no indagamos en los micro-documentos de la Biblioteca, las posibles motivaciones de lo acontecido?- preguntó un día Víctor

- Me parece una buena idea - aceptó Eva.

Sin interferir en los trabajos asignados, durante los periodos de descanso, se dedicaron a la búsqueda de datos que pudieran arrojar luz sobre aquel hecho desgraciado. La enorme cantidad de micro-libros y micro-documentación guardados allí, -toda la historia, todo el saber y toda la creación humana en los campos de la ciencia, del arte y del pensamiento-, requería una dedicación y tiempo de los que, momentáneamente, no disponían; por ello centraron la atención en dos direcciones: la historia y el pensamiento. La primera por si del comportamiento del hombre, a través de los siglos, pudiera deducirse alguna consecuencia; el segundo, porque las ideas, en buena lógica, son las que deben llevar a la acción.

Al principio, Eva, que examinaba la historia, manifestó a Víctor:

- Ignoro si podré seguir. Me produce náuseas el examen que hago. Jamás imaginé actuaciones tan ilógicas e irracionales, ni formas de vivir tan degradantes.

- Pues yo sólo he encontrado locuras y absurdos. Me resulta inexplicable que seres como aquellos, sean nuestros ascendientes.

- En el campo de las hipótesis, a mí, ahora mismo, únicamente se me ocurre dos explicaciones - dijo Eva.

- ¿Cuales?

- Primera: el estallido de una guerra entre los dos Estados. Parece estúpido, pero no puede descartarse. Tú sabes que la clase dirigente tenía su status especial. Eran educados para su función y la clave, tal vez, esté en esa educación. Un fallo en la eliminación de algunos instintos primarios. Por lo que llevo comprobado en la Biblioteca, existían, además de los señalados por el Doctor Fausto, otros; o mejor, de aquellos podrían derivarse tendencias negativas como la ambición, la soberbia, el deseo de dominio...

- Para, para... No entiendo gran cosa de lo que dices.

- También yo ignoraba el sentido de esas palabras. Brevemente pueden resumirse así: Sometimiento de los demás a las intenciones y en beneficio del grupo que dirige y manda.

- ¿Y qué...?

- Pues si los políticos, en su especial preparación, no fueron tratados con la suficiente eficacia, bien pudieron desarrollar tales tendencias, y al colisionar las ambiciones de ambos gobiernos, producir la catástrofe.

- Tiene cierta lógica la deducción, aunque me resulta increíble. ¿Y la otra?

- Un mero accidente, un fallo electrónico o magnético en los ordenadores que controlaban el arsenal.

- Improbable, pero tampoco puede descartarse. Debemos continuar ahon-

dando en el tema.

Algo más de un año llevó el acondicionamiento de la estación. Fue convertida en inmensa nave espacial. Se diseñaron e instalaron unos potentes motores, que imprimirían doble velocidad de la habitual en los transportes astronáuticos, y que permitirían escapar de atracciones gravitatorias mil veces superiores a la del planeta.

El Doctor Fausto explicó, en Asamblea, la ruta trazada. No se refirió para nada a su anterior proposición. Cuando alguien preguntó sobre ella, él respondió:

- La decisión es personal y exclusiva de los afectados. No podemos obligarlos a cometer actos contrarios a su ética y dignidad. Empezaremos el viaje con la esperanza de encontrar ese nuevo mundo cuanto antes. ¡Suerte!

Dos días más tarde, los motores hicieron virar la nave y desarrollaron la fuerza necesaria para salir de la órbita de Marte. Se ajustaron las coordenadas y partieron en dirección a Alfa Centauro, por el negro mar del espacio. Era el día 12 de Octubre del año 2.492, según el calendario terrestre.

.....

Eva y Víctor, desde el invernadero, observaban el sol. Tenía ya el tamaño de una bola de billar, y su nítido brillo descollaba entre el de astros lejanos. Habían ya salido del sistema y no podían distinguirse los planetas que lo formaban. En el entorno del sol estaba la Tierra, cuna de los viajeros espaciales y a la que jamás regresarían.

Eva y Víctor, silenciosos, contemplaban el espectáculo, como despidiéndose. Después de algún tiempo, el sol se veía como cualquier vulgar estrella. Sin saber por qué, tenían un extraño y nuevo malestar, nunca sentido; algo así como una tristeza suave y agrí dulce, impregnada de desesperanza y deseo de un imposible retorno...

- Me causa inquietud pensar en que nos alejamos de nuestro sistema para siempre.

- En el lenguaje de otras épocas, eso se llamaba nostalgia.

Inconscientemente se acercaron uno al otro y se cogieron de la mano. El cálido contacto les produjo un leve estremecimiento, y como un consuelo o satisfacción desconocidos. Víctor miró a Eva. A contraluz de las estrellas, el perfil de su rostro se recortaba en la sombra. Sus líneas tenían una perfección y una belleza que nunca antes había notado. Sin saber por qué, se encontraba a gusto junto a ella.

Las investigaciones y estudios del pasado, que en principio repelían a Eva, acabaron por interesarles y, poco a poco, absorberlos. Era fascinante descubrir

las formas primigenias de vida de aquellas criaturas, movidas por simples instintos naturales; comprobar cómo evolucionaban en sus comportamientos y cómo, tímidamente, con mil titubeos y fracasos, elaboraban teorías sobre el universo o descubrían los rudimentos de la ciencia. No dejaba de ser deprimente, también, los múltiples traspiés y retrocesos provocados por las luchas intestinas, algunas de crueldad insospechada. Pero, con todo, los avances, aunque leves, resultaban positivos en conjunto.

- Lo que no llevo a comprender -comentaba un día Eva-, es que una simple diferenciación anatómica produjera la atracción tan intensa, entre hombres y mujeres, que se observan en los escritos.

- La explicación puede estar -dijo Víctor- en que no habían descubierto el auténtico objetivo de la diferencia: la especialización para el trabajo, por el distinto psiquismo que desarrolla la morfología en el individuo. Hoy todos sabemos que vosotras estáis mejor dotadas para tareas de precisión; nosotros, en cambio, para las de meditación y esfuerzo. Y en función de la necesidad de unas u otras, se programa la producción de las personas.

- No estoy muy de acuerdo. Juzgas o analizas el hecho desde nuestra perspectiva. La relación varón - hembra, sobre todo desde la llamada Edad Media, era propiciada por lo que llamaban sentimientos; es decir, un afecto especial que surgía en la pareja y que, en algunos casos, conducía hasta la muerte.

- No lo puedo creer.

- Pues, sí. He tropezado con un libro -no sé si histórico, ya que es difícil distinguirlos de los de ficción...

- ¿Ficción?

- Sí, inventados; otra manía de entonces, quizá para olvidar la poco atrayente realidad. Pues bien, en este libro, que escribió un tal Shakespeare, se describen dos casos: Ofelia, que muere por Hamlet y Romeo y Julieta, que se destruyen a consecuencia de la enemistad de sus familiares, que impedían su unión.

- ¡Que extraño! -comentó Víctor.

.....

La nave continuaba su ruta. El sistema solar aún se distinguía entre los millones de estrellas de la Vía Láctea. Con los radiotelescopios habían podido descubrir un ignorado agujero negro, que ejercía una enorme atracción, pese a su lejanía. Gracias a la distancia y a los potentes motores, no fueron atrapados por su comprimida masa.

Eva y Víctor cuidaban el invernadero. Aunque la extensión era reducida,

habían procurado criar y conservar un número considerable de plantas.

Eva tenía predilección por unas bellísimas rosas rojas y unas orquídeas, creación suya, después de pacientes cruces.

- ¿Verdad que son bellas? -preguntó

- Sí, cierto, pero no veo su utilidad, ¿Tienes unas manías!

- Si yo te dijera...

- ¿Qué?

- Me da algún reparo...

- ¿Por qué?

- No sé... Bueno, lo confieso. A veces pienso que la utilidad no lo es todo; que existen cosas importantes, aunque no sean prácticas. Como esas rosas y esas flores. La belleza que tienen, el perfume que desprenden, alegran el ánimo, relajan la tensión y producen, quizás sólo a mí, como un indefinible encantamiento. Me seducen y fascinan. No te rías, por favor.

- Me sonrío, nada más. El estudio del pasado te está cambiando.

- Puede. Recuerdo que era casi un rito, una manifestación de delicadeza, regalar flores a la mujer.

- Y componer unas frases rítmicas -confirmó él-, dedicadas a vuestras perfecciones físicas. Recuerdo una que leí no hace mucho: "Ojos claros y serenos / si de dulce mirar sois alabados..."

- No sigas -rió Eva.

Víctor, cortando una de aquellas rosas, se le entregó con exagerada y humorística reverencia, y repitió "Ojos claros y serenos..." Pero la sonrisa desapareció al mirarla de cerca y contemplarse, reflejado, en el espejo cálido de sus ojos inquietos. Permanecieron así, callados, sin moverse, con inconsciente temor de que pasara el encanto de aquel momento.

.....

El acceso a la Biblioteca les estaba dando una visión nueva y distinta del pasado y de los seres de quienes procedían. Lo que no acertaban a discernir, es si fueron mejores aquellos tiempos o no. Diferentes sí que lo habían sido. La racionalidad por ellos conocida, la planificación de los mínimos detalles de la vida comunitaria, no existieron entonces. Tampoco la misión concreta asignada a cada grupo de individuos y la aceptación indiscutida de las decisiones de los notables.

Ahora efectuaban, por muestreo, un examen de las obras de creación artística. Vieron, asombrados, la enigmática sonrisa de Mona Lisa, la belleza serena de la Venus del Milo, los alucinante dibujos de Goya... Descubrieron

personajes como Ulises, Antígona, Don Juan, Hamlet...

- Este es el curioso libro sobre un loco que, a lomos de esquelético caballo, y acompañado de un burdo campesino, intenta proteger a los débiles y reformar el mundo, consiguiendo nada más que golpes y risas. Y, curiosamente, se enamora de una mujer grosera, que idealiza, a la que dedica sus ridículos esfuerzos.

- Era obsesiva esa atracción de los sexos -comentó Eva- ¿Qué satisfacción encontrarían?

- Es posible que el contacto físico les produjera un estado de ánimo agradable, que desconocemos.

- ¡Que asco!

Un género de creación que descubrieron -el cine- les reveló detalles que en obras literarias no habían comprendido. La distinción entre los comportamientos femenino y masculino, estaba en aquél patente. Y acciones como el beso, que no acertaban a imaginárselas, tuvieron ocasión de verlas con toda clase de variaciones. Sin embargo, ciertas escenas eróticas, no fueron capaces de soportarlas.

La nave proseguía su marcha. En la dotación de personal, la diferenciación entre hombres y mujeres, aparte de ser irrelevante y difícil, pues vestían el mismo uniforme y poseían las mismas figuras estilizadas, carecía de importancia. Los trabajos realizados, el timbre de la voz y la inicial de los nombres oficiales, eran los únicos signos por los que se distinguían.

Eva, de forma imperceptible, se estaba transformando, sin que ella misma, al principio, se diera cuenta. Sus pechos, pequeños, casi atrofiados como los de sus compañeros, iban adquiriendo turgencia, volumen; las curvas de su cuerpo se pronunciaban cada vez más, hasta el extremo de que le costaba trabajo vestir el uniforme. En su aseo o arreglo personal, invertía mayor tiempo y -esto lo notó Víctor- sus gestos habían adquirido una gracia y delicadeza antes desconocidos.

.....

En el año 2.507 pasaron por unos momentos de peligro. La nave atravesaba una extensa nube de polvo cuando, repentinamente, tropezaron con un enjambre de meteoritos; éstos, atraídos, se precipitaron como bombas sobre el ingenio espacial. Hubo necesidad de utilizar los rayos magnéticos y los láser para destruirlos. Con todo, produjeron daños y averías, cuya reparación exigió bastante tiempo.

Restablecida la normalidad, Víctor y Eva continuaron su particular aventura en la Biblioteca.

- ¿Por qué se habrá ocultado todo esto? -inquirió Eva
 - Sin duda porque difiere de nuestra vida actual. El orden y racionalidad conseguidos, tal vez se hubieran visto afectados por su conocimiento.
 - ¿Y ha valido para algo este orden...? Nuestro mundo ha desaparecido. Víctor no supo qué contestar. Después dijo:
 - La forma de vida anterior no dejaba de ser degradante, tú lo sabes.
 - ¿Y por qué se pretende volver a ella para evitar desaparecer? ¿No será esta creencia nuestra de la dignidad o de la degradación, unos conceptos falsos, convencionales?
 Víctor la miró perplejo. Había cierto brillo enigmático en sus bellísimos ojos.

Alfa Centauro comenzaba a distinguirse, a adquirir relieve, respecto de los restantes cuerpos celestes. La intensidad de su luz aumentaba conforme se acercaba la nave. La galaxia, a consecuencia del desplazamiento, aparecía con un leve cambio de forma. El espectáculo era maravilloso.

En un descanso, Víctor y Eva contemplaban, desde el amplio ventanal de observación, la multitud de puntos luminosos que los envolvían; los cúmulos estelares, los nidos galácticos en la lejanía de un universo infinito y en continua creación...

- En nuestra educación -comentó Eva- se han evitado las preguntas que no tenían fáciles respuestas. Se nos ha dado todo como seguro, perfecto, sin misterios; pero desde que hemos tenido acceso a los secretos del pasado, me asaltan mil dudas que no puedo desechar.

- Es verdad, -corroboró Víctor-; nuestros pensamientos, sin darnos cuenta, estaban reglados.

- Mirando el Cosmos inmenso, sin aparente principio ni final, se me ocurren muchos porqués.

- Y un estremeedor para qué.

- ¿Por qué esta inmensidad? ¿Por qué tanto derroche de materia y energía?

- ¿Para qué existimos?

Guardaron silencio. Un silencio lleno de inquietudes y preocupaciones nunca sentidas.

Alfa Centauro, el destino inmediato, aunque quizás no definitivo, resplandecía en el horizonte, como una atractiva promesa.

- ¿Llegaremos hasta allí?

- Nosotros, obviamente, no. Nuestra vida no dura lo suficiente para recorrer la distancia que aún nos separa.

Se miraron... Y en sus miradas se advertía tristeza y desencanto.

Los días -una medida de tiempo seguida por inercia, no por que allí tuviera apoyo físico-, pasaban iguales, monótonos y veloces. La vida estaba regulada y prevista de antemano para la generalidad, incluso en los quehaceres nimios. Sólo escapaban de la rutina, por consentido privilegio, unos pocos, entre los que se hallaban Víctor y Eva. Éstos, las horas de descanso disponibles, las empleaban en aquel rincón de la nave, que guardaba tantos secretos y tantos recuerdos de otras maneras de concebir y consumir la existencia: la Biblioteca.

Los aparatos de videolectura les habían descubierto motivaciones insospechadas y habían sembrado, o despertado, según se quiera, interrogaciones que nunca imaginaron podían plantearse. También, sin que tuvieran plena consciencia de ello, un germen de duda empezaba a desarrollarse en sus cerebros, sobre todo en lo relativo a la cultura y a las normas de vida vigentes en los últimos siglos. ¿Había sido acertado el apartarse de los modos naturales? La desaparición de núcleos primarios trascendentes, como la familia, ¿fue buena? Si con ella buscaron evitar las catástrofes, el fracaso resultó estrepitoso. ¿Lo había sido, igualmente, la forma de reproducción, eliminando aquella de que hablaban los antiguos libros y sustituyéndola por fríos laboratorios?

Todo el "establishment" del actual mundo conocido se fundamentaba en evitar, diluir o eliminar, ciertas tendencias egoístas de la especie. Para ello se manipulaban las células genéticas, con tratamientos encaminados a modificar y a promover otras capacidades, o cualidades, consideradas positivas. Pero tal manipulación, ¿era conveniente? ¿No hubiera sido mejor, acaso, esperar una evolución natural que conservara, al propio tiempo, algunas características como la sensibilidad, el sentido de la estética, el afecto mutuo, que habían desaparecido, sustituidos por una aséptica e insulsa concepción del deber y de la solidaridad?

Un mar de preocupaciones e incertidumbres surgieron en sus mentes. La seguridad que antes poseían comenzaba a resquebrajarse. La satisfacción que gozaron, soterradamente estimulada por la química, y que habían considerado como la única felicidad real, no les parecía ya así. Debía existir algo más emotivo, algo más importante que alcanzar la perfección en la tarea encomendada, que el reconocimiento de méritos por aportaciones conseguidas para la técnica y para el predeterminado y mecánico funcionar del colectivo social.

.....

Un día, en el rincón del invernadero, dónde florecía una nueva variedad de rosas, de intenso perfume, Víctor se sentó en el suelo, y con las mejillas apoyadas en las manos, quedó en actitud pensativa. Al cabo de algún tiempo, Eva se dió cuenta y le preguntó:

- ¿Te ocurre algo?

- Ni lo sé. -respondió-. Hay una gran confusión en mi mente. Me explicó la prohibición de investigar sobre el pasado: es perturbador para la educación recibida. Ahora, el desasosiego de la duda, me impide tener confianza... ¡Hasta mi propio ser físico, mi cuerpo, está trastornado y parece desear no se qué desconocidas sensaciones...! Estoy inquieto, incómodo... No consigo concentrarme en el cumplimiento de las consignas comunitarias...

Eva lo escuchó sorprendida y no supo qué decir. Él, que se había levantado al llegar su compañera, continuó:

- He llegado a pensar, incluso, en el absurdo de tener alguna enfermedad.

- ¿Enfermo? -se extrañó Eva-. Hace tiempo que desaparecieron esas anómalas situaciones, gracias a la prevención.

- Entonces, ¿qué explicación puede haber?

- Quizás tengas razón en lo perturbador del conocimiento de la historia. Me sucede algo parecido. Tengo obsesión por diversas costumbres, pensamientos y acciones de nuestros antepasados... Y creo..., que estoy transgrediendo reglas de nuestra civilización.

- ¿De veras?... ¿Cuales?

- Me cuesta trabajo confesarlo... -balbució ella, bajando la mirada.. Y Víctor observó como el rostro de Eva se teñía de rubor, un suceso jamás conocido por ellos.

- ¿Te encuentras bien? -inquirió preocupado- ¿Qué te pasa?

- No me lo explico... Respondió ella-; pero solo me encuentro a gusto y feliz cuando estoy a tu lado... Apenas duermo..., y continuamente me acuerdo de tí... Tu imagen borra todas mis ideas y pensamientos.

- ¡Eva! -exclamó Víctor-, ¿Qué... Qué nos estará pasando?

Se miraron fijamente. Sin darse cuenta, de manera instintiva, se habían acercado hasta verse cada uno en las pupilas del otro. Una especie de temblor, de insólita corriente emotiva, que los estremecía, sacudió sus cuerpos. En los bellos ojos de Eva brotaron -otro raro fenómeno- unas lágrimas, que corrieron por su cara. Víctor extendió los brazos, como para consolarla, pero la atrajo y apretó contra sí con fuerza incontrolada, creciente y ciega. Sus bocas, torpemen-

te, se unieron en un beso largo, apasionado, como en algunas de las escenas que habían visto en la Biblioteca. Y sintieron, por vez primera, una tan dulce borrachera, una tan sugestiva impresión, una emoción tan excitante, una tan extraña y maravillosa felicidad, que se olvidaron del entorno, como si solo existieran los dos.

.....

La nave proseguía el rumbo sin problemas, por un negro mar, inmenso y vacío... Allá lejos, muy lejos, quedaba el sistema solar. Ya, ni con los potentes telescopios, podía verse la Tierra, árida y sin vestigios de vida; de esa vida que cruzaba el Cosmos a la búsqueda de un mundo nuevo donde reemprender, otra vez, la emocionante aventura de vivir, con sus gozos, sufrimientos, inquietudes, ensueños...

SUEÑO DE AMOR

Suena el piano. Sus notas, algo atenuadas por la distancia, despejan, ahuyentan, dispersan, los pensamientos que, en agitada efervescencia, le ocupaban la mente. Se traslada en el carrito al rincón del ventanal, su permanente observatorio, y enfoca los prismáticos. Ve, nítidas, las ágiles manos, de finos y largos dedos y el perfil, tan conocido y admirado, de Julia. Pulsa con suavidad las teclas, cuyas vibraciones se propagan por el aire primaveral, y la dulce y romántica composición de Liszt sube y se adentra, por los oídos del inválido, llegando a lo más hondo de su corazón enfermo. Sueño de amor. Nada tan a propósito para él ni tan sentido. ¡Cuántos estremecimientos le había producido aquella música! Era, sin duda, la pieza más interpretada por Julia, por razones que él ignoraba; también la que a él más le gustaba. Sigue después Chopín, y sus valsas danzan invisibles, como sonoras mariposas, por todo el edificio.

Observa a la mujer, que se queda quieta, pensativa, frente al piano. Oculta el rostro con aquellas sus manos diestras, como si quisiera olvidar algo o limpiar unas lágrimas. Se levanta y desaparece del ángulo visual de Luis.

Durante un buen rato él permanece a la expectativa, esperando volver a contemplarla. Y, mientras, recuerda. Van ya para tres años que el joven matrimonio se instaló en el bajo. Aparentaba ser una pareja feliz, pero Luis pensaba que no lo era. Él había desarrollado una especial agudeza para valorar y descubrir detalles, imperceptibles a las personas normales; quizás por su hábito de fisgonear o espiar, desde su ventana-observatorio, única actividad, con la

lectura, que podía realizar. Postrado en un carrito de ruedas desde la niñez, a consecuencia de la parálisis, no tenía otra distracción. Conocía a los vecinos más de lo que ellos podían imaginarse. Sabía los devaneos de la portera, los deslices de la del segundo, las escapadas nocturnas de la mujer del comerciante, las extrañas y furtivas visitas, avanzada la noche, que recibía la viuda del militar... Y tantas y tantas cosas. Pero desde que llegó Julia, su delicada y serena belleza le atrajo de forma irresistible. Sobre ella centró su atención y sobre el marido, un joven de aspecto feminoide, que se preocupaba más de sí mismo que de la compañera. Superficialmente formaban un matrimonio feliz, de buena posición, sin mayores problemas. Pero Luis, tras observarlos largo tiempo, descubrió, o quiso creer que descubría, un inexplicable distanciamiento, impropio de sus edades y de los pocos años que llevaban unidos. No tenían hijos. Julia, sin un gran quehacer doméstico, dedicaba a la música gran parte del día. A veces, sentada en el sofá, pasaba las horas en actitud meditativa. Apenas recibían otros amigos que los del marido, unos tipos semejantes a él, que bebían sin cesar y se olvidaban de la presencia de la muchacha.

Luis, detrás de los cristales especiales de su lugar de observación, que impedían que fuera visto, era espectador casi permanente de la vida en la pequeña comunidad. Pero, de forma muy especial, de Julia. El no había conocido ni tratado otras mujeres, excepción hecha de su madre y algunas parientas.

La aparición de Julia supuso una conmoción en su existencia sedentaria. Sin que se diera, al principio, cuenta. Fue, al comienzo, una especie de admiración. ¡Era tan bonita y delicada! Como una de esas finas y bellas porcelanas chinas, parecía tan frágil que en cualquier momento podría romperse. Necesitaba un cuidado exquisito, una atención constante. Algunas noches de cálido estío, la silueta de la mujer, dibujándose tras las cortinas del dormitorio al desnudarse, despertaron en su débil cuerpo unos dormidos o semiapagados instintos. Miraba con avidez y trataba de adivinar las perfectas formas femeninas, de pronunciadas curvas, y su piel joven y suave. Una vez que apagaba la luz, después de esperar al marido, que siempre llegaba tarde, Luis se la imaginaba dormida, con el pelo rubio desordenado sobre la almohada.

Poco a poco Julia fue entrando dentro de él. Ya no era admiración lo que sentía al verla, sino alegría, emoción, estremecimientos, temblor, fascinación, tristeza, inquietud..., una multitud de sensaciones contradictorias pero saturadas de infinita dulzura; algo que jamás hubiera podido sospechar. Su corazón débil, palpitaba acelerado al verla o escuchar la música.

La vida, para Luis, había sido un simple estar sobre el sillón de ruedas. Y pese a esta circunstancia, nunca envidió a nadie, ni cruzó por su cerebro que todo

podía haber sido de otra manera. Aceptó la situación como un hecho natural, tan inevitable como el frío del invierno o el calor del verano. Desde que conocía a Julia, sin embargo, comenzó a interrogarse sobre su estado y sobre el porqué de su desgracia. Una rebelión impotente germinó en su alma. De inteligencia despierta y viva -posiblemente como compensación de sus miserias físicas-, comprendía la imposibilidad de aspirar a la conquista de una mujer así. Y tuvo momentos de auténtica desesperación.

Abandonó las lecturas, que tanto lugar ocuparon en su pasado, al acecho siempre de Julia. Se olvidó, o despreocupó, de los demás vecinos y de sus peripecias. Julia, sólo Julia, constituía su permanente obsesión. Controlaba sus salidas y sus movimientos; observaba las discusiones, siempre en baja voz, de la pareja y su paulatino apartamiento. Algo, esto resultaba obvio, no funcionaba entre ellos.

Un día en que la creyó deprimida, apoyada en el piano y sin decidirse a tocar, se le ocurrió la idea de llamarla por teléfono. Como lo tenía muy cerca, sin apenas moverse de la ventana, marcó el número. Vio como Julia descolgaba el auricular y a su oído llegó la voz más agradable que nunca había escuchado. Un tanto indeciso, no acertó a decir nada de momento. Mas luego, con una osadía de la que ni él mismo se creía capaz, dijo:

- ¡Julia! No estés triste, por favor. Existe alguien que te adora y no puede soportar que sufras.

Julia, sorprendida, se limitaba a preguntar quién era.

- No importa quien sea; lo que importa es que sepas que te amo y daría mi vida por un segundo de felicidad tuya.

Colgó, sin extenderse más. El primer paso estaba dado. Cuando veía que estaba sola llamaba, sin identificarse nunca. Y sucedió que ella, con carencias de comunicación y con la necesidad acuciante de desahogar los problemas y tristezas que la acongojaban, tras algunos miedos iniciales, acabó por esperar y desear aquellas anónimas llamadas. Y se estableció entre ellos una corriente de simpatía y afecto.

- Pero, ¿quien eres? - le preguntaba ella con frecuencia.

- ¡Que más da! -decía él-; llámame Pablo. Yo a ti, Virginia. Así seremos como aquellos célebres amantes.

Luis, que poseía una extensa cultura y tenía especial predilección por la poesía, le recitaba poemas de amor y la describía con precisas y hermosas palabras.

- Tú me conoces, ¿verdad? -inquiría ella.

- Si. Y cada hora, cada minuto, cada segundo, te quiero más.

- Sabes que ese amor es imposible -replicaba ella, con disimulada amargura.

- Si... Pero olvidemos este hecho desgraciado. ¿Por qué no tocas algo?

- Bueno.- Y colgando el auricular sobre el piano, interpretaba alguna composición. Luis, desde el teléfono y a través de la ventana, en insólita estereofonía, escuchaba embelesado.

Así transcurrieron varios meses. Ambos aguardaban, con impaciencia, la oportunidad de hablar.

- ¿Qué pasa con tu marido? -le preguntó un día Luis

- Nada, nada -contestó ella.

- Perdona, pero no te creo. Siempre está ausente, apenas si te presta atención...

- Cosas de su carácter...

- Con una mujer como tú, no hay disculpa posible para él. Siempre llega tarde, cuando ya estás dormida...

- ¿Cómo lo sabes?

- Me preocupa tu felicidad.

- Dejemos el tema -cortó ella-. Tengo que hacer.

Pero, a los pocos días, sin que Luis suscitara la cuestión, Julia le confesó:

-No me quiere, Pablo. Creo que me odia y por eso me rehuye.

- ¿Cómo es posible? Si eres la criatura más adorable de la creación...

Con voz entrecortada, ella explicó:

- Pablo, ¿me creías si te dijera que todavía soy virgen?

Luis quedó estupefacto. Ella continuó:

- Sospecho que no le gustan las mujeres y tiene relaciones con un amigo.

- ¿El rubito?

- ¿Lo conoces?

- Conozco muchas cosas. Pero eso tiene remedio. Sepárate. El matrimonio es nulo.

- ¿Y el escándalo?

- ¿Y tú felicidad?

- Pablo, ¿Te casarías conmigo?

La emoción atenazó la garganta de Luis y no supo qué contestar.

- ¿No respondes? - insistió.

- ¡Imposible, Virginia! ¡Qué más quiera yo! -Y un sollozo le obligó a colgar.

Aquella noche apenas durmió. Lloró de rabia, maldijo su suerte y golpeó desesperado su cabeza, como queriendo destruirse. El corazón quería salirse,

estallar, y un dolor intenso le oprimió el pecho, impidiéndole respirar y gritar... Pero luego el dolor fue cediendo. Un extraño bienestar invadió todo su cuerpo. Percibió como la sangre fluía suave y calurosa por todas las venas. Inconscientemente movió la cintura; después, los miembros inferiores. Se levantó con una agilidad que a él mismo sorprendió. ¿Sería posible?... Paseó por el cuarto, que le resultaba distinto, con otra perspectiva, visto de pie. Miró hacia la habitación de Julia. En las cortinas del dormitorio se dibujaba su figura fina, estilizada, como la de una bella gacela a contraluz del anochecer.

- ¡Mi amor! -exclamó.

Marcó el número en el teléfono, impaciente y nervioso. Una voz indefinible, cavernosa, gélida, de otro mundo, le respondió con palabras que no entendía y que le infundieron pánico y terror... Sobre sus ojos cayó como un negro velo y los objetos, las cosas, fueron desapareciendo en una nada turbia e impenetrable.

.....

Julia, durante largo tiempo, continuó esperando la llamada del desconocido enamorado, enamorada a su vez de él por sus palabras, por sus sentimientos, por su bondad... Inútil empeño. Decepcionada, se acercaba al piano y con la vaga esperanza de ser escuchada por aquél nunca visto amante, ausente no sabía dónde, interpretaba, llorosa, triste, desilusionada, el "Sueño de amor"... El sueño de un amor imposible y extraño.

PEDRO PÉREZ, ORGANIZADOR DEL MUNDO

- ¡Qué desastre! ¡Qué desastre!

Esta exclamación era constante en los labios de Pedro Perez. Ni un solo día las noticias de los mil diversos acontecimientos que de forma cotidiana, tienen lugar en el mundo, daban ocasión a que no soltara su pesimista frase. Más aún, conforme pasaba el tiempo, la frecuencia de los hechos desafortunados, aumentaba su convencimiento de que todo era un puro y espantoso desastre.

Pedro Perez tenía una visión y un concepto negativos de la vida humana. Su convicción de que la sociedad estaba mal organizada y caminaba, con aceleración creciente, hacia el caos más absoluto, no era cosa nueva en él. Ya desde la juventud, cuando su mente perfeccionista y lógica alcanzó con los estudios una madurez poco común, comenzó a preocuparse con el tema. Se enfrascó en la lectura de sociólogos, filósofos, científicos, políticos, economistas, sin que en ninguno encontrara la solución para evitar los conflictos que sacuden a los pueblos, a los hombres. Buscó en las religiones una posible luz para resolver el problema, pero sólo encontró un mensaje, más o menos claro o evidente, de que no existe remedio para aquellos males. La historia -éste constituía su principal argumento-, demuestra la irracionalidad del insólito ser que se cree rey de la creación y que, tal vez, sea simplemente un error de la naturaleza.

A Pedro Perez, la verdad sea dicha, tampoco le convencía gran cosa el funcionamiento físico del universo; como Russell, pensaba, un poco engreído, que de haber tenido poder para ello, lo hubiera creado mejor. Pero en esto, como

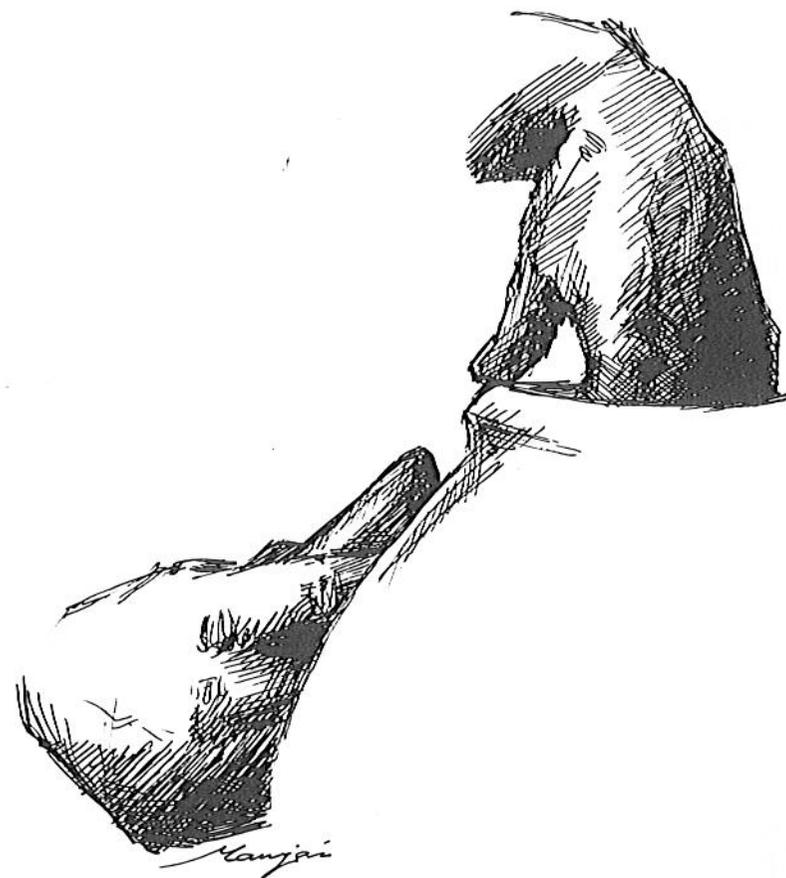
no había profundizado lo suficiente ni tenía grandes conocimientos científicos, era precavido y nunca expresaba con rotundidad su opinión.

Conforme avanzada en edad más se afirmaba en sus criterios, nada optimistas. Dedicaba mucho tiempo a pensar o idear sistemas de organización, medios de corregir las visibles tendencias distorsionadoras de la conducta humana; analizaba, con minuciosidad, los móviles que impulsan el quehacer de cada individuo, las aspiraciones dominantes en un colectivo, los ideales que incitan a los pueblos, en ocasiones, a embarcarse en aventuras disparatadas y absurdas.

Absorbido y obsesionado por el estudio, estableció una serie de modelos sociales a los que atribuía ciertas condiciones y características, tanto culturales como económicas y físicas. Conjugando la intensidad y variaciones de cada una de ellas, y comparando ese conjunto de circunstancias y factores con los históricos de las diversas sociedades del pasado, intentaba prever y calcular, con un error tolerable, cómo se desenvolvía o desarrollaba cada supuesto. Pero eran tantas las variables a tener presentes, tan imprevisibles y aleatorios los hechos que podían influir en los fenómenos, que terminó por desesperarse y abandonar aquellas locas elucubraciones.

Pero, evidentemente, uno no se desprende de sus preocupaciones e ideas cuando quiere, sino cuando puede. Y él no consiguió eliminar de su cerebro todo aquello que, durante tanto tiempo, le había mantenido en febril actividad. Para siempre, en su pensamiento, permanecería, como grababa al fuego, la huella de un pesimismo irremediable respecto al mundo. Llegó al convencimiento, más intuitivo que razonado, de que para conseguir una sociedad humana perfecta había que empezar de la nada, desde una nueva creación. El hombre arrastra, hasta en su más escondida célula, unas pautas de comportamiento, adquiridas en millones de años de evolución, que hacían imposible cualquier cambio de rumbo o modificación en su forma de actuar. Sólo comenzando desde el principio sería factible lograr que las tendencias negativas se encauzaran por derroteros distintos y conseguir, así, una sociedad perfecta; mas esto era, por desgracia, una idea descabellada, una fantasía demencial, que a ningún otro que no fuera él podría ocurrírsele.

Cayó en el desánimo y la depresión, abandonó sus estudios y teorías, y terminó por casi recluirse, alejado del bullir diario de un mundo que seguía un curso fatal hacia el abismo. Y ocurrió que, por fin, el precipicio negro, tenebroso, horripilante, apareció en el horizonte; que todos pudieron otearlo y que nadie dejó de lamentarse y vaticinar sus consecuencias nefastas... Pero ni un individuo, siquiera, hizo nada eficaz por evitar sumirse en la densa oscuridad de la



catástrofe. Y se conmovió la tierra en temblorosos estertores, se oscureció el cielo con humos radioactivos, después de mil rayos cegadores, y desapareció todo vestigio de vida. Durante cientos de millones de años, la superficie del planeta apareció desierta, árida, inhabitable.

Pedro Perez, no se sabe por qué designio de la Suprema Voluntad, contempló los hechos narrados, y durante un tiempo que escapa a toda medida convencional, vivió solitario sobre la inhóspita tierra, en la que apenas quedaban rastros de la orgullosa civilización desaparecida. Él también era un resto paleontológico del pasado. Y emocionado, en los breves instantes de eternidad que suponen millones de años, sus ojos cansados vieron cómo, de nuevo, el aire se fue haciendo transparente y puro, y surgieron nubes que derramaron lluvia sobre el suelo seco y polvoriento, y comenzaron a brotar de las entrañas de la tierra algunos tímidos tallos, y en el mar se formaron leves células, que se iban organizando hasta convertirse en pequeños y frágiles seres. En apenas unos cientos de siglos más, las montañas aparecían cubiertas de blanca nieve, los valles y llanuras vestidos del verdor de densos bosques, y por todos sitios pululaban, con joven energía, variadas especies de animales. Fue, entonces, cuando escuchó entre el fragor del trueno en un día de tormenta, una voz indefinible, sobrecogedora, que le dijo:

- Ahí tienes la primera pareja humana. Con tus manos infúndele vida y organiza su descendencia.

Descubrió, cerca de él, dos bellas figuras de arcilla que yacían sobre la hierba. Dudando de la realidad, se acercó hasta ellas y tocó sus cuerpos, aún húmedos y blandos, pero insensibles y sin vida. Posó sus manos sobre la frente de cada uno y, de forma inexplicable y milagrosa, la arcilla se transformó en carne cálida y palpitante. Y se levantaron. Y miraron en torno con asombro. Y tocaron todas las cosas que junto a ellos estaban. Y se miraron sin comprender nada. Pedro Perez comprobó que no le veían, que para ellos resultaba invisible. Pasó largas horas estudiando sus reacciones. Pero ellos permanecieron quietos, inmóviles, como cosas inanimadas. Comprendió, después de meditar, que debía otorgarles estímulos que los incitaran a vivir, no a vegetar. Y, nuevamente, impuso sus manos sobre sus frentes, para crearles el instinto de conservación.

La actuación de la pareja fue inmediata. Cogieron frutos de los árboles y comieron con ansiedad; más tarde en las limpias aguas del río, saciaron la sed. Y se recostaron cara al sol. Descubrieron que algunas púas de los arbustos herían dolorosamente, que algunos animales eran agresivos y debían huir de ellos. Pero nada más. Comían, bebían y esquivaban el dolor o el peligro.

Pedro Perez, que los observaba atento, llegó al convencimiento de que, de

seguir así, terminarían por extinguirse. Les impuso, otra vez, sus mágicas manos y les despertó la atracción mutua.

La pareja se miró con ojos nuevos. Se sentían atraídos el uno por el otro. Un especial magnetismo existía en sus miradas. Y se fundieron en un abrazo inédito, en tiernas palpaciones de sus cuerpos, en caricias inventadas, hasta llegar al trance último que el puro instinto les descubrió.

Tuvieron descendencia, con gran sorpresa de ambos, que no entendían el hecho. Pero abandonaron a las crías, seducidos sólo por la comida y el placer del sexo. Pedro Pérez, actuando en consecuencia, tuvo que imprimirles el sentimiento de amor a sí mismos y a los hijos, para que protegieran sus vidas, completando de esta forma, y sublimándolo, el instinto de perpetuación de la especie.

Transcurrieron muchos, muchos años. La población humana había crecido, pero se limitaba a comer, hacer el amor y criar la prole. Pedro Pérez intuía que algo fallaba. No veía progreso ni perfeccionamiento. La gente se dedicaba a estar allí, a utilizar lo que, espontáneamente, la naturaleza ofrecía cuando la necesidad acuciaba, a dejarse arrastrar por los días y las circunstancias del medio. Pensó que era necesario imbuirles la curiosidad por todo lo circundante. Y extendiendo sus manos, encendió en las mentes la chispa electrizante del deseo de saber y comprender: los dotó de inteligencia.

Al amanecer, los hombres despertaron con una visión nueva. Desde sus grutas contemplaron el soberbio paisaje: el inmenso bosque, verde y umbrío, extendido a sus pies; las nevadas cumbres que se elevaban en el horizonte; el sol brillante y cegador que calentaba sus ateridos cuerpos... Y se preguntaron qué era todo aquello, qué extrañas energías hacían posible la variedad de la vida, qué fin perseguían tan diversos seres, tan distintas especies, tan variadas de cosas... Y comenzaron a hurgar y analizar todo lo existente para averiguar su composición, su funcionamiento, su objetivo, buscando una posible explicación. Y no pasaron de ahí. Satisfecha la curiosidad, volvieron a dejarse llevar por el cotidiano paso de las horas.

Pedro Pérez, con infinita paciencia, se enfrascó en profunda meditación sobre lo que debía hacer. Decidió imprimirles, después de muchas dudas, un nuevo componente psíquico: la insatisfacción. E introdujo un hecho para ellos aún desconocido: la escasez de medios.

Los hombres, pues, se dieron cuenta que todo era perfectible, modificable y susceptible de apropiación. Al propio tiempo sufrieron los primeros latigazos de la necesidad. Y se ingeniaron para conseguir aumentar la utilidad de las cosas y sacar provecho del entorno natural. Y se les desarrolló, paralelamente, el afán por lograr reservas de lo que escaseaba o era difícil adueñarse. Y, como secuelas

lógicas, se organizaron en clanes, en grupos, en pueblos, estableciendo límites territoriales, diferenciándose o distinguiéndose unos de otros.

Satisfecho, Pedro Pérez creyó que todo caminaba según sus deseos, y que muy pronto habría conseguido una sociedad ejemplar. Y se retiró durante una temporada -¿milenarios, tal vez?- para descansar. Pero cuando se dirigió a comprobar la marcha de su obra, quedó anonadado, perplejo: se encontró con el viejo mundo que había visto autodestruirse de forma estúpida e inevitable.

Impotente, apesadumbrado, casi rabioso, exclamó: ¡No existe remedio! ¡No existe remedio!

Despertó, violentamente, de la pesadilla. Un sudor frío corría por su frente.

MOISÉS EN EL SUBURBIO

Con paso torpe, lento, cansado, el abuelo se dirigió hacia la casa. Había estado recogiendo espárragos silvestres, como hacía por estas fechas. Hombre de campo, conocía numerosas plantas comestibles. Y en aquellos terrenos sin cultivar, descuidados esperando el alza especulativa de los precios, dada su proximidad a la gran urbe, surgían espontáneamente. Apoyado en su bastón, rústico y fuerte, se dispuso a cruzar el maloliente arroyo, de piedra en piedra, cuando observó una caja de madera que, como pequeño barquito encallado, flotaba detenido entre peñascos. Como persona que sabía encontrar utilidad a los más inverosímiles objetos, se dispuso a cogerlo. Su sorpresa fue tremenda cuando descubrió en él una criatura desnuda, que parecía recién nacida. Después de unos momentos de perplejidad, con mucho cuidado, sin moverla de la caja y con toda la celeridad que le permitían sus años, marchó a la chabola.

Aquel fue un día memorable y difícil. La familia se enzarzó en interminable discusión sobre lo que debía hacerse. El abuelo insistía en criar al niño y su yerno objetaba, no sin fundamento, que era una boca más, y la situación en que estaban no se distinguía por su prosperidad. Al fin prevaleció el criterio del anciano, que prometió entregar entera la pensión de jubilado y quitarse del tabaco, para disminuir los gastos.

El niño, pues, a quién impusieron el bíblico nombre de Moisés, por las circunstancias del hallazgo, se crió como uno más de los seis nietos. Era fuerte y parecía como si el aire enrarecido y contaminado del suburbio, los olores de la basura y despojos acumulados en lo alrededores, el agua pestilente del mísero

riachuelo, los fríos invernales que penetraban por las rendijas y grietas de las paredes de la vivienda, el calor agobiante que se desprendía del techo en el estío, estimularan su vitalidad.

Pasó el tiempo. Murió el abuelo. Creció el niño hasta convertirse en un hombre fuerte, ágil de músculos y de mente. Sus veintitantos años de vida se desarrollaron en aquella zona suburbial, conociendo sus problemas y sus gentes, ayudando a unos y a otros, querido de todos, apegado al buenazo del párroco, - inhábil y más bien corto de luces-, que acabó por no saber qué hacer, ni como actuar, si a su lado no estaba Moisés.

El joven, que poseía extraordinaria capacidad para aprender y una curiosidad insaciable, había adquirido una vasta cultura autodidacta, a base de lecturas y estudios incansables.

- Se te va a secar la mollera de tanto leer -le reñía muchas veces el cura; y, ante la sonrisa del muchacho, bajaba los ojos.

La verdad es que le tenía un poco de miedo. En ocasiones Moisés le planteaba algunos problemas, o le preguntaba sobre ciertas cosas que el pobre hombre no sabía contestar.

Moisés, cuya inquietud por la gente y sus problemas, conforme iba madurando, aumentaba, dió en cavilar sobre las causas de las situaciones de necesidad y sobre los medios de evitarlas. No le convencían ni las ideas de Marx ni, en el otro extremo, el paternalismo benéfico de las diversas religiones. Pensaba que algún medio distinto debía existir, para que la propia persona lograra superar las circunstancias adversas, incluso crecerse ante ellas.

- ¿Qué piensa Vd. de la fe? -preguntó un día al cura.

Don Tomás brincó en su sillón y tartamudeó:

- Pues, eso..., creer..., creer en lo que no se ve.

- Algo más debe ser -afirmó Moisés-; Tengo la certeza, contra toda razón, contra toda lógica, de que lo pretendido se consigue, de que lo imposible se hace realidad, si lo queremos con fuerza ciega.

- ¡Hombre, tanto como eso...! -balbuceó, tímidamente, el anciano.

Moisés estuvo un tiempo como distraído, alejado de todo, sumido en hondas cavilaciones. Don Tomás no se atrevía a interrogarle por temor a algunas de sus salidas. Un día que visitaron a una infeliz mujer enferma, viuda cargada de hijos, sin medios de subsistencia, después de socorrerla y consolarla con las palabras que en tales ocasiones se dicen, Moisés, ante el atónito Don Tomás, se acercó a ella, la miró fijamente durante unos largos minutos, y cuando ésta, desconcertada, trató de desviar la mirada, él, con voz grave y firme, le prometió:

- Mañana estarás bien y todas tus desgracias desaparecerán-. Y, como en

un rito mágico, puso sus manos, extendidas, sobre la frente de la mujer.

Mientras caminaban por la calle, el cura le recriminó su acción y lo calificó de loco.

- Esa mujer -le explicó Moisés-, no se halla enferma; está agotada, harta de vivir, deseosa de una muerte liberadora. Nada espera de este mundo que no sean sufrimientos y reveses. Si conseguimos que crea, que tenga fe en que va a lograr lo que desea, lo obtendrá..

- ¡Estás loco! ¡Estás loco! -exclamaba Don Tomás.

Pero, al día siguiente, la sorpresa del pobre hombre no tuvo límites cuando la viuda se presentó ante ellos y, sollozando, besó las manos de Moisés, como muestra de gratitud.

- Lucha, no desmayes, ni desesperes, y el mundo se rendirá a tus pies. -le aseguró Moisés.

- ¡Lucharé! ¡Lucharé! -gritaba la mujer, con una energía increíble y extraña.

El suceso se cundió, aumentando y corregido, por todo el suburbio. En busca de Moisés llegó una heterogénea multitud de enfermos y fracasados, que recibían de él impulso, energía, vitalidad, para emerger del mar de sus propias miserias, en las que se ahogaban.

- Esto es diabólico, herético -le reprochaba Don Tomás-; te vas a condenar. ¡Vade retro!

Moisés, sonriente, trataba de hacerle comprender el hecho.

- Yo sólo les despierto la fe; el resto lo ponen ellos. En cada persona existe un pozo inagotable de fuerzas capaces de transformar la realidad, si tiene la suficiente convicción y constancia.

- Pero los engañas: creen que haces milagros.

- ¡Qué más da! -replicó Moisés-. Realmente existe un milagro: el que ellos mismos realizan. Y hasta es posible que Dios, que estaba como maniatado dentro de cada uno, se desate y los ayude.

- ¡Qué barbaridad! ¡Qué barbaridad!

El prestigio y la fama del joven Moisés fueron creciendo. Por su iniciativa la gente se unió en tareas comunes, para embellecer el barrio; ideó formas de crear trabajo y ocupaciones, de mejorar las condiciones colectivas de vida. Construyeron escuelas, crearon bibliotecas, campos deportivos, parques, jardines, centros asistenciales, con sus propias manos y recursos o valiéndose de mil ingeniosos medios. Nadie se sintió extraño, todos formaron parte de una gran familia. En breve plazo el suburbio se había transformado en un lugar agradable,

seguro, acogedor, donde todo el mundo era amable, servicial, desprendido.

A los hombres públicos de la gran ciudad, no les pasó desapercibido el cambio de aquella zona, olvidada tantos años y convertida en vaciadero de detritus del bien alimentado centro y, sobre todo, de los despojos humanos de seres derrotados en inútil lucha. La nueva situación, para la izquierda, era una manipulación de la derecha, con el fin de arrancarles los votos de los antiguos desheredados; para ésta, por el contrario, un ensayo, financiado con subterráneos fondos, con el exclusivo objeto de minar los cimientos de la sociedad y democracia occidentales; para la jerarquía eclesiástica, una maniobra atea, destinada a desprestigiar la religión con falsos milagros y una interpretación heterodoxa de la doctrina.

El obispo retiró al cura caduco y torpe, recluyéndolo en un hogar para ancianos; la autoridad, que no encontró motivo legal para detener a Moisés, hizo que lo internaran en una casa de salud mental, a buen recaudo y con intensiva vigilancia, dada su peligrosidad.

.....

A los pocos años todo había vuelto a la normalidad. El arroyo corría, otra vez, con aguas contaminadas y pestilentes; la basura se acumulaba por todos sitios; las chabolas habían resurgido como una plaga; la gente estaba triste, desesperanzada y hasta pasaba hambre; los chicos, sucios, descalzos, harapientos, robaban al menor descuido, o se disputaban algún objeto encontrado entre los desperdicios... Mas los prohombres, antes inquietos y desasosegados, volvieron a dormir tranquilos y a preocuparse de los graves e importantes asuntos del Estado y del pueblo.

LA OTRA VIDA DE DON JUAN

I

En la historia de los individuos existen momentos cruciales, acontecimientos decisivos, irreversibles, que les otorgan para siempre una peculiar imagen. A partir de ese instante, sin que nadie ni nada puedan evitarlo, son de una manera determinada, invariable, sin posible corrección. Por ello, más de una vez, al pensar sobre este hecho, nos hemos preguntado cómo hubieran sido aquellas personas -algunas casi míticas-, con sucesos distintos. Naturalmente que la respuesta es difícil y pertenece a la pura especulación.

En ocasiones, sin embargo, la realidad, más rica y fértil que cualquier imaginación, nos suele responder con todo género de detalles. Así ha ocurrido ahora, por simple suerte, al tropezar con unos manuscritos que desvelan la vida posterior, insospechada, de Don Juan. Porque aquel final conocidísimo, tal como nos ha sido contado y representado miles de veces, no aconteció así. El drama no fue drama, sino comedia con desenlace feliz. Vencidos los obstáculos, enamorados, sinceramente arrepentido Don Juan de sus calaveradas juveniles, se casó con Doña Inés y vivieron largos años juntos y tuvieron descendencia numerosa.

Esta es la breve historia de los años de matrimonio, narrados por los mismos protagonistas. De las Memorias de D. Juan y del Diario de Doña Inés, se han condensado, o entresacado, los contenidos esenciales, eliminando episodios sin interés y corrigiendo algo el estilo retórico de la época.

II Memorias de Don Juan

Desde la altura temporal de los setenta años, el mundo se contempla de forma distinta y las cosas se valoran de otra manera. Y cuando se rememora el pasado, uno no puede menos que sonreír al observar nuestros comportamientos y recordar nuestras ideas de entonces. Yo tuve una juventud agitada y aventurera. Para la gente era atrevido y apuesto, provocador y cínico; es decir, reunía las cualidades necesarias para gustar a las mujeres e irritar a los hombres. Tal vez me excedí en malandanzas y amoríos. Cuando conocí a Doña Inés y me enamoré de ella, me arrepentí con sinceridad de lo que consideraba mis proezas; así lo comprendió mi suegro, el Comendador, que me concedió la mano de su hija. Esta es la verdad y no la leyenda, morbosa y trágico-teológica, que se ha propagado.

La boda, por decisión de doña Inés, se celebró en la intimidad. Y después de ella nuestras vidas entraron en el cauce normal, cotidiano, de una familia acomodada, igual a muchas de las que existían, y existen, en Sevilla. El primer año, aún lo recuerdo, fue algo único y emocionante. Mi esposa era como una gacela ingenua y graciosa. Creo que sentía adoración por mí y que, secretamente, le agradaba mi fama de hombre capaz de volver locas a las mujeres. Hoy pienso que la defraudé al cumplir mi promesa de abandonar, para siempre, tal clase de aventuras. ¡Es tan complicada el alma femenina! Yo, que he tratado a tantas, confieso que nunca llegué a entenderlas.

El primer hijo vino a los tres años largos, cuando casi desesperaba yo por la tardanza, que ponía en entredicho mi hombría. Los demás fueron ya excesivamente puntuales y, sin duda, demasiado frecuentes. Doña Inés se hallaba siempre en estado, deformada su figura, manchada la fina piel de su rostro y en constantes vómitos. Tal vez por el malestar consecuencia de los embarazos y el absorbente cuidado de los pequeños, su carácter, antes impregnado de delicadeza y exquisitez, se transformó de forma radical, haciendo de ella una mujer irritable, malhumorada y agria. Yo, enamorado de veras, procuraba calmarla y ayudarle en cuanto podía; incluso suprimí mis pocas actividades y mis salidas con los amigos. Mas fue en vano. Mi presencia parecía que le incomodaba y rehuía mis atenciones; hasta creí notar que me culpaba por haber perdido su estilizada figura y su atractivo juvenil. ¡Olvidaba cómo otras hembras, jóvenes y mayores, me deseaban y se hubieran cambiado por ella!

Todas estas circunstancias hicieron que nos distanciáramos. Y, como consecuencia lógica, cesó la llegada de otros hijos. Para entonces ya habíamos

pasado de los cuarenta. La juventud había declinado de forma sensible. Doña Inés era una mujer madura, bastante gastada, muy lejana y diferente de aquella jovencita que conocí en el convento. Había engordado de forma ostensible y excesiva. Y, para colmo, descuidaba su arreglo personal, dando una imagen desaliñada y sensación de vejez prematura.

Ocasiones no me faltaron de aventuras con otras mujeres, pues mi recogimiento y deseo de permanecerle fiel, parecía estimularlas. Mas nunca cedí al reto. En el fondo soy un hombre amante de la paz y del hogar. Las locuras de la juventud, que tanta fama me dieron, no sé como pude realizarlas. Ahora, analizándolas, me convenzo de que obedecieron al deseo de superar una cierta timidez mediante la borrachera de una agitada y continua acción, que me evitaba reflexionar. Por otra parte, mis conquistas, nunca me costaron grandes esfuerzos; eran como frutas maduras que esperaban mi paso para arrojarse sin condiciones. De ahí que jamás llegaran a ser estables ni duraderas, sino como simples flores del camino que se ofrecen y se cogen al azar y sin detenerse. Aunque quisiera, no podría recordar ni sus nombres ni sus caras, porque nunca entregué mi corazón. Éste permanecía virgen, vacío de verdadero amor, y tengo la sospecha de que, con el paréntesis de los primeros años de vida con doña Inés, aún continúa así.

El haberme alejado de las relaciones sociales, produjo descalabros en mi posición. Hubo ocasiones en que pasamos auténticos agobios económicos, por diversas causas que sería inoportuno explicar. La situación irritaba a doña Inés, acostumbrada a una existencia regalada y a un numeroso servicio del que la necesidad, durante algún tiempo, obligó a prescindir; situación que hizo disparar contra mí turbio encono y áspero desprecio.

El tiempo, sin embargo, todo lo cura. Crecieron los hijos, se fueron independizando, y la proximidad de la solitaria vejez nos acercó algo. No existe ya el fuego emocionante de los primeros días, pero sí ha nacido una cierta tolerancia entre nosotros. Nos soportamos y nos damos compañía. No sé, ni me imagino, que pensará ella en las largas horas que pasamos, durante el invierno, junto a la chimenea, callados y contemplando la danza de las llamas que consumen los maderos. Yo, con un libro en las manos, finjo leer; ella, con el ganchillo, hace labores para los nietos. Y suspira. Yo, la verdad sea dicha, añoro la juventud perdida y, con frecuencia, sueño con su energía, sus locuras, sus ansias infinitas de vivir... ¡Si pudiéramos volver a empezar!

III
Del diario de doña Inés

La vida en el convento tiene un tinte gris y las horas pasan monótonas, aburridas. Las rígidas normas apenas si dejan tiempo para cualquier distracción agradable; sólo el breve paseo por el jardín nos pone en contacto con la naturaleza libre, y podemos aspirar, con disimulada avidez, el perfume intenso de las flores, y respirar el aire puro, sin el húmedo sabor de las viejas paredes conventuales, y sentir el cálido contacto del sol.

.....

Resulta increíble, pero dentro del convento existen sordas rencillas, inexplicables envidias, insólitas murmuraciones... Se busca el favor de la abadesa, se conspira por puestos ventajosos. Y para ello no se duda, en muchas ocasiones, en utilizar procedimientos poco ejemplares. Aunque yo procuro permanecer apartada de estas lucha intestinas, no puedo evitar que lleguen hasta mí algunas salpicaduras.

.....

Está aquí, de nuevo, la primavera. A mi celda llega, cada mañana, el concierto de la multitud de pájaros que anidan en el jardín y que cantan, con mil voces distintas, la alegría de vivir... El cielo es transparente, cristalino, como si hubiera sido limpiado con las esponjas de algodón de las blancas nubes que lo cruzan. No sé por qué, pero todo esto me estremece, y tengo extrañas e incomprensibles sensaciones... Me gustaría -¡que locura!- cantar, reír, saltar, volar libre como las golondrinas que revolotean junto a mi ventana. El confesor, a quien he dicho algo de lo que me ocurre, me ha recomendado rezos y penitencias... ¿Qué habrá de malo en todo ello?...

.....

Hoy me ha sucedido algo extraordinario. En mi libro de lecturas he encontrado un papel escrito. Brígida, ante mi asombro y mis dudas, me conminó a leerlo. Era una carta de Don Juan, en la que me declaraba su amor. Mi asombro, aturdimiento, miedo y emoción han sido inmensos. Temblaba toda conforme avanzaba en la lectura de tantas palabras bellas a mí dedicadas. ¿Cómo era posible?... Jamás pasó por mi mente que yo pudiera provocar una pasión tan honda y ardorosa; tanto más cuando conozco su fama de aventurero y burlador

de mujeres...

.....

Brígida habla continuamente de Don Juan. Me ha enseñado un medallón con su retrato. Desde luego es apuesto y atractivo... Desde hace unos días, por una u otra causa, no se marchan de mi memoria ni sus frases, ni su imagen. Creo que existe algo pecaminoso en esta obsesión. Me encuentro nerviosa, inquieta, desasosegada. A veces lloro sin motivo... Tendré que confesarme.

.....

Anoche ocurrió algo terrible e inaudito. Don Juan escaló las tapias del convento para verme. En una situación tan inesperada y comprometida y para huir de su acoso con dulces y encantadoras palabras, no hallé otra solución que fingir un desmayo. Pero el remedio fue peor que la enfermedad. Aprovechando lo que creía mi inconsciencia, tuvo el atrevimiento de raptarme y conducirme hasta una alquería de las afueras, donde ahora me encuentro. Temo la reacción de mi padre, muy celoso de su honor.

.....

Mi padre, vista la situación creada y oídas las fervientes palabras de arrepentimiento y amor de don Juan, ha cedido, perdonando. Estoy contenta. Volveré algún tiempo al convento, mientras se prepara la boda y la que será nuestra casa. El tiempo se me hace interminable. Adoro a Don Juan y sé que me envidiarán todas las doncellas de Sevilla.

.....

Ha pasado un año desde la boda. Don Juan es un marido atento y afectuoso. Se ha convertido, quizá demasiado, en hombre hogareño. La verdad es que me agradarían unas relaciones sociales más activas. Claro que, por otra parte, pienso que ello supondría una gran tentación para él, acostumbrado a una vida de desenfreno y a ser el blanco de los deseos de las mujeres.. Su fama de seductor impenitente aún no se ha extinguido y es como una tentación para muchas...

.....

Noto en don Juan una cierta preocupación por la tardanza en el embarazo. Dada su aureola, lo comprendo, . Llevamos dos años de matrimonio y seguimos como si tal cosa. Será cuestión de esperar. De un tiempo a esta parte, le encuentro desilusionado y nervioso. Reune a los amigos y evita las visitas, casi recluido en

la biblioteca, enfrascado en lecturas. Todo es monótono y trivial. Las horas transcurren lentas y sin sentido.

.....

He pasado unos meses terribles. Por fin llegó el niño. A don Juan le ha devuelto su agitada actividad y el entusiasmo de otros días; a mí, en cambio, me he dejado sin fuerzas y sin apetencias por nada. Pero doy por bien sufrido el calvario. El niño es hermoso y fuerte.

.....

Si pudiéramos adivinar, o entrever, cuando en la juventud deseamos algo con intensidad, el resultado de tales deseos cuando se logran, posiblemente desistiéramos de ellos. Recuerdo mis locas ilusiones, que la estancia en el convento avivaron, y cuando comprendo hoy en lo que se han convertido, me angustio y lloro. Después de seis partos, mi cuerpo está maltrecho y enfermo. He engordado, tengo el rostro desfigurado por las manchas y las breves arrugas que lo surcan. Don Juan parece no fijarse en mí y lo prefiero. Incluso no me importaría que se dedicara a sus antiguas aventuras, olvidándome, pues de nuestras escasas relaciones íntimas siempre salgo malparada con una preñez. Y una vez que ésta se confirma, él se aparta, como si con ello considerara cumplido su deber. Me resisto a creer, aunque me asalta la duda, de que su vida haya sido una farsa, una mascarada para ocultar su real intimidad, y que no buscaba la mujer en sí, sino el escándalo, la envidia de otros hombres.

.....

Estamos pasando por una situación penosa de estrechez, gracias a la despreocupación, o incapacidad, de mi marido. ¿Quién podría imaginar su inutilidad? ¿Cómo ha podido, aquel joven valiente, apuesto, ingenioso, conquistador, adorado por las jovencitas y temido por los hombres, convertirse en un ser inepto y torpe? Pienso que hasta cobarde pues le da pánico afrontar los problemas... He tenido que escribir a mis tíos, para que intenten salvarnos del desastre.

.....

En esta época invernal, pese al clima sevillano, la gota y otros achaques me impiden casi todo movimiento. Algunos días vienen a visitarnos nuestros hijos y procuran animarme. La mayor parte de las horas las paso junto a la chimenea. Me distraigo haciendo labores para los nietos. Don Juan, entre tanto, con un libro en la mano, dormita. Por lo menos, aunque no hable mucho, estoy

acompañada. En ocasiones, abandonando la tarea, rememoro aquellos distantes años juveniles. ¡Cuántos sueños, Dios mío, nacieron en la pequeña celda del convento! ¡Cuántas ilusiones, y deseos, y esperanzas, que el tiempo, ese implacable y demoledor carcoma, ha marchitado y deshecho! ¡Qué no daría por el imposible regreso a aquellos momentos!... La sangre hervía por todo el cuerpo, presintiendo abrazos y besos nunca probados. La caricia del viento, el perfume de las flores, la luz cegadora de esta tierra, el rumor del agua..., todo hacía que una se estremeciera dulcemente, por el simple hecho de sentirse vivir. Era como si toda la creación, al unísono, se ofreciera espléndida para mí, con toda su enorme energía y vitalidad. Y los músculos, ágiles y tensos como cuerdas de guitarra, y el alma, virgen y limpia de padeceres y rencores, se embriagaba de ansias inconcretas, de aspiraciones desconocidas, de mágicos ensueños... Ahora me asalta la duda de si conseguir algo, anhelado con desesperación, no sea un error... Tal vez, la vida, para amarla, ha de sugestionarnos con una permanente ilusión inalcanzada, con el fin de que la angustia y el cansancio de lo real, opresivo y sin médula, no nos hunda en acongojado desconsuelo.

EL HERMANO JOSÉ

Después de cerrado el templo, no sin esfuerzos pues la gente no cesaba de llegar en oleadas interminables, el padre Luis se acercó hasta el catafalco, situado en la nave central, donde reposaba el hermano José. Miró su rostro de cérea palidez, sus ojos cerrados definitivamente, su blanquísima barba, sus manos cruzadas sobre el pecho, arrugadas por los años y curtidas por mil trabajos, su hábito desgastado y zurcido... Unas tímidas lágrimas le brotaron al padre Luis. Arrodillado al pie del féretro, en las frías y duras lozas de mármol, comenzó a desgranar las cuentas del rosario. Pero no se concentraba. A borbotones le llegaban recuerdos, que no podía esquivar allí, frente al hermano José, protector, amigo, padre, guía, estímulo y, sobre todo, ejemplo para él de virtud, de energía, de fe. Aún se resistía a creer que se hubiese ido; parecía imposible que un ser, con tanta vitalidad, se extinguiera para siempre y le dejara solo. Había llenado tanto su vida, que ahora se sentía perdido, desorientado, como si el mundo, de repente, se hubiera quedado vacío.

En su memoria perduraba fijo y claro el primer encuentro, hacía ya más de una treintena de años. Postrado en un camastro a causa de la invalidez de sus piernas, secuela de la polio, con sus diez u once años tristes y desesperanzados, vio como hasta él llegaba el nuevo hermano, guiado por el Superior, que lo iba presentando a los acogidos.

- El hermano José -le dijo.

La impresión inicial fue desagradable. El hermano José tenía un aspecto algo rudo, violento, antipático. Sus ojos eran brillantes y la mirada acerada, fría.

Apenas si prestó atención al niño, pendiente de los gestos y las palabras del Superior. Cuando volvió para cuidar a los enfermos, como encargado de aquella sala, la especial sensibilidad del pequeño enfermo percibió una cierta repugnancia en el religioso, que procuraba eludir el contacto físico con los pacientes. Instintivamente, él reaccionó con ; animadversión que, al principio, creció con el trato desagradable y desconsiderado del hermano, que en ocasiones rozaba la violencia. No trataba al pequeño ni con delicadeza ni con afecto. El cuidado que antes había recibido, el trato protector, desapareció. Y él no era una excepción; también los demás enfermos notaron una acusada diferencia, a peor, que no acertaban e interpretar. Fue más tarde, bastante tiempo después, cuando se dio cuenta del efecto positivo de aquella manera de actuar del hermano José. Hizo que reaccionara, espoleado por la manifiesta indiferencia de éste, quizá cruel, procurando valerse por sí mismo y superar las deficiencias y limitaciones de su estado físico.

Fue entonces, al comprenderlo, cuando su cariño por el religioso nació y creció cada día. Se estableció un mutuo afecto, que ya nunca sufriría la mínima sombra.

También la comunidad, con la presencia del hermano José, notó un cambio sustancial. Los agobios económicos, derivados de una administración ineficaz y de una gestión débil, se resolvieron casi mágicamente. El poseía una especial habilidad para allegar fondos, para ahorrar -en ocasiones realizando con sus manos el trabajo-, para hacer que las personas pudientes fueran más espléndidas de lo que pretendían. Tenía una forma de pedir casi agresiva; sus acerados ojos y su enérgica exigencia, impedían cualquier pretexto de eludir una apropiada contribución, en proporción a las posibilidades de la persona abordada. Tampoco escapó a su iniciativa una mejora de la organización y de la distribución del trabajo. Hasta el propio Superior, un hombre ya anciano y achacoso, se sometió a su dictadura. Y todo marchó bien. Y al final todos acabaron por comprender que su labor era admirable y que, gracias a él, la comunidad y los enfermos alcanzaron una situación de bienestar como nunca soñaron. Y la figura del hermano José se fue agrandando y su fama extendiéndose.

Al mismo tiempo, de forma casi inapreciable, él también fue cambiando, posiblemente a causa de la edad. Su inicial despego, indiferencia y falta de simpatía, se transformaron, sin perder por ello un ápice de energía, en delicadas atenciones, en amabilidad, en amor hacia todos aquellos desgraciados, que tanto dependían de su actividad. Al pequeño Luis, por el que demostró una predilección rayana en afecto paternal, le hizo estudiar y que lograra, con brillantez, el

sacerdocio. Para él no existían horas de descanso, ni de retiro, ni de distracción; era incansable e inagotable.

Así transcurrieron una treintena de años. El tiempo, que todo lo corroe y destruye, terminó minando la salud de hierro del hermano hasta hacer que cayera, irremisiblemente, en el primero y último descanso.

El padre Luis, que tanto le debía, no pudo evitar una tristeza inmensa, una amargura sin límites, casi un reproche a Dios, ante la desaparición de aquel hombre bueno. Se rehizo y trató de consolarse pensando que ya estaría en el gozo de eterna felicidad. Buscando un pañuelo para secar las lágrimas, que corrían abundantes por las mejillas, tropezó con un sobre. Recordó que días antes de agravarse, se lo había entregado el hermano José, para que lo leyera cuando hubiese cerrado los ojos. Lo observó durante largo rato, sin saber qué hacer. Frente a él se hallaba el cuerpo inmóvil de la persona a quién más había querido en este mundo; en sus manos tenía, quizás, las últimas recomendaciones de un alma limpia y ejemplar. Era como una reliquia sagrada. La abrió, por fin, con sumo cuidado. A la luz vacilante de las velas, reconoció su letra clara, un tanto torpe e irregular. Y se enfrascó en la lectura,

"Padre Luis: Te llamo así porque ésta es una confesión general, y no quiero recurrir al cariño para conseguir tu absolución. Es la confesión que nunca he sido capaz de hacer a lo largo de mi vida, porque pensaba que podía dañarte, a tí, a la persona que ha llenado mi existencia. Esta es la causa de que, después de muerto, cuando ya nada puede sonrojarme ni obligarme a esconder mi vergüenza, te la haga con la sinceridad del definitivamente ausente. Y, aun así, me cuesta trabajo y no sé cómo empezar.

"Creo que recordarás nuestro primer encuentro. En aquellos días, el hábito que cubría mi cuerpo, por las circunstancias, era una máscara, un disfraz; él había entrado en mí pero no yo en él. Nada más lejos de mis intenciones que convertirme en un religioso ejemplar; por ello no debe extrañarte mis anómalas reacciones con todos vosotros, contigo de forma singular: sentía repulsión de vuestras taras, de vuestras pústulas, de vuestra deformidades. Procuraba dominarme, pero creo que conseguía bien poco. El mal trato que os tenía, que te tenía, no derivaba de un preconcebido plan para hacer os reaccionar y que lucharais contra vuestras limitaciones, -como habéis creído-; era -lo confieso- asco, auténtica repugnancia. Y malhumor, porque no podía eludir el contacto al que estaba obligado. Mi orgullo, -porque es orgullo- de hombre fuerte, se rebelaba contra vosotros y os despreciaba como seres inferiores, a los que no tenía por qué cuidar ni sacrificar mi vitalidad y energías.

"Tampoco mi dedicación a organizar y fortalecer la comunidad procedía

de un sano y loable deseo de mejorarla; habían otras intenciones subterráneas, ocultas, que más adelante te revelaré. Aparte de que, con estos esfuerzos, olvidaba mi deber de cuidaros y me permitía cierto abandono disculpable y comprensible para todos. Y demostraba así, a mis inútiles compañeros, alejados de la realidad, que el mundo es de los osados y que sólo atacándolo puede obtenerse de él frutos. ¡Qué gran farsante era!. Creo que, más que afectos, llegué a provocar miedo; hasta el superior, bondadoso y débil, se atemorizaba y se sometía a mis órdenes. Y las gentes, que tanto han colaborado, lo hicieron por mi manera de exigir, sin opciones. Estoy seguro de que despertaba animadversión y temor.

"Pero hay algo más grave que debo decirte: carecía de fe. Yo no creía en Dios, y ante la necesidad de no dejar traslucir mi descreimiento, tenía que someterme a la disciplina, a los ritos, a la comunión sacrílega. Esto me causaba un sordo furor, que ahogaba en la febril actividad que desarrollaba. Pero hubo unos momentos -ya no recuerdo cuando- que algo en mí evolucionó... Quizá fue la vanidad de comprobar que todo marchaba bien, gracias a mí; tal vez la seguridad de que yo era más valioso, capaz y necesario que los demás... ¡Mira por donde, mi soberbia, resultó ser positiva! Lo cierto es que comencé a estar satisfecho y a mirar, con ojos nuevos, todo. Tu dependencia de mí me enorgullecía y, poco a poco, fue convirtiéndose en amor. Ya te dedicaba mis mejores atenciones y me preocupaba por conseguir que tus defectos no lastraran, para siempre, tu vida. Los otros enfermos, desvalidos e inermes para afrontar la existencia, hallaron en mí las fuerzas de que carecían y el defensor de su bienestar. Sin darme cuenta, me encontré sumido y viviendo los problemas de los más desgraciados y luchando por resolverlos, con olvido de mí mismo.

"Sé que mi obra, hecha inconscientemente y consecuencia de unos hechos que aún desconoces, había ido otorgándome una fama de santidad y bondad que, sin lugar a dudas, no merecía. Me encontré, de pronto, sin darme cuenta, respetado, querido, venerado como un santo. ¡Mi sorpresa fue descomunal! Nadie conocía mi turbio interior, mi alma sucia. Con la sinceridad del que ya no se encuentra en este mundo, debo expresarte que este descubrimiento me produjo una honda emoción. Tal vez venga a tu memoria aquella época en que todos me encontrabais como ausente, distraído, preocupado. Lo imputabais a agotamiento, pero no estaba ahí la causa; el motivo era la confusión que en mí existía... Hasta que descubrí la profunda verdad que encierra esa frase hecha, que tanto se pronuncia: los designios de Dios son inescrutables. Yo, el más vil de los hombres, hipócrita, ladrón, malvado y ... asesino, ¡había sido su instrumento para realizar una gran empresa! Porque, éste es mi secreto celosamente guardado, yo

soy un asesino escapado de prisión y perseguido como ser temible por la justicia. Huyendo tropecé, un día, en el tren, con un frailecillo debilucho y apocado. La casualidad quiso que, al esconderme en el servicio, que por su despiste dejó abierto, me encontrara con él. Allí le obligué a entregarme sus hábitos y por temor a que pudiera delatarme, apreté su cuello con mis manos. Creo que no llegué a matarlo, pues apenas me esforcé; pero el miedo paralizó su corazón. Me apoderé de su documentación, me vestí su ropa y con la carta de presentación que llevaba, lo suplanté, adoptando su personalidad. En el tren quedó la del criminal buscado, muerto misteriosamente. Mi presencia en la comunidad obedeció a que me ofrecía refugio y seguridad; era un lugar donde no podía ser encontrado. Mi afán por conseguir medios económicos, el deseo de acumular dinero, para cuando llegara el momento de huir; pero ocurrió algo para mí inexplicable: el hábito hizo, en verdad, al monje.

"Ahora ya sabes todo sobre mí, la descarnada realidad. Creo que no merezco la absolución, sino la condenación eterna. Haz de esta confesión el uso que mejor te parezca, incluso su publicación, para escarnio de mi persona, que no debe apropiarse, ni es digna, de una fama de santidad que resulta casi una burla. Cuando leas estas líneas yo estaré ante la airada mirada de Dios; sé que no puedo aspirar a su clemencia... Sin embargo espero, espero con todas las fuerzas de mi débil corazón, a punto de estallar, que tú sepas, como hombre, no como sacerdote, perdonar el daño que te hago con mi revelación, y guardarme un poco de cariño en el recuerdo..."

El padre Luis quedó anonadado. Observó el rostro petrificado del hermano José -¿era el hermano José?- durante largo tiempo. Miró sus manos rugosas, que tantas veces le habían acariciado y protegido. Y lentamente, muy lentamente, acercó el escrito a la llamita de una de las velas. Prendió el fuego y el papel, como una estrella fugaz, ardió con rapidez para luego extinguirse, convertido en cenizas. El padre Luis, frente al féretro, levantó la mano y lo bendijo.

- Yo te absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y, si me escuchas desde esa otra vida, te expreso mi cariño y te ruego que nos protejas, y nos cuides, y nos guardes, porque tu alma es grande, bella, bondadosa y santa, gracias a los designios insólitos e inexplicables del Señor. ¡Adiós!. Hermano José!.... ¡Adiós, padre mío!...

CONVERSACION EN EL CAMPO

Media tarde. Una tarde desabrida, fría, oscura. Las nubes, bajas y densas, dejan caer una leve llovizna. Los trabajadores han recogido ya los patates y se marchan. Los tractores, repletos sus remolques de aceitunas, rugen hacia la carretera. Los olivares se han quedado solos, sumidos en el silencio y la soledad.

Un viejo olivo, nudoso y retorcido, situado al borde de una linde, sacude sus ramas húmedas.

- Estoy molido -dice al compañero próximo-; cada vez son más rudos.

- Es verdad -asiente el otro-; a mi me han vapuleado de lo lindo.

- ¡Que extraños seres! La madre Naturaleza sabrá por qué los ha creado. Yo ni los comprendo ni me explico su existencia.

- Lo que me sorprende de ellos es la movilidad que tienen; no están sujetos a la tierra y, sin embargo, van erguidos, no se caen.

- El hecho no es para admirarse; también hay otros con cuatro pies, que caminan igual, y otros que se desplazan por el aire o por el agua. Lo que sí resulta insólita es la forma de nutrirse. No absorben, como nosotros, el jugo vital con que nos regala la tierra a través de nuestras raíces. Ellos tienen que buscarlo apoderándose de nuestros frutos y de los de otros hermanos.

- ¡Pobres! Eso debe ser muy desagradable e incómodo.

- Cierto. Por ello, pienso yo, han desarrollado la capacidad de ir de un lado a otro: tienen que buscar el sustento. Un viejo olivo, muy sabio, que no hace mucho arrancaron para hacer aquel camino, me contó cosas horripilantes de esos seres verticales que se llaman hombres.

- ¿Sí?. Cuenta, cuenta.

- Decía que, gracias a esa movilidad que poseen, cometían unas raras y dañinas acciones que llaman luchas.

- ¿Y en qué consisten?

- No lo sé explicar muy bien; pero es algo así como si yo, con mi rama más fuerte, te doy golpes para romper las tuyas.

- ¿Con qué objeto harán eso?

- Pues, en muchas ocasiones, para apoderarse de los alimentos que otros han conseguido con esfuerzo; en otras, porque parecen tener ciertos deseos de dominio sobre los demás.

- ¿Y en que consiste ese dominio?

- Según contaba el viejo, en que el más fuerte, el ganador, disponía de los otros y les obligaba a hacer ó no hacer lo que él quisiera.

- ¡Increíble!

- Pero lo curioso es la forma de vida que tienen organizada. Salvo cuando salen a la búsqueda de alimento, que ellos llaman trabajo, el resto del tiempo no lo pasan absorbiendo el oxígeno del aire, el calor del sol, el agua de las nubes o de los ríos, no; se esconden en unas oquedades que construyen con piedras y diversos objetos, adosados unos a otros, o superpuestos. Huyen de la naturaleza libre.

- Bueno, pero cuando llega la primavera, para florecer y ser polinizados, sí que saldrán al exterior.

- No, que va. Ellos no dan frutos ni semillas. La reproducción la realizan de una forma extravagante que mi amigo no acertó a explicar.

- Las aves ponen unas cosas casi redonditas, de las que salen hijos.

- Pero los seres móviles verticales que se denominan hombres, no. Se juntan y se tocan y unen las aberturas que poseen para alimentarse. A la acción la laman beso.

- ¿Y eso suple a la polinización?

- ¡Que va! -dijo otro-. En una ocasión, a mis pies, protegidos por mi presencia, estuvieron dos de ellos. Hicieron todo lo que has dicho y terminaron por desprenderse de las cortezas que los cubren.

- ¿Para qué?

- Lo ignoro. Era muy tarde y apenas se veía.

- ¿No les duele quitarse la corteza?

- Tal vez. Algunos gemidos escuché. Pero la extraña corteza que poseen pueden volver a colocársela, no necesitan esperar a que les crezca otra vez.

- ¡Oh!

- De todas maneras a mi no me gustaría ser como ellos. No conocen nuestra canción de la primavera, con la que saludamos el brote emocionante de la vida, ni nuestra danza con el viento, que nos obsequia el oxígeno, ni el sabroso procedimiento de la fotosíntesis, bajo las caricias del padre Sol, ni la dulce savia que la madre Tierra nos suministra de su amoroso seno; tampoco pueden criar algo tan bello y útil como las flores, cuyas formas y colorido superan a la más fértil imaginación.

- Somos, verdaderamente, los seres privilegiados de la naturaleza. Siento pena por los hombres y su complicada vida. -afirmó el viejo olivo-. Me viene a la memoria, en este momento, algo que también me refirió el compañero aquél. Esos incomprensibles seres han perfeccionado, debido a las dificultades que implica su movilidad y desarraigo del suelo, una aptitud especial: la de inventar cosas para facilitar su actividad; pero lejos de utilizarlas en conseguir un mayor margen de tiempo para disfrutar de la vida, del atractivo entorno donde se hallan, las emplean para destruir, para hacer daño, para matarse ellos mismos.

- ¡Qué horror! -exclamó uno-. Lo que cuentas resulta una pesadilla. Olvidémosla cantando la canción de la lluvia.

Y todos, a coro, entonaron un canto, inaudible para los oídos humanos, pero que las nubes escucharon y correspondieron derramando abundante y transparentes gotas de agua sobre los verdes campos.

SONATA DEL EXTRAÑO VAGABUNDO

I
HOJAS SECAS

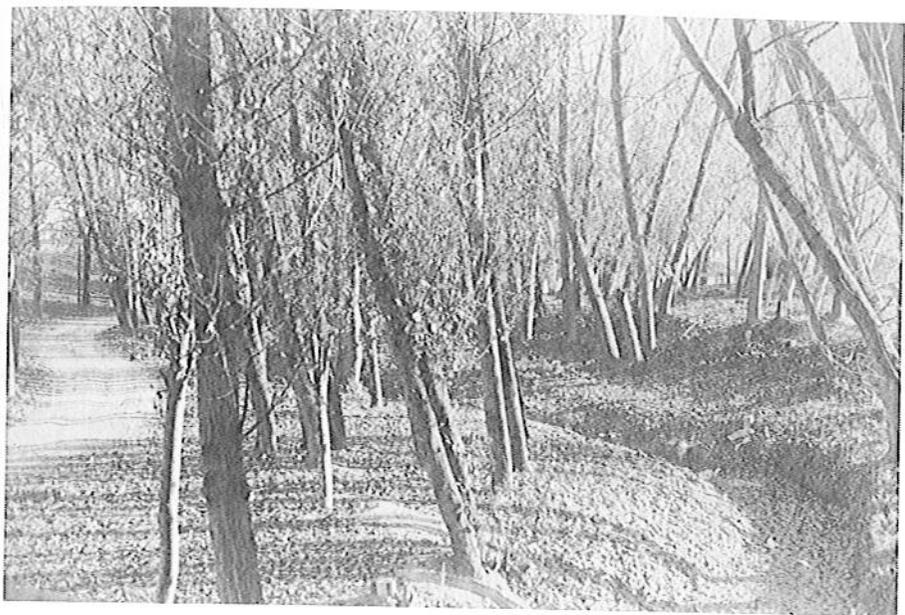
Caen las hojas secas de los árboles. Hojas parduzcas, amarillentas, decoloradas, que descienden hasta el suelo como mariposas muertas. Sobre la tierra húmeda, sobre el albero de las calles y rincones del parque, se van depositando con suavidad y forman una alfombra espesa que cruje, como en un último grito de dolor, bajo los pies del nostálgico paseante.

El viento otoñal, tibio y cargado de humedad, sopla en ráfagas intermitentes; con su impulso, algunas hojas se elevan en agitados remolinos, como si quisieran volver a la rama de la que recibieron savia con vida arrancada de la tierra. Otras se posan en la ondulante superficie del estanque, y flotan, y navegan, como diminutos e improvisados barquitos, sin rumbo fijo ni destino cierto.

Los árboles muestran sus íntimos ramajes, desnudos y descarnados, con pardo rubor. Las caprichosas formas que ahora descubren, esquemáticas y sin adornos, semejan esqueletos de extraños seres que hubieran quedado petrificados a causa de algún extraordinario fenómeno. Es como si la vida hubiese desaparecido, huido para siempre, y sólo quedará la huella de su paso.

La tarde está opaca, cenicienta, como las nubes que cubren el cielo. Comienza a llover y las gotas de agua, al chocar contra las hojas, forman un ruido monótono y melancólico. Huele a tierra mojada, ese olor característico del otoño.

El corazón se siente triste, tal vez por influencia de este aparente fracaso de la naturaleza y de la vida, y una cierta congoja embarga el ánimo.



II EL VAGABUNDO

Nadie conocía su edad. Las barbas entrecanas y sucias cubrían, de existir, las arrugas que pudieran delatar los años. Podían ser setenta, sesenta o, tal vez, dada la agilidad que demostraba cuando el alcohol no le hacía caminar en zigzag y con torpeza, cincuenta. Lo más que se sabía cuando apareció, hace ya mucho tiempo, era su procedencia de una ciudad vecina, y que había heredado una casi derruida casucha, en el barrio alto, donde se acomodó. Ni molestaba ni pedía nada. Deambulaba por las calles, ya avanzada la tarde; llenaba de vino, en cualquier tasca, la cantimplora, que colgaba en bandolera sobre el hombro y, cada cierto tiempo, se acomodaba en cualquier portal para descansar o tomar algún alimento.

Tenía una evidente preferencia por la noche, sin que ésto signifique que eludiera la luz del día. Dependía de la época del año. Su indumentaria casi siempre era la misma: unos roídos pantalones, una chaqueta con abultados bolsillos, llenos de no se sabe que extrañas cosas y, en invierno, unas apollilladas capa y boina.

¿De qué vivía este anacrónico-ser? Parece que cobraba alguna pensión o retiro que, para sus escasas necesidades, debía ser suficiente. Las mínimas adquisiciones que realizaba las pagaba con puntualidad y exactitud, sin regateos ni protestas.

Al principio provocó la curiosidad de la gente, que intentó descubrir sus antecedentes, su vida anterior, sus intimidades. Se averiguó que durante algún

tiempo estuvo empleado y que, sin causa conocida, abandonó el trabajo y desde entonces vagabundeaba por aquí o allá. A cualquier pregunta sobre el tema él sonreía, para unos de forma estúpida, para otros con socarronería, y se encogía de hombros. A lo sumo respondía con un "eso que importa", descomprometido y evasivo. Y, como distraído, canturreaba, o silbaba, un viejo tango -"Caminito"- con lo que ponía fin a la indagación.

No puede decirse que fuera un vagabundo en sentido estricto; su errar sin fin ni objeto no pasaba, generalmente, de los límites de la población, poseía un lugar fijo de residencia y, además, parecía tener solucionado el problema de subsistir. Por su comportamiento, por su especial psicología, por su desprecio a las formas, convencionalismos e ideas sociales, sí que era un extraño ser para quien carecían de importancia la mayor parte de los afanes que mueven a los demás hombres; un ser errabundo que eludía las luchas competitivas y las ambiciones, que evitaba las obligaciones y compromisos, que huía de lazos afectivos y dependencias... Una especie de vagabundo espiritual al que le tenían sin cuidado los esfuerzos materialistas que, como un torbellino, se agitaban a su alrededor.

III LA CIUDAD DORMIDA

Al vagabundo le gusta caminar mientras la ciudad duerme. Con su paso menudo, lento, cansino, recorre las calles en penumbra; calles silenciosas, solitarias, tranquilas, en las que se escucha, de tarde en tarde, el andar apresurado de algún noctámbulo. A veces se detiene y mira en torno, como para cerciorarse de que todo es real, de que la oscuridad no ha efectuado ninguna mutación, ningún escamoteo mágico, y son las mismas vías antes llenas de gente presurosa y atareada y de caótico y ruidoso tráfico.

Su vagar nocturno, sin prisas ni programas, tiene, no obstante, unas preferencias tal vez inconscientes. Siempre visita ciertos rincones y permanece en ellos algunos minutos, mientras bebe de su inseparable cantimplora o enciende, parsimonioso, un arrugado cigarrillo. Son los jardines de San Francisco, con la silueta al fondo del convento; el mercado, junto al viejo castillo y, finalmente, el antiguo Hospital de San Juan de Dios, con su barroca Iglesia en eterna restauración.

La ciudad duerme. El vagabundo se pregunta, en ocasiones, si este sueño es reposado, si tras cada ventana cerrada, no se oculta algún drama, algún suceso doloroso que permanecerá secreto. Le gustaría tener, como aquel pícaro diablo Cojuelo del que hablaba Velez de Guevara, el poder para levantar los techos de las casas y contemplar cuanto allí se oculta: el dormir tranquilo y satisfecho del niño, el insomnio calenturiento del enfermo, la acción falaz del malvado, las cálidas caricias de los furtivos amantes, amparados por la noche...; todos los mil

hechos y sucesos que acontecen entre las paredes de los edificios y que solo los protagonistas conocen. Unos emocionantes y ejemplares, dignos de divulgarse; otros tristes, miserables, crueles, merecedores de castigo...

La ciudad, bajo el cielo estrellado, descansa y tal vez sueña, mientras el vagabundo, cansado ya, camina hacia el refugio de su casi derruida vivienda. Una noche más, pronto un nuevo día, con sus páginas en blanco, que es preciso emborronar, quien sabe si con lágrimas y llanto o con sonrisas y gozos.

IV LLUVIA

Llueve persistentemente. Durante dos días, un cielo bajo y plomizo, deja caer una lluvia intensa y tenaz. El ambiente es húmedo y frío. Por las calles del barrio alto el agua corre clara y ligera. Ráfagas de viento hacen que las gotas se estrellen contra las ventanas con violencia y penetren entre las rotas tejas de las casas, produciendo numerosas goteras. Hace años que no se conocía un temporal así.

El vagabundo ha tenido que colocar en diversos lugares de su mísero albergue, latas vacías, ollas y hasta la desconchada palangana para recoger los chorros que se filtraban de la techumbre. Varias veces se ha visto obligado a cambiar de situación el jergón de vieja lana, para que no se moje.

Al anoecer el viento ha disminuido de intensidad y la lluvia, aunque sin cesar, es mas suave y menuda. Entonces ha salido para comprar provisiones. Las calles están desiertas. Refugiándose de portal en portal, atraviesa el centro de la ciudad, por el que apenas transita gente. La noche es desapacible e invita al recogimiento y al calor del hogar. Observa, durante largo rato, como hipnotizado, las leves y apretadas gotitas de agua que, con su luz, desmenuza y hace visible una farola. Desentumece sus pies y toma un trago de reconfortante vino. Junto a él siente un gemido lastimero. Es un perro, también vagabundo y sin dueño, que se ha acomodado en el rincón. Sus ojos, mansos y tristes, le miran como agradeciéndole la compañía o implorando quién sabe qué favor. Saca de sus bolsillos un mendrugo, que el perro recoge al vuelo y come con avidez.

Después, con pausado caminar, regresa. No es ésta noche de vagar por las calles, ni de mirar al cielo, ni de observar un mundo que se presenta estremecido de frío y empapado de una lluvia gélida, de crudo invierno que no cesa.



V REALIDAD

Una noche el vagabundo se sintió enfermo. Primero le invadió un frío intenso, como si un viento polar soplara sobre sus entrañas. Acurrucado bajo un montón de deshilachadas mantas, tiritaba agitado e impotente para contener el castañeteo de sus dientes. Después le acometió una ola de calor pegajoso, agobiante, insoportable, como si estuviese en un horno. El sudor manaba de todos los poros de la piel y era absorbido por la ropa que, al poco tiempo, estaba como si hubiera sido sumergida en agua caliente.

El cansancio le embargaba. Sus ojos, nublada la visión, apenas distinguían los objetos. Las cosas se emborronaban, se diluían en algo confuso, amorfo, desdibujado, irreal; tomaban el aspecto distorsionado, descomunal, contrahecho y alucinante de las pesadillas. Fueron una horas terribles que la soledad hacían más amargas y tristes. Remitida la crisis, todo fue adquiriendo el contorno, la forma y dimensiones cotidianas.

Mientras reposaba en la cama, observando el techo, la mesilla, el espejo, el pobre ajuar, y recordaba los momentos pasados en los que creía estar en un mundo extraño, desconocido y sobrecogedor, le surgió la duda de si lo existente, en verdad, era real. Poco tiempo antes su percepción de las cosas era distinta y, sin embargo, tan evidente como la de ahora. ¿Cómo era posible ésto? La fiebre habría influido, ciertamente, pero, ¿no era probable, también, que otros ojos, otra sensibilidad, vieran de manera distinta? La realidad del universo, así, sería siempre una apreciación personal, no un hecho incuestionable, único e invaria-

ble.

Más aún: la propia situación individual hace que lo real sea diverso, contradictorio e inexistente. Para el excursionista formidablemente equipado y protegido, la cumbre nevada o la helada superficie ártica, son algo grandioso y de belleza incomparable; para el viajero extraviado, sin medios ni abrigo, representan un formidable y gélido infierno. Y así siempre.

La propia vida, para unos, supone una realidad inevitable, sugestiva y maravillosa; para otros, en cambio, dura y dolorosa carga; en ocasiones es fuente de placer, de alegría, de felicidad; a veces un conjunto de males y desengaños sin compensación ni término. Por otra parte, el transcurso del tiempo cambia, corroe y deshace todo; por consiguiente, en cada instante, la realidad es distinta y con frecuencia opuesta al pasado.

Y ocurre, además, dada la brevedad con que la percepción del mundo se realiza y la rapidez con que se consume la existencia de la persona, que muchas veces dudamos de que algo haya ocurrido o de que tuviera consistencia material. ¿Sueña uno que vive y la realidad es sólo un fantasma, un producto de la mente? ¿Será morir un despertar?.

VI PARA QUÉ

Al vagabundo le acontecen las cosas más extrañas e insólitas. Hace unos días, algunos seguidores de un partido político, han tratado de convencerlo para que se una a ellos. Las sorprendentes -para él- razones que alegaban, no podía entenderlas. Le dijeron que debía luchar por la libertad, por romper sus ataduras y cadenas, por conseguir un status- ¿qué sería ésto? - elevado y digno; que no era justa la explotación que padecía, que había llegado la hora de cambiar la sociedad.

Él escuchaba, atento y divertido, todos los argumentos y, después, como siempre, se ha encogido de hombros. ¿Libertad? ¡Si él era el ser más libre del mundo! Nadie le mandaba, ni le exigía horarios rígidos, ni le obligaba a tareas penosas, ni le pedía esfuerzos agobiantes; ningún lazo, ni siquiera afectivo, le unía a nadie ni a nada. Amaba la vida, es cierto, y a las personas, y a los animales, y a las plantas, y a la tierra que le ofrecía apoyo firme; pero era un amor amplio, inespecífico, sin vinculación individualizada.

¿Desear riquezas? El tenía cuanto quería porque, como los gitanos cervantinos, se contentaba con lo que poseía. Sus medios, para él, eran suficientes y colmaban sus deseos; no aspiraba a disponer de esos múltiples juguetes por los que se afana la mayoría, gastando sus energías y sus vidas en tareas duras y absorbentes, que les impedían cosas tan sencillas, bellas y amables, como recibir la cálida caricia del sol, respirar el aire puro del campo, pasear sin prisas ni objeto entre las flores agrestes de escondido camino...

¿Cambiarlo todo? ¿Para qué? Intuía que ello era una utopía, un sueño, una aspiración imposible. Aun cuando alguna vez lo consiguiera, el propio hombre se encargaría de destruir, adulterar y corromper la nueva situación, hasta reincidir de nuevo en la lucha egoísta y competitiva, la acumulación de poder por el más fuerte, marginando a los disidentes o peor dotados... El contenido de esas grandilocuentes palabras como libertad, igualdad, justicia, que tantas lágrimas y sangre han producido, son cuestión personal, actitud del hombre singularizado; una forma de ser y actuar, una capacidad del individuo, que nadie puede imponer ni otorgar...

Él ha sonreído, como hace en estos casos, sin discutir, y ha tarareado su tema melódico, poniendo punto final. ¿Para qué seguir si no llegarían a entenderse?.

VII BUROCRACIA

Nuestra época, cercana ya a un nuevo siglo, tiene sus ventajas. La ciencia y la técnica han creado máquinas e instrumentos que disminuyen el esfuerzo, aumenta la potencia del trabajo, multiplican la producción y hacen más cómoda la forma de vivir. En apenas unas horas, se puede dar la vuelta al mundo y hasta ir a la luna, aunque ella sea mas atractiva contemplada a distancia que pisando su árida superficie.

Pero sin duda también posee sus inconvenientes. Sin entrar en que la eficacia conseguida resulta aplicable a ese juego o deporte, tan característico del hombre, como es la guerra y la destrucción, con lo que se convierte en hecho negativo y nefasto, existen otros aspectos que hacen de este tiempo, en algunos casos, algo absurdo, incómodo e inexplicable.

Para quienes carecen de experiencia o de conocimientos de la complicada organización de una sociedad moderna, sus exigencias pueden parecer alucinantes y paranoicas. A nuestro amigo le ha sucedido algo por el estilo. Un buen día recibe un complicado papel, impecablemente relleno de datos y cifras por ordenador. Después de leerlo y darle vueltas y más vueltas, sin conseguir desentrañar el contenido, se lo enseña a ese amigo sabihondo, que todos tenemos, para que se lo explique. No sin antes soltar una sonora carcajada, éste le dice:

- Es una liquidación de impuestos. Clasifican tu casa como mansión de lujo y tienes que pagar...

Vuelve a reír con convulsiones histéricas y, al fin, tras un hipo nervioso,

suelta una cifra enorme, inaudita, que al vagabundo se le antoja broma. Calmado le recomienda que vaya a la Delegación y aclare el asunto. Al día siguiente, después de acicalarse de forma inhabitual y vestirse con su mejor indumentaria, marcha a la Delegación. Aquel edificio, en cuyos soportales había dormitado alguna vez, le produce inquietud. Tímidamente empuja la puerta de cristal y se detiene, temeroso, ante la imponente figura de un hombre uniformado que le mira entre agresivo y sorprendido. Le enseña el papel y él le indica, con gesto autoritario, una ventanilla.

Allí aguarda paciente en la cola. Cuando llega, tras larga espera, el empleado examina el documento y le pregunta si el ingreso lo hace con talón o en efectivo. Tartamudeando, explica que su vivienda es pequeña y se encuentra casi derruida y que no tiene dinero.

- No puedo perder el tiempo. Vaya a reclamaciones -le dice-.

Recorre, titubeante, los mostradores hasta que encuentra un rótulo, en metal, que reza: Reclamaciones y Recursos. Allí vuelve a explicar, como Dios le da a entender, su problema.

- Debe acreditar su personalidad -le conmina secamente el funcionario. Ante sus perplejidad, le insiste: Tiene que demostrar que usted es usted.

- Pero si yo soy yo -contesta-; todo el mundo lo sabe.

- Nadie es nadie si no tiene un documento que lo asegure.

El vagabundo vacía los bolsillos de papeles y los enseña al del mostrador, que va examinándolos con creciente irritación. Entonces le espeta sin mas:

- Este es asunto de Informática.

- ¿Y quién es esa señora? -inquire el infeliz.

Al borde del infarto, el probo empleado le señala un lugar al fondo.

Nuevamente allí cuenta su historia a un joven que, sin mirarle, teclea en una máquina de escribir con pantalla de televisión.

- ¿Decía? -pregunta.

El vuelve a repetir la misma cantilena y a mostrar el ya arrugado papel. El joven lo estudia y exclama:

- ¡Imposible! El ordenador no se equivoca; usted posee una vivienda de lujo y le corresponde pagar esa cantidad.

Casi llorando insiste en que su casa es miserable, que no tiene nada más que una mínima pensión, y que con todo el dinero recibido a lo largo de su vida, no podría pagar aquello.

- ¡Imposible! ¡Usted miente!

Otro funcionario se acerca al escuchar la conversación y, en un aparte, indica algo al joven. Discuten. El joven persiste en la imposibilidad de error y el

otro sugiere una comprobación.

- Es perder el tiempo -consiente finalmente-

Manipula con genio en el teclado de una extraña y enorme máquina colocada, como una joya, entre cristales, en cuyas pantallas van apareciendo largas listas de números y nombres.

- ¡Aquí está! -exclama-. Ya lo decía yo...

Se le acerca, triunfante y, con una amabilidad rayana en la agresión, explica:

- No se preocupe, todo está arreglado; pero yo tenía razón; ha sido un fallo de la impresora, que ha estado averiada.

- Muchas gracias - expresa humildemente.

- A mi no; al ordenador.

Y el vagabundo, aun aturdido y confuso, se inclina con respeto ante la máquina, hace un expresivo gesto de agradecimiento y escapa presuroso hacia la calle...

El aire fresco lo devuelve a su cotidiana realidad. Camina, aún trastornado, tarareando su vieja melodía y balbuceando, de vez en cuando:

- ¡Qué cosas ocurren, Señor, que cosas!

VIII ANDALUCÍA UNIVERSAL

Ningún pueblo ha sido tan falseado ni tan incomprendido como el andaluz. Sobre él se han vertido los más ajados y superficiales calificativos, hasta ocultar la fibra de su humanidad, la autenticidad de su alma colectiva. La abundancia de tópicos ha desfigurado la imagen real, de tal forma, que el propio andaluz ha llegado a creerse algunos; y lo que tiene mayor gravedad, ha tratado, en muchas ocasiones, de vivir un rol extraño, artificioso, y de parecerse al retrato en circulación, trucado y de mala calidad, sobre su manera de ser. Así, inconscientemente, facilitó erróneos argumentos y razones a quienes no supieron descubrir, entre los postizos y las hojarascas, la verdad íntima.

Andalucía tiene un concepto, si no trágico, sí triste y desilusionado de la vida; concepto o sentimiento que pretende esconder y olvidar, aunque siempre aflora como impetuoso manantial, imposible de ser cegado. Y esta convicción hace que no otorgue demasiado valor a preocupaciones y actitudes, para otros, importantes. Es lo que confunde y equivoca al observador poco hábil.

El escepticismo, por tanto, es el pecado, o la virtud más significativa y característica del andaluz. Un escepticismo comprensivo y humano a lo Séneca, que no en balde era cordobés; escepticismo de pueblo que ha vivido mucho y sabe de lo vano y transitorio de todo afán.

Andalucía, como encrucijada y asiento de razas diversas y culturas distintas, se ha formado con el sedimento que ha dejado esa mezcla de tan varios componentes. Desde la mítica Tartesos hasta hoy, han cruzado, luchado, y

convivido, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, árabes, judíos... Era imposible que no dejaran huella profunda. Huella que se descubre en las ideas, en las creencias, en el substrato escondido que nos hace comportarnos de una manera específica y determinada, y ver aspectos, contornos e interioridades, en las cosas que escapan a los demás.

Tales circunstancias han hecho del espíritu de Andalucía un espíritu abierto, cosmopolita, universal, que evita cualquier deforme conciencia etnocéntrica, racista. El andaluz se considera más habitante del mundo que de un pedazo de tierra, pese a ser la suya, antes y ahora, un lugar bello y acogedor. Y, a las gentes foráneas, las contempla como seres cercanos, afines, por los que, tal vez, desde hace siglos, corre algo de la propia sangre... Ello le hace ser afectuoso, amable, cordial; también, aunque parezca contradictorio, individualista. La razón de esto último se encuentra en que, como pueblo viejo, ha adquirido la suficiente experiencia para saber dudar, para comprender que, bajo relucientes envolturas, puede esconderse el vacío, la nada absoluta, o los demoníacos males de la caja de Pandora.

El vagabundo, como andaluz típico, aparte su idiosincrasia particular, no tiene ilusiones excesivas ni deseos desorbitados. Su filosofía se condensa en sentir el fluir cotidiano de la vida en cada instante; o, desde otro punto de vista, percibir el paso lento, inexorable, del tiempo. Y, mientras tanto, saborear las humildes, sencillas, breves, satisfacciones que el presente huidizo, fugaz, inasible, pueda ofrecer.

IX PEQUEÑA HISTORIA DE UN GRAN AMOR

Él, un hombre callado, solitario, esquivo, individualista, desdeñoso con las formas, costumbres y convencionalismos sociales; él, que no había sentido nunca cariño ni odio especiales hacia ninguna persona; que, de sus semejantes, solo esperaba indiferencia u olvido para vivir a su aire; él, que rehuía compañías constantes o habituales, por cuanto podrían crear vínculos afectivos; él, ... ¡quién iba a sospecharlo!, tenía un amor desbordante, inmenso, obsesivo, que no se preocupaba en ocultar ni esconder. Como todo amor auténtico, puro, sólo buscaba el bien de la amada, y un poco, un poquito, de su compañía.

Este amor del vagabundo era una niña de cinco años, vecina de su casa. Los padres, un matrimonio humilde con siete hijos, apenas si podían atender a todos. Por tal causa, la niña pasaba mucho tiempo -casi todo el disponible- con el viejo. Se llamaba Carmencita. Era morena, de ojos castaños y dulces; el rostro, entre angelical y pícaro, estaba adornado de unos hoyuelos muy pronunciados cuando reía.

El viejo le llevaba siempre alguna de esa mil chucherías que tanto ilusionan a los niños. Le contaba esos cuentos que todo el mundo conoce y que ella escuchaba atenta. A veces, la nunca satisfecha curiosidad de la pequeña, le ponía en difíciles aprietos. Esto ocurría cuando la conversación derivaba hacia cuestiones seudofilosóficas, tales como, quién hizo el mundo, cómo veinen los niños, por qué vivía solo o no tenía nenes, para qué son las flores, quien mueve

el sol..., y cosas así.

Sucedió que un día, cuando el vagabundo llegó a su albergue, ya anochecido y con un tormentoso temporal, el barrio estaba revuelto. Mujeres y hombres iban y venían, chillaban, lloraban... Le informaron que Carmencita se había perdido. Los hermanos mayores y unos amigos se la habían llevado de excursión a la sierra. Al producirse, casi repentinamente, la tormenta, cada cual corrió y se resguardó donde pudo, olvidando a la niña. Cuando advirtieron su ausencia, unos la buscaron, sin conseguir encontrarla, otros regresaron para dar la noticia a los padres. Con rapidez se organizó, ente los vecinos, la búsqueda, y hacia arriba marchaba un numeroso grupo, provisto de linternas.

Al conocer el suceso, sintió algo así como un mazazo doloroso en el corazón. Sin dudarle, y sin preocuparse del vendaval y de la lluvia, enderezó sus pasos, tras los demás, hacia el lugar donde se suponía podría estar. Fue largo y pesado el camino, luchando contra el viento y recibiendo el azote del agua torrencial. Era noche cerrada cuando llegaron. Los relámpagos iluminaban, casi sin interrupción, la silueta elevada de la sierra. Allí se dividieron para ascender y buscar en los posibles lugares donde pudiera encontrarse.

Él, que tan bien conocía toda la zona, enderezó sus pasos por trochas y vericuetos, dejándose girones de la ropa entre los matorrales y recibiendo arañazos por todo el cuerpo. Fueron interminables las horas que pasaron, sin resultado alguno. Los gritos llamando a Carmencita, enronquecieron todas las gargantas inútilmente. El temporal arreció de forma cruel y, agotados, tiritando de frío, todos desistieron de proseguir en aquellas condiciones. Todos menos él, que con una resistencia increíble, continuó solo, unas veces subiendo por la empinada y agreste superficie, otras bajando, tropezando y golpeándose con las rocas. Casi no tenía ya voz para llamar a la niña.

Pero la constancia tiene, con frecuencia, un premio. Alboreaba, cuando entre la grieta formada por dos enormes rocas, al intermitente resplandor de los relámpagos, que no cesaban, distinguió el leve cuerpecito. Trabajosamente descendió y, con temblorosa emoción, la cogió entre sus brazos. Aunque estaba inconsciente, sintió junto al suyo el latir del joven corazón, y ésto le colmó de alegría. Por sus barbas, descuidadas, resbalaban lluvia y lágrimas. Empezó el regreso, luchando contra los elementos y acortando distancia por caminos de él bien conocidos.

Cuando llegó al barrio, era ya de día. Un día gris, frío y húmedo. Muy apretada contra sí, para protegerla del viento helado y del agua, llevaba a la pequeña. Aún no se había recobrado. Mostraba unas heridas en la frente y en la cabeza que resultaron, por fortuna, leves. La entregó a los padres y, después de

que el médico asegurara que estaba bien, fue a su cobijo y se acostó. Arropado entre las mantas, musitaba ininteligibles palabras, muy parecidas al quedo murmurar de una oración.



X LA PALABRA

La palabra, según la define cualquier diccionario, es el conjunto articulado de sonidos, o su representación gráfica, que expresan una idea. Pero como toda pretensión de recoger y acotar, en unos límites esquemáticos y escuetos, la esencia de un concepto, tal definición resulta insuficiente y pobre.

La palabra significa y representa mucho más que una simple asociación de sonidos y signos, y puede expresar ideas o sentimientos, o no decir nada, según el tono, la forma o modulación con que se emite o el contexto donde se coloca.

La palabra, ante todo y sobre todo, hay que considerarla un don nunca bastante estimado y valorado de la especie; un regalo precioso y único que ha supuesto, para el hombre, la superioridad sobre los demás seres vivos. A través de ella se manifiesta la inteligencia y, al propio tiempo, se perfecciona. De nada serviría inteligencia sin capacidad de comunicación -objetivo de la palabra-; lo mismo que sería inútil y estúpido el instrumento, la facultad de comunicar, si no existiera nada que exponer.

Inteligencia, sentimiento, palabra: he aquí la trilogía que transforma, la compleja materia viviente, en persona. Y es la palabra, precisamente, la que establece el puente entre el sí mismo, infranqueable sin ella, y los otros; el nexo que une, el vehículo que transporta el universo interior individual, hacia el exterior, poniéndolo en contacto y haciéndolo partícipe de los semejantes, del mundo en torno.

¡La palabra! ¡Don divino, maravilloso y espléndido! Mediante ella

recibimos saberes y experiencias; con ella nos llegan los afectos de quienes nos estiman y nos importan; en ella enviamos, o nos envían, el emocionante mensaje del más hermoso, sugestivo e inefable de los sentimientos, como es el amor; por ella percibimos la belleza y la emoción incomparables de la poesía...

El vagabundo, como toda persona callada, es un enamorado de la palabra. De la palabra y no de la palabrería. Le gusta escuchar con atención, entender los variados matices de lo que se dice. Se entusiasma con una frase bonita, o cuando muestra un espíritu noble. Contrariamente, le repele la expresión soez, chabacana, torpe, cruel; tiene verdadero horror a la maledicencia, a la difamación, a la mentira. Para bajezas y maldades así -piensa-, no ha sido creada la palabra.

XI DIOS

-¿Quién es Dios? ¿Dónde está?, -le preguntó un día Carmencita.

El viejo vagabundo, sorprendido y perplejo, se rascó la cabeza dubitativo. Meditó unos momentos y no halló la respuesta convincente.

La niña, con esa terquedad obsesiva de los pocos años, insistió en su pregunta y él, con habilidad, soslayó el tema mostrándole un juguete que había encontrado.

Pero aquella noche, mientras paseaba por la desierta plaza del Coso, mirando una luna llena que parecía posarse en la antigua torre, recordó la pregunta. Y le dió vueltas y más vueltas.

La verdad es que nunca se había planteado esta clase de cuestiones. ¿Dios?... ¿Existía?... El mundo, desde luego, era tan complejo y difícil que alguien debió pensarlo. Eso estaba claro. Lo que ya no resultaba tan evidente era el para qué.

Esta forma de indagar sobre el objetivo de las cosas, la había aprendido de un humorista sabio y triste. Inquirir el para qué de algo tiene la facultad, o la virtud, de destruir falsas ideas y convencionalismos.

¿Para que había sido creado el mundo? ¿Para gozar de la vida?... Entonces, ¿qué justificación tienen el dolor y la muerte?... La respuesta, sincera y acertada, es imposible.

Su trascendental reflexión terminó, como siempre que no comprendía un

asunto, con un encogerse de hombros y silbando su melodía favorita. Una forma, como otra cualquiera, de eludir preocupaciones.

Cuando al día siguiente, tal vez por pura casualidad, la niña volvió a plantear la misma interrogante, el no dudó en responder:

-Quién sea Dios, no lo sé; pero dónde se encuentras, sí: en tí.



XII
VIERNES SANTO

Madrugada. Un frío vientecillo entumece el cuerpo y hace oscilar las leves llamas de las velas. Resguardado en un portal, frente a la capilla, aguarda la salida del Nazareno. Un enorme gentío llena todas las calles que confluyen a la pequeña placita. De pronto, tras dar las seis campanadas el viejo reloj municipal, que suenan nítidas en el silencio, se apagan las luces y aparece, en la oscuridad, la efigie triste, maltrecha y acongojada de Jesús. Hay como un estremecimiento colectivo. Después, un murmullo indefinible de la multitud aterida. Una voz ronca deja escapar el llanto, apenas contenido, de una saeta, que busca clavarse en quién sabe qué corazón...

Él contempla el paso de la procesión, que parece deslizarse sobre el río humano que se agolpa junto a ella. Pero el clímax emocional ha descendido y deja paso al espectáculo. Por el Occidente se perciben ya los primeros resplandores del alba. Ve como todos se alejan y termina por quedar solo, en la ya vacía plaza. No sabe por qué, pero siente como una angustia dentro de sí.

Mientras camina, por apartadas callejas, le saltan mil contradictorios pensamientos. ¿Cómo puede el hombre, ahora, exaltar a quién destruyó? ¿Cómo puede creer en un mensaje y no seguirlo? ¿Cómo puede hacer votos de fe que desmienten sus actos? ¿Es todo teatro, farsa, fingimiento?. A él le parece evidente que esta increíble criatura humana es el más irracional de todos los seres. Destruye lo noble, lo bello, lo bueno, unas veces por egoísmos inconfesa-

bles, otras por envidias y estulticia sin posibles disculpas; y luego, cuando el mal no tiene remedio, cuando los hechos son irreversibles, clama por lo destruido, por el ideal que significaba... Y lejos de seguir la senda señalada, la enseñanza recibida, se queda simplemente con el recuerdo del suceso -lo pasajero-, sin apoderarse de la idea que lo motivó y sin darle a ésta cálida y emocionada vida... Resbala por la superficie y se deja cegar por lo externo; también, rememorando la exterioridad, pretende acallar la conciencia y ahogar el desgarrado grito que pugna por brotar de lo más hondo del alma, cuando verdaderamente hay alma...

XIII ESTRELLAS

Este año nos visita un enigmático viajero: el cometa Halley. Cada 76 años reaparece, no sabemos si para comprobar como marcha la locura humana, asentada en este pequeño globo perdido en el espacio, o para no dejar en mal lugar a los sabios que han calculado su trayectoria. Lo cierto es que su puntualidad resulta ejemplar.

La expectación suscitada, en el gran público, ha sido mínima. Ya nadie se asombra ni admira por nada; el hombre parece estar de vuelta de todo. Su interés sólo se dispara hacia cosas cercanas, muy determinadas y concretas, sin ninguna relación con el cielo.

Después de oír, en la taberna, una conversación y de ver en el televisor unos dibujos sobre el cometa, le ha picado la curiosidad. Como hacía una noche clara, despejada, y la temperatura, aunque fresca, era soportable, se ha dirigido a las afueras para observar sin dificultad. Con paso leve y seguro, ha subido hasta la cumbre de un próximo cerro. La ciudad ha quedado abajo, envuelta en silencio y resplandeciente de luz. Descansa, sentado en un peñasco, echa un trago y mira a las estrellas. Aquellos puntitos luminosos, situados sin orden aparente, no son algo desconocido para él. Ha dormido tantas veces al aire libre, cara al firmamento, que por su posición sabe la hora con una exactitud increíble. Se acomoda mejor, parsimonioso, y nuevamente otea el horizonte, buscando el extraño visitante. Nada anormal observa. Sus ojos recorren toda la bóveda sin encontrarlo. Decepcionado, piensa que tal vez sea temprano, o que no pueda

verlo sin el auxilio de unos anteojos. Después, como siempre que se enfrenta a lo inevitable, se encoge de hombros, en un gesto de sumisión y conformidad.

Se encuentra a gusto, resguardado del viento, escuchando el lejano y apenas perceptible ruido de la ciudad, que subraya y destaca el silencio. La luna ha comenzado a asomar su pálido disco por detrás de unas montañas. Pero su atención se centra en las estrellas, que adornan la negrura de la noche. Recuerda que algunas son soles como el nuestro, o más grandes; que las distancias que nos separan resultan inconcebibles; que hay millones y millones y que en torno a cada una, pueden existir otros mundos. ¿Habrá también vida?... ¿Tendrá, de haberla, semejanza con la nuestra?... Y lo que acaba por sobrecogerlo y aturdirlo, al no hallar explicación convincente, ¿para qué toda esa inmensidad, esa variedad, ese gigantismo...? ¿Para que el hombre deje de creerse el centro del universo?... Y, ¿para qué nace, vive, sufre, goza y muere este raro ser humano?

Sacude la cabeza para ahuyentar preocupaciones y termina diciéndose que no vale la pena inquietarse con cosas tan complicadas. Las estrellas, esas espléndidas y brillantes joyas, están allí, en el cielo, para hacer hermosa, atractiva, sugerente, la noche; para que el hombre, al dirigir hacia arriba su mirada, no encuentre sólo un abismal vacío y sueñe con otros mundos, con otra vida, que le consuele de su cansancio y de su tristeza; para que se sienta acompañado en su solitario viaje, a través del tiempo y del espacio, rumbo a un ignorado destino...

XIV CAMINOS

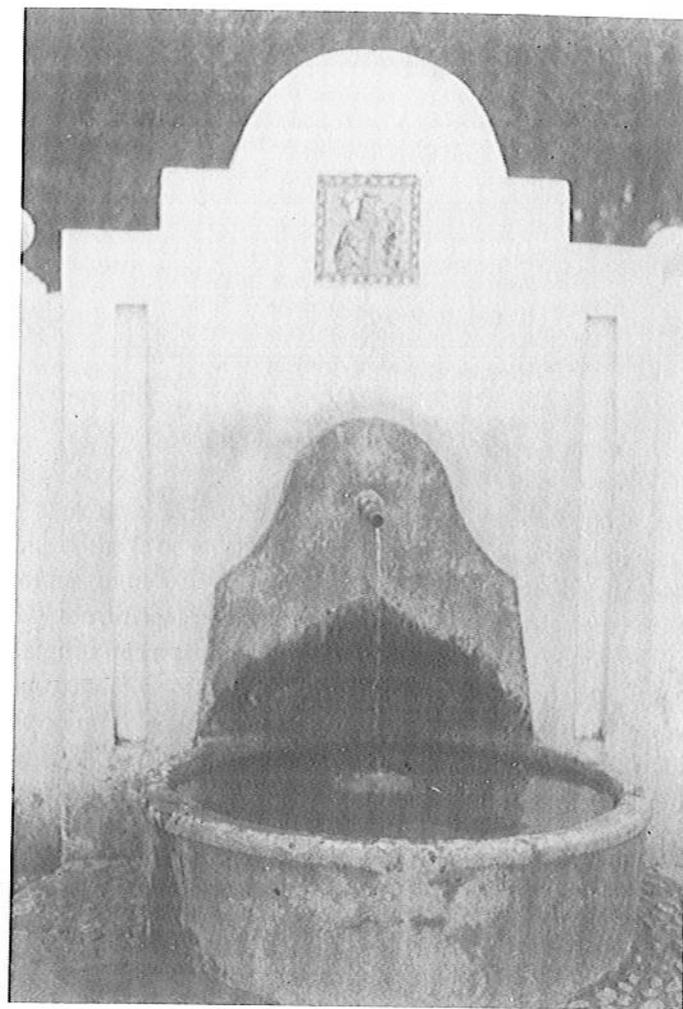
Todo camino nos sugiere siempre un punto de destino. Por él se llega a algún sitio o hasta un cierto lugar. Y son aquel sitio o este lugar, los que le dan sentido y justifican su existencia. No parece racional un camino que no lleve a ninguna parte. El poeta dijo que se hace al andar; y, ciertamente, la andadura endurece la tierra y compacta el firme, a causa de la frecuencia con que se transita; pero tal frecuencia sólo se explica cuando hay un interés, un deseo de ir hacia lo que se encuentra a su término, a la meta final.

A veces confluyen, se cruzan, dos o tres caminos. Para quien desconoce a dónde se dirige cada uno, este nudo que forman es como una inquietante interrogación del difícil respuesta. ¿Cual será el mejor? ¿Cual nos guiará hasta el sitio al que pretendemos arribar? ¿Qué encontraremos si seguimos éste, ése o alguno de aquéllos otros?... ¿Estarán allí la felicidad, esa aspiración nunca alcanzada, el anhelado descanso para el esfuerzo agotador, el rincón de paz y belleza que nos sosieguen? ¿Nos esperará, al acabar, el amor que nuestro corazón deseaba con desesperada impaciencia?

La vida es como un cruce laberíntico de múltiples vías y opciones. Solo que no podemos detenernos ni sentarnos, frente a ellas, pensando la que vamos a escoger. Hay que elegir casi instintivamente, si es que las circunstancias no nos empujan hacia determinada dirección; y seguir, seguir siempre, siempre, sin posible retorno... El tiempo nos arrastra con violencia y apenas si podemos mirar atrás... Y ocurre que, la mayor parte de las veces, nos damos cuenta, o tenemos

la sensación de que hemos tomado el camino equivocado, el que nos aleja del ideal apetecido y del objetivo soñado; que cada centímetro recorrido nos va distanciando de aquello que, con magnetismo emocionante, hacía vibrar nuestra alma esperanzada... ¡Adiós ilusiones, cada vez más apartadas e inasequibles! ¡Adiós vida personal, agotada en un caminar inútil y sin atractivo!

Pero..., si la elección hubiera sido otra, ¿habíamos acertado?. ¿Existe, acaso, un camino que conduzca a ese lugar dónde los deseos se alcanzan, el amor se consigue, la felicidad fluye y se derrama sobre nosotros, como un manantial inagotable?.



XV
LA NOCHE

Hay algo de mágico en la noche. Su oscuridad, unas veces densa, impenetrable, como la de un abismo sin límites, propicia las acciones malvadas, despierta los instintos perversos, provoca miedo invencible, angustioso, ante imaginarios y terroríficos peligros, al tiempo que recuerda aquelarres de satánicas brujas, sigilos de criminales siniestros, monstruos espantosos al acecho del niño asustado e indefenso; otras, en cambio, esta oscuridad se hace tenue, difusa, transparente como velo nupcial, y con la luz de las estrellas o de la luna solitaria, todo adquiere un vago y sugestivo relieve y se transforma en bello paisaje apenas dibujado, que invita al sueño romántico, a la aventura amorosa, a las caricias furtivas, a la poesía...

Hay algo de mágico en la noche. De magia negra y blanca. Sólo en la negrura espesa de la noche es concebible la acción sórdida y sangrienta de Lady Macbeth y los tenebrosos relatos de E. Allan Poe; sólo en la noche clara y estrellada podrían ocurrir sucesos tan extraordinarios como que Titania, la reina de la hadas, se enamorara de un simple y estúpido mortal con cabeza de asno; sólo en noche de hermosa luna son posibles las mil diabluras de un espíritu tan burlón y travieso como Puck, y los dulces encuentros de Romeo y Julieta, y los cálidos amores de Melibea y Calixto...

¡Noche mágica! Todo calla, todo duerme. El ruido ha desaparecido y puede oírse la bella sinfonía del silencio, cuyas notas nadie ha sido capaz de transcribir ni aprehender. En ella se percibe el palpito de la vida que reposa, el

inaudible tintineo cristalino de los rayos de luna al chocar con el suelo, el rumor de los besos del agua entre los sauces, el gemido leve de la tierra, horadada por el tallo que emerge de sus entrañas, y que será más tarde flor y fruto...

¡Noche mágica, encantada y encantadora, que prestas a todo lo creado una sugestión y misterio que nos atrae, nos seduce y nos estremece!

XVI EN EL HUERTO

Ocurrió en el huerto. En él habían hermosos almendros y magníficos naranjos que, llegada la época, se cubrían de bellísimas flores y apetitosos frutos. También existía un viejo árbol de retorcido tronco y hojas verdinegras. Como no daba ni frutos ni flores, sus compañeros lo despreciaban y se refan de él, diciéndole, en el lenguaje mímico de sus ramas movidas por el viento:

-¿Qué gracia es la tuya? No te adornas con flores ni produces frutos; tus hojas son feas y ásperas; tu cuerpo corcovado... Pareces un pordiosero cubierto de andrajos y carroña. Eres la vergüenza del huerto.

-Mira, -dijo el más próximo-, ¿ves esta blanca flor de azahar...? Pues pronto se habrá convertido en dorada naranja de sabor exquisito.

- Anda -le conminó otro-, muéstranos tus habilidades.

-Yo no sé hacer nada -replicó el mísero-; Dios no me enseñó; pero os admiro y ...

-Déjale, -dijo un orgulloso almendro-; alguien viene y es mejor que no nos vea de charla con él. Todavía hay clases.

Y todos apartaron sus ramas, para que ni siquiera rozaran las del pobrecito.

El árbol se encontraba aislado y triste. En lo más íntimo, clamaba al cielo para que le concediera alguna particular "habilidad". Pero sus deseos no se cumplían.

Una mañana, al sacudir sus hojas llenas de rocío, después del profundo sueño de la noche, sintió una aguda punzada en la base del tronco. Miró hacia ella

y observó una especie de costra que cubría un gran pedazo de su corteza. Un estremecimiento de horror invadió todo su ser. Los árboles saben muy bien lo que, para ellos, significa tal enfermedad. Es como una lepra que se extiende y, poco a poco, va comiendo vida. Y ellos son impotentes para vencer el mal; sólo el hombre, con sus superiores medios, puede curarlos.

.....
Por un extraño azar, sobre aquella herida, sobre aquella madera putrefacta, al cabo de algún tiempo, germinó una pequeña florecita, de rojos pétalos, a la que nutrían los despojos del enfermo. Este, al principio, la miró asombrado. Más tarde, a medida que crecía, aumentando su belleza, fue familiarizándose con ella, hasta tal extremo, que llegó a quererla como cosa propia, como a un impensado hijo que el destino le hubiera deparado. Tanta locura y amor brotaron en su corazón por la florecilla, que dió por bien perdida su vida infecunda, solitaria e inútil. Ya no se avergonzaba ante los demás compañeros del huerto. La mostró, orgulloso, a todos. Ninguno de ellos era capaz de engendrar una flor tan hermosa, tan elegante, tan atractiva, de tan incomparable colorido. Y ésto le hacía sentirse, por primera vez, feliz, muy feliz, aunque supusiera la muerte.

Se enternecía al verla, ágil, flexible, inclinarse hasta la tierra, a impulsos del viento, y erguirse después, con femenina delicadeza, como quien ejecuta una maravillosa danza. Sonreía cuando, después de algún aguacero, ella se miraba, coqueta, en el móvil e improvisado espejo de algún charco. Para que el padre Sol le diera el vital calor de sus caricias, apartaba sus ramas y hojas.

Un día, el naranjo más próximo, le gritó:

-¡El hombre viene! ¡Estás salvado!

-¡Estás salvado! ¡Estás salvado! -gritaban todos.

Él, lejos de alegrarse, se entristeció. La pequeña flor le miraba ansiosa. Uno de los dos tenía que morir.

El hombre se acercaba a paso lento, examinando los árboles uno por uno. Cuando hubo llegado hasta el enfermo, éste, con disimulo, dejó caer unas cuantas hojas, que cubrieron la zona atacada por el mal. El hombre realizó el examen sin encontrar nada anormal, y se marchó.

Todos sus compañeros, atónitos, estupefactos, inquirieron:

-¿Por qué lo has hecho? ¡Morirás! ¡Morirás!

Y unos a otros se repetían:

-¡Morirá! ¡Morirá!

La florecilla lo miró dulcemente y, después, como para besarle, se inclinó hacia él.

Poco tiempo pasó. En un día de viento huracanado, el árbol cayó con estrépito sobre la tierra húmeda. Pero la flor continuaba erguida, graciosa, exhalando un perfume intenso que se extendió por todo el huerto, y que parecía salir del montón de madera carcomida en que se había convertido el árbol. Los demás, ayudados por el hermano viento, rociaron su cuerpo caído, sin vida, con sus flores, en blanca y olorosa mortaja.

XVII LA MUJER

Después de haber escuchado, muy atenta, la extraña historia del árbol sin habilidades, Carmencita preguntó, con esa ingenua y seria profundidad de los niños:

- La flor, entonces, ¿era hija del árbol?
- Pues sí..., creo que sí.
- Y tú, ¿hubieras hecho lo mismo?

Mirándola con fijeza, y tratando de encontrar las palabras apropiadas, respondió:

- Si la flor hubieras sido tú, desde luego.

La niña quedó pensativa. Hubo un largo silencio en el que ambos se miraron como si, a través de los ojos, quisieran llegar al fondo del alma de cada uno.

- ¿Por qué no tienes niños? -inquirió, por fin, la pequeña.

Él, sin contestar, se encogió de hombros. Sería muy complicado explicarle las circunstancias de su juventud y madurez. Y desvió la atención de la niña hacia otras cosas, para evitar más preguntas.

Pero en su mente quedó, dando vueltas, la interrogación. Y aquella noche, de forma obsesiva, le mantuvo despierto largas horas. Penosos recuerdos, que creía definitivamente olvidados, volvían a su memoria.

Sí que le hubiera gustado tener hijos; hijos de ella, de aquella mujer que hoy, todavía, recordaba con emoción y nostalgia; de aquella mujer que se le

aparecía, en sus noches de fría soledad, de soledad densa y angustiada, envuelta en el encanto de la lejanía, de lo imposible; que perduraba en su memoria eternamente joven, atractiva, seductora...

Su gran secreto, la tragedia de su vida, la causa de su forma de actuar y existir, fue ella. No la culpaba porque nunca llegó a saber el sentimiento que inspiraba. Para él se transformó en un sueño inalcanzable y, como tal sueño, en algo irreal que no se materializaría nunca. Aunque sí intentó vivir de él y con él, renunciando a todo lo demás. Vivió de ensueños, de fantasías, en una isla invisible a la que nadie logró arribar...

Muchas veces pensó qué habría ocurrido de lograr unirse a ella. Tal vez, como en tantas parejas, el transcurso de los años hubiera acabado por carcomer, o ahuyentar, el encanto y el amor. No acertaba a imaginársela madura, vieja, arrugada... Menos aún, como algunas conocidas, irritable, agria, frustrada... ¡Que gran destructor de ilusiones, de almas, resulta el tiempo implacable!. Pero, también, ¡que fascinante en ocasiones!... Sobre todo cuando el vigor de la juventud se halla en toda su plenitud.

Aunque él enderezó sus pasos por caminos absurdos, comprendía, no obstante, la importancia de las relaciones hombre-mujer. Intuía -ya que carecía de experiencia-, la agradable sensación de compartir deseos, aspiraciones y hasta lágrimas; de encontrarse acompañado en los gozos y en las desgracias. Y, sobre todo, el sentimiento inexpresable de tener hijos, de cuidarlos, de protegerlos...

Pero, a veces, la sensibilidad excesiva, impide una vida normal. La fuerza del ideal, su magnética intensidad, obstaculiza el desarrollo y la evolución por cauces ordinarios, cuando la timidez no puede superarse. Su sueño de mujer le hizo quemar la existencia inútilmente, sin objetivo ni meta hacia los que dirigirse. Después de un largo periodo de íntimas vivencias y ensoñaciones, se convirtió en un ser para quien la vida significaba sólo un accidente biológico, vegetativo, cuya limitada duración había que pasarla con las mínimas complicaciones..

Pero en el fondo de su corazón y a pesar de estas consideraciones que intentaban justificar una frustración efectiva, quedaba siempre un poso ácido, amargo y desconsolado. Porque la mujer, en la vida del hombre -en la suya también- representa una necesidad indeclinable, por la enorme carga de sugestión, de ternura, de fascinación, que imprime al proyecto de vida en común; y porque, más tarde, evita esa situación difícil e insoportable de la soledad; de soledad siempre pesada, angustiada, triste, fría, con frialdad de yerma, helada y desértica estepa, sin fin ni horizonte...

XVIII SÍ MISMO

Algunas buenas personas, y entre ellas una que hacia honor a su nombre -Prudencio-, director de una institución acogedora de marginados, habían tratado de convencerle para que abandonara su forma de vivir. Vano empeño. Escuchó, muy educado, argumentos y razones; visitó el establecimiento y elogió la labor que realizaban, pero se negó terca y rotundamente.

- ¿Por qué? -le preguntaron

- No sé -decía-; me gusta vivir así.

Quizá creyeron que temía perder su libertad. Y no era eso. El se sentía libre hasta dentro de una estrecha jaula. La libertad no es tanto falta de obstáculos para moverse, hacer o no hacer lo que venga en gana, como una peculiar facultad del espíritu por cuya virtud uno piensa, siente, ama u odia por propia iniciativa y voluntad, y no a causa de influencias o instigaciones de otros. No, no iba por ahí la negativa del vagabundo. Tenía otras motivaciones, que ni el mismo acertaba a concretar de manera clara. Algo así como una incómoda sensación de quedar desnudo ante una multitud, si compartía techo, comida y ocio.

Había pasado tantos años solo, que convivir de forma estrecha con otros le parecía una pérdida de porciones de su individualidad, de sus más escondidas vivencias... No era ningún misántropo. Quería al mundo entero, deseaba el bien para todos los seres, gozaba con el bienestar, la suerte y la felicidad ajenos; en su alma no había lugar ni para la envidia ni para el odio... Pero a distancia. El era él y su intimidad -su circunstancia, que diría Ortega-, y no estaba dispuesto a

perderla. Buena o mala, sabia a torpe, formaba parte de ese sí mismo desconocido para los otros hombres y que él evitaba mostrar o exponer a la luz pública. En parte por cierto pudor, en parte por la ingenua pretensión de conservar íntegra su vida personal, sin intromisiones ni miradas curiosas. Aún reconociendo su poca valía; aún consciente de su inútil y distorsionadora existencia en una compleja organización social, que se mueve por las ideas del practicismo, la eficacia, la utilidad y la ambición...

XIX FIESTA

¡Fiesta! ¡En la primavera! noche de mayo, la ciudad se ha adornado de luces -arcos, estrellas, guirnaldas- y refulge, vista desde lejos, como una joya. Por las calles del centro urbano, la heterogénea muchedumbre de visitantes y vecinos, como una riada, lo invade todo. Con dificultad se mueven en torno a la procesión que avanza, con lentitud y parsimonia, hacia el templo.

Ya en la cercanía de la Plaza Mayor, próxima la medianoche, el bullicio arrastra al vagabundo, sin que pueda escabullirse ni apartarse. La plaza se encuentra llena de público y repleta de cohetes dispuestos para ser disparados. Los mira con cierta inquietud y, aunque pretende escapar a lugares menos comprometidos, la barahúnda de gente le impide el paso. Cuando la imagen de la Patrona, vestida de rojo y blanco, sobre un trono de flores, se encuentra en el centro, las luces se apagan y millares de cohetes, casi simultáneamente, se elevan al oscuro cielo y se convierten en artificiales estrellas, en luminosas palmeras, en extraños ovnis de colorines, que explotan con ensordecedor ruido; las bengalas, como fuentes de fuego, lanzan chorros candentes, blancos, rojos, azules... La multitud se dispersa, no se sabe cómo, refugiándose bajo los naranjos, en los portales, en las esquinas, protegiendo sus cabezas y sus oídos de las explosiones de la cohetería que, durante largos minutos, con su tronar violento, hieren los tímpanos... Una nube de humo y un intenso olor a pólvora se extiende por toda la plaza.

El vagabundo, empujado, pisoteado, golpeado, consigue al fin zafarse del

gentío y se oculta en un rincón. Pasado el estruendo y restablecida la normalidad, endereza sus pasos lentos hacia el barrio, por las calles más solitarias, eludiendo la concurrencia. Y piensa, mientras camina, sobre el significado de la fiestas.

La causa puede ser religiosa, como ahora, o de otro tipo. Pero lo que le produce cierta perplejidad, es como un tan gran número de personas -muchas de las cuales no son creyentes-, se suma y une al regocijo general. Cierto que la alegría contagia y prende con rapidez en todos los ánimos. Pero él cree percibir un sentido más oculto en el hecho. Parece que el hombre -este ser tan raro y enigmático-, tuviera la imperiosa necesidad, en algunas ocasiones, de olvidarse de sí mismo, de aturdirse, de embriagarse con la exterioridad, incluso utilizando como medio una alegría programada y a plazo fijo; algo así como irse de vacaciones de la propia persona y olvidar los problemas, las zozobras, las tristezas y las angustias íntimas por unos días...

XX AMOR

En los atardeceres de los últimos y calurosos días de la primavera, el parque se llena de parejas juveniles. Él observa que, aún cuando prefieren los apartados rincones y la discreta penumbra, no por ello se reprimen en lugares mas visibles. Algunas se encuentran tan unidas que parecen un solo cuerpo. Sonríe bonachón y se apoya en la barandilla del estanque. Los patos van y vienen por las aguas turbias y verdosas. Pero apenas si le distraen.

Piensa. Piensa en el amor. ¿Será simple instinto y deseo de placer? No lo cree. Por lo pronto hay muchas clases de amores. No es comparable el de esas parejas y el que siente por Carmencita o por los amigos.

Amor. Rememora años de juventud. También él sintió la sacudida, el chispazo electrizante y paralizador del enamoramiento. ¿Era aquello amor? ¿Era instinto? ¿Era una mezcla de ambos?

Alguna vez había leído -cuando prestaba atención a tales cosas-, que la vida utiliza extraordinarios y sutiles mecanismos para perpetuarse, para no desaparecer. Y una de estas trampas era el amor, resultado final de un complejo proceso donde el instinto animal primario se sublima y transforma en espléndido y hermoso sentimiento, distante y distinto de aquél y, a la vez, tan semejante y próximo que puede llegar a confundirse. ¿Paradoja? ¿Absurdo?... Toda la vida es paradójica, absurda, inexplicable, contradictoria... Ingredientes que la convierten, precisamente, en atractiva, amable, bella, trágica...

¡Amor! Fascinación, encanto, enajenación. ¡Quién pudiera mantener,

eternamente encendido, su fuego sagrado, la fuerza de su magnetismo, la locura emocionante de escaparse de uno mismo para sumergirse en otro ser! ¡Quién pudiera, hasta el final de los tiempos, contemplar el mundo reflejado en unos ojos cercanos y de anhelante y cálida mirada!

XXI EL SOLITARIO

Hacía años que no veía a su amigo. Era un tipo excéntrico e imprevisible. Desaparecía sin dejar huella, sin que nadie supiera donde estaba, y reaparecía de improviso, como el Guadiana, cuando ya casi había sido olvidado.

El vagabundo lo apreciaba. Tenían muchas afinidades, bastantes cosas y aficiones en común. Menos la de hablar. Era el otro quien hacía el gasto, el que usaba y abusaba de la palabra sin cesar; de él manaban, como de una fuente, historias, sucesos, ideas, anécdotas, exclamaciones, tacos, maldiciones y, muy rara vez alabanzas, de manera continua, ininterrumpida, sin dejar al compañero decir algo. También era poeta y, en esos momentos indefinibles en que el ánimo aspira a escapar de lo cotidiano, de la realidad y casi de la materia, recitaba poemas o improvisaba con una facilidad envidiable.

Al reconocerse, después de tanto tiempo, se abrazaron y ninguno sintió vergüenza porque unas lágrimas afloraran a sus ojos. Después marcharon juntos y charlaron horas y horas. El amigo poeta había viajado mucho: un sueño materializado tras larga maduración, gracias a los ahorros que una bien administrada economía le había permitido.

La expresión fluida del amigo, le hizo ver los campos de Castilla, la ruta del Quijote, recorrida como Azorín; el Madrid castizo y trepidante, el París bohemio, el Londres de las finanzas, la Ginebra de las Convenciones internacionales, la romántica Venecia, la Roma eterna y mundana, historia y museo, la Florencia medieval y renacentista...

Tras una pausa prolongada, para descansar de la narración y del recuerdo, cuando pasaba ya la medianoche, y con una entonación un tanto triste y confidencial, le confesó algo que asombró al vagabundo:

- Como tú, soy un solitario patológico e irrecuperable. Me asusta y cohibe la multitud. Entre la muchedumbre abigarrada que te apretuja y arrastra indiferente, me siento angustiosamente solo y desamparado, desarmado y débil. No existe soledad, para mí, más densa y terrible que la de una gran ciudad, donde te encuentras rodeado de gente extraña y desconocida, que pasa junto a tí sin verte y sin que le importes un ápice. Es un paradójico desierto, lleno de anónimos seres, a los que separan insalvables corazas o abismos, no percibidos por el observador superficial.

Hay un largo silencio, que rompe, al fin, diciendo:

- Pero, después de todo, resulta consolador pensar que Dios también es un solitario, el Gran Solitario. Se esconde o permanece lejano al mundo, a la creación. Quizá vigila desde algún lugar o atalaya desconocidos; o se recoge en el más pequeño y recóndito rincón...¿Quién podrá saberlo? Alguien dijo que creó el universo para sentirse acompañado. Yo le he buscado muchas veces, sobre todo en mi juventud, cuando siempre se exigen, con impaciencia, respuestas; respuestas que nadie va a dar porque están dentro de uno mismo, en el propio deseo de cada persona. Este hecho se encuentra implícito en esta poesía, que hace tiempo compuse:

Busco un cielo, allá en el cielo,
clavando insistente la mirada,
con ansias de amores infinitos
y de paz en el alma.

Mas por el cielo azul y grande
vaga perdida y angustiada,
esa mirada que allá busca
una luz, una esperanza.

Miro hacia abajo, hacia la tierra,
-erial de pasiones desatadas-
y solo encuentro la incurable
locura humana.

¿Dónde estás, Señor, que no te encuentro?

¿Dónde, oh Dios, tan oculto te hallas,
que ni en el cielo, ni en la tierra, veo
tu presencia amada?

Al sentirlo sin Ti, todo vacío,

lleno de dudas y desesperanzas,
vuelvo los ojos, ciegos sin tu luz,
al fondo de mi alma.
Y ya en íntimo recogimiento,
con una paz tranquila y sosegada,
-¡Oh milagro del amor!- dentro de mí,
siento lo que buscaba.
Porque estás, mi Dios, aquí, conmigo,
en lo más hondo de mi propia alma,
y al mirarte en mí, los dos a solas,
mi corazón se abrasa.

XXII ELECCIONES

La de este año ha sido una primavera muy especial, pues además de cumplir su obligación de vestir con verdes hojas los desnudos árboles de nuestro paseos y jardines, ha cubierto de multicolores carteles las vallas, esquinas y paredones de viejos edificios, con generosa profusión.

-¿Qué opinas tú -preguntó el poeta- de todas esas ofertas electorales?.

El vagabundo, como siempre, se encoge de hombros, en expresiva y muda manifestación de indiferencia.

- Ya se que a tí, como a mí, no te preocupa gran cosa esta contienda. Yo también pienso que, según los programas, todos van a beneficiarnos y a conseguir hacer, del nuestro, un país de utopía. Desgraciadamente, cualquiera que logre la mayoría para gobernar, o para creer que gobierna, la realidad, las circunstancias y los problemas a resolver, harán que todas las promesas, con buena suerte, queden en un humilde ir tirando, que ya es bastante. ¿No has pensado, alguna vez, en lo ilusorio que resulta creerse dueño del propio destino por el simple hecho de depositar en las urnas unos papelitos?. Hay algo de juego infantil en ello, de inocente magia.

Sonríe y, como para sí, continúa:

-Alguien que nos escuche, sobre todo si pertenece a esa extensa gama de exaltados o intoxicados políticos, creará que somos unos fachas o carcas, como se dice ahora. Nosotros que encarnamos la casi plena libertad... Yo he meditado, en ocasiones, sobre las formas de organización política, que representan el nudo

gordiano de la cuestión. Y, asómbtrate, ya Polibio, en la antigüedad clásica, había observado cómo existían unos ciclos que se repetían periódicamente: democracia, demagogia, anarquía, tiranía... En el fondo de todo ello se encuentran dos grandes y opuestas apetencias humanas: dominar o tener poder sobre otros y escapar de ese poder o dominio. Para compensar esas tendencias antagónicas, nacieron las constituciones y los Estados modernos, basados en la división de poderes. El padre de la teoría fue Montesquieu o, mejor, Locke, de quien se inspiró aquél. Pero, la verdad sea dicha, tal división casi nunca alcanza su pureza y existen una influencia evidente del ejecutivo sobre los demás. Esto sin entrar en el análisis de ideologías que, como el fascismo o el marxismo, -hijas por la derecha y por la izquierda del mismo padre, Hegel-, cuestionan la democracia en aras del todopoderoso Estado. ¿Te aburro?...¿No...? Para mí tengo que el hombre es un extraño ser inconformista. Afortunadamente. Pronto siente tedio o cansancio de todo y busca el cambio. Incluso la libertad, ese ideal por el que se ha derramado tanta sangre sin saber, con certeza, su naturaleza, acaba por cansarle. Y renuncia a ella por comodidad, por huir de responsabilidades; no se explica de otra forma la subida al poder del nazismo. Pero son hechos pasados y no merece la pena recordarlos. Estamos en primavera y nuestros políticos nos ofrecen un futuro atractivo. Somos libres porque podemos decirles sí, no o pasar olímpicamente del rito de votar... Pero aquí me asaltan estúpidas dudas... ¿Consiste la libertad en un a cosa tan simple y sencilla...? Me inclino a creer, más bien, que la verdadera libertad sólo podremos alcanzarla cuando el hombre consiga, por fin, liberarse del dominio, de la esclavitud, de su más feroz enemigo: él mismo.

XXIII POESÍA

Mucho, mucho tiempo, ha permanecido con su amigo el poeta. Las horas han pasado ligeras, rápidas, sin que se dieran cuenta. Ocurre así cuando la compañía agrada y la conversación interesa. Y aunque él, la verdad sea dicha, ha intervenido poco, sí que ha escuchado atento, casi absorto y embebido, las palabras que fluían, inagotables, del otro. Todos los temas, divinos y humanos, fueron tocados con mayor o menor extensión, en un monólogo apenas interrumpido. Pero, sobre todo, ha hablado de poesía, su eterna devoción, con palabras que al vagabundo le han parecido emocionantes y bellas. Y ha recitado poemas de todas las épocas y de los más diversos autores.

Ciertamente él no entiende gran cosa de cuanto ha oído. Pero su fina percepción musical le ha hecho comprender, por la sonoridad de las composiciones, por la rítmica cadencia con que se enlazaban las palabras, que aquello tenía una gran belleza. Y, lo más extraordinario aún, que las ideas expresadas, los sentimientos descritos, también poseían una especie de melodía y una misteriosa fuerza de penetración en el corazón y en la mente, capaces de provocar un hondo estremecimiento, una inefable sensación en el alma, donde quedaba grabada como al fuego, a la vez que dejaban un extraño y mágico regusto, difícil de olvidar.

Cuando, ya cerca de la madrugada, se acomodó bajo las sábanas, seguían revoloteando por la memoria, en danza interminable, versos sueltos que suscitaban mil distintas emociones..."¡Que descansada vida..." , alejados de estúpidos

afanes y en fecunda y creadora soledad, "ni envidiados ni envidiosos"... "No me envíes mensajero que no sabe decirme lo que quiero"... que no sabe consolarme de angustiada e insufrible ausencia... "Aguda espina dorada"...clávate, punzante, de nuevo en mí corazón petrificado para que así, aunque con dolor y sangre, vuelva a sentirlo..."Poesía..., eres tú", tus ojos, tu mirada dulce y triste, tú presencia cálida, sin la que el mundo queda vacío, helado, desierto...

XXIV TERRORISMO

En la televisión ha visto las imágenes sangrientas de un atentado terrorista. Y durante toda la tarde no ha conseguido olvidar el suceso, ni se ha borrado de su mente la escena trágica, captada y transmitida tal vez con morbosa minuciosidad.

Echado sobre el camastro, se le aparecen una y otra vez, de forma obsesiva, los detalles. Le traen recuerdos lejanos de la guerra; pero, sobre todo, le sobrecoge y le anonada porque no encuentra razón válida que justifique, aún de manera mínima, el hecho. Las víctimas son personas normales, sin ningún relieve o cargo de responsabilidad e influencia; incluso hay un muchachito de unos once años.

¿Cómo puede nadie, en su sano juicio, cometer una acción así? ¿Qué atrocidad ha atrofiado la mente de los asesinos? ¿Qué odio, resentimiento o maldad anidan en el corazón perturbado de esos seres, capaces de segar vidas inocentes, aprovechando la sorpresa, la fácil huida y el cobarde e impune anonimato?

Para el vagabundo, que siente un amoroso respeto por la vida, es inexplicable que alguien, con fría y alevosa premeditación, la destruya. No existe causa, como no sea la propia defensa, que pueda inducir a matar. Mucho menos si las motivaciones que se alegan buscan una sociedad mejor; porque no existen objetivos de nobleza, ni ideales de perfección, que exijan la crueldad sin límites necesaria para cometer crímenes, pues entonces perderían aquellas cualidades que incitan a alcanzarlos... Un fin bueno y deseable, no puede servirse de medios

viles y malvados.

¿Qué piensan esos enloquecidos terroristas? ¿Qué buscan, en verdad, si es que buscan algo? El mundo no es perfecto, cierto; tampoco, por desgracia, es justo. Pero la búsqueda de la justicia, el deseo de modificar la sociedad, no deben realizarse cometiendo más injusticias ni hiriendo a inocentes, a seres que, seguramente, padecen sobre sus carnes y sus almas los defectos que se intentan corregir.

Nadie puede erigirse en dueño y señor de la existencia ajena. Sólo Dios, o la naturaleza, disponen de facultades para señalar el término o prolongación de la vida. Y bastante incertidumbre implica este hecho para que se añada, también, la provocada por unos asesinos tras los cuales, tal vez, se esconde el sucio, estremecedor y macabro negocio del crimen.

XXV NOCTURNO EN LA CUMBRE

Medianoche. La luna aún no ha salido por el horizonte y la explanada, frente a la ermita, se encuentra cubierta de sombras densas, que apenas rasga la leve luz que escapa por las rejas de la puerta de entrada. Él, que conoce bien todo aquello, se ha acomodado sobre unas peñas, cara al Sur. Desde allí se divisa, abajo, lejanas, como contempladas en inmóvil vuelo, las luces de algunos cortijos y de las diseminadas viviendas de la llanura, en las proximidades de la fuente de Aras. Semejan endebles velitas encendidas al pie de la sierra, que el suave viento de la noche puede apagar en cualquier momento. Más distantes, como conjuntos o cúmulos los estelares, el brillo de algunos pueblos limítrofes que duermen.

Serenidad, quietud, silencio. Sobre todo silencio, que nada ni nadie puede romper. Invade al ánimo un plácido sosiego. Desaparecen preocupaciones, temores, deseos. Ni el propio cuerpo se siente, como si se hubiese desprendido de la materia; sólo el palpitar incansable del corazón recuerda que existe.

¡Qué agradable paz! Envuelto en la oscuridad, sin ningún ruido que perturbe ni distraiga la atención, el pensamiento actúa libre y ágil. Las cosas tienen otra perspectiva, dimensión distinta. En aquella tranquila paz, unas pierden la importancia que en situación normal parecían tener; otras, en cambio, adquieren relieve, volumen, consistencia jamás sospechados. Afanes, decepciones rencillas, amarguras... ¿Qué sentido poseen aquí? Como hijas de una estúpida lucha competitiva, cuya meta de felicidad se halla en sobresalir, poseer

o provocar la envidia, carecen de objetivo en un lugar apartado, sumergidos en las sombras, sin nadie a quien deslumbrar, solos, invisibles a miradas ajenas, como si el mundo entero hubiese desaparecido... En cambio, cuánta magnitud alcanzan pequeñeces apenas valoradas, casi pudorosamente ocultas en su sencillez y humildad, como la sensación inefable de sentir el pulso de la vida, recibir la caricia del aire puro de la altura, saberse limpio de culpas, tener consciencia de ser querido por alguien que espera el regreso con impaciencia...; recordar, en la oscuridad, el brillo de unos ojos, más hermosos que estrellas, que en alguna ocasión nos miraron estremecidos y cálidos...

XXVI FUGACIDAD

*"Todo se acaba y todo viene al suelo,
que apenas dello la memoria queda..."*

L. Barahona de Soto

Nada hay permanente, estable, duradero, en la vida. Y esta percepción de lo perecedero, breve y fugaz de todo, hace que al ánimo, en ocasiones, le invada desesperanza, tristeza, ante la impotencia para escapar a ésa inviolable ley, que con implacable y tenaz constancia, va deshaciendo y destruyendo, pausadamente, hasta lo que creíamos más sólido y fuerte.

- Odio los espejos -le dijo un día el poeta- porque reflejan una imagen mía desgastada, decadente, arrugada... Nada queda en ella, en apariencia, de aquél, que fui. Desapareció para siempre la tersura de la piel, la fortaleza del cuerpo, la viveza y la agilidad de los músculos... Sobrecoge pensar como, en pocos años, en apenas unas millonésimas de segundo, medidas en tiempo cósmico, se extingue un ser para quien, la muerte, parecía algo lejano, distante, y se encuentra con que, de pronto, siente su proximidad, lóbrega y helada, sin que pueda huir ni interponer barrera alguna para detenerla. Angustiado, entonces, comprueba como todos aquellos proyectos vitales que dieron lugar a emocionadas ilusiones, a quehaceres penosos y atrayentes, a gozos y lágrimas, han quedado en su mayor parte inacabados y sin iniciar... Y tal vez porque no se comenzaron o están inconclusos, estos proyectos adquieren una singular importancia y sugestión, de

tal forma intensas, que nos parecen los mejores, los más bellos y deseables... Se apodera, así, de nuestra alma, una amarga sensación de fracaso, de frustración... Nace, en lo más íntimo, una inútil rebeldía contra lo inevitable, contra el correr desbocado de las horas, que consumen nuestras energías e impiden alcanzar aquellas metas soñadas o las alejan con cruel aceleración...

-Hoy tienes un mal día -le interrumpe el vagabundo-. Piensa, sin embargo, que alguna razón debe haber para que todo ocurra así.

El poeta calla y, durante varios minutos, cavila silencioso.

-Como siempre, aciertas. Quizás sea bueno que todo se acabe y todo venga al suelo, como cantaba el paisano Barahona de Soto; porque si pese a la certeza de la brevedad de la existencia, el comportamiento del hombre es tan egoísta y estúpido como si fuera eterno, ¿qué no haría en el caso de una considerable duración de su vida?... Asusta pensarlo. En verdad están bien las cosas de esta manera. Nos obligan a la humildad, a tomar consciencia de que somos mínimas partículas que se queman con rapidez, y que todas nuestras obras, por grandiosas y resistentes que sean, terminan por sucumbir, deshacerse y borrarse, inexorablemente, de la memoria... Aunque ello, por desgracia, no impide ni evita el sentimiento de angustia, la congoja que nos atenaza, que nos estremece, al comprender nuestra pequeñez y fugacidad.

XXVII COMPORTAMIENTO

"Siempre deberíamos vivir como si nos vieses..."
SÉNECA. *Cartas a Lucilio*

El trío inseparable que formaron, durante algún tiempo, la niña y los dos amigos, hacía sonreír a mucha gente. Y, la verdad sea dicha, con cierta razón. Grupo tan extraño, compuesto por seres tan distintos, no podía menos que suscitar la curiosidad y la sorpresa. El desaliño y descuido del vagabundo, la elegancia y compostura, arcaica y "demodé" del poeta, producían un contraste insólito y llamativo; y, como la guinda del pastel, la pequeña, traviesa y juguetona, pletórica de vitalidad. Mas como la reiteración hace el hábito y la costumbre, todo el mundo terminó por verlos con normalidad; si acaso, calificaban de chiflados a los dos hombres, con una especie de condescendiente comprensión.

Una de esas tardes cálidas del estío, declinante ya el sol, llegó Carmencita seria y compungida a la reunión. Sentada junto a sus amigos, permaneció silenciosa, bajos los ojos. Ellos la miraron sorprendidos y como no decía nada, le preguntaron qué le ocurría. Con voz quebrada, próxima a romperse en sollozos, les explicó que su madre le había reñido y terminó preguntando, mientras corrían silenciosas lágrimas por sus mejillas, de qué manera tenía que comportarse.

El vagabundo limpió, con cariño, sus lágrimas y el poeta, que se rascaba

la barbilla en un gesto involuntario de preocupación, comentó después:

-Interesante y compleja cuestión la que plantea Carmencita: nuestro comportamiento, nuestra forma de actuar con los demás. Son tantas las circunstancias en las que podemos encontrarnos y tan diversos y distintos los seres humanos, que la convivencia, en ocasiones, resulta conflictiva y difícil. A lo largo de la Historia se han creado normas de relación, con muy variable fortuna. Puede decirse que disciplinas como el Derecho y la Moral, han surgido para ello; incluso las creencias, las religiones, entre otras motivaciones, tienen también este fin.

-Perdona -interrumpe el otro- a mi me parece sencilla la respuesta.

-No es tan sencilla, no -replica-; existen factores externos a la persona que complican el modo de comportarse. Tú eres incapaz de hacer daño a nadie y esto es una virtud; pero en situación de guerra, como obligado combatiente, tu deber será herir o matar. Y puede dar lugar, el no hacerlo, a un daño mayor... Sin embargo, en términos generales y en el acontecer cotidiano, tienes razón. Nuestro gran compatriota, Séneca, lo dijo hace muchos siglos y su voz resuena aún, a través del tiempo, con la fuerza de una sabiduría eterna:... "siempre deberíamos vivir como si nos vieses..." Así, como si unos ojos con capacidad para atravesar las paredes, la oscuridad, los más escondidos rincones, contemplaran nuestros actos. Porque la inteligencia del hombre, salvo casos patológicos, sabe distinguir el bien del mal. Y procura, para eludir el castigo o simplemente la vergüenza del hecho indigno, realizarlo de forma clandestina, secreta, lejos de miradas acusadoras. Por ello, para esquivar tentaciones, Séneca propone que nos imaginemos que alguien nos ve... Pero todavía profundiza más con certera agudeza. Los actos son reflejo de las ideas, de los deseos, de la intención, en definitiva; es en el pensamiento donde se gesta la acción falaz, el engaño vil... Por eso añade: "siempre deberíamos pensar como si alguien pudiese asomarse a nuestro interior"...

XXVIII CUENTO DE UNA NOCHE DE VERANO

Puck es un duendecillo malicioso, burlón y travieso, a quien le divierte enredar, confundir y crear situaciones equívocas o disparatadas. Lo mismo coloca una cabeza de asno sobre los hombros de cualquier conspicuo mortal, como suelta ratones en la cursi reunión de respetables y sosas damas; lo mismo provoca un ataque de hipo a la tiple, que hincha sus generosos pechos en el recital benéfico, que descose le tensa costura de los pantalones del orondo político, en el momento culminante de su discurso. Le gusta inventar sorpresas, hecho ridículos que, con su inesperado acontecer, rompen el protocolo, las formas y la seriedad estúpidos, provocando la risa o la perplejidad.

Una de esas cálidas noches de verano, con espléndida luna iluminando el paisaje, cuando todo el mundo dormía con las ventanas de par en par, para aprovechar el más leve soplo de viento, Puck roció sobre toda la ciudad una especie de filtro mágico, que fue aspirado con avidez por los sudorosos habitantes. Y amaneció, y la gente se puso en actividad, y fue aquél un día distinto, memorable y extraño.

Ocurrió que, sin saber la causa, sin explicarse el fenómeno y sin que nadie pudiera impedirlo, pese a que se esforzaban para ello, todas las personas decían lo que pensaban, fuera no conveniente y oportuno. No sabían mentir ni guardar las reglas nacidas de la hipocresía social

Cuando el gordo e influyente banquero que, como los reactores, dejaba tras sí impoluta nube de humo del enorme y aromático habano, llegó a su

despacho, el ordenanza la saludó riendo:

-Buenos días, Don Cerdo; a ver cuando revienta.

Desorbitados los ojos y echando espumarajos entró y, al tropezarse con su mejor cliente, el multimillonario, con la mirada cargada de rencor, se encaró con él:

-¿Qué hay, ladronzuelo? ¿Cómo es posible que gane más dinero que yo?... Traficando con drogas, claro...

.....

Los invitados se habían situado junto al pasillo central de la iglesia, para ver mejor a los novios. Estos, a su paso, levantaban comentarios jocosos como "¡que fea es la tia!", o "menuda cara la del novio".

En el momento de la ceremonia, cuando el oficiante preguntó si la quería por esposa, el joven sin poder reprimirse, casi gritó: ¡que remedio! ¡Si no fuera por el dinero que tiene cualquiera cargaba con ella!

.....

Doña Clotilde, la viuda ejemplar y ricachona, se arrodilló en el confesionario. El adormilado don Matías brincó asustado del asiento cuando ella le soltó, sin poderse contener, esta confesión:

- Mi marido era un fante fanfarrón y falso Tenorio que, de hombre, tenía sólo la fachada. Yo estaba desesperada y me quedé en la gloria cuando murió.

-¡Doña Clotilde!

- Además, me tenía sedienta... Y así sigo... Lo que de verdad me gusta, y por eso odio a la juventud, es irme de discotecas y revolcarme con un buen mozo en cualquier sembrado...

- ¿Pues sabe una cosa? -confesó a su vez don Matías-; usted me cae gorda y si aguanto sus estupideces es por la miserable pasta que alguna vez suelta.

.....

El local se encontraba abarrotado de seguidores. El famoso político, saludando efusivamente, inició el acto electoral. Con voz potente, segura, habituado como estaba al público, comenzó el discurso:

- Imbéciles ciudadanos: Sois un ignorante rebaño de ovejas que me importáis un pepino. Lo que yo quiero es vuestra admiración sumisa y boba, mangonear de forma vitalicia, pescar, veranear en un pazo gallego, establecer el derecho de pernada y colocar, por si acaso, la mayor cantidad posible de dólares

en Suiza.

.....

Llegó la noche. La gente, aunque nerviosa y tensa, quedó sumida en profundo sueño. El encantamiento, el suceso mágico que había provocado el filtro de Puck, desapareció. Y amaneció, de nuevo, el mismo día.

-¡Buenos días, don Claudio! Tiene usted un aspecto excelente -saludó el amable ordenanza. Y don Claudio, extremoso, abrazó a su amigo el millonario... Y el novio, sonriente, dijo: "sí, quiero"... Y doña Clotilde, una vez más, afirmó su amor inextinguible al esposo difunto... Y el político, abriendo sus brazos, aseguró que estaba allí para servir y sacrificarse por sus compatriotas, aunque le fuera en el empeño la propia vida...

XXIX HIPOCRESÍA SOCIAL

- Tú y yo somos dos tipos arcaicos y anómalos; algo así como notas desafinadas en exquisito concierto, que hace al público embebido removearse, malhumorado, en el asiento, o soltar estridente carcajada; una especie de sarpullido que no reviste peligro, pero que resulta molesto e incómodo, por la comezón que causa en una sociedad presuntuosa y falsamente perfeccionista. Tu forma de vida, dando de lado a los convencionalismos, a las costumbres en vigor, y sin otorgar importancia a todo lo que constituye el afán desaforado y la preocupación constante del mundo actual; tu comportamiento de mero espectador desapasionado, tal vez indiferente, que vagabundea por las ideas, las cosas y, en gran medida, por las personas, sin que ninguna de ellas te atraiga, seduzca o sea capaz de arrastrarte al torbellino en el que giran y giran, en infernal círculo sin salida; mi manera de ser, diferente pero próxima a la tuya, denunciando con mi palabra los valores sociales sin médula ni sustancia, cantando a lo sencillo, austero y natural, con absoluto desprecio a la ambición desbocada, a la lucha competitiva y cruel, casi siempre llena de maquiavelismo y bajezas; mi amor a eso tan pasado y bobo como son la elegancia espiritual y los sentimientos limpios...; todo ello, que tú y yo practicamos, supone un desosiego molesto para la gente, por cuanto choca con sus hábitos y trastorna sus ideas. Y, entonces, para evitarse la complicación de analizar y comparar, con el fin de encontrar la verdad y lo auténtico, nos califican de chalados, de locos, y con ello adormecen la inteligencia, si la tiene, y la conciencia, se les funciona... Pura hipocresía... Por

tu gesto adivino que te desagrada una visión tan pesimista y negativa. Puede, desde luego, que existan personas merecedoras de mejor trato...

-Creo que tampoco se puede ir por la vida soltando, sin más, nuestras opiniones, ni imponiendo nuestras creencias.

- Seguramente tienes razón. Pero razón pragmática, no poética, que es razón superior. La convivencia, cierto, obliga a la hipocresía. Como en la extraña situación provocada por Puck, no podemos decir cuanto pensamos, el juicio sincero sobre quienes nos rodean; andaríamos a tortazo limpio. Esta hipocresía social, que me resisto a decir que sea buena, pero que, sin duda, resulta útil y, sobre todo, necesaria, permite el juego de intereses contrapuestos sin que, de manera inevitable, se recurra a la violencia. Salvo casos excepcionales de estupidez y vanidad, cada cual sabe, o intuye, lo que de él piensan los amigos, los enemigos y cuantos le conocen o tratan. Pero la sonrisa afable, el modo cortés, impiden la explosiva reacción como respuesta. Y esto, hay que reconocerlo, no es malo y tiene efectos positivos. Pero tampoco, desde mi visión de poeta y filósofo de vocación, puedo considerarlo como bueno. Lo deseable es que nadie fuera capaz, no ya de cometer actos nocivos o hirientes para otros, sino ni tan siquiera de tener un mal pensamiento, el más leve recelo, el mínimo conato de envidia, escondidos en su interior...

XXX
VALOR Y PRESENCIA DE LOS AUSENTES

En recuerdo del abuelo Pepe

La experiencia, formada por larga serie de fracasos, desengaños, breves gozos y escasos aciertos, acaba por hacernos comprender que pocas cosas tienen importancia real. Nuestra dura mollera necesita de golpes continuos, de constante mazazos, para llegar a tan clara evidencia. Y cuando, por fin, aprendemos la lección, resulta que ya no nos sirve, que no podemos retornar al pasado, al momento preciso y previo que permita no cometer el error o reconocer donde se hallan los valores auténticos.

Es por eso que, a considerable altura de la vida, cuando ya en el horizonte se otea un posible final, pretendemos recordar solo los instantes felices y todo aquello que, de verdad, era importante, hermoso y poseía validez y calidad imperecederas. Como la amistad, como el amor.

-En ocasiones -dice el vagabundo al amigo-, uno tiene la sensación de ser un trasto inútil, incómodo, discordante e innecesario.

-Todos somos necesarios -afirma el poeta-; si algo existe, no ya inútil, sino pernicioso, es la maldad, el egoísmo, la estupidez. Otra cosa es que en su curso la vida nos vaya quitando protagonismo, dejándonos en la orilla como espectadores; como espectadores y como espectáculo, en el que han de fijarse y del que deben aprender quienes navegan ahora en sus inquietas aguas. La memoria histórica es fuente de sabiduría si acertamos a interpretarla y tenemos la valentía

de no caer en las mismas equivocaciones.

-Me cuesta trabajo pensar que un viejo como yo sea útil. Más bien me considero estorbo- replica.

-Por lo pronto, tu amistad es necesaria para mí y para Carmencita. Ambos queremos tu presencia cálida y buena; como queremos, aunque ya sea imposible, la de tantos amigos ausente, cuyo recuerdos emocionado perdura y nos hace, en cierta forma, compañía en las horas de desánimo y de soledad. Yo jamás olvidaré a mi padre, pese a la distancia temporal y al imposible contacto físico. Pero en mi mente y en mi corazón, él vive y me aconseja y me guía y me consuela. Lo veo aún, con su pelo canoso, gruesas gafas y la eterna sonrisa en los labios; escucho sus palabras cariñosas, cargadas de humor sano y certeros juicios; contemplo el pícaro brillo de sus ojos, capaces de penetrar en mí y descubrir mis más ocultos pensamientos... Yo sería otro sin él y sin su permanencia en la memoria. Fíjate, pues, si todos somos necesarios, incluso después de desaparecidos. Nada valen los pequeños afanes, las mil futilidades que nos queman día a día en absorbente y tonto juego; lo que posee valor sin posible medida, son el amor y la amistad que nos dieron generosas, con liberal esplendidez, otras personas, sin exigir nada. De ahí que, aún cuando se hayan ido, su presencia en nosotros permanezca siempre; sobre todo cuando lo aprendido a fuerza de golpes y desilusiones nos hace valorar, en toda su dimensión, cuanto nos regalaron, sin que en aquel momento nosotros tuviéramos, ni la capacidad para comprenderlo, ni la valentía para agradecerlo.

XXXI
LA ILUSIÓN Y EL DESEO
I

Hacía varias hora que bajó del dormitorio, buscando aire fresco en el extenso patio del caserón. Acomodado en una hamaca renqueante, se entretuvo en contar estrellas, como medio de vencer el insomnio, olvidar el calor y ahuyentar preocupaciones. Pero ni el sueño reparador llegaba, ni el calor desaparecía, ni las preocupaciones le abandonaban.

Trató de concentrarse en el cielo. Las estrellas, con su brillante parpadeo, podían observarse nítidas, en la oscura noche sin luna. En algún momento sintió como le invadía una agradable somnolencia y el sueño estaba próximo; pero entonces sus ojos quedaron fijos en un puntito de luz lejano. Sin saber por qué, le atraía aquel objeto celeste de una manera especial. Lo miró durante largos minutos y ya, cansado, iba a dirigir sus ojos hacia otros lugares, cuando unos extraños cambios de tonalidades le obligaron a renovar sobre él la atención. Siguió observando con curiosidad. De repente, sorprendido, comprobó como se movía; y se movía no en dirección horizontal, sino hacia abajo. Sus dimensiones, poco a poco, aumentaban. Y la sorpresa se transformó en inquietud y la inquietud en pánico, al comprender, con toda evidencia, que se dirigía hacia él. En apenas unos segundos, la pequeña estrella se había transformado en enorme masa refulgente, suspendida sobre su cabeza, a una altura que no sobrepasaría los tres metros.

Paralizado por el miedo, cegado por tanta luminosidad, notó como le

abrían la mano derecha y colocaban en ella algo. Después, una voz sin sonido, percibida por la vista, como un haz de luz, pero inteligible, dijo:

-Alcanzarás todo como sólo apretar y decir: ¡lo quiero!

Inmediatamente, el extraño objeto desapareció. La oscuridad volvió a reinar y las estrellas, arriba, continuaron con sus inconfundibles guiños.

-¡Que pesadilla! -exclamó.

Un fresco vientecillo soplaba ahora. Buscó una postura más cómoda en la dificultosa hamaca, y otra vez los cotidianos problemas e inquietudes le asaltaron. Sin duda era un tipo sin suerte. El fracaso no le perseguía con saña, es que tenía hacia su persona una pasión, constancia y fidelidad a toda prueba. Jamás lo abandonaría, estaba seguro. Y esta certeza le producía una amarga desesperación...

Fue entonces cuando, al cerrar la diestra con furia, en un gesto de protesta contra el destino, notó que tenía un objeto depositado en ella. Era un pequeño cubo de materia parecida al cristal y con dimensiones semejantes a un dado. Recordó la pesadilla. Frío sudor corrió por su frente. Temblaba y no acertaba a desprenderse de la cosa aquella.

Así pasó un buen rato. Ya más sereno, se dirigió al dormitorio y encendió la luz. Examinó el cubo, que parecía de duro plástico. Un tanto perplejo y con cierta esperanza, se preguntó si todo había sido real, si lo que creyó pesadilla había ocurrido y no era producto del sueño o del subconsciente. Repasó, en su memoria, los hechos. Luego, sonriente y dubitativo, se encogió de hombros. Tampoco se perdía nada con probar. Nadie iba a reírse de él porque nadie lo sabía. Pensó que lo más apropiado y tranquilizador, en tal momento, sería un buen güisqui frío.

- ¡Lo quiero!, -dijo apretando con fuerza el cubo.

Sobre la mesita, como en un juego de magia, apareció un fino y delicado vaso, lleno hasta el borde.

Ni el más intenso terremoto, ni la más espantosa catástrofe, le hubieran producido tanto terror...

.....

Aunque, íntimamente, todo el mundo pensaba, envidioso, como la suerte favorecía a aquel imbécil, a él, sin embargo, le asediaban con toda clase de manifestaciones afectuosas o le prodigaban los mas encendidos elogios. El donnadie, el fracasado, el antipático, el inútil, el torpe, se había convertido, incomprensiblemente, en hombre importante, rico, poderoso, temido, envidiado...

.....

Desde aquella noche inolvidable, cuando en el patio de la casucha del suburbio, extrañas y desconocidas voluntades le habían entregado el misterioso cubo de cristal, éste había funcionado con eficacia y tal vez con frecuencia excesiva. ¡Lo quiero!... ¡Lo quiero!.. ¡Lo quiero! Y los irrealizables deseos, logrados, y el difícil éxito, conseguido, y las lejanas metas, alcanzadas... Todo era posible, nada escapaba a la fuerza poderosa del talismán... Bueno, casi nada, porque sobre la voluntad ajena, los sentimientos y esos abstractos conceptos como la sabiduría, la bondad, la virtud, carecía de poder e influencia.

.....

Pasaron años. El magnate, el personaje, el todopoderoso financiero, el hombre más envidiado del mundo, fuma un cigarrillo, exclusivamente fabricado para él, tendido en una tumbona situada en la cubierta de su enorme yate. Observa las estrellas de la oscura noche de verano, mientras la nave se desliza sobre un bello mar en calma. Recuerda aquella otra noche ya lejana. Juguetea con el cubito de cristal, que pasa de una a otra mano. Una vaga e incomprensible tristeza, un difuso hastío, le invade. Se da cuenta, por primera vez, que no tiene deseos, que ha perdido las ilusiones. Nada le atrae ni le seduce; todo carece de interés... ¡Es tan fácil conseguirlo!

Con estudiados leves pasos, que cimbrean un cuerpo voluptuosamente perfecto, se acerca la bellísima amigueta de turno, una de esas mujeres que, al verlas en las portadas de las revista o en el cine, el hombre corriente y vulgar piensa que son irreales, pura invención. Lo besa y, al inclinarse, deja entrever unos senos comparables a los cabritillos mellizos que cantara Salomón. Él, con gesto despectivo, la aparta. ¡Es tan fácil comprar caricias!

Se levanta y apoya en la baranda. El mar se confunde con el cielo. La estela espumosa del barco se sumerge en la oscuridad nocturna. La brisa agita sus cabellos y refresca el rostro. Extiende el brazo y lenta, muy lentamente, abre la mano y deja caer el cubo...

II

Con su habitual parsimonia, el poeta comenta con el amigo:

- Lo que se nos da de forma gratuita o graciosa o lo alcanzamos con facilidad, pocas veces consigue el merecido aprecio, ni la valoración justa.

Parece que sólo aquello que nos exige esfuerzos desmesurados, penosos sudores, extremadas inquietudes y largo tiempo de constante lucha, tiene capacidad para seducirnos, para suscitar ilusión, esto es, esperanza sin fundamento racional. Deseamos con vehemencia lo dificultoso, lo que se muestra lejano, inasible, evanescente como un fantasma... Queremos más a nuestros sueños locos que a nuestras realidades, en ocasiones espléndidas. Así de complicado es el corazón humano. Así de complicado y sugestivo, diría yo. Y si no me tomas por demente, así de certero. Porque el valor de algo está en función de su escasez, de las energías derrochadas para conseguirlo.... No importan ni su utilidad ni su naturaleza; lo que le otorga valor es cuanto de nosotros mismo dimos para poseerlo. O el ilusionado anhelo puesto en el empeño, caminando incansables, con los pies destrozados y con el alma herida, aunque no se alcance nunca... Y ocurre, fíjate en la paradoja, que muchas veces es mejor no lograr satisfacer el deseo, porque la ilusión que nos movía desaparece, se deshace, como las multicolores alas de algunas mariposas al aprisionarlas en nuestras manos. Muchos de nuestros sueños, como estas mariposas, para no perder su encanto y belleza, han de estar libres y revoloteando sin cesar, eternamente perseguidos..

XXXII
FILOSOFÍA PARA VIVIR

"Tenemos lo que queremos.."
Cervantes.- La Gitanilla

Camino de la feria de un cercano pueblo, vieron un día pasar el ya insólito y anacrónico espectáculo de unos gitanos titiriteros. Iban con su mono, muñecos y perros amaestrados, sobre un deteriorado carromato, que intentaba disimular le vejez con pintura de chillones colores. Entonces, el poeta, les habló de una ejemplar obrita de Cervantes cuya protagonista, una gitanilla, era dechado de gracia, simpatía y discreción. Finalmente, apostilló el relato del argumento así:

- En el acto o ceremonia de la entrega de Preciosa -la gitanilla- al pretendiente, después de un bello discurso, muy próximo al de Don Quijote a los cabreros, y con elocuencia envidiable, el gitano más viejo expone las excelencias, virtudes y milagros de la gitanería y exalta la vida nómada y libre, sin más techo que el cielo abierto y sin más abrigo que las sombras de los árboles y las oquedades de las montañas. Y termina con una afirmación que es todo un tratado de filosofía práctica, si no para conseguir la felicidad, si para que el espíritu se mantenga sereno y alegre: "tenemos lo que queremos, porque nos contentamos con lo que tenemos".

No hay lugar, pensando así, par la amarga renuncia, ni para la frustración corrosiva, ni para el ácido resentimiento que hieren o enferman el alma, endurecen el corazón y envenenan la mente. Cuando sólo se ambiciona lo que

ya se tiene, mal pueden causar daño carencias no deseadas. Es como si con seguros candados y gruesas cadenas impedimos cualquier intento de abrir esa inquietante caja de Pandora que todos llevamos dentro; en su interior quedan encerrados, para siempre, los turbios males allí ocultos..

Ocurre, no obstante, que esta pragmática filosofía no la aceptamos ni asumimos. Ciframos la felicidad en la posesión de lo que se carece, en la búsqueda desesperada y obsesiva de cosas o situaciones que, si resultan gratificantes, no es por su valía intrínseca, sino porque convergen en ellas la codicia de todos aquellos con quienes competimos, a veces de forma innoble.

Séneca, con su estoicismo humanísimo, en uno de esos momentos en que el ánimo intenta desprenderse de ataduras y lastres, para elevarse pro encima de sus propias miserias, piensa: "ninguna cosa de las que tenemos es necesaria: retornemos a la ley de la naturaleza. En nuestra mano está ser ricos; lo que necesitamos o es gratuito o de precio ruin".

Podemos, pues, prescindir de casi todo por innecesario, accesorio o adherido. Vivir, realmente, apenas reclama unos pocos elementos libres o de escaso costo. Son los artificiosos y las necesidades inventadas por las costumbres o la sociedad, los que nos exigen sacrificios, penalidades y luchas en creciente progresión; para luego, al final, cuando comprendemos que hemos gastado nuestro tiempo en banalidades y futilidades, sentir la tristeza de no poder recuperarlo e invertirlo en paladear con deleite ese suceso extraño y emocionante que nos acontece: vivir.

El gitano viejo, sabio como Séneca, tenía razón. No tanto en la alabanza del nomadismo y de su clan; a esta altura histórica, seguirle sería una ingenuidad y una marcha contra el progreso. Pero sí en cuanto a la valoración de lo que de verdad importa para que la vida se desenvuelva con optimismo, alegría y sin la lívida bilis de la envidia, los rencores y el resentimiento.

XXXIII SERES ESPLÉNDIDOS

Al vagabundo le han contado hoy una triste y estremecedora historia; una historia humilde de penalidades, de renunciadas, de amor, ejemplar y poco frecuente en nuestros días. Al referirla a su amigo, en algunos momentos, la voz se le quebraba.

- Afortunadamente -dice éste-, aún existen seres espléndidos que, a los casi misántropos como yo, nos reconcilian con el género humano. Bastan unos hechos como esos para reconfortar nuestra alma y que la confianza semiapagada en los demás, arda con energía renovada. Entre tanta bajeza y egoísmo, entre tanta falacia y egolatría, que surja de repente alguien con capacidad para asumir obligaciones pesadas, abandonar legítimas aspiraciones y otorgar sin compensación un gran cariño, y todo de forma sencilla, natural, callada, es algo que emociona y conmueve. Así debería ocurrir siempre y que tales actos se repitieran de forma habitual, sin que nos sorprendieran, como ahora, por su escasa frecuencia. Cierta personaje de Shakespeare decía que nuestra vida debe ser como una antorcha, capaz de iluminar el camino de los que nos siguen. Mas, para dar luz hay que consumirse en las llamas de la bondad, del desprendimiento, del amor, en suma, hacia otros... No existe otro combustible con propiedades más cálidas, ni que produzca luminosidad tan bella y penetrante.

El mundo padece carencia de seres así. De vez en cuando, entre la vorágine de aquellos que actúan sólo movidos por intenciones oscuras, aparecen personas cuyas acciones, sin proponérselo, son ejemplares y sirven de guía, estímulo y

noble emulación para quiénes no poseen un enérgico concepto del bien. En las tinieblas que, en ocasiones, se sume la vida de cada cual, avistar el faro, el claro indicador del camino recto y firme que aquéllas muestran, es como un tabla de salvación en el más terrible naufragio que pueda ocurrirle a todo hombre: la pérdida de la propia dignidad y estimación. Porque no puede existir estimación ni dignidad, cuando el corazón se halla petrificado y no late, presuroso, ante los semejantes que imploran ayuda o compañía. Por suerte, siguen habiendo seres espléndidos que, con ternura franciscana, nos tienden sus manos cumpliendo, con sencillez, una insustituible misión de ejemplaridad.

XXIV CANTAR

Tienen un especial encanto las callecitas apartadas, estrechas, empinadas de algunos barrios de la ciudad. Recorrerlas, avanzada la noche, iluminadas por la luna, en silencio apenas roto por las pisadas, casi furtivas, del caminante, produce una agradable sensación. Parece otro paisaje, otro mundo, donde el ruido y el bullicio anárquicos han sido desterrados para recuperar el sereno reposo, la tranquilidad. Los edificios, de escasa altura, con limpia blancura de cal, conservan aún cierto sabor típico, pese a los atentados del loco urbanismo.

El paseo nocturno siempre desemboca en alguna plaza, con su fuente o su cruz, o con ambas, a veces deterioradas por la desidia y el mal gusto. Y el murmullo del agua al caer, con su presentido frescor, y la estampa de la cruz, dibujándose, a contraluz, en la brillante circunferencia de la luna, actúan de sedantes del cuerpo y del espíritu cansados... Sólo falta la voz lejana, ronca y viril, de algún enamorado, dirigiéndose a la belleza esquiva, mientras saborea, al cantar, su nombre: Ana María, Araceli...

Cada pueblo tiene una forma peculiar de cantar. El estudioso, a través de ella, puede penetrar en la psicología, en la esencia del alma colectiva. La expresión de los sentimientos de dolor, de alegría, de odio, de amor, posee un cauce reglado. Es como un bien comunal al alcance de todos y que todos pueden utilizar para dar salida, en el momento oportuno, al explosivo contento, al sollozo reprimido, incluso a la pícara anécdota...

El andaluz, individualista, también lo es en su cante. Este rasgo de su

personalidad destaca intenso aquí. Al cantar, pese a la multitud que pueda rodearle, el individuo está solo, viviendo su angustia o su gozo, su esperanza o desconsuelo... Soledad vital, irremediable, dolorida, que la voz quebrada, en su quejido o ronco lamento, trata de romper...

¡Cantar para huir del íntimo desierto!... ¡Cantar para saciar la sed de compañía!... ¡Cantar para olvidar!.



XXXV
LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Durante una temporada el poeta, Carmencita y el vagabundo, formaron un trío inseparable, sorprendente y extraño. Se reunían unas veces en la vivienda del poeta, en una desordenada habitación llena de libros, cuadros y revistas despar-ramados por todos sitios, o en la humilde casita del vagabundo, semidesnuda de mobiliario y con profusión de desconchones y paredes húmedas, o paseaban por algún lugar apartado y tranquilo.

La niña jugaba, revolvía papeles o corría alegre y traviesa; con frecuencia exigía atención, con esa imperiosa e impertinente energía y pesadez de los pocos años. Entonces, alguno de ellos, le contaba cualquier historia o participaban ambos en sus juegos.

Un día, el vagabundo, ante la insistente demanda de la pequeña, le contó la conocida fábula de la hormiga y la cigarra, mientras descansaban en un rincón del parque. El poeta, cosa rara, escuchó sin interrumpir y sin aderezar con algún comentario la narración. Incluso, durante largo tiempo, permaneció callado, como si estuviese sumido en meditación profunda. Pero, finalmente, salió de su mutismo y, con cierto tono de reproche, dijo:

- La conclusión de la historia responde a un falaz y manipulador planteamiento. Ni a la cigarra puede considerarse como prototipo de la pereza y de la improvisación estúpida, ni a la hormiga como modelo del trabajo ejemplar.

Como respondiendo a la asombrada mirada de sus compañeros, continuó:

- En primer lugar analicemos el elogiado trabajo de la hormiga: Consiste

en la acumulación de medios de subsistencia, con objeto de lograr la mayor reserva posible, quizá excesiva. No realiza, como las abejas, su transformación en algo nuevo y distinto. Las hormigas trabajadoras -casi todas- son una clase estéril, infecunda; unos pequeños monstruos sin capacidad creadora en su labor ni en la vida, para cuya perpetuación dependen de una mimada reina. Su organización social adolece de vicios y defectos muy semejantes a los humanos; incluso practican la esclavitud, forzando a otras menos fuertes a trabajos y tareas en beneficio de las dominantes. ¿Que hay, pues, de ejemplar en ellas?

- ¿Y la cigarra?

- La cigarra hace bien en cantar mientras dura su breve existencia adulta, mientras percibe y siente en sí misma el hecho insólito y emocionante que le acontece: vivir. Y vivir en época de plenitud, de abundancia, cuando se ofrecen espléndidos y jugosos, los frutos gestados durante el frío invierno y en la revuelta primavera... No necesita ser previsor, pues su vida se extingue con el verano. De ahí que haya dicho antes la falacia que supone comparar dos comportamientos que no son comparables, y deducir de ellos una enseñanza interesada. El fabulista se ha dejado llevar por un utilitarismo trasnochado y vacío. El trabajo y el ahorro -piensa- son útiles, necesarios y deseables; el ocio y cualquier otra actividad que no produzca un beneficio material inmediato, algo reprochable. Y no profundiza en las circunstancias de los modelos propuestos; circunstancias que obligan, a cada uno de ellos, a una forma de actuación distinta, tal vez antagónica, pero lógica y natural. Por otra parte, ciñéndome sólo al trabajo, ocurre que el verdadero, para mí, es siempre creador y requiere, con frecuencia, ser realizado, no con mecánico automatismo, sino con amorosa atención, después de un pensar reposado y fecundo: lo contrario de lo que hace la hormiga. Y ocurre, también, que los esfuerzos dedicados a fines sin aparente utilidad, como los del artista, el investigador, el músico, el poeta... son los que nos elevan por encima de nuestra condición animal y nos hacen superiores a las demás especies...

El vagabundo, en este momento, le interrumpe:

- No sigas, opino como tú. Yo también tengo una intensa e insobornable vocación de cigarra.

XXXVI LA CONFERENCIA

Cuando el vagabundo y la niña llegaron a casa del amigo, lo encontraron descompuesto por la indignación. Jamás lo habían visto así. Sus ojos llameaban y de sus labios escapaban sapos y culebras, en forma de palabras duras. Su figura alta, delgada, del tipo asténico -que dicen los psicólogos- desaliñada y enfurecida, recordaba la de aquel inmortal loco manchego desfacedor de entuertos.

Con trabajo consiguieron calmarlo y él, entonces, les explicó la causa. Un grupo de conocidos le había comprometido para pronunciar una conferencia. Así lo creyó, al menos. Ésta tuvo lugar el sábado último, en el Casino. Y con gran sorpresa por su parte, la cosa se desvió, intencionadamente, hacia propaganda política. Sin más, manipularon su personalidad y lo encasillaron en la ideología de los organizadores, unos arcaicos ultraconservadores, incapaces de conservar nada positivo y sí todo lo deleznable de unas ideas, ya sin vigencia ni futuro. Con genio y furor, cuando pensaba hablar de la poesía en la vida cotidiana, se vio obligado a improvisar una dura diatriba contra aquellos que le habían invitado y engañado. La conmoción fue tremenda. Aún permanece, viva, en su memoria:

-Permitidme -dijo en algún momento- que exprese mi protesta por la sarta de estupideces que al presentador se la han ocurrido. Yo soy un poeta, un intelectual, no un ser gregario de manada, dócil para ser conducido. Consciente de mi misión de denuncia de lo feo, de lo injusto, de lo idiota, de lo bajo, de lo ruin, surjan donde surgieren, no puedo adscribirme a ninguna ideología, porque ninguna posee la verdad absoluta, ni las soluciones únicas. Yo, como cualquier

pensador, apoyaré lo menos malo, criticaré lo que crea erróneo y velaré porque se conserve lo que, por su validez permanente, por representar adquisiciones o logros para el mejoramiento del hombre, -del hombre individualizado, singular, uno-, deba permanecer vivo. Ni me arrastran ni seducen los falsos profetas que quieren cambiar el mundo con la fuerza y la sangre, ahogando la libertad y el pensamiento; ni me atraen, tampoco, quienes pretenden frenar su desarrollo, socavar su vitalidad, distorsionar su evolución natural hacia formas más maduras y perfectas. Los unos son unos locos destructores, capaces de hacernos volver a las cavernas, sacrificando para ello, si fuera preciso, las conquistas realizadas en el transcurso de milenios, y olvidando el único medio para unir y lograr la igualdad: el sentimiento fraterno; los otros se han quedado en el feudalismo y, como en aquella época, intentan transformarnos en siervos, en bufones, para su solaz y comodidad, coartando, entorpeciendo el normal y lógico crecimiento social y de las criaturas... Venid a mí si queréis mantener y estimular el espíritu de San Francisco de Asís, la dulzura de San Juan de la Cruz, la genialidad, comprensión y universalismo de Pitágoras, de Aristóteles, de Galileo, de Newton, de Freud, de Einstein...; pero huid de mi furia si sólo buscáis una mísera y pobre superioridad, basada en la ignorancia ajena y en el engaño sobre el resto de los compañeros que, en la presente hora histórica, están embarcados en el mismo breve viaje de nuestra existencia...

-Fuiste algo duro, -comentó el vagabundo.

- También fue duro Jesús con los mercaderes del templo; y Alonso Quijano, en su lucha contra los malvados. Me dirás que las situaciones son distintas. Tal vez. Pero si existe algo que no soporto es la mentira, la manipulación, con fines egoístas. Debo confesar que tengo cierta alergia a los políticos. Comprendo su necesidad en un orden democrático, pero no puedo evitar la sospecha -que deseo infundada- de que, cuando menos, en cada uno de ellos, hay una soterrada vocación de patriarca absolutista indiscutible; y en la comparsa, en los seguidores, o alienación admirativa y boba (una subespecie de fe religiosa) o arribismo interesado. Pero no vale la pena perder el tiempo en el asunto. Os voy leer, si queréis, unos sonetos de Shakespeare y algo, muy escogido, de "*Las flores del mal*", de Baudelaire.

XXXVII PARÁBOLA DE LA CAJITA MÁGICA

A mi niña Mari Carmen.

Llegó la feria. Y cumpliendo lo prometido a la niña, los dos amigos, aún cuando rehuían el bullicio, la llevaron. Carmencita, a quien su madre vistió de gitanilla, con una llamativa falda de lunares rojos, y adornó con pulseras y pendientes de plástico, rebosaba alegría y contento. El vagabundo, dadas las circunstancias, se había colocado su mejor ropa, anticuada pero casi nueva, no sin antes recortar la descuidada barba y lavarse profusamente. Parecía otro. El poeta, con su espigado y quijotesco aspecto, continuaba siendo, con cierta afectación, el más elegante del terceto.

Recorrieron, sin prisas, el recinto ferial, montando a la pequeña en los cochecitos, en el tren fantasma, en la noria, en la voladora, en el carrusel; entraron en la barraca de los espejos, dónde sus figuras se deformaban ridículamente, entre risas y palmoteos de Carmencita; vieron los animales del circo, expuestos a la curiosidad pública: elefantes, leones, tigres, cocodrilos, que asombraron e infundieron temor a la niña; bebieron y comieron en las tascas resguardados, bajo sus frágiles techos de cañas y retamas, del sol inclemente; curiosearon ante puestos heterogéneos, en su mayoría de marroquíes y negros.

Después de varias horas dando vueltas y más vueltas, rodeados de una muchedumbre sudorosa, cubiertos de polvo, sedientos, mareados por el ruido estridente de los altavoces, decidieron marcharse. Pero, al pasar por una caseta

de juguetes, Carmencita se quedó parada, mirando unas cajitas de vistosos colores y arabescos. Un rótulo en el estantería indicaba: "Cajas mágicas de sorpresas"

Como no había manera de moverla de allí, fascinada por el reclamo, le dijeron:

-Escoge la que quieras.

Carmencita, sin dudarle, señaló la más suntuosa, decorada y atractiva. Con ella en la mano, temblorosa de emoción, salieron del parque. Ya en un bar del barrio, próximos al ventilador, lejos de la bullanga, descansaron.

Como no se atrevía a romper el encanto de la sorpresa que podía contener la cajita, ambos la incitaron a abrirla. Con sumo cuidado, muy nerviosa, fue desatando cintas, desenvolviendo orillo y, por fin, levantó la tapa. La decepción se dibujó en su rostro. Dirigió la mirada, desilusionada, a sus amigos. Sólo había un simple y feo llavero. Tras unos momentos de perplejidad, los dos hombres soltaron una carcajada. La pequeña, al principio molesta, terminó por reír.

-El suceso -comentó el poeta-, puede ser casi una parábola. Carmencita, como tantos otros seres humanos, se ha dejado influir por la apariencias. Era la caja más bella, la más sugestiva. Parecía lógico que tuviera el mejor regalo. Pero, por desgracia, no suele ocurrir así. El saber popular, adquirido como consecuencia de experiencias desgraciadas y errores sin rectificación posible, lo advierte en su sentencia: "No todo lo que reluce es oro". Escasas veces, añadiría yo. Hay que desconfiar del brillo exterior, de las envolturas vistosas y de las promesas excesivas, sugeridas o expresas; debemos profundizar, hurgar en el interior, para ver si existe sustancia, contenido; y, sobre todo, si éste tiene el suficiente valor como para ceder lo que se nos pide a cambio.

XXXVIII VÍA MUERTA

¡Que aspecto más desolado el de la estación!. El viejo edificio, aunque firme, muestra las heridas del tiempo y del descuido en los desconchones, puertas rotas o tabicadas. Los almacenes conservan sus muelles de piedra y en su interior los muros están llenos de pintadas obscenas y reclamos políticos; el suelo sucio, con cascotes desprendidos, botellas vacías, cristales y basuras, evidencia su esporádica utilización como refugio o escondite. Al lado, la vieja grúa, oxidada, dibuja una extraña interrogación en el espacio.

Desde el andén solitario se observan los rieles oscuros, rectos, paralelos, que se prolongan hasta el horizonte como líneas trazadas con enorme lápiz, sugiriendo un destino lejano, ahora inalcanzable. ¡Que angustiosa sensación produce todo este montaje, inútil ya y sin objeto!.

Hace apenas una treintena de años, en este lugar, se desarrollaba una actividad febril. El correo llegaba repleto de viajeros, apretujados y cargados de maletas de madera; los mercancías, arrastrados por asmáticas máquinas, eran largos, enormes y sus vagones transportaban animales, cajas, minerales, cisternas de aceite... Ha transcurrido menos de dos siglos desde que Trevithik y Andrew Vivian ensayaban la primera locomotora de vapor. El ferrocarril, en el optimista siglo XIX y en los bulliciosos comienzos del actual, vino a ser símbolo del progreso, de la técnica. Los pueblos, las ciudades, acortaban distancias; el comercio adquiría mayor agilidad, las ideas se propagaban con rapidez... Existía una fe alegre e ingenua en el futuro...

Dos catástrofes mundiales, sin contar otras muchas a inferior nivel, han acelerado la perfección técnica y el conocimiento científico. Pero el romanticismo de aquellos momentos inolvidables desapareció; como van desapareciendo muchas líneas ferroviarias, sustituidas por negras y peligrosas carreteras, o por los invisibles caminos aéreos...

El criterio economicista prevalece sobre cualquier otra motivación. Y tal vez sea bueno. Pero al vagabundo y al poeta, que tienen un sentido romántico y poco práctico de la existencia, este abandono del tren, estas vías, ahora muertas, que no conducen a ningún sitio, les producen tristeza, añoranzas, melancolía...

Como muestras vidas -piensan-, se van cubriendo de herrumbre; ahora son, -y nosotros tal vez-, simple testimonio de un pasado que ha perdido validez y utilidad.

XXXIX HASTA LUEGO

Se presiente el término del verano, pese a que los días son espléndidos y el calor no cede. Al vagabundo, madrugador, le apetece un largo paseo, aprovechando la temperatura agradable de la mañana. Por apartadas veredas, por estrechos senderos, poco frecuentados; por entre los olivares, siguiendo las huellas de los tractores y vehículos de labor, camina despacio, tranquilo, deteniéndose en algunos momentos, cortando campo a través en otros, sin prisas, como recreándose. Hay algo de despedida, de adiós inconsciente en el amor con que mira el paisaje.

Cuando el sol comienza a apretar, se dirige hacia la carretera. Por ella emprende el regreso. Recuerda que está citado con el amigo y con la niña, a la que van a obsequiar con motivo de su ingreso en el colegio.

Llevaba unos centenares de metros recorridos, cuando un perro es atropellado por una furgoneta. El animal, que sin duda tiene las patas rotas, lanza ladridos lastimeros. El vagabundo se acerca a él para apartarlo al arcén, con tanta premura y tan poca precaución, que un automóvil, lanzado a toda velocidad, le embiste y lanza a distancia. El conductor, sin detenerse, acelera, cobarde, y lo deja abandonado sobre el asfalto.

Siente un dolor agudo en el pecho y en la cabeza. Hilos de sangre salen por sus oídos y por su boca. La vista se le nubla. Alguien se ha detenido. Escucha una voz chillona que grita:

-¡Vámonos! Si lo recogemos nos causara problemas... Y la tapicería es

nueva...

Le invade un sopor dulce, una agradable sensación de ingravidez... Los ruidos, las voces, se van alejando, perdiendo, difuminando...

.....

El amigo y la niña estaban ya impacientes, dando vueltas y más vueltas en el paseo. Un hombre llegó hasta ellos y, en voz baja, dijo algo al poeta. Éste palideció y, cogiendo a Carmencita de la mano, se dirigieron presurosos a la Casa de Socorro, muy próxima al lugar donde estaban.

Cuando llegaron, sacaban al vagabundo en una camilla, los ojos cerrados, agitada la respiración, la tez blanquecina y lo introducían en una ambulancia. Apenas si pudieron verle. Carmencita, que le había reconocido, comenzó a llorar desconsoladamente, mientras balbucía:

-¡No te vayas! ¡Por favor, no te vayas!...

Alguien, vestido de blanco, con esa normalidad de quien está acostumbrado a tales cosas, comentó:

- Está muy grave. Quizá no llegue al Hospital.

El poeta, tembloroso, pálido, con lágrimas aflorando a los ojos, acariciaba la cabecita de la niña, que seguía llorando y rogando:

-¡No te vayas! ¡No te vayas!

La cogió en sus brazos, la apretó con fuerza y le dijo, con voz ronca, entrecortada:

-¡Vendrá! ¡Vendrá!-. Y para sí musitó: Lo necesitamos; sin él todo sería distinto... ¡Hasta luego, amigo...!

Un apagado sollozo escapó de su garganta, mezclándose con el gemir desesperado de la pequeña. La ambulancia, veloz, se perdió en la carretera.

NARRACIONES

CARRETERA SECUNDARIA

Cuando salió del despacho estaba cansado. Habían sido unas jornadas agotadoras, de enorme tensión. Por ello, al sentarse en el automóvil y ponerlo en marcha, sintió alivio y cierta impaciencia por llegar.

El tráfico de la gran avenida, pese al agobiante calor de mediodía, era intenso. Riadas de vehículos, con lentitud desesperante, se deslizaban por el asfalto reblandecido. El aire olía a humo de los escapes y, al entrar por la ventanilla, quemaba como bocanadas de un horno. Recordó entonces que no había arreglado la refrigeración.

En unas de las múltiples paradas ante los semáforos, se desprendió de la chaqueta y de la corbata dispuesto, estoicamente, a sufrir las incomodidades del trayecto. Encendió un pitillo y se consoló pensando en el fin de semana, junto al mar. Presentía la húmeda caricia de la brisa y la relajante sensación de sumergirse en el agua fresca y clara de la playa.

Después de varios atascos, consiguió enfilarse la transversal a la Gran Avenida. Allí el rodar de los autos era más rápido. Con el aumento de la velocidad, paradójicamente, su impaciencia crecía. Por fin alcanzó la autovía del Este. Pero allí, desgraciadamente, la circulación estaba congestionada. Pesados vehículos entorpecían la marcha. Una caravana, como serpiente de mil colores, se extendía a lo largo de la inacabable autovía. El sol caía perpendicular y asfixiante.

El sudor empapaba la camisa y se deslizaba, en gruesas gotas, por la frente. Pensó entonces en la posibilidad de abandonar la autovía. A pocos kilómetros

existía una carretera, de segundo orden, que algunas veces había utilizado. La desviación haría mas largo el camino, pero se compensaba con la mayor velocidad que podía desarrollarse y la menor intensidad del tráfico. Maniobró, pues, procurando colocarse en situación de cambiar de sentido, una vez que llegara al cruce. Efectivamente, después de unos minutos, apareció la desviación. Pisó el freno de forma brusca y viró; a sus espaldas sintió el chirrido de un enorme camión que le seguía, a cuyo conductor, sin duda, sorprendió. Se oyeron algunos bocinazos. Nada más. La carretera estaba tranquila. Delante solo marchaban un par de vehículos. Detrás un pequeño furgón y una motocicleta. El ruido de la autovía, conforme se alejaba de ella, iba difuminándose. El calor, sin embargo, continuaba siendo agobiante. Ni un leve soplo de viento, ni una sombra. Pasada media hora los autos que le precedían se quedaron en un apartado restaurante. Ahora caminaba solo por la carretera, bajo el implacable fuego de un refulgente sol estival, cuya luz, reverberando sobre la calzada, hería con inusitada violencia sus cansados ojos. De vez en cuando se limpiaba con el pañuelo el sudor que inundaba todo su rostro.

Pese a todo estaba contento. Había conseguido escaparse de la pesadez de la autovía. Podía ahora correr a placer, sin temor alguno. La carretera era solo suya. Extrañamente recta, se perdía en el horizonte como una negra línea, partiendo en dos el paisaje, bárbaramente desolado y uniforme. A ambos lados se extendía una llanura desértica; su inacabable monotonía no era interrumpida por el mas leve montículo, por el más pequeño arbusto. Tierra plana, obsesivamente plana, y seca, desesperadamente seca. Se percibía, físicamente, la insaciable sed de aquel suelo agrietado y polvoriento. Ningún síntoma de vida aparecía visible.

Quizá por contagio se le hizo insoportable la sed que hacía rato sentía. Alcanzó una botella de agua mineral que llevaba en la guantera y bebió un trago, sin dejar de conducir. Estaba horriblemente caliente.

-Tengo que arreglar la refrigeración sin más demora-se dijo.

La monótona cadencia del motor, unida al agotamiento producido por dos días difíciles, le amodorraba peligrosamente. Para distraerse pulsó la radio y trató de encontrar alguna emisora, pero el aparato no emitió el más débil ruido.

-¡Que raro! -comentó-; ayer funcionaba.

Y encogiéndose de hombros desistió del empeño. Entonces, para mantenerse despierto, comenzó a repasar las últimas jornadas.

Sonrió al venir a su memoria la figura grácil y huraña de Doris. Había sido un guerra que él, astuta y cínicamente, había conseguido ganar. Su filosofía de la vida, una vez más, había demostrado eficacia. Todo tiene un precio; conseguir

algo es cuestión de tenacidad, tiempo y juego con las circunstancias, que son el factor variable; factor que, por otra parte, podemos manejar a nuestro gusto, creándolo unas veces, modificándolo otras. Estas circunstancias habían sido su obra maestra. La estupidez del marido de Doris, hábilmente movida por él, actuó de explosivo para derribar -simbólicamente, claro- las murallas con las que ella se defendía. . . ¡ Si es que Wall Street y su mundo financiero, eran una maravilla!. Una baja provocada en algunos valores fue suficiente para demoler el orgullo y la virtud. El terror de Doris a la pobreza bastó para que se hundieran todas sus defensas y se entregara sumisa y agradecida. Al recordarlo no podía evitar un estremecimiento y una sonrisa. La sensación de aquella piel suave y tersa, de aquellos labios húmedos, fríos y cálidos a un tiempo, no podría jamás olvidarla.

Este recuerdo le incitó a acelerar. En su finca de la playa estaría ella. Sería éste un fin de semana inolvidable, como premio a su lucidez y decisión.

El auto devoraba kilómetros de la interminable recta. El paisaje, no obstante, era idéntico: llanura amarilla y polvorienta, sin vegetación ni vestigios de vida.

Seguía recordando. Estaba también su otra gran jugada, la auténtica de genio en el difícil arte de los negocios. Ahora una amplia e irónica sonrisa extendía sus resecaos labios. ¡Si parecía increíble!. Nuevamente sus teorías fueron acertadas; su psicología de la gente, eficaz. La estrategia de mover intereses, como piezas de ajedrez, para alcanzar sus objetivos, no le había fallado nunca. Y es que el motor esencial que pone en marcha toda la actividad del hombre, el que le hace creador, es el egoísmo. El hombre quiere para si todo cuanto puede ser poseído. Su capacidad para acumular medios, sin límite, le distingue de los demás seres vivos. ¿Deriva este rasgo de los difíciles tiempos primitivos, que condicionaron así toda la posterior evolución de la especie? Tal vez. Pero lo importante es constatar el hecho y utilizarlo en beneficio propio. Sin remilgos, sin escrúpulos necios; como quien realiza una delicada y sutil reacción química, dosificando los distintos elementos. Científicamente, puede decirse. Unos centímetros cúbicos de la soterrada ambición de X; unas gotas del resentimiento de Y; todo ello agitado y mezclado con unos granitos del afán de notoriedad y avaricia de Z, producen el precipitado que nos permite alcanzar el fin propuesto. Irremediabilmente, fatalmente; con precisión matemática.

Algo así había ocurrido con el problema del grupo de empresas siderúrgicas. La contracción de la demanda, como consecuencia de varios años de estabilidad exterior y la saturación del mercado interno, obligaba a una costosa remodelación. El beneficio rápido y cuantitativamente insuperable, no estaba en invertir para efectuar una reconversión productiva, como quería algún Conseje-

ro, sino en crear una situación que propiciara el aumento de demanda de los programas en marcha. Sus eficaces agentes en Africa realizaron la operación. Unos cuantos millones para financiar a unos ilusos revolucionarios, que trataban de derrocar a un tiranuelo de menor cuantía, crearon la suficiente tensión internacional. La partida comenzaba. Movimiento de piezas en la prensa, para crear ambiente y caldearlo; juego de peones para producir temor a la pérdida de patrióticas hegemonías; y, por último, el jaque mate de la partida: la intervención en la zona conflictiva promovida por un alto jefe, deseoso de los laureles de una fácil victoria. Mientras tanto, las máquinas trepidando, a todo rendimiento, en la producción de elementos bélicos. Y una riada de enormes, incalculables, beneficios.

Estaba satisfecho. Con cierto narcisismo, se encontraba muy superior a cuantos le rodeaban. Sentían una íntima complacencia consigo mismo.

La verdad es que nunca hubo, para él, problemas imposibles. Apenas se presentaban los analizaba con frialdad, sopesaba las distintas posibilidades y alternativas y encontraba, siempre, la más eficaz y ventajosa solución. Claro que poseía una preciosa cualidad para ello: su carencia de condicionamientos de ningún tipo.

Muchas veces se había reído de los ingenuos escrúpulos de algún socio; escrúpulos que, por otra parte, desechaba de forma inmediata ante las perspectivas de un seguro negocio. Prueba evidente, sin duda, de que la moral es tan solo la justificación del débil, el miedo a la aventura, al riesgo. Alrededor de las acciones humanas se ha tejido una tupida red de principios vacuos, inventados por los que no se atreven a enfrentarse con la vida y arrancarle lo deseado. Son pobres gentes sin energía ni agresividad para domesticar al mundo, para someterlo; tímidos infelices que no se han dado cuenta que todo el tinglado vital está montado sobre la fuerza. Para consolarse crearon en su imaginación los dioses, los premios y castigos en un más allá inexistente. Y el invento, ciertamente, sirvió para algo positivo: los convirtió en maleables instrumentos de los ambiciosos y de los fuertes.

El calor se intensificaba por momentos. Después de la rápida rememoración de los últimos acontecimientos, se concentró nuevamente en la conducción. El cansancio le invadía. Su garganta estaba reseca. La larga carretera se extendía aún hasta el lejano horizonte, recta, como trazada con una regla.

Pisó, casi con rabia, el acelerador a fondo y rugió el motor, como queriendo estallar.

-Ya debo estar cerca, -comentó.

Durante unos minutos permaneció sin pensar en nada, sosteniendo levemente el volante. De repente se encontró incómodo, sin saber por qué. Era una sensación extraña. Trató de hallar una explicación, sin conseguirlo. Un recóndito desasosiego iba apoderándose de él por momentos.

-Estoy cansado - pensó.

De nuevo concentró su mirada en la negra cinta del asfalto que, como una maldición, se prolongaba en lontananza sin la más mínima curva, sin la más simple ondulación; ningún hotel, ningún edificio, ningún árbol, quebraban la monotonía infinita del paisaje.

De pronto halló la causa de la rara sensación que empezaba a acongojarle: la soledad. Sí, efectivamente, era eso, la inexplicable soledad de la carretera. Ningún vehículo, durante horas, se había cruzado con él; ninguno le seguía. Y aunque ésta era una carretera secundaria, no dejaba de ser extraño el hecho.

Trató de encontrar razones que justificaran aquella ausencia de vehículos y no halló ninguna convincente. Equivocarse, desde luego, no se había equivocado; y aun suponiendo que así hubiese ocurrido, ello no explicaba el fenómeno.

La incómoda sensación se fue transformando, muy a pesar suyo, en angustiada inquietud. Algo estaba ocurriendo que escapaba a toda lógica y se apartaba del clásico modelo de comportamiento de su mundo. No era concebible un trayecto, tan largo como el recorrido, sin la presencia de otros autos; no era imaginable, en la región más densamente poblada del país, tanta superficie abandonada, estéril, desértica.

Intentó poner en orden sus ideas. Recordó que aquella zona había estado considerada, de siempre, como la más feraz e industrializada del estado; fábricas y granjas se alternaban en sucesión interminable...

Se limpió el sudor con mano trémula. ¿Qué es lo que pasaba? Pensó en volverse pero desechó la idea por cierto pundonor: era reconocer que tenía miedo.

-Es el cansancio -murmuró para sí, con ánimo de tranquilizarse.

El cielo, luminoso, brillante, se ensombreció repentinamente, casi sin transición. La larga carretera se hundía ahora, como una flecha, en la oscuridad del horizonte. La tierra reseca, plana, polvorienta, se difuminaba en fantasmagóricas sombras. La soledad, si ello es posible, se acrecentaba, adquiría densidad física, pesaba sobre el fatigado cuerpo.

Aguzó el oído queriendo percibir algún ruido que no fuera el del motor.

Nada. Solo oía, y esto le estremeció, por lo paradójico, el silencio.

Estaba francamente alarmado. Hubiera dado una fortuna por ver algún otro ser, el más humilde, el más estúpido; o por sentir una voz humana y cambiar unas frases hechas, un saludo. Pensó que sería hermoso apearse en cualquier bar de la carretera, tomar un refresco y sentir la cálida cercanía de unos semejantes. Jamás pudo imaginarse él, tan apartado y despreciativo para con los demás, que pudiera llegar a desear, con desesperación creciente, con aterradora angustia, la presencia de alguien; que llegara a ser tan importante la compañía. Era terrible sentirse solo, irremediablemente solo, definitivamente solo.

Ahora tenía la certeza de que algo anormal, extraordinario, fuera de toda ley conocida, estaba aconteciendo. Observó cómo pese a la velocidad con que corría el auto, el cuentakilómetros marcaba cero.

-Es una pesadilla, -musitó poco convencido.

Trató de parar y no pudo. El freno no respondía; el cambio de marchas, el embrague y el acelerador estaban como petrificados y era imposible moverlos. Cerró la llave de contacto y el motor seguía rugiendo.

Un pánico irracional le embargó por completo, paralizando todos sus miembros. Fue entonces cuando creyó oír chirriar de frenos, bocinazos, sirenas, ruidos de la autovía..... Un leve instante nada más. Luego, silencio. El auto corría vertiginosamente por la negra, larga y recta carretera, hacia un horizonte huidizo y sobre un erial alucinante, insólitamente solitario, lleno de sombras tenebrosas. Y tuvo el convencimiento, por primera vez, de que su destino era ya aquella eterna marcha sin final.

Agosto, 77

NOCHE DE BRUJAS

I

- Toño, el correo está al llegar. Vete a por la prima.

- Está bien, mamá.

El muchacho se levantó perezosamente. Tenía pocas ganas de bajar a la carretera.

-Anda, date prisa.

-Ya voy ¡valiente lata con esto de la prima!

-¡Que le vamos a hacer! Es la hija de mi hermano -comentó; pero luego, para sí, pensaba: Sí es una lata, como dice Toño. Tanto tiempo sin acordarse de mí y ahora, de pronto, que si quieres hacerme el favor de tenerla una temporada para que se recobre de una enfermedad. ¿Es que no hay sanatorios en Barcelona? ¡Claro, es mas barato que yo la cuide!. Faroles, ínfulas, sí, muchas: Estamos la mar de bien, ganamos mucho, es un atraso vivir en la aldea. ¡Leñe! ¿Para que recurrían al pueblo, entonces?... Es mas sano, hay aire puro y la chica necesita fortalecerse... ¿Y yo? A la puñeta, a fastidiarme, con el trabajo que tengo. La siega en marcha, pronto le vendimia y yo solita, porque este hijo mío es flojito, como su difunto padre, que en gloria esté... Y la niña será una pelandusca de capital, tísica, porque allí están todos tísicos, que no me digan.

Mientras así cavilaba iba fregando los platos y cucharas que habían servido para el almuerzo. Era una mujer recia, alta, curtida y de unos cincuenta años. Conservaba una cierta rústica belleza que, sin embargo, quedaba desdibu-

jada por su ceño duro y un tanto violento; era mujer decidida y acostumbrada al mando. Quizá su temprana viudez, que la obligó a enfrentarse con difíciles situaciones, conformó su carácter enérgico.

En la aldea era respetada. Con su consuegra, la madre de la novia de Toño, también viuda, constituían dos raros ejemplares de mujeres activas, que habían sacado adelante las pequeñas haciendas heredadas de sus maridos, trabajando duramente la tierra, de sol a sol y defendiéndose con valentía de quienes, por el hecho de ser mujeres, creían poder aprovecharse. Consiguieron, así, formar un patrimonio que les permitía vivir con holgura.

La difícil vida en el campo la había transformado en tacaña y egoísta, tal vez porque cuanto poseía le costó penosos sudores. Todo su afán giraba en torno a ir añadiendo, cada cosecha, un trocito de terreno a las ya extensas fincas de su propiedad. Por eso cuando Toño, con la despreocupación de la juventud, le pedía dinero o descuidaba los quehaceres, se enfurecía. No comprendía las necesidades de expansión del muchacho.

Había sido una madre absorbente y autoritaria. El hijo creció sin iniciativas, con absoluta dependencia a sus dictados. Cuando llegó a la edad propicia, fue ella quien escogió a la que más interesaba para novia. Entre las dos viudas se hizo un arreglo, una transacción, buscando para el futuro unir las propiedades limítrofes en una gran unidad. Lo demás, los gustos de los jóvenes, importaban poco.

II

Toño, con paso cansino, bajaba la empinada calle principal de la aldea, camino de la carretera. Desde allí se divisaba toda la hondonada formada por el río, cubierta de árboles y salpicada de blancas casitas. Las suaves laderas de los montes veíanse, en ésta época, vestidas con el verdor de las vides.

-¿Dónde vas, Toño?

-A recoger a una prima que viene en el correo.

-Pues a ese paso llegarás en Pascuas. La tartana está ya abajo.

-¡Contra!

Salió corriendo. En la carretera, efectivamente, había un destartado autobús, del que bajaban algunos viajeros. Toño, con el temor a una regañina de la madre, volaba hacia el lugar de parada. Al desembocar en la carretera el correo, renqueante y ruidoso, se marchaba. Miró hacia donde debiera estar la prima. No vio a nadie. Solo maletas en el arcén.

Se acercó un tanto desconcertado. Observó estúpidamente las maletas. Una voz, a sus espaldas, le hizo rodearse con velocidad inusitada en él

-¿Eres Toño?

-Yo... Sí... soy.

Se sintió rodeado de unos brazos ágiles que le apretaban y, en sus mejillas, percibió el contacto de una piel suave y de unos labios que le besaban.

-Yo soy Adelina; Lina para la familia y los amigos.

-¡Vaya! -exclamó él tontamente, mientras miraba, sorprendido, a su prima.

Era ésta una muchacha de veinte años, delgada, alta y cuyas formas, bien proporcionadas, resaltaba el ceñido pantalón vaquero y la etérea camisa que vestía. Su rostro, algo pálido y mostrando cansancio, tenía la serena belleza de las vírgenes de Murillo

-¿Nos vamos?

-¡Ah! Si. -dijo él, cogiendo dos gruesas maletas.

-Yo llevaré la pequeña ¿Está muy lejos la casa?

-No, no. Aquí todo está cerca.

Subieron, pesadamente, por la inclinada calle. Sin hablar, Toño miraba de reojo a su prima. Hacia calor, ese calor agobiante de los veranos del Sur.

-Aprieta bien el sol -comentó Lina.

-Ya estamos -dijo Toño, entrando en la casa, situada al final de la calle.

-¿Ha llegado? -se oyó una voz.

-Sí, mamá.

Lina vio como se acercaba una mujer enlutada, alta, con forzada sonrisa que pretendía disimular su hosquedad.

-¿Adelina?

-Sí, tía.

Se abrazaron con protocolaria frialdad. La joven tuvo la sensación de que no era agradable su visita.

-Bueno -pensó-; cuando pesen unos días, me largo.

III

-¡Toño! ¡Toño! ¿Dónde estás?

Lina se había sentado, cansada, a la sombra de un olivo. La subida por el cerro, bajo un sol asfixiante, le tenía agotada.

Le disgustaba estar en la casa, junto a la tía; por eso, con cualquier pretexto, marchaba a la búsqueda del primo. A veces, como hoy, caminaba largas distancias hasta encontrarle. Había congeniado muy bien con él.

-¡Toño! -llamó nuevamente.

Una vez repuesta, se levantó y miró, girando sobre sí misma. Debajo de un frondoso árbol vio un bulto. Fue hacia allí, despacio, hasta que reconoció a Toño.

-¡Granuja! ¿Por qué no respondes? -le riñó, con gracioso mohín, mientras de rodillas, daba coscorrones al muchacho.

Toño se defendía ocultando la cabeza entre los brazos, riendo. Pero como ella no cesaba en sus golpes, la cogió por la cintura y rodaron por el suelo, entre carcajadas y festivos gritos.

Después, hartos y fatigados del juego, se tumbaron a la sombra. Eran felices, con esa felicidad exuberante y alocada de la juventud.

-¡Que calor mas horroroso! -exclamó Lina.- No comprendo como puedes trabajar así.

-Hago lo imprescindible; pero no se lo digas a madre.

-¡Tunante! -rió ella.

Lina aspiraba con fruición el olor a mies recién segada. Una cigarra entonó su monótona cantilena.

-¡Cómo me gustaría bañarme!

-Aquí cerca forma el río un remanso. Si quieres...

-No tengo bañador.

-A estas horas no pasa nadie.

-¿Vigilarás tú?... Pero sin mirar, ¿eh?

-Claro, mujer.

Bajaron hasta el río. En un recodo, casi oculto por sauces y arbustos, existía como una presa natural, de aguas limpias, transparentes y poco profundas.

-Me desnudaré allí, -dijo Lina, señalando un espeso sauce; -tu vigila..., pero sin mirar.

-Sí.

Durante unos minutos permaneció oculta. Toño observaba con atención el único sendero que zigzagueaba cerca. Hasta él llegó el ruido de un cuerpo que se lanzaba al agua y, después, un chapotear apresurado y una risita contenida de satisfacción.

-Toño, está estupenda.

Instintivamente iba a volver la cabeza, pero se contuvo. Así permaneció unos minutos. Continuaba el batir del agua y la apagada risa. Mas tarde quedó todo en silencio. La tentación por saber que ocurría fue invencible. Con sigilo se acercó y, oculto tras un viejo tronco, miró. Lina flotaba, boca arriba, apenas cubierta por el agua, dejando ver unos pechos bellísimos y un cuerpo digno de escultura griega.

Toño quedó absorto, con la mente en blanco y una sensación jamás sentida.. Un ruido desde el sendero le volvió a la realidad. Vio llegar a una mujer enlutada, tirando de una mula.

-¡Lina! ¡Lina! -llamó con voz queda;- Sal que viene gente.

Corrió y, en su apresuramiento, tropezó y cayó al remanso, casi junto a Lina, que nadaba ya hacia el lugar donde estaba la ropa. Chilló la muchacha, involuntariamente, mientras se dirigía veloz a ocultarse.

El grito y el barullo formado, hicieron que la mujer dirigiera la vista a ellos.

-¡Santo Dios! -exclamó al verlos huir en aquel estado.

Permanecieron ocultos un rato. Cuando la mujer desapareció por el caminito, Lina, ya vestida, fue hasta Toño y le preguntó

-¿Nos habrá visto?

-No lo sé

-¿Quién era?

-Natalia, la viuda, la madre de Teresa.

-¿Qué Teresa?

-Mi novia.

Lina, sin poderlo evitar, soltó una carcajada larga y estruendosa. Toño, un poco mosqueado, la miraba perplejo hasta que, contagiado, rió también.

IV

El cura, con voz cascada, hablaba con pesadez y machaconería del infierno. Repetía, reiteraba aquello de crujir de dientes, como si en las Escrituras no hubieran otros mensajes que los de condena y muerte.

Lina, distraída, ausente, paseaba su mirada por las paredes, el pequeño retablo, el techo lleno de manchas producidas por goteras, la hornacina que a su derecha ocupaba un desconocido santo. Le llamó la atención la enorme cantidad de piernas y brazos, reproducidas en pequeño tamaño y aparentemente en plata, que estaban colgados y ordenados sobre una tabla, junto al santo. Trató de

contarlos varias veces, pero no consiguió terminar.

-¿Eso para qué es? -preguntó a Toño.

-Son exvotos- contestó él, en voz baja.

La madre los miró severa. El cura continuaba con su plática tenebrosa, plagada de torturas horripilantes y macabras.

Lina se tapaba la boca para disimular los continuos bostezos. Se dedicó a observar a los asistentes. Había tipos curiosos cuyas facciones le recordaba a ciertos animales. Un viejecito de su izquierda tenía casi exacto parecido a un conejo; aquella mujer del pañuelo descolorido, era un loro; la niña inquieta y traviesa, sentada delante, una ardilla, una auténtica ardilla; el hombre gordo de última fila, un sapo, con su gruesa panza.

Mas arriba se encontraba Natalia, la viuda. Su pronunciada nariz aguileña le daba aspecto de ave de presa. Un pañuelo negro, idéntico al que usaban todas las mujeres de la aldea, cubría su cabeza. Teresa, la novia de Toño, no había venido

-¿Qué le pasa a tu novia? -inquirió Lina.

-No lo sé; estará mala.

En la calle, una vez terminada la misa, las dos viudas conversaron animadamente, apartadas de los jóvenes. Natalia hablaba con voz queda y miraba, con insistencia, a Lina. La madre de Toño escuchaba atenta y, en ocasiones, intercalaba algún comentario.

Lina observaba, de lejos. Por la contracción del rostro de su tía, comprendió que no le agradaba a ésta lo que oía.

-Le estará contando lo del baño -pensó, y se encogió de hombros, despreocupadamente.

La tía llamó a Toño. Cuando regresó éste dijo a Lina:

-Vámonos a casa, ella vendrá después.

El calor, conforme avanzaba el día, iba en aumento. El agradable vientecillo mañanero había desaparecido dando paso a una calina fatigosa.

Ya en casa, Lina propuso:

-¿Bailamos?

-No sé -se excusó Toño.

-Yo te enseño.

Entró en su habitación y salió con un pequeño tocadiscos.

-Pondré un rock; ya verás como te gusta.

Sonó, estridente, la música. Lina comenzó a contorsionarse rítmicamente, mientras daba instrucciones a Toño de como debía hacerlo. Este se resistía hasta que ella, cogiéndole de las manos, le obligó a moverse, a girar, en tanto reía

escandalosamente.

-Pero, ¿qué hacéis? -se oyó, agria y adusta, la voz de la viuda.

-Enseño a Toño a bailar.

-¡Basta de tonterías! Apaga ese maldito aparato. ¡Vaya unas cosas que os enseñan por allí!

V

Estaba cansado. El agobiante calor del mediodía, le hacía sudar continuamente. Bebió agua del botijo y miró hacia el sendero por ver si, como otros días, llegaba Lina. Nadie. Se recostó en el suelo, a la sombra, y cerró los ojos. Una voluptuosa somnolencia se iba apoderando de él, cuando sintió pasos. Se incorporó y vio a su madre.

-¿Así trabajas?...

-Descansaba un rato -balbució tímidamente

-¡Menudo haragán estás hecho! -y añadió, sentándose junto a él-: Pero no vengo a reñirte.

Hubo una pausa, en la que la madre escrutó a su hijo. Luego, con voz severa, dijo:

-La Natalia me ha contado cómo te bañabas con tu prima.

-Mamá, yo no me bañaba, me caí al agua.

-Ella estaba desnuda.

-Pero yo no la miraba. De verdad que no hubo nada malo.

-Mañana se marchará.

Toño, por primera vez en su vida, fijó sus ojos en los de su madre y le sostuvo la mirada, como queriendo penetrar en sus mas recónditos pensamientos.

-Los mayores nunca pensáis bien de nadie -dijo sereno y firme-; Lina es una muchacha estupenda y buena.

-Se irá.

-Se haces que se vaya, me marcharé yo también. Estoy harto de campo, de aldea y de gente maliciosa.

-¡No te atreverás! Aquí está Teresa.

-¡No me importa Teresa, ni su madre, ni sus fincas!

-¡Toño!

-Si echas a Lina, no me verás más.

La energía con que expuso esta decisión, sin estridencias, reposadamente, estremeció a la viuda. Aquel era un Toño nuevo, desconocido y rebelde. Comprendió que sus amenazas, si llegaba la ocasión, serían cumplidas.

Una ira sorda se apoderó de ella, haciendo que temblaran sus labios, sin poder pronunciar palabra.

VI

Anochecer de un día cálido. El sol, semioculto, pintaba de oro unos nubarrones allá en le horizonte. Su dorada luz recortaba dos siluetas oscuras, que subían, desde la ribera, gesticulando. Eran las dos viudas, enfrascadas en interminable charla.

-Debes hacer algo, Matilde -decía la Natalia-; esa lagarta lo tiene encandilado. Debías echarla y que se fuera.

-Me dejaría él.

-Siempre te ha obedecido.

-Ahora, no. Lo he visto en sus ojos.

-Se le pasará.

-No lo creo. No te puedes imaginar lo cambiado que está.

-Ya lo he visto. Con la Teresa ni habla. La pobre está tan entristecida que ni come.

-No sé como arreglar ésto.

--¿Hasta cuando piensa estar aquí tu sobrina?

-Hasta pasado el verano.

-En ese tiempo es capaz de deshacerlo todo. ¡Tan bien combinado que estaba! ¿Pero ella tiene interés por Toño?

-No estoy segura; parece que sí. Pero lo malo es que Toño es otro. Tu niña, además, y no lo tomes a mal, es sosilla y no sabe trajinarlo. Mucho me temo que ya nunca vuelva a Teresa.

-No podemos consentirlo; acordamos unir las "Eras" y las "Palomas" con el matrimonio.

-¿Y qué hago yo? Toño ya no me obedece.

-La "Jiba".

-¿Qué dices?

-¿Por qué no recurrimos a la "Jiba"? Dicen que hace bebedizos.

-Mujer, ¿vas a creer en tonterías?

-Por probar...

Quedaron pensativas. Andaban despacio, con pasitos cortos. Soplaban un vientecillo que agitaba sus largas faldas y el pico de los pañuelos.

-¿Y por qué no? -se preguntó la viuda, y añadió: Iremos esta noche, después del velatorio del tío Raimundo.

Noche oscura, sin luna. Ladraba, lejano, un perro. Se podía oír, intermitente, la inquietante voz de un búho. De la casa del tío Raimundo salía, monótono, apagado, el monocorde rezar de la letanía, entremezclado con llantos e hipos.

Terminado el rezo fueron saliendo hombres y mujeres que después desaparecían, silenciosos, por las breves calles de la aldea.

Dos mujeres subían por el cerro, en cuya cima brillaba una débil luz. Era la casa o, mejor, la choza de la "Jiba". Cuatro paredes de tierra, agrietadas, y un techo de paja, componían la mísera vivienda. Por un ventanuco de rotos cristales, se filtraba la luz de un candil.

Las mujeres miraron por la ventana. Dentro veíase una mujeruca pequeña, corcovada, de cara arrugada y desdentada boca. Vestía unos mugrientos harapos y parecía muy atenta a unos guisos que hervían en un puchero de barro.

Empujaron la puerta, sin llamar, y entraron.

Al ruido la vieja levantó la cabeza hacia ellas y las miró, entre sorprendida y burlona, durante largo rato, sin decir palabra. Sus ojillos saltones y vivarachos iban de una a otra, escrutadores.

-¿Qué queréis? -preguntó, al fin.

-Dicen que haces un bebedizo... -expuso la Natalia.

-Agua clara -cortó la viejuca-; ¿a vuestra edad andáis con amoríos?

-No somos nosotras, sino... -intentó explicar la madre de Toño.

-Eso que dicen son patrañas-.

La Natalia sacó del bolsillo un puñado de billetes y se los puso en la mano, diciéndole:

-Queremos que el hijo de la Matilde y una muchacha se peleen.

-¿La forastera de los pantalones?

-Sí.

La mujeruca se dirigió a un destartalado armario y buscó entre un montón de desordenados botes, de todos los tamaños y colores; cogió uno pequeño y entregándoselo a la madre de Toño, explicó:

-Siete gotas, ni una mas, durante siete días, en la cena. -e insistió:- solo

siete gotas, a cada uno.

Y, como si no hubiera nadie con ella, volvió a su tarea. Las viudas, sin despedirse, salieron. Con sigilo y precaución, bajaron a la aldea, perdiéndose en la oscuridad de la noche.

.....
-Natalia, ¿haremos bien? -preguntó dubitativa la madre de Toño.

-Claro que sí -afirmó contundente ésta-; lo peor que puede ocurrir es que no pase nada.

La viuda, algo nerviosa, vertió siete gotas sobre la comida de Toño, con mucho cuidado; después se dirigió al plato de Lina y dejó caer otras siete.

-A ellas más- le dijo la Natalia, tomando el bote y rociando una buena porción.- No le pasará nada..-

VII

-Las doce -murmuró alguien.

Una vieja, de cara renegrida y arrugada, comenzó el rosario. Su voz, silbante por el aire que escapaba entre los huecos de la dentadura, desgranó durante largos minutos avemarias y padrenuestros.

Toño, en un rincón, lloraba silencioso y desconsoladamente, cubierta la cara con sus grandes manos y bebiendo lágrimas.

Las dos viudas, en el extremo de la habitación, permanecían inmóviles, como enlutadas y pálidas imágenes de cera. Teresa, con su cara redonda, colorada como una manzana, miraba con insistencia a Toño.

Todo había sido rápido. Lina se sintió enferma después de la cena y antes de que llegara el médico, arrastrado por Toño, había muerto. Quedó sonrosada, como nunca había estado. Sus músculos no acusaron la menor sensación de dolor. Parecía dormida, simplemente.

Los padres, avisados con urgencia, aún no habían llegado. Se esperaban para el día siguiente, con tiempo para darle un último adiós.

Poco después de terminar los rezos y cuando ya muchos vecinos se habían marchado, ocurrió algo que sorprendió a los presentes: entró la harapienta y maloliente Jiba.

Su fama de bruja y hereje, su vida solitaria, sus maldiciones y blasfemias a voz en grito cuando los niños le jugaban alguna travesura y, por último, su costumbre de no asistir a ningún acontecimiento, triste o alegre, de los vecinos,



provocó la extrañeza por esta visita.

La Jiba, impasible ante los cuchicheos, estuvo clavada en su asiento, dispuesta a ser la última en salir. Y así ocurrió.

Cuando quedó sola, se dirigió lentamente a las dos viudas y en voz baja, para que no la oyeran Toño ni Teresa, les dijo:

-Con que lo habéis hecho... -y continuó, con sonrisa siniestra:- Quiero "Las Palomas" y "Las Eras".

Las viudas quedaron aterradas.

VIII

Toño, por fin, dormía un sueño inquieto.

Las luces de los cirios oscilaban proyectando sombras tétricas y movedizas sobre las paredes.

La viuda entreabrió, con cuidado, la puerta y salió. Dando un rodeo se dirigió al sendero que subía al cerro. Allí se encontró con Natalia. Sin cambiar palabra, emprendieron la ascensión.

Negros nubarrones de tormenta ocultaban las estrellas y hacían mas oscura la noche. De vez en cuando, algún relámpago, incendiaba el cielo. El fragor de los truenos se propagaba entre los montes. Conforme subían, el viento aumentaba en fuerza y arrastraba remolinos de polvo y gotas de agua.

El esfuerzo exigido por el difícil sendero y la lucha contra el ventarrón, les hacia jadear. Por fin se encontraron ante la choza de la "Jiba". No había luz alguna. Permanecieron un momento ante la puerta, escuchando. Entraron.

A la luz de los relámpagos, cada vez mas frecuentes y continuados, vieron a la bruja tendida sobre un viejo camastro. No dormía. Las miraba con ojillos burlones y crueles.

-¿Me traéis las escrituras? -les preguntó, entre risotadas,

-Eso no puede ser

-¡Quiero las fincas..., o hablaré! -gritó.

-Te daremos dinero, mucho dinero -rogó la madre de Toño.

-¡Las fincas!.

-¡Ladrona!. No nos quitarás lo nuestro -chilló también Natalia.

-¡Hablaré!

Los relámpagos eran ya incesantes. La lluvia comenzó a caer violenta. La Natalia, fuera de sí, cogió el puchero de barro, que estaba junto a ella, y lo lanzó

con fuerza al rostro de la vieja, que dejó escapar un grito de dolor.

-¡Es una ladrona! ¡Nos quiere robar!

-¡Malditas!... Ahora sí que lo perderéis todo -aullaba la bruja.

Entonces las mujeres se hicieron con unos gruesos palos, de los que estaban amontonados en la chimenea, y golpearon históricamente el cuerpo de la infeliz que, al principio, trataba de esquivarlos, hasta que quedó inmóvil. Pero ellas continuaron con los golpes, dominadas por ciega locura, por saña inaudita, hasta sentirse agotadas. En sus rostros contraídos, entre gotas de sudor, veíanse salpicaduras de sangre.

Una ráfaga de viento abrió la ventana y aventó rescoldos del fuego, que prendieron en las ropas de la cama.

Las dos mujeres abandonaron la choza y corrieron. A la luz de los relámpagos sus negras figuras, con las ropas húmedas y agitadas por el viento, semejaban brujas volando hacia el lugar de sus siniestros ritos. En lo alto del monte, la choza se había convertido en brillante antorcha.

IX

-Te agradezco todo cuanto has hecho por mi hija. No lo olvidaré nunca.

La viuda callaba mientras se dejaba abrazar por su hermano, inexpresiva y ausente. A su lado, Natalia, con la cabeza gacha, escuchaba atenta.

-Dale un abrazo a Toño; ¡Al pobrecillo le ha afectado tanto!

El hombre subió al autobús, limpiándose las lágrimas. Acomodado junto a una ventanilla, se dirigió nuevamente a la viuda:

-¡Muchas gracias, hermana! Sé que la has cuidado bien, pero ella no tenía remedio.

La sombra de la duda cruzó veloz por la mente de la viuda, estremeciéndola.

--¿Cómo dices? -inquirió.

-Si, tenía una cosa incurable, unos meses de vida. Fue un capricho suyo venir aquí, que yo no pude negar. ¡Muchas gracias!

La tartana arrancó estrepitosa, levantando una polvareda. Las dos viudas se miraron estupefactas, desconcertadas. Después, con la vista estúpidamente fija en el vehículo que se alejaba, quedaron fijas, quietas, como petrificadas.

El hombre agitaba el pañuelo en cariñoso adiós, mientras las dos enlutadas se desdibujaban en la lejanía. Nuca sabría que aquellas quietas figuras, eran la representación más viva y siniestra de la avaricia y la maldad.

Septiembre, 77

LA OTRA OPORTUNIDAD

I

El doctor tenía el aspecto malicioso y socarrón de un diablo Cojuelo o de uno de esos demonios inferiores, más traviosos que perversos, descritos por Velez de Guevara y Quevedo. Sus ojillos, malignos, parecían gozarse con el azoramiento de Emilio.

-Pase y siéntese, -dijo con voz ronca.

Emilio avanzó titubeante, frotándose las manos en un movimiento involuntario y nervioso. Estaba arrepentido de aquella decisión de visitar al extraño doctor. Ahora pensaba que había sido una chiquillada, una tontería, y éste convencimiento le excitaba más y más le aturdía.

-¡Cálmese, hombre! ¡Cálmese! Sé que está arrepentido de haber venido. Piensa que ha sido un error y que no podré ayudarle.

Emilio se estremeció al comprobar cómo adivinaba sus pensamientos, y un absurdo temor se apoderó de él.

-No tema nada -continuó el doctor, con una amabilidad excesiva y sospechosa-; yo puedo y quiero ayudarle. Vamos a ver... ¿Por qué no me cuenta sus problemas?

Emilio tenía la garganta seca y su voz se negaba a salir. Tartamudeó unas palabras inconexas y sin sentido. El doctor, no obstante, le dejó hablar sin interrumpirlo y esto le fue calmando. Poco a poco coordinó las ideas. Consideró

que, después de todo, y como ya no cabía volverse atrás, nada perdía con exponer sus problemas. Si no le daba una solución, al menos desahogaría parte de sus preocupaciones al compartirlas.

Conforme avanzaba en el relato, le invadía una extraña calma y se iba olvidando del doctor. Los recuerdos surgían con claridad, íntegros, hasta en los mínimos detalles. Le parecía estar viviendo, en aquel preciso instante, la primera vez que vio a Elisa. Vestía ella, con su habitual estudiado desaliño, unos pantalones vaqueros. Su pelo, cuidadosamente despeinado, le caía sobre los hombros, y en su mano, con desgana, llevaba un bolso rojo. Era la típica estampa de chica moderna, con ingenua pretensión de estar de vuelta de todo cuando apenas si conocía algo.

Él, desde entonces, se enamoró perdidamente. Y como todo enamorado, no dió una a derechas. Se sentía cohibido en su presencia, y la estrategia de conquista, elaborada tras eternas noches de insomnio, resultaba nula. Las frases de amor, con el romántico fondo de siempre, pero envueltas en el hortero lenguaje de moda, no acertaban a salir de sus labios.

No cabe duda de que ella, como toda mujer, adivinaba aquélla adoración y se sentía halagada y, en cierta forma, atraída. De temperamento alegre y atolondrado, amiga de la diversión y del jolgorio, provocativa y traviesa, muchas veces, sin embargo, salía con Emilio, pese a ser éste retraído, poco ocurrente y amante de la soledad. En estas ocasiones se comportaba con mesura, seriedad y sencillez. Esta mutación de su personalidad, que tal vez fuera una forma inconsciente de incitar a la declaración, la hacía más mujer y le daba un especial encanto.

Una noche la acompañó hasta su casa. Al atravesar el parque los pasos de Elisa se hicieron cortos, lentos. La luna iluminaba, con su luz de plata, el camino, y los árboles proyectaban las móviles sombras de sus hojas.

De repente, deteniéndose, ella preguntó:

-¿No te has enamorado nunca?

-Yo..., yo..., -balbuceó Emilio.

No supo seguir. Un temblor extraño sacudía todo su cuerpo. Fija la mirada en el suelo, no pudo ver el brillo inusitado y enigmático de los verdes ojos de Elisa, que invitaban a una examen próximo y cálido.

Caminaron en silencio. Ya en casa, la muchacha se apoyó, con laxitud, de espaldas a la puerta, dispuesta a prolongar la despedida. Sus labios estaban húmedos, como fruta cubierta de rocío. Pero Emilio, tartamudeando aún, musitó una protocolaria frase de adiós y se fue.

Elisa le vio alejarse y, después de largo rato, como si aguardara algún

acontecimiento, abrió la puerta y entró. Estaba triste y desencantada.

Al día siguiente Emilio la vio acompañada por otro muchacho y, en su saludo, creyó percibir un cierto gesto despectivo. Bastó ello para sumirlo en una loca desesperación. Estaba descontento de sí mismo, de su forma de ser, de su estúpida falta de valor. Fue entonces cuando recordó los comentarios oídos sobre un extraño doctor, mago o chalatán, a quien se atribuyen misteriosos poderes e influencias sobre espíritus débiles y pusilánimes como el suyo. Y decidió visitarlo.

El doctor le había escuchado atento e interesado, sin cortar el hilo del relato. Cuando terminó, permaneció unos minutos en actitud meditativa y, después, comentó:

-Su caso es muy corriente. Yo podría recetarle algún estimulante. Con ello conseguiremos, temporalmente, eliminar la inhibición y la timidez. Pero sería una solución transitoria.

Guardó un breve silencio y, acercándose al joven, con una sonrisa un tanto desconcertante, añadió:

-Mejor sería que usted mismo superara, con esfuerzo, el problema.

-No creo que Elisa vuelva darme otra ocasión igual. Y para mí no existe ya ninguna otra mujer.

-Pero es que yo puedo darle otra oportunidad.

-¿Cómo?

-Volviendo a vivir la misma situación.

-¡Imposible!. Creo que ella tiene ya novio.

-Nada hay imposible. Volveremos atrás el tiempo

-¿Eh?

-Deberá guardar el secreto. Yo puedo, por una sola vez, conservando la memoria del pasado, hacerle retroceder al espacio temporal vivido antes.

-¡Que locura! -exclamó Emilio.

-¿Pierde algo por probar? -, inquirió el doctor.

-No.

-Entonces... La única condición es su juramento de no revelar el secreto nunca..., nunca.

II

Una noche la acompañó hasta su casa. Al atravesar el parque los pasos de

Elisa se hicieron cortos, lentos. La luna iluminaba, con su luz de plata, el camino, y los árboles proyectaban las móviles sombras de sus hojas.

De repente, deteniéndose, ella preguntó:

-¿No te has enamorado nunca?

-Yo..., yo..., -balbuceó Emilio.

No supo seguir. Un temblor extraño sacudía todo su cuerpo. Fija la mirada en el suelo, no pudo ver el brillo inusitado y enigmático de los verdes ojos de Elisa, que invitaban a un examen próximo y cálido.

Caminaban en silencio. De repente, a la mente de él llegó, como una premonición, esta misma escena y un desenlace indeseable y decepcionante. Lo percibió con tal claridad como si fuera un recuerdo vivido. Y, entonces, sobreponiéndose a su timidez, la acercó a sí y la besó, primero con delicadeza, después con rabia, para terminar, locamente, arrojándola al suelo y rasgándole la camisa, en villana búsqueda de sus bellos senos.

La muchacha, al principio sorprendida agradablemente, se dejó besar; más la brutalidad con que prosiguió le obligó a repeler la agresión, luchando desesperadamente por librarse de él. Gritó, lloró, mordió y, ya sus fuerzas cedían, cuando la sirena de un auto de la policía hizo que Emilio huyera cobardemente.

Al día siguiente, desesperado, pensó en el suicidio. Su imprevisible y torpe comportamiento, lo había arrojado a un callejón sin salida, a una situación irreversible. Elisa estaba perdida para siempre; debía borrar su adorable imagen de lo más hondo de su corazón. Y fue en este momento de desesperanzas, de tristezas, de rabia consigo mismo., cuando recordó los comentarios oídos sobre un extraño doctor, mago o charlatán, a quien se atribuían misteriosos poderes e influencias sobre espíritus débiles.... Y decidió visitarlo.

.....
-¡Debe haber una solución!, -casi gritó, con lágrimas en los ojos.

-Lo siento, pero es imposible.

-Debe intentarlo. ¡Quiero otra oportunidad!

-No sé...; no sé...; -balbució el doctor.

-¡Por favor! Haga lo imposible.

-Bueno, tal vez resulte. La verdad es que sólo puedo asegurarle una cosa: en esta ocasión no recordará nada, si es que conseguimos un nuevo retroceso del tiempo.

-No importa

III

De repente, deteniéndose, ella preguntó:

-¿No te has enamorado nunca?

-Yo...; Yo...; -balbuceó Emilio.

No supo seguir. Un temblor extraño sacudía todo su cuerpo.

Fija la mirada en el suelo, no pudo ver el brillo inusitado y enigmático de los verdes ojos de Elisa, que invitaban a un examen próximo y cálido.

Caminaron en silencio. Ya, en casa, la muchacha se apoyó, con laxitud, de espaldas a la puerta, dispuesta a prolongar la despedida. Sus labios estaban húmedos, como fruta madura cubierta de rocío. Pero Emilio, tartamudeando, musitó una protocolaria frase de adiós y se fue.

Elisa le vio alejarse y, después de largo rato, como si aguardara algún acontecimiento, abrió la puerta y entró. Estaba triste y desencantada.

Al día siguiente, Emilio la vio acompañada por otro muchacho y, en su saludo, creyó percibir un cierto gesto despectivo. Bastó ello para sumirle en una loca desesperación. Estaba descontento de sí mismo, de su forma de ser, de su estúpida falta de valor. Fue entonces cuando recordó los comentarios sobre un extraño doctor...

IV

El doctor tenía el aspecto malicioso y socarrón de un diablo Cojuelo, o de uno de esos demonios inferiores, más traviosos que perversos, descritos por Velez de Guevara y Quevedo...

Noviembre 1.978

HISTORIA DE AMOR SIN FINAL

*Tiene que estar en alguna
parte nuestro lugar
verdadero..., nuestro
tiempo para los dos.*

J.B. PRIESTLEY

I

Había dormitado un largo rato, recostado sobre el asiento. Miró, a través de la ventanilla, el paisaje: había cambiado. Ya no era árida y polvorienta llanura; su uniforme monotonía se había transformado en onduladas y verdes colinas. El clima también era distinto. Al aire cálido y reseco sucedía ahora una tibia brisa. Se presentía la proximidad del mar.

Restregó sus ojos adormilados. En la lejanía se divisaban unas montañas. La carretera se hacía más estrecha y accidentada, con pronunciadas curvas que impedían al vehículo una marcha veloz.

Buscó una postura más cómoda, encendió un cigarrillo y permaneció quieto, indiferente, sin pensar. Sentía esa laxitud del convaleciente, que obliga a permanecer en blanco, inactivo, ajeno al entorno. Sin embargo, algún tiempo después, los pensamientos empezaron a revolotear en su mente. Recordó su enfermedad, la aguda crisis padecida. El Dr. Suarez, amigo y compañero, la

atribuyó a un exceso de trabajo, que había desequilibrado sus nervios. A su memoria volvían, confusos, los acontecimientos. Aquello fue como sumergirse en un pozo profundo y negro, donde todo desaparecía; sólo sombras, tenebrosas sombras de intensidad variable; y esas sombras, que distinguía por su distinta negrura, como extraños fantasmas de un mundo vacío, fueron durante largos meses los únicos compañeros de su vida. Todo se había borrado. Sus ojos no veían el mundo real ni sus oídos captaban los sonidos. Su esposa, su hija, sus amigos y colegas, sus compañeros enfermos, nadie, absolutamente nadie, existían. Todo había desaparecido para él. El mundo entero, un buen día, dejó de ser.

Lo que no recordaba bien era su recuperación. Tenía la sensación de que poco a poco fueron surgiendo luces, borrosas claridades, contornos difusos, acompañados de apagados ruidos. Y un buen día apareció ante él la cara bonachona y amiga del Dr. Suarez y las sombras huyeron definitivamente. La realidad del mundo exterior se hizo patente e indubitable.

-Conozco un lugar tranquilo y apartado. Allí podrás recuperarte del todo -le había dicho su amigo.

Y hacia allí caminaba.

Durante los días que siguieron a su curación no se había preguntado sobre las causas de la crisis. Se sentía débil y admitía como buenas las explicaciones de Suárez. Pero ahora, pasado algún tiempo, su curiosidad y su costumbre, como hombre de ciencia, de indagar le impulsaban a un análisis. La explicación de agotamiento por exceso de trabajo no le satisfacía. Era un luchador y toda su vida había trabajado con igual o mayor intensidad. Por otra parte, aquello sucedió repentinamente, sin ningún estadio previo, sin ningún síntoma delator. No. La explicación no era tan simple; estaba seguro de que debía existir una serie compleja de causas motivadoras. Para hallarlas sería preciso una disección detenida de todos los acontecimientos de su vida.

El autocar serpenteada por un bello y sobrio paisaje. Al fondo se divisaba la bruma del mar. Encendió otro cigarrillo y se dispuso a reconstruir, con la meticulosidad del investigador, el pasado.

De sus primeros tiempos apenas podía destacar nada. Años de estudio con una aplicación quizá excesiva. Recordaba que el juego nunca le atrajo; prefería enfrascarse en los libros, en resolver problemas que exigieran toda su atención. Más tarde, en la Universidad, continuó con igual brillantez y exclusiva dedicación. Sus amigos le reñían por su afán de trabajo. Algunas veces, pocas, transigía con los deseos de ellos y se dejaba arrastrar a reuniones, bailes y fiestas. En estas ocasiones, aunque procuraba no desentonar, la verdad es que se sentía fuera de

lugar.

Así fue como conoció a Silvia, su mujer. Era, entonces, una jovencita atractiva. Las relaciones se iniciaron más por iniciativa de ella que por deseos de él. Ciertamente que no le disgustaba; sentía, cuando estaba a su lado y con sus besos efusivos y con sus delicadas atenciones, una vaga sensación de placer. El amor -pensaba- debe ser esto; lo demás son exageraciones literarias.

La vida matrimonial no supuso ningún cambio en su quehacer; tal vez, si acaso, una intensificación. Su existencia íntima estaba ya ordenada, reglada; podía, por tanto, dejarse absorber por el trabajo y el estudio. Sólo la enfermedad de su hija logró desestabilizar, durante cierto tiempo, aquella forma de vida. Y es que aquel pequeño ser, débil y enfermizo, era lo único que había calado hondo en su corazón. Sufrió mucho. Después, al paso de los días, se consoló pensando que la tendría siempre a su lado. Sin embargo era un falso consuelo. Cada vez que la veía en el sillón de ruedas, sentía una horrible opresión en el pecho.

El autocar se había detenido ante un pequeño restaurante.

-¡Una hora para almorzar! -gritó el conductor.

Descendieron los viajeros. Algunos, para desentumecer las piernas, pasearon por entre unos pequeños jardines que rodeaban al edificio. El dió, también, unas cuantas vueltas y luego se sentó junto a una ventana. Desde ella se veía un mar tranquilo y azul.

Comió frugalmente mientras trataba de encontrar aquella ignorada causa de la crisis. En esta etapa recordada no hallaba nada que le diera una pista. Cabía destacar, sí, un hecho singular y tal vez anómalo: la absorbente dedicación al estudio o a la tarea investigadora. Parecía como si quisiera salirse, escaparse, del mundo circundante; ignorar las existencias en derredor, tal vez la suya propia; huir de su yo, de su sentirse vivir. Desde luego esto era algo a tener en cuenta. Ignoraba el porqué de tal comportamiento pero comprendía o, mas bien, intuía, que debía esconder algún significado; porque su enfermedad, en el fondo, parecía haber sido eso: un deseo de regreso a la nada, una anulación del mundo.

-¡Nos vamos! -avisó el conductor.

El autocar se puso en marcha. La carretera bordeaba la costa, entre un soberbio paisaje de agua, rocas y pinos.

Cerró los ojos y durante unos minutos gozó de la tibia caricia de la brisa. Pero estaba obsesionado y no podía dejar de pensar. Tenía que repasar los últimos cinco años, los más cruciales. Recordó que fue en el décimo cumpleaños de su hija. Silvia había invitado a sus compañeros más íntimos. Todos querían mucho a la pequeña y ella, como todo ser débil, se había convertido en una tiranuela.

El director del Centro llegó, acompañado de una desconocida.

-Javier -dijo- te presento a tu nueva ayudante. Es una auténtica promesa en tu especialidad.

-El señor director es muy amable. Me llamo Gloria.

-Encantado, Gloria.

La velada transcurrió feliz. La niña gozó con los numerosos regalos que le habían obsequiado.

Javier, recordando aquellos momentos, no pudo menos que destacar la rara emoción con que recibió a su nueva ayudante. No era una mujer que, físicamente, destacara de las demás; resultaba atractiva y elegante; era amena e inteligente. Pero así existían mucha más mujeres y no por ello a un hombre frío y sereno como él, le invade tan extraña emoción y desasosiego como entonces le ocurrió. Pensando ahora en aquella insólita reacción suya, le encontraba cierta semejanza con el estado de ánimo de quien, aguardando algo muy deseado, cuando ya desespera y desiste de conseguirlo, se encuentra súbitamente con el objeto de su afán.

Y, efectivamente, Gloria fue eso, lo largamente esperado y, también, lo imposible de expresar. Trabajaron juntos durante días, meses, años. El se vio, no poco a poco, sino de repente, atraído por ella como por una fuerza irresistible. Y no es que Gloria diera pie. Es que ocurrió así, de pronto; desde el primer día Javier tenía la sensación de conocerla y amarla desde siempre.

Sin embargo, de sus labios, nunca salieron palabras de amor; éstas iban envueltas en las frases cotidianas, en las miradas escondidas, en el roce imprevisto. Soñaba con ella, la escuchaba y veía por todas partes. Sentía unos espantosos celos cuando alguien la cortejaba o la acompañaba. Pero era consciente de que no podía pasar de ahí. Por un lado estaba Silvia, la buena, la fiel, para quien era como un dios; por otro su hija, que le necesitaba. No podía, no, destrozarlas. Y se retorció su corazón con un dolor dulce e inútil. Ahora si sabía lo que era amor. Y sabía, también, que era correspondido en un silencio tan doloroso como el suyo.

Hubo una ocasión en que pudo explotar todo aquel sentimiento. Gloria resbaló y Javier la sujetó, atrayéndola a sus brazos. El beso fue interrumpido por los pasos de alguien que se acercaba. Cuando él lo intentó nuevamente, ella le rechazó con suavidad.

-No, por favor, Javier.

Nunca más volvió a ocurrir. Se aferró, con furia, a su quehacer, tratando de olvidarlo todo. Pasado algún tiempo Gloria se marchó. El laboratorio, desde entonces, se transformó en cárcel para él; su propio trabajo, todo su mundo,

quedaron vacíos, huecos, sin sustancia.

Por las noches se encerraba en su despacho y escribía cartas interminables sin destino.

"Te amo sobre todas las cosas. Cuando te vi, por vez primera, sabía que eras tú el objetivo de mi vida... ¿Por que llegaste tan tarde a ella? ¿Dónde estabas cuando yo te esperaba buscando distracción, por tu ausencia, en otros quehaceres?".

.....

"Analizando mi vida pasada comprendo ahora el porqué de mi desgana por el mundo y por la gente; era que te esperaba a tí, porque tú eres todo el mundo y toda la gente, todo lo bello y todo lo noble. Mi corazón quería estar virgen de cariños para ofrecerse íntegro a tí; quería, como fuente de amor, que fueras tú la primera y la única que bebiera..."

.....

"Tengo la convicción de que nuestro amor estaba predeterminado, previsto, antes de saberlo nosotros. No es explicable que surgiera tan de repente y con tanta fuerza. Y si nosotros estábamos ya destinados a amarnos, ¿Porqué no nos hemos encontrado en el momento oportuno? ¿Qué azar, que fuerza extraña ha provocado esta asincronía de nuestras vidas?".

.....

Recordaba, casi íntegros, estos escritos que después quemaba y lanzaba al viento, con la irracional esperanza de que llegaran a su destino.

No supo nada de Gloria después de su marcha ni trató de averiguar donde estaba; tenía miedo de saberlo. Poco después enfermó. Agotamiento, fue el diagnóstico. Tal vez hubiera algo de verdad; pero el resto de la verdad debió ser, estaba seguro, la tensión producido por esta penosa doble vida que durante cinco años había arrastrado.

II

Atardecía. El sol, rojo, hacía resplandecer un mar tranquilo.

-Detrás de esa curva -pensó- está el hotel. .

Unos minutos mas tarde el autocar paraba.

-Final de trayecto para los viajeros del Hotel Bahía -dijo el conductor.

Javier descendió. Era el único que se quedaba allí. Un mozo le recogió el equipaje. Observó el edificio. Era antiguo. No obstante algunas reformas con pretensiones de modernización, se adivinaba su vieja estructura. Sin embargo, en su conjunto, parecía agradable y por su situación, muy tranquilo. Era el lugar apropiado para el reposo.

El entorno tenía un aspecto familiar, de lugar conocido, tal vez porque nada extraordinario lo singularizaba.

-Le tenemos reservada la habitación 115. Tiene unas preciosas vistas al mar. -le indicó el encargado mientras subían. Y añadió: El doctor Suarez viene mucho por aquí.

La habitación era amplia y luminosa. Javier la observó con una atención extraña.

-El armario se encuentra en este pequeño cuarto accesorio.

-Sí, ya se -musitó Javier.

-¿Ha estado antes aquí?

-No.

-¿Le agrada?

-Sí, sí.

-Si necesita algo, llame por el teléfono interior.

-Muchas gracias.

Ya solo, se acercó a la ventana. Al fondo veíase en una playa breve y dorada; a la izquierda, cerrando la pequeña bahía, una roca enorme, redonda, contra cuya base se rompían las olas.

Tal vez por el término del largo viaje, o por la soledad, o por los recientes recuerdos, la verdad es que se sentía inquieto, expectante, como si estuviese a punto de recordar algo olvidado. La roca aquella, con su redondez casi perfectamente esférica, le atraía con un especial magnetismo. Permaneció largo tiempo mirándola, sin pensar en nada.

Después se tumbó en la cama. El techo estaba pintado con figuras mitológicas y bíblicas, en absurda mezcla. Había anacronismos evidentes. Paseó su vista distraídamente por todas las figuras hasta que se quedó dormido.

.....
Pasaron varios días iguales, monótonos, tediosos. Javier llegó a pensar, en algún momento, que aquella era una cura de aburrimiento. Mañanas de playa y sol; tardes de excursión por los alrededores; noches largas de lectura o televisión. Pero se sentía fortalecido. Había terminado por echar a sus fantasmas habituales. Conscientemente evitaba pensar, recordar. Silvia le llamaba diariamente y



recontaba los días que aún faltaban para reunirse con él.

En el hotel, no había gran concurrencia. Gente madura y acomodada, amantes de la paz, que adelantaba sus vacaciones; matrimonios que pasaban fuera de casa el fin de semana.

Rara vez, después de la cena, salía del hotel. Una noche, sin embargo, le apeteció el aire fresco. Hacía una temperatura agradable. Las estrellas brillaban intensamente y el mar parecía dormitar. Paseó por los jardines durante algún tiempo, hasta que sintió sueño. Decidió regresar. En el mirador, apoyado en la barandilla, alguien contemplaba el mar. La luz era tenue y apenas podía distinguirse nada.

-Buenas noches -saludó al pasar.

-Buenas noches, -le respondió una voz conocida.

Quedó inmóvil, atónito.

-¡Gloria! -exclamó

-¡Javier!

Dudaron, ambos, unos segundos. Iban a darse la mano, pero el instinto, largamente reprimido, los lanzó uno al otro en un abrazo largo, interminable, violento...

-¡Gloria!

.....

Los que siguieron fueron días intensos e inolvidables, como una recuperación del pasado imposible.

-Cuando lanzaba al viento las cenizas de mis cartas, tenía la certeza, contra toda razón, de que las palabras llegarían a tus oídos.

-Y llegaban. El viento que acariciaba mi piel me hablaba de ti. Cuando huí, porque fue huida, de tu lado, el mundo se convirtió, de súbito, en algo sórdido, incómodo, triste; la vida, por la que todos luchan, en castigo, en pesada carga. Vine a este lugar escondido para dejarme morir.

-¡Gloria!

-Pero estaba escrito que nos encontraríamos.

-Para no separarnos nunca...

.....

Tumbados en la playa, dejando que las olas mojaran sus pies, permanecieron largo rato en silencio.

-Desde que estás aquí el paisaje parece haber adquirido una luz y una belleza distintas.

-¡Que chiquillo eres! Tu cerebro racionalista debiera encontrar la explicación: es tu estado de ánimo. ¿Por qué miras siempre esa roca?

-No sé. Ejerce sobre mí una especie de fascinación.

-Desde luego es rara. Tiene una forma casi perfecta de esfera. Pero eso no debe distraerte de mí; voy a tener celos.

-Nada existe en el mundo que no seas tú. Lo llenas todo; sin tí queda vacío y sin sentido para mí.

-Exagerado.

-Es verdad. Sabes que ocurrió una vez. Por eso siempre tengo miedo de perderte.

-¿Otra vez la roca?

-Perdona, pero es un reflejo inconsciente... Parece como si quisiera decirme algo.

-Lo mejor para ahuyentar los fantasmas es ir hacia ellos. Vamos a explorarla.

-Si, vamos.

Anduvieron por la fina arena, dejando sus huellas que el agua iba borrando. Conforme se acercaban a la roca, su mole se hacía mas imponente.

-Parece que no puede subirse a ella.

-Por detrás existe un estrecho sendero

-¿Has ido antes?

-No

-¿Cómo lo sabes? Desde aquí no se ve.

-No sé. Tal vez lo he oído de alguien.

Como había bajamar, no fue difícil bordearla. Efectivamente, por el lado opuesto, existía una vereda, de difícil pendiente, por la que, con notable esfuerzo, podía ascenderse.

Emprendieron la subida, que resultó más penosa de lo que esperaban. Por fin, cansados, llegaron arriba. Nada destacable observaron. La parte superior de la esfera la formaba una breve llanura en la que existían restos de una antigua construcción. El panorama contemplado desde allí si era magnífico.

-¡Tomemos posesión de nuestra conquista! -gritó alegremente Gloria.

Javier, sin embargo, se encontraba absurdamente desasosegado.

-Gloria, no te acerques al borde, es peligroso.

-¡Sé volar como los pájaros! -rió ella-. Pero ¿qué te pasa?.

-¡Que sé yo! ¡Me siento incómodo!.

-¡Bésame!.

Volvieron en varias ocasiones por iniciativa de Gloria, a quien le encantaba aquella altitud.

-Aquí es como si en el mundo solo existiéramos tú y yo. Tengo la sensación de flotar en una extraña nave por el espacio inmenso, sin fin, con toda una eternidad para nosotros.

-¡Gloria! Te quiero con toda la locura de que es capaz un ser humano.

-Pues exijo que sea con la locura de un dios..

Al regresar al hotel observaron cierta agitación.

-¿Qué ocurrirá?.

De pronto, por una de las ventanas, salió una nube de humo negro y denso.

-Parece que hay fuego.

Gloria palideció y se refugió temblorosa en los brazos de Javier.

-No temas, no será nada. Procura controlar tus nervios. Ya no eres aquella chiquilla que sufrió el accidente.

-Yo no recuerdo haberte contado aquel incendio de casa , cuando era pequeña.

-Si no lo hubieras referido ¿cómo iba yo a saberlo?

Cuando llegaron al hotel todo estaba solucionado. Un cortocircuito había prendido unos tapices. Afortunadamente fue advertido con rapidez y el incendio careció de importancia.

.....

Gloria había traído su auto, un pequeño deportivo, rápido y seguro. Con él visitaron los lugares más cercanos y pintorescos. Vivían, ajenos a la realidad, una auténtica luna de miel.

Un día, en el pueblo más próximo, estuvieron de compras. Gloria, muy femenina, era insaciable. Todo le gustaba. De la tienda salieron cargados de paquetes.

-No te esfuerces con ese brazo -le dijo Javier al observar como pretendía coger un pesado bulto-; recuerda que lo tienes débil.

-Pero , Javier, ¿sabes lo de mi fractura?. Ni yo misma me acordaba de ella.

-¿Estás segura de no haberlo dicho?

-Sí.

-¡Qué extraño!

Quedó pensativo y serio. Cargaron el auto y emprendieron el regreso. Durante el camino Javier permaneció en silencio, con síntomas de preocupación. Gloria lo miró de reojo.

-¿Qué te ocurre? -inquirió ella.

-Lo ignoro, Gloria. Me están sucediendo cosas que no puedo explicarme.

-¿Lo de mi brazo?

-Es una de ellas.

-¡Que tontería! Seguramente alguna vez te lo he contado y no me acuerdo.

Aquella noche Javier no pudo dormir. Las ideas más contradictorias y absurdas le bullían en la mente. Se levantó, paseó por el cuarto fumando y, finalmente, se recostó en un sillón, desvelado. Por la mañana su rostro acusaba el cansancio.

-¿Estás enfermo? -le preguntó Gloria.

-No. Es que no he dormido. Vamos a la playa, quiero hablar contigo.

Bajaron. Corría una brisa fresca. En un lugar apartado, resguardados, se sentaron.

-Algo que escapa a toda explicación racional me está ocurriendo -comenzó diciendo Javier-: Pensando sobre ello, creo que tal vez haya sido consecuencia de mi enfermedad. Pero el hecho es cierto y está ahí.

-Pero, ¿qué es? -preguntó Gloria.

-No sé darte una explicación clara. Es una sensación difusa que no alcanzo a concretar. Pero existen unos datos que sí resultan evidentes.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, cuando llegué al hotel. Sabía, sin haber estado aquí, donde estaban las cosas de mi cuarto.

-No es difícil; casi todos los hoteles son iguales.

-Sabía también lo del incendio de tu casa y la fractura de tu brazo, consecuencia de una caída cuando montabas a caballo en una excursión.

-Yo no recuerdo haberte dado esos detalles.

-¿Lo comprendes ahora?

-Puede que sabiendo el hecho -la fractura- tú hayas, inconscientemente, añadido el resto de las circunstancias, que coinciden por casualidad.

-Pero es que hay más. Yo conocía el camino de la roca y nunca había estado allí.

-Algún huésped...

-Tengo la seguridad de que nadie me habló de él.

-Pura intuición, tal vez.

-No, tengo la certeza de que es otra cosa. ¿Recuerdas el incendio del otro día? Los tapices quemados cubrían unas pinturas que yo había visto antes. Y no me digas que pueden ser copias de algún museo. Son demasiado malas para estar en ninguno. Al verlas he recordado otras que las completaban. Le he preguntado

al encargado y me dijo que, efectivamente, existieron y coincidían con mi descripción; pero que al hacer una ampliación del comedor, derribaron el muro y se destruyeron.

-Bueno, habrás estado alguna otra vez aquí.

-No. Nunca visité esta zona.

Gloria no supo que decir. Veía a Javier inquieto y nervioso y no hallaba modo de tranquilizarlo.

-Durante toda la noche he tratado de buscar explicaciones para convencerme de que no existe nada anormal y no he podido encontrarlas. Los hechos, para mí, son concluyentes. Y cuando descubrimos nuevos rincones, más firme estoy en la creencia de haberlos visto antes.

-Puede ser un fenómeno de adivinación o de intuición -apuntó Gloria.

-No, no.

-¿Entonces?

Javier dudó unos instantes, pero al fin dijo:

-No me tomes por loco. Si te lo digo es porque tengo la certeza, instintiva, no racional, de que es así. Tú sabes que muchas conquistas de la ciencia se han efectuado por pura intuición. No me pidas, pues, de momento, una explicación que no puedo dar... Yo he estado antes aquí, en otra vida.

-¡Javier!

-Nosotros hemos estado aquí y nos hemos conocido en otro momento, en otro tiempo. Si piensas un poco verás como las piezas ajustan perfectamente, como las de un rompecabezas. Conocía tu fractura porque te ocurrió otra vez; te amé de repente, porque ya te había amado antes, siendo tal vez otros.

-¡Que locura!

-¡Que maravillosa realidad si es así!. Tal vez mis desequilibrios psíquicos han rasgado la película que recubría y ocultaba la memoria de otra vida; y por esa abertura aparecen retazos de una existencia vivida en distinto tiempo. Con esta hipótesis, los hechos se concatenan, encajan y tienen sentido. Mi apartamento de todo no era otra cosa que la subconsciente espera de tu llegada. Nuestro amor es la reanudación de un amor eterno.

-Me aturdes.

-Imagina que ninguna vida se extingue. La muerte sería un cambio de forma provisional, hasta volver nuevamente al mundo; iríamos por un círculo, en forma parecida a los astros, girando y retornando siempre. Así, en otro tiempo, tú y yo nos amamos, nos conocimos, porque nuestras "órbitas" coinciden y se encuentran durante un espacio temporal determinado; luego nos separamos para volver, en un futuro, a coincidir.

-Entonces, los sucesos, ¿se repetirán irremediablemente?

-Seguramente. A no ser que hubiera una forma de modificar las trayectorias.

-De todas formas pienso que tu teoría es una locura. Necesitas descanso y amor.

Se besaron apasionadamente.

.....

Los siguientes días apenas si recordaron estas preocupaciones. Les llenaba por completo todas las horas aquel amor insaciable y una actividad febril, que pretendía recuperar años de forzada ausencia y quietud.

Una noche, cuando regresaban de la playa, enlazados como adolescentes enamorados, Gloria comentó:

-Es bonita aquella teoría de volver a encontrarnos en otra vida.

-¡Y terrible! -añadió él.

-¿Por qué?

-¿Sabemos que ocurrirá en el futuro? Tal vez esta felicidad de hoy no dure mucho. La coincidencia de nuestras trayectorias puede ser breve. Estaríamos, entonces, condenados a una vida de ausencias y amarguras. Ni la esperanza de hallarnos nuevamente sería válida, porque la memoria nos fallará.

Gloria no pudo evitar un estremecimiento. El la apretó fuertemente.

-Vámonos de este lugar, Javier. Tengo miedo.

.....

Los acontecimiento se precipitaron. Silvia había avisado que llegaría la próxima semana, con la niña. La realidad brutal emergía ante ellos mostrando, crudamente, la equívoca situación de sus vidas.

El problema moral y afectivo que se le planteó a Javier fue difícil. Estaba por un lado la hija, a quien él adoraba; y estaba Silvia, una mujer admirable, sacrificada, que le había demostrado un amor más allá de cualquier límite habitual. Javier era consciente del gran dolor que produciría a las dos. Pero las circunstancias de tener a su lado a Gloria no le daba opción a ninguna duda; la pasión era más fuerte que cualquier condicionamiento, moral o afectivo.

Escribió una carta a su mujer dándole a conocer la súbita y, para ella, sin duda inexplicable decisión de abandonarlas. Sabiendo que Silvia no alcanzaría jamás a comprender las motivaciones, porque nunca sospechó nada semejante, y que trataría de justificarlas con sus recientes desequilibrios, no se esforzó demasiado en aducir razones de ningún tipo. Solo el hecho descarnado.

Mediaba la tarde cuando, colocado el equipaje en el auto, arrancaron hacia otro lugar hasta entonces indeterminado. Lo importante era alejarse de allí.

Conducía Gloria. La carretera apenas tenía tráfico. Hacía una temperatura cálida y el cielo, en gran parte cubierto de nubes, amenazaba tormenta.

-Desconozco esta parte de la región -dijo Gloria-; pero me imagino que antes del anochecer daremos con algún pueblo o albergue donde pasar la noche.

-Siendo zona turística, deben existir bastantes hoteles.

El auto rodaba rápido. Al coronar una cuesta, ráfagas de viento húmedo les obligó a subir los cristales de las ventanillas.

-Parece que tendremos tormenta -comentó él.

-Creo que nos dará tiempo de alejarnos, antes de que comience llover.

Aceleró un poco más. El paisaje se hacía mas agreste y rudo. La carretera serpenteaba a considerable altura del nivel del mar; a su derecha podían verse desnudos acantilados, cuyos pies lamían las olas y barrancos de oscurecido fondo por la escasa luz del atardecer.

-No corras, Gloria.

-Soy una conductora experta. No tengas miedo.

Javier se encontraba inquieto. Aquel paisaje, al que la tarde gris daba tonos tristes, le parecía vagamente conocido. Hizo acopio de voluntad para vencer el injustificado desasosiego y guardó silencio. Pensó en su hija y no pudo evitar un sentimiento de culpa por el abandono. Se la imaginó perpleja y llorosa, tratando de explicarse la situación.

Comenzó a llover. Gruesas gotas de agua resbalaban por el parabrisas. Las nubes, cada vez más oscuras, pasaban veloces. Dirigió su mirada al frente. La carretera se escondía en una pronunciada curva, junto a un picacho desnudo y escarpado. Súbitamente, sin poder reprimirse, gritó:

-¡Para!

Demasiado tarde. Gloria, asustada y sin comprender, intentó frenar; pero ya un enorme camión, que surgió en la misma curva segundos después del grito de Javier, les embistió de costado, lanzándolos al precipicio. El auto salió disparado al vacío y luego chocó con violencia contra las rocas hasta que, dando tumbos, alcanzó el fondo de un barranco.

III

"Se que nuestro destino es amarnos en la ausencia y no puedo evitar la

rebelión desesperada de mi corazón. Donde quiera que ahora estés, Gloria, yo te envío este mensaje triste y desgarrado: te quiero, te quiero con toda mi alma... Tú no has desaparecido porque estás presente en mí mientras yo exista..."

Javier sintió pasos que se acercaban. Guardó las cuartillas donde escribía y esperó. A poco entró Silvia.

-Cariño, ¿por qué no sales?. Hace un día espléndido.

-Déjame, estoy cansado.

Ella lo acarició. Desde el accidente no se había apartado un momento de él. Milagrosamente no sufrió nada más que unas contusiones y una conmoción de la que se recuperó a los pocos días, en el hospital de un cercano pueblo. Gloria, sin embargo, no tuvo suerte; aunque ingresó con vida, no pudieron hacer nada por salvarla.

Silvia no llegó a saber nunca lo ocurrido. Para ella fue el encuentro de dos antiguos amigos y el motivo del viaje una simple excursión. Al regresar al hotel, el encargado, hombre discreto, devolvió a Javier la carta que había dejado para Silvia. Ella pretendió cambiar de lugar, con objeto de que Javier olvidara el desdichado suceso, pero él se opuso.

Sus motivos ocultos no eran otros que recordar en cada lugar, en cada objeto, los momentos vividos con Gloria. Procuraba deambular solo, para volver a los sitios donde había estado con ella, especialmente donde tantas veces había probado sus labios y estrechado su cuerpo. En la solitaria altura dejaba correr, libremente, sus lágrimas, que la brisa marina hacía más amarga.

En las noches, mientras Silvia dormía plácidamente, él permanecía desvelado, pensando y repensando todo el acontecer, extraño y fatal, de su vida. La imagen adorable de Gloria estaba grabada en su cerebro y de sus labios pugnaba por salir un continuo ¡te quiero!, que al final quedaba en un rictus triste de su rostro.

Pasados algunos días, ya un poco más sereno, analizó con la escrupulosidad del hombre de ciencia todo lo sucedido. Entonces le volvió la absurda idea de haber estado allí otra vez. Recordó cómo antes de ocurrir el accidente él lo sabía y por eso gritó. No había visto al camión cuando ordenó que parase; el picacho aquel debió traerle a la memoria el mismo acontecimiento vivido tal vez en otras vidas.

Esta idea le obsesionó de tal forma que en adelante no pensó en otra cosa, esforzándose por penetrar en el fondo de todo aquello. Cada vez se convencía más de que la vida se repite indefinidamente, de forma preestablecida, como girando sobre una órbita. La muerte solo sería una forma distinta de ser, no una anulación ni extinción, de la que se saldría en una coordenada temporal distinta

para repetir, de nuevo, toda la historia personal.

Al llegar a este punto de la teoría es donde se estremecía y sentía terror: estaba condenado a amar a Gloria con amor desesperado e inextinguible y a no poseerla nunca. Era como si sus trayectorias coincidieran sólo en un cortísimo espacio, distanciándose después. Su corazón se retorció al pensarlo y, en muchos momentos, creía volver al pozo donde estuvo sumergido durante la crisis. Para tranquilizarse escribía:

"No he tenido tiempo de expresarte mi cariño; alguien que maneja con crueldad los hilos de nuestras vidas, como si fuéramos marionetas, nos ha separado. Y yo, para que te hicieras idea aproximada de cuanto te quiero, de cuanto has penetrado en mí, precisaría años, siglos, milenios, diciéndotelo sin descanso..."

Luego quemaba el papel y lanzaba las cenizas al viento.

Un día, mientras paseaba despacio y triste por la playa desierta, pensó que tal vez fuera posible interferir las direcciones de sus vidas; que de haber algo de realidad en sus hipótesis, quizá existiera una forma de impedir el accidente, causa de la separación. Había que contar con algo anormal que trajera retazos de recuerdos. Por este lado contaba con su crisis psíquica, que le había dado una percepción desconocida para los demás y que, sin duda, volvería a repetirse. Pero también era indudable que no había bastado para impedir la muerte de Gloria. Era necesario, además, encontrar otro estímulo, otro medio que les descubriera y advirtiera, con tiempo, en una vida futura, el peligro. Así fue como se le ocurrió dejar mensajes en lugares donde pudieran encontrarlos.

Recordó la imponente e insólita roca esférica que tanto le había atraído. Era un punto ideal, porque nuevamente despertaría su curiosidad y le haría llegar hasta el mensaje.

Escribió, decidido, un relato de los sucesos con la advertencia de como debían actuar para impedir la separación en el futuro. Bien guardado en una caja metálica, subió a la roca. Un problema sobre el que no había pensado, era su colocación. Recorrió la breve superficie de la cumbre y decidió esconderlo en las ruinas que allí existían. Vio una gruesa loza y pensó que bajo ella, en la que grabaría un signo identificador, era el sitio ideal.

Escarbó para levantarla hasta hacerse sangre en los dedos. Tras mucho esfuerzo consiguió moverla. En el fondo había un hueco y un objeto metálico recubierto de óxido. Dudó unos momentos. Era un cofrecillo. En su interior existía un papel amarillento. Lo abrió tembloroso y pálido. Al leer las casi borradas líneas que contenía, se le escapó un grito dolorido, desgarrado.

-¡¡No!! ¡¡No!!

Entre sus dedos sangrantes estrujó con rabia el papel, mientras se golpeaba la cabeza contra la loza, en un ataque de furia y desesperación.

-¡Alguna vez lo conseguiré! ¡Alguna vez lo conseguiré! -volvió a gritar, enseñando los puños a un cielo gris e indiferente.

Abril, 78

EPÍLOGO PARA EL LECTOR CURIOSO

¿Qué extraño impulso, qué estímulo invencible, qué fuerza desconocida nos hace inventar seres, describir paisajes jamás vistos, componer emotivos y sonoros versos cantando la ausencia de un amor solo imaginado ? En una sociedad de exigencias materiales crecientes, de actividades aceleradas en las que priman valores sacralizados por esa diosa insaciable que es la Economía, no parece sensato invertir tiempo en menesteres de utilidad tan dudosa, si es que alguna poseen. Y, sin embargo, ello ocurre.

Hallar la causa, descubrir el motivo, al menos para mí, resulta difícil. No está, desde luego, en la búsqueda del dinero -salvo casos excepcionales nadie puede vivir de la literatura-; ni en el deseo de conseguir prestigio social e influencias -hoy casi para uso exclusivo del poder en cualquiera de sus formas-. Cabría pensar, entonces, que se trata, simplemente, de necesidad de comunicación, que en el escritor adquiere amplitud e intensidad más acusados que en el resto de sus congéneres, hasta el extremo de obligarle a transmitir, no solo sus sensaciones y vivencias, sino también las de personajes imaginarios. Pero, sin duda, ha de haber algo más para que ese deseo insoslayable sea tan peculiar. Y para indagar será útil remontarnos a los orígenes.

La necesidad de comunicación debió surgir, allá en el comienzo de los tiempos, cuando el hombre recibió el toque misterioso, o chispazo divino, que puso en marcha su hasta entonces inédita capacidad para plantearse preguntas

sobre su entorno y sobre sí mismo y para tratar de hallar respuestas convincentes, esto es, cuando su inteligencia alcanza el nivel propicio y se activa. Los primeros ensayos o intentos comunicadores se iniciarían, posiblemente, mediante torpes gestos y sonidos que, poco a poco, con la paciente lentitud que la Naturaleza emplea en sus creaciones, fueron adquiriendo los significados que los convertirían en elemental lenguaje. Y con él se produce el milagro.

En el lenguaje el hombre encuentra el instrumento más perfecto para la comunicación. Sin él mal podríamos haber recibido los saberes y conocimientos que constituyen nuestra cultura, y peor aún podríamos transmitirla a otras generaciones. Pero he aquí que, por insólita y admirable facultad del ser humano, éste hace de sus instintos y exigencias primarias una función excelsa, casi de lujo, como señalaba el recordado G. Marañón, de tal manera que, por ejemplo, la deliciosa trampa que nos incita a la perpetuación de la especie, la sublima y convierte en el espléndido sentimiento del amor; y el lenguaje, simple medio para entenderse con los demás, lo transforma en bello vehículo para llevar a los más recónditos escondrijos del alma, mensajes que unas veces nos conmueven o sugestionan, extasiándonos, como con las efusivas explosiones de la enamorada esposa en el «Cántico espiritual», o nos inquietan con las dudas de un Hamlet atormentado, envuelto en las brumas de oscura noche nórdica, o nos hacen sonreír con las extravagantes andanzas de un loco utópico y soñador...

La lengua, pues, de medio primario se transmuta, mágicamente, en arte. Y hecha ya obra literaria, en esos momentos que de forma transitoria desertamos o descansamos del papel que en este teatro del mundo las circunstancias o el azar nos asignó, será capaz de introducirnos, haciéndonlas nuestras, en vidas y aventuras imaginarias, universos desconocidos e insospechados y, en ocasiones, nos ayudará a recuperar, limpiar o proteger lo más noble de nosotros mismos, quizá olvidado o recubierto de extrañas adherencias por culpa del absorbente quehacer cotidiano.

Ya tenemos otra motivación para el escritor. No se trata únicamente de comunicar, también quiere hacerlo de forma que sus palabras pulsen y hagan vibrar las cuerdas más sensibles de otros hombres, les provoquen inquietudes, siembren la semilla de nuevas ideas, den a conocer situaciones jamás vividas, les hagan pensar, en suma y, en último extremo, les distraiga del acontecer de cada día. Mas, por si fuera poco, el mensaje y la belleza que pueden surgir de su actividad no están exclusivamente destinadas a los demás; en gran proporción,

quizá en la mayor, se dirigen hacia el propio autor que descubre, piensa, siente, goza, sufre e incluso se sorprende con lo que va creando. Y la emoción y el deleite que la acción de escribir le producen, son los mejores premios; así pueden explicarse tantos esfuerzos sin compensaciones aparentes.

Este modesto libro está formado por una selección de pequeñas obras cuyo principal mérito, de tener alguno, es haber nacido sin pretensiones ni ambición. Cumplieron sus objetivos con haberme tenido ocupado e inmerso en ellas durante la gestación. Hoy salen a la luz y les deseo suerte. Al menos perspicaz de los lectores le habrá sido fácil descubrir, a lo largo de todos los textos, una constante, una especie de música de fondo que, con muy leves variaciones, se repite obsesivamente: el conjunto, armónico y diverso, que forman las ilusiones, ideas, sueños, amores y desamores del autor.

Escritas hace algún tiempo, creo que no han perdido actualidad. El afán desmedido de poder y riqueza, cualquiera que sea el precio a pagar por conseguirlos, que se juzga en *Juicio contra un hombre*, resulta, por desgracia, acontecimiento de lo más frecuente en este fin de siglo. En *La furia de los dioses*, aparte la pretensión de exponer la esencial doctrina senequista, se esboza un pequeño homenaje al admirado cordobés universal; como también son fruto de la admiración los *Bocetos de interiores* dedicados a Julio Cesar, Cervantes y Quevedo.

No voy a detallar ni entrar en los demás escritos que, como simple «divertimiento» sólo tienen como fin entretener y, en algunos casos, de manera secundaria, dar ocasión para reflexionar, si el ánimo y el humor se muestran propicios para tan serio y penoso ejercicio; pero si quiero decir algo sobre la *Sonata del extraño vagabundo*. Concebida con vocación de relato poético, evolucionó hacia narración de historias y sucesos diversos, entrelazados por el discurrir de tres personajes a los que, por otra parte, sirven aquéllos de excusa para discutir, comentar y extraer consecuencias y enseñanzas. Terminada precipitadamente, sin retocar ni corregir, por penosa causa que prefiero olvidar, así ha quedado.

Espero que la lectura de este libro no haya supuesto ninguna pérdida de tiempo para el amigo que haya llegado hasta esta página, ni se arrepienta del esfuerzo realizado.

M.M.R.

INDICE

Prólogo.....	9	
Introducción.....	13	
ENSAYOS DRAMÁTICOS:		
- Juicio contra un hombre.....	19	
- La furia de los dioses.....	50	
- Bocetos de interiores:		
- Fin y principio.....	63	
- La conspiración.....	73	
- Diana y Héctor.....	87	
- El hidalgo.....	91	
- Lisi.....	101	
CUENTOS:		
- Rumbo a las estrellas.....	111	
- Sueño de amor.....	131	
- Pedro Pérez, organizador del mundo.....	137	
- Moisés en el suburbio.....	145	
- La otra vida de Don Juan.....	149	
- El hermano José.....	157	
- Conversación en el campo.....	162	
SONATA DEL EXTRAÑO VAGABUNDO.....		165
Hojas secas.....	167	
El vagabundo.....	171	
La ciudad dormida.....	173	
Lluvia.....	175	
Realidad.....	179	
Para qué.....	181	
Burocracia.....	183	
Andalucía universal.....	186	
Pequeña historia de un gran amor.....	188	
La palabra.....	193	
Dios.....	195	
Viernes Santo.....	199	

Estrellas.....	201
Caminos.....	203
La noche.....	207
En el huerto.....	209
La mujer.....	212
Sí mismo.....	214
Fiesta.....	216
Amor.....	218
El solitario.....	220
Elecciones.....	223
Poesía.....	225
Terrorismo.....	227
Nocturno en la cumbre.....	229
Fugacidad.....	231
Comportamiento.....	233
Cuento de una noche de verano.....	235
Hipocresía social.....	238
Valor y presencia de los ausentes.....	240
La ilusión y el deseo.....	242
Filosofía para vivir.....	246
Seres espléndidos.....	248
Cantar.....	250
La cigarra y la hormiga.....	255
La conferencia.....	257
Parábola de la cajita mágica.....	259
Vía muerta.....	261
Hasta luego.....	263
NARRACIONES:	
- Carretera secundaria.....	267
- Noche de brujas.....	273
- La otra oportunidad.....	287
- Historia de amor sin final.....	283
Epílogo para el lector curioso.....	313

El libro
Ensayos Dramáticos
y
Otros Escritos
de
Miguel Molina Rabasco,
quinto volumen de la colección de
"Escritores y temas lucentinos"
se acabó de imprimir
en la Imprenta Caballero
de la M.N. y M.L. Ciudad de Lucena,
el día 14 de Diciembre de 1.994,
festividad de
San Juan de la Cruz.

LAUS DEO